MARI JUNGSTEDT

En el lado oscuro de la luna

Serie Málaga

La maldad acecha en los rincones más ocultos de la Costa del Sol



MAEVA | NOIR

MARI JUNGSTEDT

En el lado oscuro de la luna

Traducción:
Carmen Montes Cano

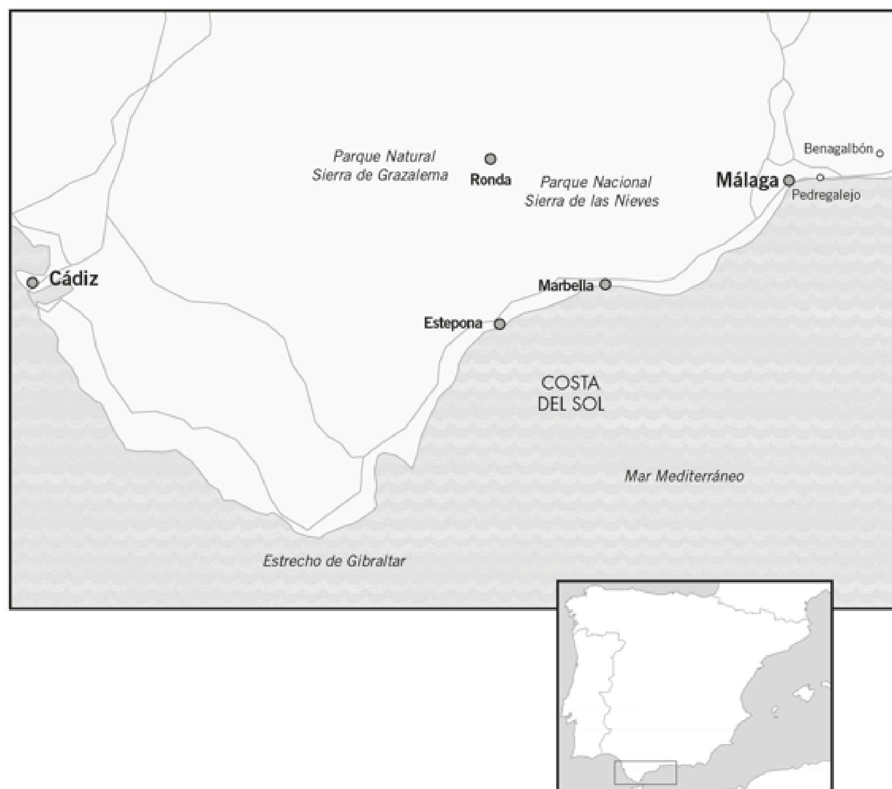


MAEVA | NOIR

Índice

Para Thomas

Los escenarios de la novela




MÁLAGA
Plaza
de la Merced
Museo
del Flamenco
El Limonar
Bodega-bar
El Pimpi
La Alcazaba
Playa
de la Malagueta
El Palo
Cinema
Los Reyes
Puerto
Mar Mediterráneo

Prólogo

ESTOCOLMO SE HALLABA envuelta en una bruma difusa, como si hubieran extendido sobre la ciudad una cubierta hermética. Todos los colores habían palidecido, el ritmo se había ralentizado. La metrópolis, por lo general tan palpitante, había perdido fuelle. Todo signo de vida, todo movimiento, todo aquello que antes indicaba actividad y energía, parecía haberse detenido. Los habitantes de la ciudad marchaban por las aceras como robots de rostro inexpresivo y vacío, pasaban de largo a toda prisa por delante de los comercios, los restaurantes, los bares y los cafés del barrio de Hornstull.

La gente iba encogida por el frío, evitaba mirarse a los ojos, sin ánimo para detenerse y, en el peor de los casos, verse obligada a conversar un rato si tenía la mala suerte de cruzarse con un conocido. Incluso los perros caminaban pegados a las fachadas de color gris sucio y hacían sus necesidades deprisa antes de poner de nuevo rumbo a la luz y el calor del hogar, para volver al portal a toda prisa.

Estaban por debajo de los cero grados y la lluvia de las últimas semanas se había convertido en granizo. Los duros cristales de hielo mezclado con nieve que dañaban los ojos y arañaban las mejillas se convertían en sucia aguanieve en cuanto tocaban el reluciente asfalto empapado de humedad. Ya se estaba poniendo el sol, a pesar de que no eran más que las tres de la tarde.

Hanna dio el primer paso para encaramarse al puente de Västerbron. A sus pies se extendía la isla de Långholmen, con el estrecho de Pålsundet, donde tantas veces había hecho prácticas en canoa mientras admiraba las hermosas embarcaciones de caoba que se alineaban una tras otra en el canal. Al oeste continuaba el lago Mälaren, que se extendía hasta el horizonte. En una ocasión, su madre y ella hicieron una travesía en barco hasta el palacio de Drottningholm. Hanna recordaba cómo levantó la vista hacia el puente cuando pasaron por debajo de los imponentes pilares que lo sostenían. Jamás había visto nada tan alto. Dejó a su espalda el barrio de Södermalm; al otro lado de la bahía se encontraba el de Kungsholmen, con sus suntuosos edificios a lo largo de toda la orilla. Ahora estaban semiocultos tras la humedad gris de la bruma. Tanto mejor. No tenía el menor interés en ver nada. No quería que nada le recordara que había una vida más allá. Todo estaba a punto de terminarse, y lo único que experimentaba al pensar en ello era un sentimiento de liberación.

A esa hora el puente estaba casi vacío, alguna que otra persona

circulaba en bicicleta por la otra acera, pero ningún peatón. El viento soplaba más fresco a medida que Hanna iba subiendo. Por fin llegó a la cima del arco abovedado. Los coches pasaban de largo sin cesar, pues allí el tráfico no se detenía nunca.

Lanzó una última ojeada a ambos lados. Nada. Nadie se acercaba. Entonces se aferró a la barandilla. Estaba alta, pero ella era fuerte y ágil. Con una mano se agarró a una señal de tráfico. El metal se le clavó en la palma cuando se impulsó para pasar la pierna por encima. En un segundo ya estaba al otro lado, donde solo había un estrecho borde sobre el que apoyarse. Y allí mismo, a sus pies, las profundidades.

Una ráfaga de viento se apoderó de su chaqueta hasta el punto de que perdió el equilibrio por un instante, pero se agarró fuerte a la baranda. Ya había oscurecido y solo podía intuir que el agua se hallaba allá abajo. ¿Qué altura habría? ¿Veinticinco, treinta metros? De pronto, con repentina intensidad, la duda la asaltó y la embargó de pies a cabeza.

¿De verdad quería morir de ese modo? ¿De verdad quería morir?

El agua se extendía negra y helada, el resplandor de las farolas centelleaba en la superficie. Miró a su alrededor. Seguía sin ver a nadie. Ahora casi deseaba que viniera alguien, que alguien, daba igual quién, la detuviera. Ahora que se encontraba allí de verdad, a un milímetro de la muerte, sintió miedo. El lugar en el que se encontraba estaba resbaladizo y le costaba mantener firmes los pies. Deslizó la mirada por la fachada de los edificios de Norr Mälarstrand. Había luz en las ventanas. Allí dentro, al calor, había gente que vivía en hogares acogedores, rodeada de sus seres queridos. La vida seguía su curso. Y ahí estaba ella, en el borde alto y aterrador del puente de Västerbron. Con el viento que hacía, no sería capaz de mantenerse agarrada mucho más tiempo. El granizo caía con más fuerza y le azotaba el rostro. El frío y la humedad le atravesaban la ropa: estaba calada hasta los huesos.

Tiritaba de pies a cabeza y las piernas empezaron a temblarle de pronto sin control. Ya se le habían dormido los brazos. Los coches pasaban zumbando uno tras otro, pero ninguno parecía reparar en ella. Miró con desesperación el camino peatonal que estaba al otro lado de la barandilla. No quería. Deseaba dar marcha atrás. Pero ¿cómo?

Se le encogió el estómago al contemplar las aguas oscuras y, justo cuando iba a darse la vuelta para pasar de nuevo al otro lado, al lado seguro, vino una ráfaga de viento más fuerte aún que la anterior. Primero resbaló. Luego se le soltó una mano ya gélida de la barandilla; luego, la otra. Dejó escapar un grito. Un escalofrío le atravesó el cuerpo como un rayo.

Ya no podía elegir. Allá abajo, el agua. La oscuridad. Un jadeo.

Y Hanna cayó.

DÍA 1

Viernes, 31 de diciembre

EN CUANTO SALIERON de la terminal del aeropuerto sintieron el azote del aire helador. Laura entornó los ojos ante el fuerte sol invernal. A pesar de que Ulrik la había prevenido diciéndole que se abrigara todo lo posible, ella no había logrado imaginarse cómo sería el frío. Ahora se alegraba de haber caído en la tentación de comprarse en el aeropuerto de Arlanda una larga bufanda de lana. Se la enrolló alrededor de la cara, cubriéndose la nariz y la boca, de modo que solo los ojos quedaron al descubierto. Los termómetros indicaban diecinueve grados bajo cero. Casi cuarenta grados de diferencia con respecto a Málaga, de donde habían salido aquella misma mañana.

Le dio la mano a Ulrik y los dos caminaron lo más rápido posible hacia el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto de Örnsköldsvik. Ulrik la había invitado a su casa de Suecia, que se encontraba en el campo, en una zona que llamaban Costa Alta.

Una vez junto al coche, comprobaron que solo se podía ver el contorno bajo una gruesa capa de nieve. Ulrik limpió como pudo el Land Rover, antes de abrir las puertas con esfuerzo. Laura se dejó caer agradecida en el asiento del copiloto.

—Madre mía, ¿cómo aguanta la gente este frío? Lo de vivir tan al norte no puede estar pensado para los seres humanos. ¿Hay osos polares?

Ulrik sonrió con indulgencia.

—No, nada de osos polares, pero sí hay osos pardos en el bosque, así que más vale que tengas cuidado.

Extendió los brazos como si fuera a agarrarla y soltó un alarido aterrador.

—Pues de eso no me habías dicho nada —respondió ella riendo—. Yo solo he oído hablar de nieve reluciente, sauna y champán.

—Sí, sí —le dijo Ulrik con un guiño—. Tendrás que ser paciente. Vamos a parar a comprar antes de seguir hacia Docksta. Una vez en la granja, no habrá rastro de tiendas, solo tú y yo en una zona desierta.

Ulrik alargó la mano y le dio un cariñoso apretón en la rodilla. A Laura le encantaba su compañía, era un chico alegre y de trato fácil. Auténtico, por así decirlo. Fiable, muy distinto de los hombres que había conocido hasta ahora.

Lo único que le preocupaba era que parecía apesadumbrado, como

si hubiera algo que lo reconcomiera. A veces era como si se perdiera en sus pensamientos, como si estuviera ausente. Laura suponía que tendría que ver con el divorcio. O quizá con el hecho de no poder tener consigo a sus hijos con más frecuencia. Se preguntaba a qué se debía, si habría alguna razón concreta. No había querido presionarlo preguntándole, le parecía demasiado pronto.

Se habían conocido en un bar de Marbella unos meses atrás, y a ella le gustó desde el primer momento. Ulrik destacaba entre los españoles en medio del establecimiento a rebosar: alto, rubio y con unos ojos de un azul intenso. Tenía en la cara un punto de ternura que le atrajo enseguida. Llevaba vaqueros y una camiseta, un estilo sencillo y relajado. Le sonrió a Laura con cierta timidez y le preguntó si quería tomar algo, y así empezaron a charlar. La conversación fluía entre ellos.

Después de aquella primera noche siguieron viéndose. Ella vivía en Fuengirola, y Ulrik, en Nerja, dos localidades turísticas de la Costa del Sol. Había un trecho entre una y otra. Nerja se encontraba a cincuenta kilómetros al este de Málaga, y Fuengirola estaba al otro lado de la ciudad, a treinta kilómetros al oeste del centro. Por lo general, se veían en casa de él. «Mejor así», pensaba Laura. Allí ella no conocía a nadie. A nadie que pudiera llegar y entrometerse.

El apartamento de Ulrik se encontraba sobre una pequeña playa, con unas espectaculares vistas al mar. Solía servirle el desayuno en la terraza, y Laura no había comido jamás unas tortillas más ricas que las suyas.

Poco a poco, empezó a soñar con un futuro común. Cierto que él era algo mayor y ya tenía dos hijos adolescentes, pero a ella no le importaba. Estaba deseando conocer a los chicos. Por lo general vivían con su madre, en la casa que la familia tenía a orillas del mar, no muy lejos de la granja de Ulrik.

Laura iba mirando por la ventanilla del coche. Era como un paisaje de cuento. A ambos lados de la carretera se extendía un bosque de abetos, vencidos por el peso de la nieve. De vez en cuando pasaban ante una cabaña de madera pintada de rojo en cuyas ventanas brillaba cálida la luz. Una mujer con un anorak largo y un gorro de piel venía por el arcén en un medio de transporte que Laura no había visto jamás. Parecía una silla de madera que se deslizaba sobre largas guías de acero.

En un campo cubierto de nieve trotaban a grandes zancadas un par de alces. Laura se sorprendió de lo grandes que eran aquellos magníficos animales. Tenían las patas muy largas, y la cabeza con una forma peculiar y de gran tamaño. Los animales cruzaron el lindero del bosque y desaparecieron.

Ya había empezado a oscurecer. Aquí y allá había montículos de

nieve que flanqueaban la carretera.

Laura se volvió hacia Ulrik y se quedó mirándolo de perfil. Alargó el brazo y le acarició la nuca. Cuando él se volvió hacia ella con una sonrisa, sintió un escalofrío.

Sentía que aquello era el principio de algo nuevo.

LISA ESTABA SENTADA en la terraza contemplando el montañoso paisaje, los caballos en el cercado del valle y la carretera que se alejaba serpenteando entre las colinas cubiertas de verdor. La casa a la que se había mudado hacía apenas un año se encontraba a las afueras del pueblecito de Benagalbón. Aunque la localidad se encontraba a tan solo unos veinte kilómetros de Málaga, la ciudad se sentía lejana. Cuando empezó a buscar una vivienda para comprar después del divorcio, aquella casa le encantó enseguida. Tenía una sola planta, con un porche al que se accedía desde la cocina. Fuera había una escalera de caracol que conducía a una azotea, con unas vistas increíbles a las montañas, las casitas blancas que salpicaban las colinas verdes y, de fondo, el mar azul cobalto.

La casa era espaciosa y de techos altos, pero necesitaba una buena reforma. Las paredes tenían la pintura desconchada, las tuberías estaban oxidadas, la salida de humo de la chimenea se había resquebrajado y había que cambiar la cocina entera.

Eso sí, se encontraba en un lugar tranquilo al final de la callejuela, a un tiro de piedra del corazón del pueblo. El canto de un gallo se oyó cruzando el valle, a pesar de que ya era más de mediodía. El sol brillaba, y hacía calor para aquella época del año. Lisa no tenía frío, aunque solo llevaba una falda de algodón, una camiseta y una chaqueta fina. Se apartó un rizo de la cara. Llevaba la larga melena rubia recogida en un moño y, por una vez, se había pintado los labios y se había puesto un toque de sombra de ojos y rímel. En honor a aquel día, el último del año. Y se alegraba de que ese año hubiera llegado a su fin. A partir de ahora, trataría de mirar al futuro en lugar de pensar en el pasado. Aunque era difícil.

Aún se le antojaba irreal el hecho de estar viviendo allí de verdad, de que aquel fuera su nuevo hogar.

Benagalbón era un pueblo tranquilo, no muy alejado de las localidades costeras donde las playas de arena se sucedían unas a otras camino de la gran ciudad de Málaga. Allí arriba, en las montañas, el turismo de masas resultaba un fenómeno lejano. Algún que otro turista pasaba por el pueblo, pero lo que más se oía hablar por las calles era español.

El pueblo apenas contaba con mil habitantes y tenía una iglesia, un

colegio, una panadería, varios comercios y restaurantes, pero poco más. Las casas se sucedían unas a otras a lo largo de las calles empedradas, y en las aceras había maceteros con flores. Muchas fachadas lucían platos de cerámica y retratos de la Virgen, y la decoración navideña adornaba todos los rincones.

Podría haber sido lo más idílico y agradable del mundo, de no ser por la tristeza que la afligía. Apenas había transcurrido un año desde que recibió la noticia que echó por tierra su vida entera de un golpe único y brutal. Su marido y compañero le contó un día al llegar a casa que se había enamorado de una de sus alumnas. Y que quería separarse.

Aquello pilló a Lisa por sorpresa. Axel llevaba seis meses viajando a Londres todas las semanas por exigencias de su cargo como profesor universitario, cierto, pero pasaban juntos los fines de semana y ella pensaba que su relación iba bien. Después de todos aquellos años, seguía enamorada de él. Pero Axel se mostró inamovible y ella no pudo hacer nada. Solo quedaba ocuparse de los aspectos prácticos. Y entonces todo fue muy rápido.

En tan solo unas semanas, vendieron la casa familiar de Enskede en la que tantos años habían pasado juntos y en la que habían crecido sus hijos. Lisa se despidió de su puesto de profesora de instituto y se mudó a la Costa del Sol. Hizo realidad un sueño y se compró una casa en el idílico pueblo de Benagalbón.

A aquellas alturas, su exmarido había llegado a prometerse con su novia británica, y a Lisa no le extrañaría que el día menos pensado la joven se quedara embarazada. Era evidente que Axel pensaba empezar de nuevo. Como si la historia de ellos dos no significara nada.

Lisa suspiró con amargura y tomó un trago de vino de la copa que tenía en la mesa de plástico blanca, al lado de un plato de aceitunas, cacahuetes, pepinillos y unas rodajas de salchichón. Eran las cuatro y todavía no tenía ningún plan para Fin de Año. La única amiga de verdad que tenía en España, Annie, su amiga de la infancia, pasaba Navidad y Fin de Año con unos amigos en Gran Canaria. Las demás personas a las que había conocido eran relaciones superficiales y, puesto que no la habían invitado a ninguna fiesta, no quería ir a molestar a ningún sitio.

Había una persona a la que sí habría podido preguntarle. El policía español Héctor Correa.

Recordó su figura: alto, en vaqueros y camisa con un pañuelo en el cuello, el pelo entrecano, ondulado y abundante, y una barba bien cuidada. Tenía una cara atractiva, con un ojo castaño y otro verde.

Se habían conocido en un curso de flamenco en el casco antiguo de Málaga y empezaron a hablar. Resultó que Héctor se había quedado viudo cinco años atrás, y era inspector de Homicidios en la Policía de

Málaga. Justo cuando acababan de conocerse, se produjo en la ciudad de Ronda un asesinato en cuya investigación se vieron involucrados varios suecos, y Héctor le pidió a Lisa que se encargara de hacer la interpretación durante los interrogatorios. La colaboración salió bien y, a partir de entonces, empezaron a hacerle encargos de interpretación de vez en cuando, además de que los dos siguieron yendo a bailar flamenco. Y eso era todo.

A veces Lisa tenía la impresión de que había surgido una tensión entre ambos, pero un segundo después desaparecía por completo. Héctor era interesante, pero ella se preguntaba si había superado la muerte de su mujer. Parecía que le costaba olvidar a Carmen, y quizá no estuviera preparado para seguir adelante. Tal vez ella tampoco. Tenía el corazón destrozado y necesitaba tiempo para sanar. Treinta años de amor no se borraban así como así.

Se llevó a la boca un par de aceitunas y contempló el valle. De pronto, sonó el teléfono.

—Hola, mamá, feliz Año Nuevo —oyó que decía su hija Olivia.

Parecía sin resuello. Se oían voces y risas de fondo.

—Feliz Año Nuevo. ¿Cómo lo estáis pasando?

—De maravilla —respondió Olivia entusiasmada—. Hemos estado todo el día esquiando, hay un montón de nieve y no hace demasiado frío. Incluso ha salido el sol.

—Vaya, estupendo —dijo Lisa con un punto de envidia y de añoranza en el pecho.

Sus hijos habían pasado con ella el día de Navidad, pero el Año Nuevo lo celebraban con su padre. Se encontraban en Åre, con Axel y Elaine, que tenía la misma edad que Olivia: veintinueve años.

A Lisa le encantaba esquiar. Recordaba cuando iban todos juntos a Trysil, en Noruega. Los días en las pistas, la alegría en los ojos de los niños, Axel haciendo el payaso con los esquís y haciendo reír a todo el mundo, el almuerzo que llevaban preparado y que consumían en alguna cabaña de descanso, el chocolate caliente delante de la chimenea cuando llegaban a casa, jugar a las cartas por la noche toda la familia…

Contempló la terraza y su solitaria copa de vino, y se controló para mantener firme la voz.

—Y tú, ¿qué haces? —preguntó Olivia.

—Aquí sentada disfrutando de las vistas —dijo Lisa haciendo un esfuerzo por sonar satisfecha—. Esto es maravilloso, tenemos casi veinte grados.

—Qué bien. ¿Y cómo vas a celebrar el Fin de Año?

Lisa dudó un segundo. No quería decirle la verdad, no quería darles a Axel y a Elaine la imagen de una mujer sola y rechazada, por auténtica que fuera esa imagen.

—Voy a cenar con un grupo de amigos en el restaurante del pueblo —mintió—. Se puede comer fuera, ¿sabes?, y luego habrá fuegos artificiales y fiesta en la plaza.

—Vaya, qué bien —dijo Olivia. Lisa oyó que la llamaban—. Tengo que irme, vamos a la sauna. Bueno, un beso, mamá. Victor y los demás te mandan muchos recuerdos. Pásalo bien esta noche, y buen final de año.

Lisa se despidió y colgó con una sensación de abismo en el pecho. «Buen final», pensó. Más o menos como si la vida terminara con las doce campanadas. «Que tengas un buen final en medio de tu soledad.»

Pensar en sus hijos sentados en la sauna con el hombre que era el amor de su vida y la joven novia que se había buscado le provocaba náuseas. Era una tortura oír la alegría en las voces que sonaban de fondo. Axel había mantenido el contexto familiar; lo único que hizo fue sustituirla a ella.

NO HABÍA NADIE más en la carretera. Las luces largas solo iluminaban los abetos más próximos en el denso bosque que se extendía a ambos lados del coche. No había forma de saber lo que esperaba más allá. Era como una tierra de nadie de color negro, lejos de la civilización, carente de vida humana. Un universo en sí, helado, silencioso.

Fui conduciendo despacio, giré para entrar en un claro del bosque y apagué el motor. Se hizo un silencio absoluto.

El frío helador de la tarde me sorprendió cuando salí del coche, y empecé a toser en cuanto el aire me llenó los pulmones. Mierda. Me cubrí la boca con la manga y traté de hacer el menor ruido posible, por si alguien, contra todo pronóstico, anduviera por el bosque a esas horas. Encendí la linterna frontal y me la puse. Fui siguiendo con la vista la luz que recorría los abetos cubiertos de nieve. El bosque se extendía oscuro y denso a mi alrededor, como si estuviera tramando algo. Las estrellas brillaban como gélidos puntos relucientes en el negro cielo.

Sentía como si me estuvieran observando, como si me siguieran miles de ojos. A lo lejos se oía algún que otro estallido, como un presagio de lo que aguardaba.

Abrí el maletero y saqué lo que necesitaba llevarme, junto con los esquís y los bastones. Si iba bosque a través nadie me vería llegar. Nadie alcanzaría a percatarse de lo que estaba ocurriendo.

Me ajusté los esquís y entré en el carril. El solitario haz de luz de la linterna frontal iluminaba el camino.

Los esquís avanzaban deslizándose por las huellas que habían dejado las motos mientras yo respiraba despacio según me iba impulsando con los bastones en la nieve. El cuerpo respondía, era fuerte, tenía el control.

Esa certeza me empujaba a avanzar a través de la oscuridad, a través del bosque, adentrándome en la noche.

APENAS FALTABA UNA hora para que terminara el año.

La esfera de la luna llena descansaba sobre el bosque y arrancaba destellos a la nieve bajo su pálido resplandor.

La granja estaba algo aislada, no había otros edificios cerca y todo estaba en silencio, tranquilo, helado. Pero en el interior de la casa se divisaba una luz cálida y acogedora. Había velas encendidas en las ventanas y en la chimenea aún ardía el fuego.

La bañera caldeada con leña se encontraba a unos metros de la casa, con vistas al paisaje nevado y al espeso bosque que, en medio de la oscuridad, solo podía intuirse.

Ulrik se despojó del albornoz. El contraste entre el aire gélido y el agua ardiente hizo que el cuerpo se le tensara al máximo antes de poder relajarse poco a poco. Empezó a exhalar el aire despacio. Aquello era justo lo que necesitaba. Desconectar, disfrutar, pensar en otra cosa. Dejar que su atormentado cerebro se olvidara de toda la basura, aunque solo fuera por un momento. Toda aquella basura que arrastraba y de la que no se vería libre jamás. Había muchas cosas que Laura ignoraba de él, pensó. Pero no podía compartirlo todo con ella. Había secretos que jamás podría compartir con nadie.

Laura soltó un grito mezcla de temor y entusiasmo cuando su piel entró en contacto con la humeante superficie del agua. Ulrik la miró. Era estupendo estar allí a solas con ella, él y ella en la clara noche silenciosa. Como si fueran los últimos seres vivos del planeta, y como si nada más en el mundo tuviera importancia, ni el ahora ni el pasado.

La nieve envolvía el entorno en un grato silencio, solo una lechuza se oía ulular a lo lejos. ¿No decían que ese sonido solía ser un presagio? Las antorchas ardían a su alrededor en la nieve, y el resplandor de la luna que iluminaba el paisaje invernal resultaba casi fantasmagórico.

—Qué luna más rara… —dijo Laura, como si le hubiera leído el pensamiento, y señaló al cielo—. ¿La ves?

—Sí, es increíble —aseguró Ulrik—. No recuerdo haber visto una luna llena igual en una noche de Fin de Año.

—¿Tú crees que significará algo? —Le hizo un guiño—. Suerte, quizá.

—Suerte para nosotros, en el mejor de los casos —respondió él, pero

sintió el vacío que lo embargaba—. Eso espero.

Laura se abandonó en su regazo y se besaron. Entrelazaron las piernas y se dieron la mano.

Apoyó la cabeza en su pecho. Tenía algo que la hacía sentirse segura. Él sintió el impulso de contarle más de su vida. Tal vez pudiera desprenderse de todo lo pasado, olvidar y seguir como si nada hubiera ocurrido, si conseguía compartir la carga… Tal vez fuera posible junto a Laura…

Hasta el momento le había mencionado el divorcio de pasada, pero ahora tomó la palabra y empezó a contárselo todo.

Fue él quien tomó la iniciativa de separarse. Sandra no quería aceptar que lo suyo se había terminado. No fue una ruptura fácil, pero Ulrik no veía otra salida. No soportaba ya su necesidad de control, su suspicacia y sus celos. Cuando por fin se lo dijo, estaba resuelto, llevaba tiempo procesando la idea.

Ya había pasado un año de la separación, y aún no habían terminado de hacer el reparto de sus propiedades. Cuando Ulrik tomó la decisión de trabajar a distancia y mudarse al apartamento que la familia tenía en España, fue una forma de huir, y lo sabía.

—De todos modos, voy a casa una vez al mes para ver a los chicos. Espero que sea suficiente… Hice todo lo que pude, pero a veces me pregunto…

Laura lo miró a la cara cuando él guardó silencio y le acarició la mejilla.

—Hiciste lo que te pareció que necesitabas. A veces no tenemos elección.

Ulrik atrajo el cuerpo desnudo de Laura hacia sí.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Cómo has vivido tú este año?

Ella se retorció incómoda con la tensión reflejada en la cara.

—Bueno… —Tardó un instante en responder—. Yo también he roto una relación de mucho tiempo. No tan larga como la tuya, pero ha sido duro de todos modos.

Guardó silencio con la mirada inquieta. Era obvio que no quería decir nada más al respecto. Aquello había ocurrido un par de veces más, cuando había surgido el tema de su pasado. Ella le decía que quería mirar al futuro y dejar atrás lo sucedido. Y, en realidad, eso era justo lo que quería él también. Olvidar y seguir adelante.

Alzó la copa, invitándola a un brindis.

—Estamos aquí y ahora, eso es lo que cuenta.

A Laura se le iluminó la cara; parecía aliviada.

—Tienes razón. Vamos a celebrar que es Fin de Año. —Alzó la copa y sonrió—. ¡Salud!

—Apenas faltan unos minutos —dijo Ulrik brindando con ella.

Sintió cómo Laura se ponía rígida entre sus brazos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en voz baja a la vez que señalaba el cobertizo al otro lado de la explanada, a duras penas iluminado por un viejo farol del establo que colgaba de la pared.

—¿El qué?

—¿No lo has oído? —susurró—. Hay algo allí, en aquella esquina.

Se acercó a él más aún.

—Será un zorro que anda por ahí —respondió Ulrik—. No es peligroso. —Alargó el brazo en busca de la botella de champán que estaba hundida en la nieve—. Toma, bebe un poco más, las copas tienen que estar llenas para cuando den las doce.

—De acuerdo —dijo Laura, pero lanzando al mismo tiempo otra mirada temerosa al oscuro rincón.

Volvió a oírse un crujido.

—Espera —le pidió ella—. Escucha.

Algo estaba moviéndose por allí, en la espesa nieve, era evidente. Ulrik sintió que se le tensaba el cuerpo. Deslizó la mirada por el bosque, las ondulantes llanuras que rodeaban la antigua granja, la nieve intacta, el estrecho camino helado por el que no habían visto pasar un solo coche. ¿Sería un animal salvaje? Decían que hacía poco habían visto a un lobo por la zona, lo cual era insólito. Y ahí estaban ellos dos, sentados en la tina, desnudos y desvalidos.

Miró el reloj. Faltaban dos minutos para las doce campanadas. Los fuegos artificiales espantarían a cualquier animal, que huiría hacia el bosque.

Y ya no pudo seguir razonando. Un golpe sordo, alguien que arañaba la pared del cobertizo.

—Eso no parece un animal —susurró Laura asustada.

—Chist —dijo Ulrik, y se llevó un dedo a los labios.

Se quedaron sentados en absoluto silencio, inmóviles y escuchando con atención unos segundos. Y entonces, de pronto, se oyó un tableteo, y alguien que tosía.

Ulrik se levantó de pronto de la tina.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en voz alta—. ¿Qué buscas?

Entonces apareció una figura que salió de la oscuridad y quedó en medio de la pálida luz invernal de la luna.

—Pero ¿qué demonios…? —gritó Ulrik.

Laura seguía sentada a su lado, petrificada.

La figura llevaba un objeto en la mano.

Un movimiento fugaz, un sonido agudo. Y un segundo después el cuerpo de Ulrik se sacudió de golpe. Un sollozo; luego, silencio. Ni un sonido surgió de sus labios, pero su cuerpo siguió estremeciéndose y chapoteando en el agua. La sangre cayó en un chorro dentro de la tina, y sobre el torso y la cara de Laura.

Ella soltó un grito, pero enseguida se oyó otro silbido. Luego resonó

un chapoteo en el agua, antes de que todo quedara en silencio. El agua se serenó y se hizo la calma.

Volvió a oírse el ulular de la lechuza, justo antes de que los fuegos artificiales que daban la bienvenida al Año Nuevo estallaran surcando el negro cielo.

Era medianoche y empezaba el nuevo año.

HÉCTOR CORREA ESTABA en el balcón de su piso de la plaza de la Merced, en el corazón del casco antiguo de Málaga, contemplando el panorama. Los restaurantes, los bares y los cafés siempre estaban llenos de gente, y más aún la noche de Fin de Año. Los españoles tenían la costumbre de salir esa noche, en lugar de quedarse en casa con la familia y los amigos. Por su condición de policía, esperaba con todas sus fuerzas que no hubiera demasiado jaleo. Habían tenido muchísimo que hacer en Homicidios las últimas semanas, y necesitaba un poco de tranquilidad.

Había decidido recibir el año en soledad, a pesar de que sus hijos trataron de convencerlo para que se quedara en la casa de su hija Marisol, a las afueras de Málaga, junto a ellos y sus nietos.

Y sí, claro que apreciaba sus desvelos. Habían disfrutado de un largo almuerzo de final de año que había durado hasta las seis de la tarde. Las barbacoas se llenaron primero de marisco. Héctor cerró los ojos al recordar el aroma de los langostinos en la parrilla, de las gambas al ajillo y al limón, acompañadas de un cava bien frío, que disfrutaron sentados bajo el gran eucalipto del jardín. Después del marisco venían las chuletillas de cordero con hierbas aromáticas, zanahorias y patatas, regado con un buen rioja. De postre tomaron turrón.

Lo habían pasado de maravilla durante la comida. Marisol y su hermano Adrián estuvieron chinchándose y discutiendo de broma con el cariño de siempre. Rara vez se había producido algún conflicto entre los hermanos; al contrario, siempre lo pasaban bien juntos. A pesar de que los dos tenían ya más de treinta años, nunca dejaban de jugar a perseguirse, pelear y hacerse rabiar mutuamente. No se llevaban más de catorce meses y eran como mellizos. A veces salían a cenar los dos solos, y las dos familias iban juntas a la playa o de excursión. Ambos cursaron sus estudios universitarios al mismo tiempo. Adrián era ayudante de la fiscalía y Marisol iba camino de convertirse en policía, igual que su padre.

Héctor estaba orgulloso de ellos. Le habría gustado que Carmen hubiera podido verlos. Los dos felices con sus parejas y, además, con descendencia. Adrián tenía dos hijos: José Luis, que tenía seis años, y Hugo, de cinco. Pons, el pequeño de Marisol, tenía cinco años también, y su hermana Leticia acababa de cumplir tres.

Había un gran alboroto alrededor de la mesa y, para alegría de los niños, habían lanzado varios cohetes desde la parcela cuando se puso el sol. Luego, Héctor se despidió y se marchó a casa.

Acababa de servirse una copa del cava favorito de Carmen y suyo, como siempre hacía en la noche de Fin de Año. Desde que ella murió de cáncer con tan solo cincuenta años, siempre quiso estar solo para las doce campanadas. Sentía que era una forma de honrar su memoria.

Se apoyó en la barandilla del balcón y pensó en todos los fines de año que Carmen y él habían celebrado juntos. ¿Acaso iba a celebrar esa festividad él solo el resto de su vida?

Giró la cabeza al oír que se abría la puerta del balcón de los vecinos, una familia sueco-americana que se había mudado no hacía más de un mes. En el umbral apareció el marido, Sam. Era calvo y de baja estatura, y llevaba unas gafas cuadradas y un jersey de cuello alto. Héctor calculaba que sería diez años más joven que él, en torno a los cuarenta y cinco. Llevaba varias copas de champán y un racimo de uvas en las manos.

—Buenas noches —saludó el americano—. Supongo que podemos desearle feliz Año Nuevo, aunque aún falte un poco.

Sam hablaba español a la perfección y solo tenía un poco de acento. Impresionante, pensaba Héctor, sobre todo, siendo americano, cuyos nativos no tienen fama de dominar lenguas extranjeras. Tampoco los españoles, por cierto.

—Buenas noches —respondió Héctor—. Feliz Año Nuevo.

—¿Qué tal? ¿Es que estás solo? —preguntó Sam, y miró detrás de la espalda de Héctor, hacia el interior del piso, como esperando que hubiera allí más personas.

—Sí —dijo—. Estoy solo.

Sonrió a medias.

—No es la peor compañía que se puede tener —respondió Sam—. Yo también estoy solo. Hemos celebrado la Navidad en Suecia con la familia de mi mujer, y ella y los niños se han quedado allí, pero yo tuve que volver porque tengo una exposición que se inaugura pasado mañana. No había vuelos el día de Año Nuevo, así que… —Hizo una mueca y se encogió de hombros—. ¿Quieres una copa de champán? Es un Dom Pérignon, no hay otro mejor.

Héctor aceptó, apuró el último trago de cava y le acercó la copa. Los dos hombres brindaron, el champán era delicioso, tenía la temperatura perfecta y una sabrosa acidez mineral.

—¿De qué exposición se trata? —preguntó Héctor.

—Resulta que soy director del *Museum of Failure* —aclaró Sam.

—¿El museo del fracaso? —preguntó Héctor sorprendido—. ¿Y qué es lo que exponéis allí?

Sam se echó a reír.

—Todos los fracasos que te puedas imaginar. Productos que nunca vendieron, cosas que salieron mal. —Echó una ojeada al reloj—. Si quieres te cuento más en otro momento, ya falta muy poco para las doce. —Se dio media vuelta y se sirvió un gran racimo de uvas—. ¿Tienes uvas?

Héctor negó con un gesto. Lo de comerse doce uvas con las doce campanadas era un ritual, sí, pero él llevaba tiempo sin seguirlo.

Héctor observó a Sam mientras este preparaba dos copas de champán con doce uvas cada una, aceptó la que le ofrecía y se encontró con la mirada traviesa de su vecino.

—Muy bien, ¿estás listo? —preguntó Sam—. Solo falta un minuto.

El campanario de la catedral empezó a sonar y en la plaza se hizo el silencio, pues todos estaban ocupados comiéndose las uvas. A los dos les costaba contener la risa mientras, cada uno en su balcón, trataban de tragar a toda prisa al ritmo de las campanadas.

De pronto, Héctor tomó conciencia de lo que estaba haciendo. Por primera vez desde que murió Carmen, tenía compañía durante las campanadas. Y estaba comiéndose las uvas. Lo atravesó una grata sensación de felicidad, y también de alivio.

Un segundo después de tragarse la última uva, y con la última campanada, estalló el júbilo en la plaza, sobre la que llovían los coloridos fuegos artificiales desde el cielo estrellado.

DÍA 2

Sábado, 1 de enero

EL SOL YA estaba poniéndose al otro lado de la ventana en la casa de madera que se alzaba al pie de la montaña, con vistas a la bahía de Dockstafjärden.

Mattias echó una ojeada al reloj. Ya era la una y media, y habían acordado verse a las doce. El fuego crepitaba en la chimenea, las pizzas estaban listas para meterlas en el horno y todos los amigos aguardaban sentados en los sofás del amplio salón rústico. En las ventanas ardían velas encendidas y el ambiente en la casa era cálido y agradable. Casi todos estaban resacosos y cansados después de la fiesta de la víspera, pero no importaba. El día de Año Nuevo siempre pasaba lo mismo. Hacía treinta años que el grupo de amigos se reunía justo ese día para comer pizza y jugar a las cartas. Se conocían a la perfección, y solo esperaban que Ulrik llegara con su novia española. Mattias se retorció inquieto en el sofá y volvió a mirar el reloj.

—¿Dónde demonios se habrá metido? —exclamó irritado.

Johanna, su mujer, se levantó para ir a la cocina en busca de más patatas fritas.

—¿Lo has llamado?

—Sí, no contesta. —Mattias soltó un suspiro—. Esto no es propio de él. ¿Le habrá pasado algo?

—Puede que hayan discutido —sugirió Johanna—. No se conocen tanto, y ya sabemos qué desencuentros pueden darse durante las primeras vacaciones juntos.

—Bueno, pues yo no pienso esperar más. Voy a buscarlo —dijo Mattias. Se levantó y se dirigió al vestíbulo—. Me llevo la motonieve, será lo más rápido.

Johanna lo acompañó a la puerta y, apoyada en el marco, le dijo:

—Vale, esperamos con las pizzas. Llama desde allí para que sepamos cuándo llegáis. —Le dio un beso—. Y no te preocupes.

Mattias echó a andar con la nieve crujiendo bajo sus pies, arrancó la moto y se alejó por el bosque a toda velocidad. Ya había empezado a anochecer.

Cuando llegó a la granja lo vio todo iluminado. El Land Rover de Ulrik estaba aparcado fuera.

Llamó a la puerta, pero nadie le abrió. No estaba cerrada con llave, aunque eso no tenía nada de extraño, nadie cerraba con llave en

Docksta.

Entró y saludó en voz alta:

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

En el vestíbulo vio las botas de invierno de Ulrik, que, con la cantidad de nieve que había, se habría puesto si hubiera salido. De modo que estaría en casa. «¿Estarán durmiendo?», pensó Mattias mientras se quitaba las botas y dejaba los guantes, el casco y el gorro en el alféizar de la ventana.

Volvió a llamar en voz alta, pero seguía sin obtener respuesta. Se dirigió a la cocina, que notó helada, como si hubieran dejado una ventana abierta. En la mesa había unos platos, restos de gratinado de patata en un molde de horno, un solomillo de ternera del que alguien había cortado algunos filetes, una fuente de ensalada y copas de vino a medio beber. De un altavoz salía una suave música ambiental.

Eran las dos de la tarde del día de Año Nuevo, pero parecía como si acabaran de levantarse de la mesa después de la cena de Fin de Año. La preocupación empezó a hormiguearle en el cuerpo. ¿Qué demonios habría ocurrido?

Miró en el dormitorio. La cama estaba hecha. En el salón había ropa esparcida por el suelo: una blusa, una falda, un par de vaqueros, una camisa, un sujetador, unas bragas… Le dio la sensación de haberlos interrumpido en pleno acto amoroso, solo que no había ni rastro de los amantes. Mattias se quedó de pie mirando a su alrededor, escuchando la suave música envolvente que, en ese momento, le pareció amenazadora. ¿Dónde se habrían metido? ¿Se habrían ido a la cabaña de huéspedes y estarían dormidos allí?

Comprendió por qué estaba tan fría la cocina al ver que la puerta de la terraza estaba entreabierta. La abrió del todo y salió. La iluminación exterior estaba encendida, y miró la tina, pero desde donde estaba no podía distinguir el borde.

De pronto, vio algo.

En la espesa nieve se apreciaban unas huellas que llevaban hasta la tina de madera. Tragó saliva. Echó una rápida ojeada a su alrededor: ni rastro de ningún ser humano, ningún movimiento.

—¡Ulrik! —dijo inseguro—. ¿Hola? ¿Dónde estás? —Le tembló la voz. Se puso un par de botas viejas que había junto a la puerta. Le quedaban un poco grandes y tenía que ir apretando los dedos de los pies para que no se le salieran. Con los ojos clavados en la tina, se fue acercando. Primero vio los albornoces blancos en un taburete.

El espectáculo que encontró al acercarse era tan macabro que parecía sacado de una película de terror. Su amigo estaba apoyado en la pared de la tina, desnudo y con una palidez horrible en el rostro. En medio del cuello tenía una flecha, y la sangre había corrido abundante desde la herida por el pecho hasta llegar al agua. Parecía que la flecha

le hubiera atravesado primero el cuello y lo hubiera dejado luego clavado en la madera. El agua había adquirido un color rosáceo, y la superficie aparecía cubierta de una capa de hielo. Ulrik tenía los ojos abiertos de par en par, y la mirada gélida clavada en el vacío.

Mattias soltó un sollozo.

—¿Qué demonios…? —se lamentó jadeando.

Oyó su propia respiración entrecortada, sintió las náuseas abrirse camino a través de todo su cuerpo, se sintió mareado, se le nubló la vista. No era capaz de asimilar una escena tan horrible; de comprender que era verdad, que era real.

Dirigió la mirada al otro cadáver que había en el agua. Al lado de Ulrik había una mujer menuda, desnuda también, con la piel color aceituna. Se la veía flácida y medio hundida, como una medusa pegada a la tina, y tenía una flecha idéntica a la de Ulrik que sobresalía del pecho ensangrentado. Tenía la cabeza rígida y la oscura melena tiesa y congelada.

El grito de Mattias resonó por la pradera y se propagó cruzando el bosque callado y oscuro.

LA TARDE DEL día de Año Nuevo, Héctor se había ido a la cama a echar una siesta. Le gustaba reposar después del almuerzo, aunque hoy se lo había saltado. No tenía ni hambre ni ganas de cocinar para él solo, y estaba cansado después de haber trasnochado con el vecino. Cuando dieron las doce campanadas, Sam fue a su casa y estuvieron bebiendo *whisky*, hablando y escuchando música hasta las tres de la mañana. Hacía mucho que Héctor no lo pasaba tan bien. La manera de ser excéntrica de su vecino le renovaba la energía. En todo caso, estaba muy bien poder echarse a descansar un rato. No estaba acostumbrado a esos excesos.

El piso tenía dos dormitorios; el que habían compartido Carmen y él estaba reformado por completo. Después de su muerte, Héctor cambió la cama por una de las que en realidad siempre quiso tener. Ella prefería camas independientes, aunque estuvieran juntas, pero con sendos edredones, de modo que cada uno pudiera dormir a gusto. En realidad, a él eso nunca le agradó, habría preferido dormir bajo el mismo edredón y poder sentirla cerca, sentir el calor de su piel y de su aliento. Alargar el brazo y poder tocarla si se despertaba de pronto.

Estuvo bien cambiar todos los muebles antiguos cuando reformó el piso. Para él tenía un significado concreto: que la vida seguía adelante, que él seguía adelante. Al menos, lo intentaba.

Así que había cambiado la vieja cama de matrimonio por una *king size* que colocó en el centro del dormitorio. Había pintado las paredes, al igual que el resto del piso. Se deshizo de todo lo antiguo. Al otro lado del baño había un cuarto de invitados, pero lo cierto era que la única persona que lo había utilizado hasta ahora era Lisa Hagel, y ocurrió la tarde que se conocieron, el primer día del curso de flamenco al que asistían los dos. Las clases eran en el sótano del Museo del Flamenco, en una calleja del casco antiguo, a tan solo unas manzanas. Después, todos los participantes fueron a tomarse unas tapas, y Lisa se tomó varias copas de vino, de modo que no podía conducir y se quedó a dormir en casa de Héctor. Así fue como se conocieron. Ahora Lisa formaba parte de su vida, pero solo como amiga y, a veces, como intérprete, cuando la policía tenía que interrogar a ciudadanos suecos que no hablaban español. Sin embargo, Héctor pensaba en ella a menudo y, en el fondo de su alma, esperaba más de la relación. A

veces entraba en el dormitorio, se tumbaba en la cama y se imaginaba a Lisa a su lado. A veces le gustaría que estuviera allí.

La siesta de la tarde solía ser una breve cabezada, pero hoy no trabajaba y no tenía nada que hacer, de modo que podía dormir todo lo que quisiera.

De pronto lo despertó el insistente sonido del móvil, que vibraba en la mesita de noche. Somnoliento, alargó el brazo en busca del teléfono: era un número desconocido. Parecía extranjero. Se incorporó adormilado y se sentó en el borde de la cama. Al otro lado resonó una voz grave de mujer, que hablaba español con un ligero acento extranjero.

—Hola, me llamo Vera Krona y llamo de la Policía de Örnsköldsvik, en Suecia. ¿Hablo con el inspector de Homicidios Héctor Correa?

Héctor enarcó una ceja. La policía de… ¿qué había dicho? Supuso que la mujer había mencionado el nombre de una localidad, pero a él le parecía imposible de pronunciar y no le resultaba familiar. Miró el reloj, eran cerca de las tres de la tarde.

—Hola —respondió Héctor—. Sí, soy yo. ¿Qué quería?

—Me ha facilitado el número su jefa, Andrea Cuadros. Me ha pedido que me ponga en contacto con usted. Espero no molestarle.

—No, en absoluto.

Se levantó de la cama. La mujer había despertado su curiosidad. ¿Qué podía querer de él la Policía sueca? ¿Y cómo es que la agente que llamaba hablaba un español casi perfecto? La mujer carraspeó un poco y habló con más gravedad aún:

—Resulta que hemos encontrado a una ciudadana española, una mujer de treinta y dos años natural de Fuengirola. Su cadáver estaba junto al de un hombre sueco de cuarenta y siete años que pasaba temporadas en Nerja. Han muerto asesinados. Yo soy comisaria de la Policía Judicial y estoy a cargo del caso con la Policía Local de Örnsköldsvik.

—Qué barbaridad —soltó Héctor. Siguió hablando mientras iba a la cocina y se servía un vaso de agua—. ¿Cuándo encontraron los cadáveres? ¿Cómo los han asesinado?

—Un amigo del hombre, que vive por allí cerca, los encontró hace unas horas. A los dos los han matado disparándoles una flecha. Teniendo en cuenta el origen de la mujer, hemos querido contactar con la Policía española de inmediato, aunque la investigación se lleve a cabo aquí, claro. —La comisaria carraspeó un poco e hizo una breve pausa—. Supongo que podremos colaborar en este caso.

—Por supuesto que sí —respondió Héctor—. Pero, entonces, ¿los mataron con una flecha? Es un procedimiento insólito.

Continuó hacia el despacho y echó mano de un cuaderno y un bolígrafo.

—Les dispararon desde una distancia bastante corta, según parece —continuó Vera Krona—. Creemos que se trata de algún tipo de flecha de caza que la gente utiliza aquí para cazar animales de gran tamaño. Sabremos más cuando el forense haya examinado los cadáveres. Ya viene de camino desde Umeå, pero se tarda un par de horas en coche, así que aún falta para que llegue. Y los técnicos de Criminalística están en ello. Nosotros acabamos de llegar.

—¿Dónde está… Ö… la ciudad de la que dice que llama?

—Örnsköldsvik es una ciudad situada a orillas del mar de Botnia, entre Sundsvall y Umeå, aunque supongo que eso a usted no le aclara nada… Está a unos quinientos kilómetros al norte de Estocolmo. De todos modos, el asesinato se cometió en el pueblo de Docksta, a cuarenta kilómetros de la ciudad.

—O sea, a un buen trecho de distancia de la Costa del Sol —constató Héctor—. ¿Hay algún sospechoso?

—Nadie, por ahora. Estamos trabajando sobre la base de un frente amplio.

—¿Cuándo se produjo el crimen?

—Es difícil decirlo antes de que el forense se haya pronunciado, pero el *rigor mortis* parece estar instaurado. En la cocina encontramos los restos de una cena con platos y todo lo demás, hay ropa esparcida camino de la tina de baño del jardín, junto a la cual hemos encontrado una botella de champán y dos copas en la nieve. No hace falta ser ingeniero espacial para suponer que los mataron la tarde o la noche de Fin de Año.

—¿Cómo se llaman las víctimas?

—Ulrik Melin y Laura Rivera. Ella está registrada en una dirección de Fuengirola, y él aparece empadronado en Docksta, pero vive por lo general en un apartamento en Nerja, que aún conserva con su exmujer. Se han separado hace muy poco.

—¿Qué sabéis sobre la relación que tenían las víctimas?

—No mucho. Según el amigo que encontró los cadáveres, se conocieron hace unos meses. Si quiere puedo enviarle ahora mismo por correo electrónico la información y algunas fotos del lugar del crimen.

—Sí, por favor. Y, de todos modos, también me gustaría echarles un vistazo a los dos cadáveres y al escenario. Y quizá estar presente durante el interrogatorio a la exmujer, al menos. ¿Tienen hijos?

—Sí, dos hijos, uno de diecisiete y otro de diecinueve. Viven con la madre en la casa de campo de la familia, en Docksta.

—Es decir, no muy lejos de la granja donde los asesinaron, ¿no?

—Qué va, se encuentra al otro lado de la bahía, a unos veinte kilómetros.

—De acuerdo, contactaré a la Europol de inmediato. Puedo

participar como testigo del interrogatorio, sin hacer preguntas, pero me gustaría saber qué dicen. ¿Usted podría ejercer de intérprete? Tomaré un vuelo hacia allá mañana mismo, lo antes posible.

Vera Krona le dijo que llevarían los cadáveres al Anatómico Forense de Umeå. Héctor podía volar hasta allí, ella lo estaría esperando y luego irían juntos al lugar del crimen.

—De acuerdo —respondió Héctor—. ¿Cómo está el lugar ahora mismo y qué medidas ha tomado la policía sueca?

—La investigación técnica está en marcha, como le comentaba, y tenemos patrullas caninas inspeccionando la zona del bosque. Estamos preguntando a los vecinos puerta por puerta y vamos a efectuar interrogatorios con los familiares en cuanto sea posible. La exmujer está demasiado conmocionada, la han llevado al hospital, así que habrá que esperar un poco. Es decir, ahora se trata de intentar atrapar al autor del crimen lo antes posible.

EL LOCAL DEL restaurante estaba lleno y la terraza muy animada, pues era el día de Año Nuevo. Podría pensarse que el ambiente se habría relajado en el pueblo, después de las fiestas del día anterior, pero no. La plaza de la Iglesia estaba llena de niños que corrían y jugaban, o que miraban con ojos de asombro el enorme portal de Belén con la Virgen María y el Niño Jesús, que estaba al lado de la puerta de la iglesia. Delante de las casas de alrededor había gente mayor sentada en sillas de plástico, charlando bien resguardados con chaquetas, abrigos y mantas para protegerse del frío de la tarde.

Lisa estaba sola, no le apetecía nada cocinar y cenar otra noche en casa sin compañía. Le ofrecieron una mesa al fondo del local, enfrente de la gran chimenea, de la que surgía un agradable chisporroteo. Era una pareja canaria la que llevaba el restaurante Candelaria, que hacía honor a su nombre, porque en todas las mesas, cubiertas con manteles de cuadros rojos y blancos, había velas encendidas en preciosos candelabros.

Pidió un agua mineral y el atún a la plancha, la especialidad de la casa, y observó el restaurante, cuyos clientes charlaban y parecían estar pasándolo bien.

Detuvo la mirada en una familia que conversaba y reía. Sintió una punzada en el corazón. Unos padres con su hijo y su hija, que parecían no llevarse más de un año. Igual que ella, Axel y los niños cuando estos eran pequeños. Echaba de menos la convivencia. Alguien con quien compartir la vida cotidiana. ¿Llegaría a conocer a un hombre algún día? ¿Volvería a vivir el amor? Axel había desaparecido de su vida. Era casi como si nunca hubiera existido. Y claro que aún lo echaba de menos a veces, pero en los últimos meses se había producido un cambio. Poco a poco, había empezado a sentirse más fuerte. Lo pasado, pasado estaba, no quedaba más que aceptarlo. Había decidido no tomarse las cosas tan en serio, dejarse llevar un poco y vivir más el momento. Reírse del desastre a veces, sin más, y tomárselo todo con una pizca de humor. Como propósitos de Año Nuevo, seguro que los había peores.

Tomó un sorbo de agua y enseguida se sintió más animada. Pensaba que debía empezar a disfrutar más de la vida.

Como si el cocinero le hubiera leído el pensamiento, apareció y le

sirvió la comida en ese preciso momento. El aromático filete de atún estaba muy caliente, directo del fuego, con las marcas de la parrilla en la superficie; la pieza solo había tocado la plancha unos segundos, para que la carne quedara rosada y jugosa por dentro. Llevaba una guarnición de patatas bien cocidas en agua salada, las célebres papas arrugadas canarias. Sobre el pescado, el cocinero había esparcido la salsa especial de la casa, de color rojo y amarillo: una mezcla de pimiento rojo y amarillo bien picadito, tomate y cebolla en cubos idénticos con limón, ajo, aceite de oliva y un montoncito de perejil picado por encima.

Justo cuando Lisa acababa de llevarse a la boca un buen bocado vio a un joven que estaba sentado solo en la barra, en el centro del restaurante. No le quitaba ojo de encima y le sonrió mientras ella masticaba. Lisa apartó la vista. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba flirteando con ella? Tomó un trago de agua y se limpió con la servilleta. No pudo evitar levantar la vista de nuevo antes de seguir comiendo. Vio con sorpresa que el joven se había levantado de su asiento e iba directo hacia su mesa.

—Hola —le dijo al tiempo que le daba la mano—. Me llamo Javier, pero todos me llaman Javi. ¿Hablas español?

Ella asintió, un poco a la expectativa.

—Hola, sí, hablo español. Y me llamo Lisa.

—Me he enterado de que te has mudado aquí de Suecia hace poco y que estás reformando la casa, ¿es cierto?

—Sí, pero ¿tú cómo lo sabes?

—Soy albañil y vivo en el pueblo, justo encima del horno. Si necesitas ayuda con la reforma, puedes llamarme.

El joven le sonrió y le dio una tarjeta de visita.

—Gracias —respondió Lisa, y se guardó la tarjeta.

El joven le lanzó una mirada de aprobación antes de dar media vuelta y abandonar el restaurante. Lisa se quedó sentada mirando la tarjeta, donde se leía el nombre de una empresa de reformas. Javier le había anotado a boli su nombre y su número de móvil en el reverso. «Seguro que solo quería ser amable», pensó. O quizá necesitaba conseguir trabajo urgentemente. O las dos cosas.

En todo caso, Lisa no pudo evitar sentir un aleteo en el estómago.

DESPUÉS DE LA conversación con la policía sueca, Héctor trató de localizar a su jefa, Andrea Cuadros, pero comunicaba. No paraba de darle vueltas a la cabeza. Dos personas residentes en la Costa del Sol, asesinadas en Suecia. Y con una flecha, para colmo.

Héctor se dio una ducha rápida y se cambió. Era cierto que el examen del lugar del crimen debía hacerse en Suecia, pero la policía española tenía que hacer lo que estuviera en su mano en Málaga. ¿Quién era Laura Rivera? ¿Y qué hacía aquel ciudadano sueco en Nerja? ¿Qué podía haber provocado un asesinato tan brutal?

Se planteó ir al trabajo, pero prefería esperar y hablar antes con su jefa. Volvió a llamar; seguía comunicando. Le rugía el estómago. Miró la hora, eran las seis y media de la tarde, y no había comido nada desde la tostada del desayuno, a las nueve de la mañana. No era de extrañar que tuviera hambre. Le mandó un mensaje a Andrea y le pidió que lo llamara cuanto antes, luego salió del piso y bajó por las escaleras hasta la plaza.

Justo al lado de su portal se encontraba el restaurante favorito de Héctor, el bar Picasso; el célebre artista había nacido en aquel barrio, a un tiro de piedra de allí. Era un local agradable, cuyas paredes estaban decoradas con reproducciones de obras de Pablo Picasso. Era bastante pequeño y alargado, con las paredes de ladrillo rojo, lámparas de color verde, mesas de madera rústica y un viejo futbolín al que Héctor jugaba a veces con algunos de los otros clientes fijos. ¿Y si retaba a Sam, el nuevo vecino, a que le ganara una partida? Le daba la impresión de que tenían mucho en común.

Hacía un poco de frío, así que se sentó dentro, en su mesa favorita, junto a la entrada y enfrente de la barra y la pantalla de televisión, donde podía seguir los partidos del Málaga cuando jugaba. Era un hincha absoluto del equipo local. El camarero advirtió enseguida su presencia y le sirvió, sin preguntarle siquiera, un botellín de Cruzcampo, la cerveza favorita de Héctor.

—Feliz Año Nuevo. ¿Lo de siempre?

Héctor asintió.

Allí sabían bien lo que quería. Tapas tradicionales: gambas al ajillo, pimientos al horno y jamón serrano.

Desde donde se encontraba, Héctor podía ver toda la plaza. Los

jacarandás, preciosos y enormes, que daban flores color lila en primavera; el alto obelisco; la gente que paseaba por la zona con sus perros o charlaba sentada en los bancos. Las mesas de la terraza estaban casi llenas, y los turistas de todos los rincones del planeta se mezclaban allí con clientes españoles. Aquella era la estampa habitual durante todo el año.

Justo cuando le servían la comida, sonó el teléfono. Era Andrea. Su jefa era por lo general la tranquilidad personificada, pero ahora la oyó alterada. Héctor habló con ella del caso mientras comía, y decidieron que la sección al completo se reuniría la mañana siguiente. Andrea dirigiría la presentación del caso, pero Héctor tendría oportunidad de dar cuenta de la información que Vera Krona le hubiera transmitido hasta el momento. Lo mejor y lo más eficaz era que él se encargara en solitario de mantener el contacto con la Policía sueca, al menos al principio. Héctor pensaba tomar un vuelo a Estocolmo después de la reunión, y seguir hacia Umeå esa misma tarde.

—¿Qué sabemos de las víctimas? —le peguntó a Andrea.

—Laura Rivera, de treinta y dos años, soltera, sin hijos. Vive en un piso del centro de Fuengirola, donde trabaja haciendo la manicura en un salón. No tenemos nada respecto a ella, no figura en el registro.

—¿Y el hombre?

—Él y su exmujer son propietarios de un apartamento en Nerja, y trabaja de asesor informático, es autónomo. Se llama Ulrik Melin, y tampoco figura en el registro de la policía. Está separado desde hace un año y tiene dos hijos adolescentes que viven en Suecia con la madre —continuó su jefa—. Tendremos que empezar a indagar sobre la vida de las víctimas en España, hablar con familiares, amigos, compañeros de trabajo… y averiguar qué habían estado haciendo últimamente, si habían sido amenazados o habían sufrido algún percance similar. El registro domiciliario se hará esta misma tarde en los dos apartamentos, ya veremos qué sacamos en claro.

Cuando dejaron los asuntos policiales sobre el caso pasaron a hablar de cómo convendría tratar a la prensa. De lo que no cabía duda era de que el crimen iba a llamar la atención.

—En cuanto salga a la luz cómo se llevó a cabo el asesinato, los periodistas se pondrán alerta —constató Andrea—. El caso le va a encantar a la prensa: una pareja de recién enamorados a los que asesinan con arco y flechas mientras se bañan desnudos en medio de un paraje nevado y, además, en Fin de Año. Si añadimos el misterio de que los dos vivían en el sur de España, pero mueren asesinados en Suecia por un agresor desconocido que aún sigue suelto…

Andrea suspiró desanimada en el auricular.

—Ya, ¿y qué hacemos? —preguntó Héctor—. ¿Qué les decimos?

—Por ahora emitiremos un comunicado de prensa diciendo que en

Suecia han encontrado a dos personas residentes en nuestra región, y que la policía sospecha que se trata de un asesinato. Tendremos que decir que se trata de un ciudadano sueco de mediana edad y de una española de unos treinta años, natural de Fuengirola.

—Me parece bien. Ya veremos lo que tardan los periodistas en averiguar más detalles.

Héctor terminó la conversación. Apuró el plato, pagó y volvió a su casa. Una vez allí, se fue derecho al despacho y se sentó delante del ordenador.

Empezó a revisar el material que Vera Krona le había enviado desde Suecia. Las fotografías del lugar del crimen eran horribles, desde luego.

Eso sí, las primeras instantáneas estaban tomadas a cierta distancia y mostraban lo que parecía un paisaje idílico, con la casa de madera roja y las esquinas pintadas de blanco, y una gruesa capa de nieve en el tejado. Estaba situada en una colina con vistas a una pendiente nevada y rodeada de un bosque de abetos. Más allá de la vivienda había una cabaña, quizá una casita de huéspedes, y delante una terraza con una tina medio enterrada, revestida de paneles de madera. En la fotografía se apreciaba que era una tina a leña por el tubo de chimenea que sobresalía por un lateral.

Todo tenía un aspecto apacible, lo único que alteraba la imagen eran las cintas de color blanco y azul de la policía. Los técnicos de Criminalística habían montado unos potentes focos para iluminar el lugar del crimen en medio de la oscuridad invernal. Tal como había indicado Vera Krona, medio hundidas en la nieve había una botella de champán y dos copas. En los primeros planos se veía que aún quedaba un sorbo en el fondo de las copas, y que la botella estaba por la mitad.

Luego llegaron las fotos donde aparecían los dos cuerpos sin vida en la tina, helados en medio de la capa de hielo rosácea. El hombre estaba reclinado hacia atrás. Héctor sintió náuseas al ver la flecha que sobresalía del cuello y la gran cantidad de sangre alrededor. En otro primer plano se veía que la flecha había atravesado el cuello y se había clavado en la pared de la tina. La mujer se había desplomado y había caído hacia un lado, pero Héctor vio la flecha que sobresalía del pecho. La escena entera resultaba del todo irreal, como una composición espantosa de naturaleza muerta.

Trató de sacudirse el malestar y empezó a revisar el informe de la instrucción del sumario que había redactado la jefa sueca.

Le había enviado una fotocopia de los pasaportes. Héctor observó sus rostros. El hombre tenía el pelo corto y rubio, y los ojos de color azul claro. Parecía agradable y pulcro, un tipo de fiar, en cierto modo. El típico sueco. Miró entonces el retrato de Laura Rivera. Ojos ardientes castaño oscuro, una cara muy bonita con los pómulos

marcados y las cejas definidas. Tenía la oscura melena algo revuelta. Sin saber cómo, Héctor la asoció a Ulrike Meinhof, la terrorista alemana de la banda Baader-Meinhof que causó estragos en Alemania en los años setenta.

La pareja de las fotografías había llegado a Suecia la mañana del día de Año Nuevo. Veinticuatro horas después, estaban muertos.

Como era lógico, el asesino debía de encontrarse en algún lugar de la región de Norrland. Eso era lo habitual, que el perpetrador atacara por su zona. Ahora se trataba de esclarecer las últimas horas de vida de las víctimas, la conexión y las actividades que los habían llevado a los dos a la Costa Alta; si habían recibido amenazas, ellos, sus familiares o sus amigos, o si les había ocurrido algo raro en el trabajo. ¿Qué empujó al asesino a quitarles la vida con una flecha? Y, además, a los dos. ¿Era ese el plan, que ambos murieran, o dio la casualidad de que uno de ellos se encontraba donde no debía?

Héctor se retrepó en la silla, se quitó las gafas y se frotó los ojos. Una cosa era segura: tendría que verlo todo por sí mismo. Aunque aquello implicara viajar hasta el Polo Norte.

A CADA KILÓMETRO que avanzaba respiraba mejor, cuanta mayor era la distancia que me separaba de la granja, tanto más me distanciaba de lo sucedido. Iba escuchando música en la radio para tranquilizarme. Tenía los nervios en alerta absoluta. Detrás de cada curva esperaba encontrarme coches de la policía con las luces encendidas y barreras de control.

Y entonces empezó a nevar. La visibilidad era cada vez peor y tuve que aminorar la marcha, a pesar de que lo único que quería era alejarme lo máximo posible de allí. De pronto apareció un alce delante de mí. Frené en seco y, por un segundo, perdí el control cuando el coche empezó a patinar de aquí para allá. El animal cruzó la carretera corriendo y se perdió en el interior del bosque. Conseguí detener el coche y me dirigí al arcén. El corazón me latía acelerado y respiraba con tanta dificultad que apenas me llegaba aire a los pulmones. Me incliné hacia atrás y traté de respirar con normalidad. Tener un accidente ahora sería funesto. Bastaría con que alguien abriera el maletero para que se descubriera lo que había hecho.

Me había pasado horas conduciendo sin atreverme a parar, salvo en una ocasión, para orinar en el arcén. Cuando por fin llegué a mi destino, aparqué el coche y me retrepé en el respaldo del asiento. Al otro lado de la ventanilla vi que se acercaban dos hombres con cochecitos de bebé caminando por la acera, una joven paseaba al perro, unos niños jugaban en la nieve. Todo parecía normal. La tierra seguía girando. La vida transcurría como si no hubiera pasado nada.

Una ojeada al retrovisor me recordó la realidad. Mi rostro ceniciento tenía una expresión irreconocible para mí. Era como mirar a una persona extraña.

DÍA 3

Domingo, 2 de enero

LISA SE DESPERTÓ temprano el domingo por la mañana. Se quedó acostada a oscuras bajo el cálido edredón, escuchando el silencio de la casa y los pocos sonidos que se oían fuera. Solo los pájaros que trinaban y un perro que ladraba a lo lejos, al otro lado del valle. Bostezó y alargó el brazo hacia el almohadón del lado vacío de la cama de matrimonio. Añoraba el calor del cuerpo de otra persona, poder acurrucarse junto a alguien. Intercambiar unas palabras antes de dormirse, alguien que tuviera la luz encendida y se quedara leyendo un libro mientras ella cerraba los ojos para descansar. La seguridad de ser dos, dejar de estar sola.

«Aquí tiene que pasar algo pronto», pensó irritada. Después de todo, solo había cumplido cincuenta y cinco años, no tenía la menor intención de convertirse en una solterona a su edad. Era una persona cariñosa, alegre y animosa, con mucho amor que dar. No podía ser demasiado tarde para ella.

Suspiró y se giró hacia el otro lado de la cama. Annie llevaba tiempo insistiéndole en que saliera con ella. Su amiga era un as de las relaciones sociales. También estaba soltera, pero nadie podía decir que estuviera sola. Siempre había quedado con alguien: tenía muchísimos amigos y una gran cantidad de contactos.

En realidad, Lisa debería salir con ella y ligarse a alguien, ni más ni menos. Pero esa idea no le atraía lo más mínimo. No quería meter en la cama a un extraño con quien no tuviera ninguna relación. Annie le había insistido en que se pasara un día por la redacción del periódico, y estaba deseando hacerlo. Hubo un tiempo en que también Lisa soñó con ser periodista, y escribir le gustaba, desde luego. Se había pasado años escribiendo un diario. ¿Dónde estarían ahora todos aquellos cuadernos? Casi seguro que en alguna de las cajas sin abrir que aún había en el desván.

Apartó el edredón y salió de la cama con resolución, pero soltó un grito en cuanto puso los pies descalzos en el gélido suelo de terrazo. La casa no tenía calefacción y en invierno siempre estaba helada por las mañanas.

Se levantó, se puso un par de zapatillas de piel de oveja que le había regalado por Navidad su hija Olivia y le dio las gracias con el pensamiento. Luego se dirigió a la cocina y puso la cafetera. Miró por

la ventana las hermosas montañas y, más allá, el mar. «Quizá debería buscarme un gato o un perrito que tener en la cama, a falta de otra fuente de calor», pensó.

Se preparó un par de rebanadas de pan crujiente con mantequilla y queso, un vaso de zumo de naranja recién hecho y una taza de café, y se sentó en el sofá delante del televisor con el matinal de TV4. En ese mismo momento, empezaron las noticias, y el presentador comenzó hablando del doble asesinato cometido la noche de Fin de Año en la Costa Alta. Lisa escuchaba la noticia con asombro creciente. Un sueco y una española, asesinados en Suecia…

No dijeron nada de cómo se habían producido las muertes ni dieron más información acerca de quiénes eran las víctimas. El móvil era aún desconocido y el autor de los hechos seguía suelto.

Lisa se levantó y fue a buscar el ordenador para revisar las noticias en la red. No había muchos más datos, salvo que el periódico *Aftonbladet* decía que el crimen se había cometido en la granja del hombre. Lisa llamó a Héctor, pero comunicaba. Si participaba en el caso, ahora estaría muy ocupado, claro, era lógico que no tuviera tiempo de hablar con ella. Con un poco de suerte, tal vez la policía necesitara de nuevo que ejerciera de intérprete para ellos. Le había parecido una tarea interesante y, además, le había proporcionado unos ingresos extra muy bienvenidos, aunque no demasiado altos. Lisa daba clases por internet, pero con eso era difícil ganarse la vida.

Se puso una chaqueta sobre el pijama estampado, se sirvió otro café y salió a la terraza. El sol había salido, parecía que haría buen día. Estaba pensando en qué podría hacer cuando sonó el teléfono.

—Buenos días, felices fiestas —oyó que le decía Héctor.

—Hola —respondió Lisa, que se sentó con la espalda apoyada en la barandilla y cerró los ojos al sol—. Gracias, lo mismo digo.

—¿Qué tal has pasado la Navidad?

—Bien, gracias, han estado aquí mis hijos. ¿Y tú?

—Pues muy bien, sí. Nos hemos reunido toda la familia, hemos comido una barbaridad y yo no he parado de jugar con mis nietos, así que estoy destrozado y, en realidad, me harían falta unas vacaciones.

Lisa se echó a reír.

—Pobrecillo, comprendo que ha sido muy duro.

Héctor carraspeó un poco.

—He visto una llamada tuya. Voy camino del aeropuerto, acabo de sentarme en el coche.

—¿Camino del aeropuerto? ¿Adónde vas?

—Primero a Umeå y luego a un lugar cuyo nombre es imposible de pronunciar —dijo en tono chistoso—. Pero sé que está en Suecia.

—A ver si lo adivino —respondió Lisa—. ¿Örnsköldsvik? ¿Es por el doble crimen de Docksta?

—Exacto. ¿Ya te has enterado?

—Sí, en las noticias de la tele sueca.

—Una historia horrible, desde luego.

—¿Qué sabéis vosotros? En las noticias no han mencionado nada, salvo la conexión de las dos víctimas con España.

—Pues es que todavía no tengo muchos detalles, pero antes de que me llamaras ya había pensado yo en contactar contigo, la verdad.

—¿Y eso?

—El examen del lugar del crimen y el trabajo de investigación en torno al doble asesinato lo dirige la Policía sueca, claro está. Lo que tenemos que hacer aquí desde el punto de vista policial es averiguar todo lo que podamos sobre la vida de las víctimas en Málaga: familia, trabajo, amigos, vecinos y demás. Y ahí podrías entrar tú. Voy a necesitar tu ayuda para interrogar a las personas que no hablen español y que pertenezcan al círculo social del ciudadano sueco asesinado.

—Claro, por supuesto, de mil amores —dijo Lisa—. Te agradezco que cuentes conmigo. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Seguro que no más de una o dos noches, pero me parece fundamental ir allí para continuar nuestra parte de la investigación. Además, no sabemos dónde se encuentra el asesino, podría estar en España o en Suecia.

ACABABAN DE DAR las nueve de aquella mañana desapacible y justo empezaba a clarear el día.

Birgitta Johnsson avanzaba a duras penas en la espesa nieve con el enérgico cachorro trotando a su lado. Comprendió que era absurdo tratar de caminar por allí, en lugar de por las calles despejadas de nieve, pero su pastor alemán era un animal hiperactivo y necesitaba cansarse a fondo ahora que por fin habían ido al bosque a entrenar juegos de búsqueda. Y no es que a ella le agradara mucho salir ahora, justo después del descubrimiento del doble asesinato que se había cometido la otra noche a menos de un kilómetro de allí.

Ulrik Melin y una mujer procedente de España, los dos asesinados en una tina de baño. Allí mismo, en la insignificante Docksta. La policía no había divulgado el nombre de Ulrik, pero todo el mundo sabía que era él. La gente apenas daba crédito. Ella no lo conocía mucho, pero claro que sabía quién era. Se había mudado a Docksta ya de adulto, y quien sí era natural de la zona era Sandra, su exmujer. Pero Sandra era mucho más joven que ella, de modo que no llegaron a coincidir en el colegio. Sin embargo, sí conocía a la hermana mayor, que de joven había sido muy buena en biatlón.

—*¡Río!* —gritó Birgitta después de haber dejado algunas golosinas aquí y allá en la nieve—. ¡Busca!

El perro salió como un cohete moviendo el rabo y con la nariz pegada al suelo. A Birgitta le encantaba la serie española de *La casa de papel* que había visto en Netflix, y le había puesto al animal el nombre de su personaje favorito, el joven de pelo rizado. Río era un personaje muy dulce, en cierto modo, más amable que el resto del grupo de delincuentes del que trataba la serie.

Buscó con la mirada al perro, que había desaparecido detrás de un árbol y escarbaba buscando algo bajo los montículos de nieve. Birgitta levantó la vista, observó los altos abetos nevados y el cielo, que ya clareaba. El pálido sol invernal no tardaría en salir. Los días eran cortos en aquella época del año. «Ahora vienen tiempos de más claridad —pensó—. La cosa va mejorando por días.»

Ya empezaba a ser hora de volver a casa. Era asistente personal y su turno empezaba a las once.

De pronto, se dio cuenta de que se encontraba muy cerca de la

granja de Ulrik y la embargó una sensación de malestar. ¿Y si el asesino aún andaba por la zona? No era tan descabellado. Buscó a *Río* con la mirada, aunque no se veía al animal por ninguna parte.

Trató de silbar, pero tenía los labios helados de frío, así que decidió llamarlo a voces. Ni rastro del perro. Recorrió con la mirada la zona boscosa y el sendero nevado. Miró el reloj. Tenía que volver a casa ya, de lo contrario, llegaría tarde al trabajo. ¿Dónde se habría metido *Río*? Empezó a buscar golosinas en los bolsillos.

—*¡Río!*

Frustrada, echó a andar por la espesa nieve, pero tropezó y cayó al suelo. Oyó un jadeo por allí cerca e intuyó unos movimientos rápidos a su espalda. Se quedo de piedra, pero entonces sintió algo blando en la mejilla y enseguida hundió la cara en el denso pelaje del animal.

—Buen chico —dijo aliviada.

Se incorporó y se sacudió la nieve. Cuando el animal se dio media vuelta, Birgitta descubrió que tenía algo en la boca.

—¿Qué es lo que has encontrado? —preguntó—. Suelta.

Muy obediente, *Río* soltó en el suelo su hallazgo. Era una manopla de lana gris con refuerzo de piel, bastante grande. Birgitta la recogió y frunció el ceño. En el interior de la manopla se apreciaban con claridad unas manchas de sangre.

Cinco meses atrás

HANNA MIRÓ POR la ventanilla del avión. Un escalofrío de felicidad y expectación le recorrió el cuerpo. Ahí estaba, al lado de su mejor amiga, camino de la Costa del Sol.

El verano no habría podido tener mejor final. Había entrado en la carrera que siempre había soñado. Le costó creerlo cuando se enteró. Medicina. Con lo mucho que había estudiado todos los años de instituto, siempre quedándose despierta por las noches… Además, los fines de semana tenía que trabajar para ayudar a su madre. Estaban las dos solas. Había sido difícil, pero ya lo había dejado atrás. Lo había conseguido.

Dentro de un par de semanas asignarían los grupos en la facultad.

—Doctora Hanna —le dijo Elin chinchándole en el costado cuando las azafatas pasaron a su lado con el carrito de las bebidas—. ¿Qué nos recetas?

—Red Bull y vodka —respondió Hanna—. De uno a cuatro centilitros cada una por lo menos.

Soltó una risita y pidió las bebidas. Aquello era el inicio de su nueva vida, una vida más libre. Había conseguido un cuarto de estudiante y se mudaría en otoño. Cuando la azafata les sirvió las bebidas, alzó el vaso para brindar con su amiga.

—Salud. Y pensar que al final hemos conseguido hacer el viaje… Estoy contentísima.

Elin brindó con ella.

—Yo también. ¡Vamos a pasarlo en grande!

Unas horas después, cuando aterrizaron y bajaron del avión, sintieron la oleada de calor. El verano en Suecia había sido lluvioso y frío, y el aire caliente era como el terciopelo.

Tomaron un taxi hasta el hotel y Hanna hizo el registro mientras Elin descansaba en un sofá del sencillo y reducido vestíbulo. Un ventilador zumbaba en el techo, y en las paredes había colgados varios cuadros coloridos de bailaores y mujeres que llevaban vestidos de flamenca llenos de volantes y un abanico en la mano. No era el hotel más lujoso de Málaga, pero daba igual. Lo importante era que estaban allí. Hanna había ido ahorrando todo lo posible a lo largo del año y pensaba disfrutar de cada segundo del viaje. El recepcionista les devolvió los pasaportes y les entregó la llave de una habitación doble

de la primera planta. Hanna le dio las gracias con una sonrisa y le dijo a Elin:

—Venga, vamos a cambiarnos y bajamos. ¡A la playa!

Después de guardar en una bolsa el protector solar, las novelas que llevaban de lectura y las toallas, bajaron a la carrera hacia la playa. Había gente por todas partes, todas las tumbonas estaban ocupadas, así que tuvieron que tumbarse en las toallas extendidas en la arena, junto a la orilla. Hanna cerró los ojos al sol y sintió cómo le quemaba la piel. Se apoyó en un codo y miró entornando los ojos hacia el agua reluciente antes de preguntarle a Elin:

—¿Nos bañamos?

—Yo voy a esperar un poco —dijo Elin—. Pero ve tú. Eso sí, no me mojes cuando vuelvas.

Hanna se levantó y se adentró poco a poco en el mar. El agua envolvió su cuerpo cuando se tiró de cabeza contra una ola que se deslizaba hacia la orilla. Hacía muchísimo tiempo que no se sentía tan feliz. Quizá más feliz que nunca.

HÉCTOR CONTEMPLÓ EL paisaje que se extendía bajo la ventanilla del avión. Parecían zonas infinitas de terreno cubierto por bosques nevados, desiertos, salvo por alguna que otra granja. Carreteras rectas y largas sin tráfico. Un territorio silencioso, apagado, como si el mundo entero hubiera entrado en estado de hibernación. ¿Cómo aguantaba la gente allí en invierno? El contraste con el ambiente de Málaga, las playas soleadas, las flores de vivos colores y la vida en las calles era sorprendente.

Cuando el avión que había tomado en Estocolmo aterrizó en Umeå ya había empezado a oscurecer, a pesar de que solo eran las tres de la tarde.

Un taxista que llevaba un letrero con su nombre recibió a Héctor.

—Qué frío —le dijo al conductor en un inglés chapurreado cuando entró con alivio en el asiento trasero del coche caldeado y cerró la puerta—. ¿Sabe a cuántos grados estamos?

El taxista se rio.

—Bah, solo a veinticinco bajo cero. Tendría que ir a Kiruna, donde vive mi hermana. Anoche tuvieron cuarenta y tres bajo cero. Los niños no pueden ni ir al colegio.

—Por Dios —resopló Héctor—. Increíble. Y qué oscuridad.

—Pues no es nada comparado con Kiruna. ¿Sabe cuánto tuvieron ayer de luz solar? Cuatro minutos. El sol salió a las doce menos veinte de la mañana y se puso cuatro minutos después. Y eso, después de una oscuridad absoluta desde la fiesta de Santa Lucía, el 13 de diciembre. O sea, que la mayor parte de diciembre el sol no sale siquiera.

Héctor movió la cabeza mientras se llevaba las manos a la boca y se echaba el aliento para calentárselas.

—Así es esto, pero estamos acostumbrados —dijo el taxista sonriéndole por el retrovisor.

Lo llevó directo al Anatómico Forense, que se encontraba a tan solo diez minutos en coche del aeropuerto. Allí lo aguardaba Vera Krona, su colega sueca. Habían hecho las autopsias durante el día, y el forense estaba dispuesto a darles un informe preliminar.

Héctor trató de pagar antes de bajarse del taxi, pero el conductor le aseguró que el pago ya estaba resuelto.

La puerta del edificio se abrió antes de que él hubiera llegado

siquiera. Allí aguardaba una mujer alta, pelirroja y muy pecosa, con el pelo recogido en dos trenzas. Lo primero que pensó Héctor fue que se parecía a Pippi Calzaslargas. «Pippi policía —se le ocurrió pensar—. Una gran idea.» La agente lo miró amable con sus ojos azul claro y se presentó. Héctor estaba sorprendido de lo joven que era; cuando hablaron por teléfono, le pareció mayor por el tono de voz. Vera Krona no tendría ni cuarenta, seguro, pensó.

—Bienvenido —dijo la agente—. ¿Qué tal el viaje?

—Estupendo —dijo Héctor—. Salvo que he estado a punto de convertirme en una escultura de hielo nada más salir de la terminal.

Vera se echó a reír.

—Sí, hay que abrigarse bien. Ya me dirás si quieres que luego vayamos a comprar algo de más abrigo. Por ahora, seguiremos en el interior del edificio, pero mañana se complicará la cosa, cuando nos acerquemos a inspeccionar el lugar del crimen. Para eso sí que tienes que ir forrado de ropa. En Docksta hace más frío que aquí, si cabe. Dame la maleta —le dijo—, vamos a dejarla en recepción.

Continuaron pasillo abajo hasta que llegaron a una sala de autopsias.

—¿Cómo es que hablas tan bien español? —preguntó Héctor.

—Viví unos años en España, pero de eso hace ya tiempo. Así que me gusta practicar. Y me viene bien, de lo contrario es fácil que se te olvide. Por cierto, el forense acaba de terminar la primera parte de la autopsia, así que nos contará lo más importante.

—Desde luego, me gustaría saber qué tenemos entre manos. Jamás he trabajado en un caso en el que una flecha sea el arma homicida.

—Ni yo —dijo Vera—. Pero en este trabajo las sorpresas no acaban nunca.

Se detuvieron en un estrecho vestuario con puertas de cristal que daban a la sala de autopsias, en el que Héctor se quitó el abrigo, y ambos se pusieron una bata de quirófano de color verde que se ataron el uno al otro por detrás. Luego se pusieron unos patucos para cubrir los zapatos.

Cuando Vera abrió la puerta de la sala los recibió ese olor tan extraño que siempre reina en las salas de autopsias. Podía describirse como húmedo, y recordaba al hierro, aunque algo ácido, mezclado con jabón de fregar.

El forense, un hombre de unos cincuenta años con gafas y barba corta y oscura, estaba haciendo anotaciones junto a una mesa de la sala bien iluminada. Llevaba una bata de color azul y un delantal de plástico que le cubría el cuerpo hasta los pies. En la cabeza tenía un gorrito en el que había recogido bien todo el pelo. Unos guantes blancos de plástico le cubrían manos y brazos hasta el codo.

A lo largo de la pared había grandes ventanales, pero, ahora que

fuera estaba oscuro, funcionaban más bien como espejos. En el centro se encontraban los dos cadáveres en sendas mesas de autopsia situadas una junto a la otra, los dos desnudos y limpios de todo rastro de sangre. A Héctor le llamó la atención lo bien recompuestos que estaban, pues apenas se notaba que acabaran de hacerles la autopsia, de no ser por los puntos que se veían en el pecho. El forense levantó la vista cuando entraron los dos agentes.

—Hola —dijo en inglés—. Soy Olle Nordin. Bienvenidos.

Héctor lo saludó también y le aclaró que, por desgracia, su inglés era limitado.

—No importa —dijo Olle sonriendo amable tras las gafas negras de cristales cuadrados—. Nos las arreglaremos. Además, Vera puede traducirte lo que no entiendas.

Se colocaron junto al cadáver de Ulrik. Héctor se inclinó para ver mejor. La herida del cuello tenía forma de estrella, con los bordes definidos, y no era muy grande, máximo de unos tres centímetros de diámetro.

—La herida típica de una punta de flecha es un corte, más que un desgarro, como por ejemplo el de una bala —aclaró el forense—. La flecha ha penetrado en la carótida derecha y ha provocado un sesgo transversal con sangrado abundante. Ha alcanzado la laringe y ha continuado hacia abajo cortando la tráquea y las arterias a un lado. La columna cervical y la médula están intactas. El hombre murió por hemorragia externa y no pudo gritar, porque tiene las cuerdas vocales desgarradas.

—¿Murió en el acto? —preguntó Héctor.

—Yo creo que fue bastante rápido. Sin duda, murió por la hemorragia, pero no fue instantáneo. Diría que estuvo consciente durante unos diez segundos, y murió cinco o diez minutos después.

—¿Qué le parece el modo de proceder? Yo no había oído hablar de nada parecido en España —aseguró Héctor mientras se rascaba la nuca—. O es un enfermo mental o tiene algún propósito al usar ese método, ¿no?

—Sí, es muy raro. También aquí es un método de lo más extraño para asesinar a alguien —aseguró el forense—. Solo conozco otro caso en Suecia, de hace más de veinte años. Un hombre de una serrería que se armó de arco y flechas, se sentó en un taburete en un pasillo de su lugar de trabajo y esperó a los primeros que llegaron por la mañana. A un pobre capataz lo ensartó con tres flechas, sin motivo alguno. —Nordin negó con un movimiento de cabeza—. Terrible. Y también está el asesinato cometido por aquel loco en la ciudad noruega de Kongsberg el año pasado, que se paseaba por el centro con un arco. Aunque con las flechas solo lograba herir a las víctimas, luego las remataba con una navaja. Murieron cinco personas.

Vera y Héctor intercambiaron una mirada. El forense era un hombre muy hablador, desde luego. Nada raro, pensó Héctor, teniendo en cuenta la naturaleza de su trabajo. Sin duda, querría aprovechar ahora que tenía gente viva a su alrededor.

—La cuestión es qué nos dice eso del asesino —observó Héctor—. Qué implica el hecho de que decida matar con un arco. Lo más lógico sería que se tratara de un arquero experimentado. No es el arma más fácil de usar para matar a una persona.

—No. Incluso puede que se trate de alguien que haya competido en ese deporte —dijo Vera—. Estamos comprobándolo.

—Desde luego, el hecho de que haya disparado dos flechas y de que las dos hayan dado en el blanco y hayan resultado letales indica que se trata de alguien que sabe lo que hace —respondió el forense.

—¿Qué más puede decirnos de las lesiones de Ulrik y de la causa de la muerte? —preguntó Héctor.

—La causa son las heridas ocasionadas por la flecha, eso está claro. No hay ningún indicio de ahogamiento. No hemos encontrado agua en el estómago, ni en la tráquea ni en el esófago. Los pulmones intactos, perfectos: en casos de ahogamiento suelen estar hinchados. Ni rastro de espuma en las vías respiratorias. Tampoco presenta heridas defensivas, ni arañazos ni cardenales ni uñas rotas. Y no hemos encontrado restos de piel bajo las uñas. Es obvio que lo pillaron por sorpresa.

—¿Y la mujer? —continuó Héctor—. ¿Sabe si la mataron antes o después que al hombre?

—Imposible saberlo. Como comentaba, creo que los acontecimientos se sucedieron muy rápido.

Olle Nordin se volvió hacia la víctima femenina, que estaba tendida en la mesa contigua.

—Laura Rivera fue alcanzada de frente por una flecha que le atravesó las costillas, siguió por el corazón y llegó al hígado a través del diafragma. Lo más probable es que muriera casi en el acto. Tardaría unos diez segundos en perder el conocimiento, y mejor así. No tuvo tiempo de enterarse de nada. —Guardó silencio unos instantes y se frotó las sienes con la yema de los dedos, como si estuviera reflexionando sobre lo que las pobres víctimas pensaron antes de morir—. La entrada de la herida tiene forma de punta de flecha en ambos casos, como pueden apreciar. El asesino ha utilizado un tipo de flecha para ballesta con punta de cuatro cuchillas que no provoca un orificio de entrada muy grande, pero sí grandes cortes dentro del cuerpo. Hemos enviado las puntas de flecha al CNF para su examen. Esperamos que el asesino se haya quitado los guantes en algún momento, si es que los llevaba, para poder tensar el arco; en ese caso, puede que haya ADN en el culatín de la flecha.

—El CNF es el Centro Nacional Forense —le aclaró Vera a Héctor—. Es nuestro laboratorio criminalístico.

—¿Cuánto tardáis en obtener el ADN?

—En condiciones normales nos lleva varias semanas, pero en un caso de máxima prioridad como este, la espera se puede reducir a un par de días —dijo Vera.

De pronto, por la expresión de su cara, pareció que acababa de recordar algo.

—Ah, sí, hay una cosa más. Esta mañana, una mujer que había salido a pasear al perro cerca del lugar del crimen encontró un guante con manchas de sangre que parecía fresca. O más bien fue el perro el que lo encontró y apareció corriendo con él entre los dientes, así que la mujer no sabe dónde se encontraba. También lo hemos enviado a analizar.

—¿Y los móviles y los ordenadores de las víctimas? —preguntó Héctor.

—Ningún hallazgo interesante por el momento. Laura no se había traído el ordenador, solo el móvil.

—Si encontramos ADN en alguna de las flechas, podremos saber la etnicidad; por ejemplo, si el atacante es sueco o español —dijo Héctor —. Y si es hombre o mujer.

—¿De verdad crees que una mujer podría ir matando gente con una flecha? —preguntó Vera con escepticismo—. ¿No es preciso tener bastante fuerza física para tensar un arco de esas características?

—¿No sabes que las dos modalidades en las que las mujeres son mejores que los hombres son el tiro con arco y el tiro al plato? —dijo Héctor—. Al menos, si contamos los títulos de campeón mundial. Así era hace unos años. Es sobre todo cuestión de técnica. ¿Han comprobado si hay algún club de tiro con arco por la zona?

—Pues sí, en Örnsköldsvik hay uno, pero no es muy grande. Parece que lo lleva un particular. Hay uno más grande en Sundsvall, y otro aquí, en Umeå. Estamos comprobando cuántos socios tienen y comparándolos con nuestros registros de antecedentes penales.

—Bien —dijo Héctor—. Por supuesto, nosotros tendremos que hacer lo mismo en nuestra zona.

Se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué será lo que ha ocurrido aquí en realidad…?

Vera suspiró sin apartar la mirada de la pareja de amantes muertos.

LISA SE PUSO la camiseta, se abrochó el peto manchado de pintura y se recogió la larga melena rubia en una cola de caballo. Se miró al pasar por delante del espejo y se echó a reír al pensar en cómo era su vida actual. Desde luego, había cambiado bastante desde que trabajaba como profesora de instituto en su hogar, allá en Estocolmo. Claro que Estocolmo ya no era su hogar. Ahora su hogar estaba allí, en el pueblo. Miró a su alrededor y pronunció esas palabras en voz alta mientras observaba las paredes enlucidas, las flores, los arbustos y cómo brillaba el sol al otro lado de la ventana. «Mi hogar.» Se sentía muy a gusto. Y le encantaban España, Málaga y su casa.

Ya era hora de continuar con la reforma. Había decidido emplearse a fondo con una de las paredes del salón, a la que aún le faltaba el enlucido. Se había preparado bien, había mirado en Google y había visto vídeos de YouTube donde explicaban cómo se hacía. Tan difícil no podía ser, ¿no? A decir verdad, a lo largo del año se había sorprendido al ver todo lo que era capaz de hacer. Nunca había construido nada antes, pero, desde que compró la casa, había derribado paredes, había pintado, había empapelado e incluso había intentado alicatar una parte de la cocina. Como fuera, ahora pretendía enlucir la pared. Recordó al albañil que se había acercado a hablar con ella en el restaurante la noche anterior. Si aquello acababa en desastre, tendría que ponerse en contacto con él.

Fue al trastero en busca de una hormigonera manual y un cubo de color verde que había comprado en una tienda de materiales de construcción, junto con un saco de cemento y distintas herramientas de albañilería. «Es absurdo —pensó dudando para sus adentros—. Me mudo al sur de España y me gasto todo el dinero en material de construcción, en lugar de relajarme y divertirme.» Antes de empezar puso una lista de reproducción y subió bien el volumen cuando sonó *You Really Got Me*, de The Kinks.

Había cubierto el suelo con unos tableros de masonita tras sacar todos los muebles, salvo el sofá, que apartó hasta el fondo y envolvió en plástico. Puso en el cubo tres medidas de arena, tres de agua y dos de cemento. La mezcladora parecía un taladro enorme y aparatoso. La enchufó a la pared, la introdujo en el cubo y pulsó el botón. Empezó a resonar y a funcionar como una batidora enorme. Lisa fue haciendo la

mezcla mientras movía la mezcladora en el cubo, más o menos como cuando montaba nata. Al cabo de unos minutos, el contenido fangoso se había convertido en una pasta homogénea.

Agarró bien la paleta, la introdujo en el cubo y lanzó una porción de mezcla a la pared, tal como había visto que hacía la gente en los vídeos de YouTube. Allí parecía más o menos fácil. La mezcla se quedó adherida a la pared, así que lanzó una nueva paletada. Al principio la cosa iba muy bien, y Lisa se sentía bastante satisfecha consigo misma. Elevó el volumen. Dio unos pasos de baile y empezó a lanzar la mezcla a la pared al ritmo de la música, tres, cuatro paletadas. Luego empezó a aplanarla con la plancha sobre la pared hasta que quedó homogénea y lisa.

Retrocedió unos pasos y admiró su obra. Parecía prometedor. Continuó hacia la parte superior de la pared: unas paletadas de mezcla y a alisar. Aquello iba mejor de lo esperado.

Hasta que empezó a soltarse y una gran parte de la mezcla que acababa de extender cayó al suelo de golpe.

—Mierda —protestó entre dientes.

Claro, tan fácil no podía ser… Tuvo que empezar de nuevo.

Al cabo de varios intentos, empezó a perder la paciencia. Ponía la mezcla, la alisaba y enseguida volvía a soltarse de la pared. ¿Qué era lo que estaba haciendo mal? Si estaba siguiendo al pie de la letra las instrucciones que había visto en internet…

Se estaba poniendo furiosa y arrojó una nueva porción de mezcla contra la pared mientras maldecía en voz alta. A través de los altavoces resonaba *Highway to Hell* de AC/DC, muy apropiada para el infierno que estaba resultando aquello. ¡Pero qué mierda que nada saliera como ella quería! Se le pasó por la cabeza una imagen de Axel en brazos de Elaine, ellos sí que se tenían el uno al otro, mientras que allí estaba ella, obligada a hacerlo todo sola. Elevó más aún el volumen y empezó a lanzar mezcla a su alrededor, estampándola en las paredes, en el techo, en el suelo… Pero en esos momentos le daba igual, le daba igual todo, porque todo era una mierda.

—Joder, joder, joder —gritó dejando que la ira le fluyera por todo el cuerpo. La verdad, resultaba liberador perder el control así, olvidarse por una vez de las consecuencias y limitarse a actuar.

Tan inmersa estaba en su rabia mientras la música atronaba rebotando en las paredes embadurnadas de mezcla que no se dio cuenta de que había alguien en el umbral. Cuando se dio media vuelta, se detuvo y se quedó helada.

La visita miraba horrorizada a su alrededor mientras la música se iba apagando. Antes de que ninguno de los dos alcanzara a decir nada, empezó el siguiente tema de la lista de reproducción. Desde la puerta, Javier miraba perplejo el desastre, mientras el *Should I Stay or Should I*

Go de The Clash atronaba en los altavoces.

LA MOTONIEVE RESONABA a través del bosque. Mattias conducía de pie, enfundado en el mono de motorista, con el casco y las gafas de esquí. Se ladeaba bastante en las curvas; en algunos puntos había tanta nieve en polvo que corría el riesgo de hundirse en ella, tenía que echar el peso sobre la moto para dirigir los costados adonde quería. Iba más rápido de lo habitual y tenía que ir esquivando las ramas que colgaban y estar atento a tocones y piedras que pudieran detenerlo en seco. Se había pasado toda la tarde anterior en el interrogatorio policial, y después se sintió vacío, casi apático. No había tenido tiempo de reflexionar a solas sobre lo ocurrido.

Ahora necesitaba salir, tomar el aire. Despejar la cabeza. Tan solo sentir el viento en la cara y la moto vibrando bajo su cuerpo.

Estuvo toda la noche despierto dándole vueltas a la cabeza, era imposible dormir. Rebuscaba en la memoria alguna señal, algo que debiera haber notado o haber advertido en su amigo. Algo que hubiera podido dar la menor pista o explicación de por qué Ulrik había muerto asesinado.

Ulrik y él no habían tenido tanto contacto en los últimos meses como antes de que su amigo se mudara a España y, cuando volvió a casa por Navidad, se mostró reservado y ni de lejos tan animado como de costumbre, aunque siempre les hablaba de su nueva pareja, de la que parecía muy enamorado. Pero Mattias era consciente de que el divorcio había sido muy duro para Ulrik también, a pesar de que la iniciativa fue suya. Tardó en hacer la separación de bienes, quizá porque tenía remordimientos. Como si retrasándola resultara todo menos doloroso.

Mattias le había insistido en que Sandra y él debían resolver todos los aspectos de tipo práctico cuanto antes, de modo que los dos pudieran continuar con su vida. Eso no tenía por qué significar que no mantuvieran una buena relación, señalaba Mattias. En cambio, si no hacían el reparto, tendrían problemas más adelante y todo resultaría más confuso, sobre todo para los niños. Aunque sus hijos ya eran mayores, podían tener dificultades para entenderlo. En especial teniendo en cuenta que los hijos siempre prefieren que sus padres se mantengan unidos. Tal vez tuvieran la esperanza de que terminarían reconciliándose —y en ello confiaban—, esperanza que habrían

alimentado si las consecuencias prácticas de la separación hubiesen quedado sin resolver.

Se imaginó a Patrik y a Elias. Ahora su padre estaba muerto, asesinado. Pobrecillos. Mattias no había tenido tiempo de hablar con ellos todavía. Él y Johanna los habían visto desde niños corretear por su casa y jugar con sus hijos, que tenían casi la misma edad. A Mattias le costaba asimilarlo. Nunca volvería a tomarse una cerveza o darse una sauna con Ulrik. Nunca iría de caza o saldría a correr por el bosque como solían hacer. Sentía el dolor como un puño en el pecho.

Pisó el acelerador para subir la pendiente, quizá algo más de la cuenta, la moto patinó unos metros en la nieve y, por un segundo, creyó que iba a volcar, pero logró recuperar el control y levantó un poco el pie del acelerador.

De pronto se dio cuenta de que había vuelto a la casa de Ulrik, quizá empujado por la costumbre. Se encontraba en la parte posterior, que daba al bosque.

Apagó el motor y se bajó del vehículo. Sus pasos resonaban pesados mientras avanzaba con dificultad junto a la cinta policial. Dirigió la mirada hacia aquella casa en la que tantos ratos había pasado a lo largo de los años: todas las cenas en las que se reunían las dos familias, todas las fiestas del cangrejo y del solsticio de verano. Todas las celebraciones infantiles.

Vio a un policía uniformado algo más allá, pero, por lo demás, la zona estaba desierta. Tenía entendido que durante el día había estado llena de periodistas y de curiosos. Ahora que empezaba a oscurecer, todos se habían marchado.

Observó la pendiente que se extendía delante de la casa y notó una punzada en el pecho al recordar cómo se deslizaron por ella en trineo en Navidad, después de la nevada. No se explicaba que solo hiciera una semana de aquello.

Recordó que a Sandra le sentó mal que Ulrik dijera esa noche durante la cena que tenía que volar a Málaga al día siguiente, pero que volvería al cabo de unos días. Ella propuso que celebraran juntos el Fin de Año, pero Ulrik respondió que tenía planes, y todos comprendieron que pensaba celebrarlo con Laura.

Mattias clavó la mirada en la pendiente y se quedó allí plantado un buen rato. Casi podía oír en su interior el eco de las risas y los gritos de alegría.

DESPUÉS DE LA visita al Anatómico Forense, Vera Krona se ofreció a llevar a Héctor a almorzar al centro de Umeå. Sin embargo, él declinó la sugerencia con amabilidad y determinación, pues tenía una reunión *online* con sus colegas de Málaga y pensaba pedir que le subieran la cena a la habitación.

Se tomó un plato del típico *pyttipanna* sueco delante del ordenador y se conectó a la reunión. La comida le recordaba un poco a la ropa vieja, pero, a diferencia de esta receta, el plato sueco se comía con rodajas de remolacha y un huevo frito, lo que resultaba raro, aunque, a decir verdad, estaba bastante rico.

Héctor estaba deseando enterarse de los avances logrados en Málaga durante el día. Sabía que pensaban registrar los domicilios de las víctimas, al igual que sus ordenadores y los posibles iPads y teléfonos que pudieran haber dejado en casa.

Enseguida apareció en la pantalla su jefa, Andrea Cuadros, junto con Daniel Torres, el técnico de Criminalística con el que más a gusto trabajaba Héctor. El pelo abundante y rizado del compañero ocupaba la mitad de la pantalla. Daniel rondaba los cuarenta, era trabajador y de lo más riguroso. Además, se le daba muy bien todo lo relacionado con los últimos avances tecnológicos. Andrea era más bien joven para ser inspectora jefe de Policía, tenía poco más de cuarenta años, pero era clara y resuelta, y se sentía segura en su papel. A Héctor le encantaba trabajar con ella y hacía lo que estaba en su mano para apoyarla cuando, cada dos por tres, tenía que plantarse ante colegas varones de más edad que aún tenían dificultades para aceptar a una mujer más joven en un puesto directivo. El que Andrea compartiera su vida con otra mujer no facilitaba las cosas, precisamente. Aún había muchas personas con prejuicios en el Cuerpo de Policía.

—¿Cómo van las cosas por allí? —preguntó Héctor.

—Ya hemos terminado el registro domiciliario en las dos viviendas. Aún están examinando los ordenadores y los teléfonos, a ver qué conseguimos —respondió Andrea.

—Y hemos encontrado esto —dijo Daniel sosteniendo un billete delante de la cámara.

—¿Un billete de dólar? —preguntó Héctor.

—Míralo bien —le sugirió Andrea.

Héctor se acercó a la pantalla. El billete se parecía a un dólar americano, pero, en lugar del retrato de Benjamin Franklin, lo que se veía en el centro era una pareja desnuda y una serpiente enroscada a su alrededor con la lengua fuera.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—Será dónde los hemos encontrado —lo corrigió Andrea—. Al principio solo vimos unos cuantos en un cajón del escritorio en la casa de Ulrik Melin, pero cuando revisamos el piso de Laura encontramos un montón de fajos en un armario cerrado con llave.

—¿Y qué demonios puede ser?

—Ni idea —confesó su jefa—. Jamás había visto nada igual, aparte de cuando juego al Monopoly con mis sobrinos. Desde luego, no se trata de falsificaciones que puedan tomarse por billetes auténticos.

—La cuestión es para qué se han utilizado y cómo es que los había tanto en la casa de Ulrik como en la de Laura —dijo Héctor.

—Y ¿por qué tenía ella tantos y bajo llave? Eso es lo que debemos averiguar ahora.

—Muy bien —dijo Héctor—. ¿Algo más?

—Sí, en casa de Laura hemos encontrado unas bolsitas con cocaína, pero no mucha, solo para consumo propio, al parecer.

—También hemos estado en su lugar de trabajo y hemos podido hablar con sus compañeros, pero ninguno había notado nada llamativo —intervino Andrea—. Nadie parecía conocerla mucho, la verdad. Solo llevaba unos meses, pero le iba bien y era apreciada entre los clientes.

—Además, les mostramos los billetes, pero nadie del trabajo los reconoció —añadió Daniel.

—¿Habéis revisado su cartera de clientes?

—Están con ello ahora mismo. Se trata casi solo de mujeres, puesto que se dedicaba sobre todo a la manicura. Ya veremos si sacamos algo en claro.

Andrea dejó escapar un suspiro.

—¿Qué me decís de su familia? —preguntó Héctor—. ¿Están al corriente del suceso? ¿Viven también en Fuengirola?

—Los padres de Laura viven en Granada, en una de las cuevas del Sacromonte. Fueron informados, y nuestros colegas granadinos han realizado un primer interrogatorio, pero no tenían mucho que aportar, salvo que estaban conmocionados y destrozados. Querían verla, pero va a ser difícil. Mientras el asesino ande suelto, los cadáveres seguirán en Suecia. Parece que no tenían mucho contacto con su hija.

—¿Y Ulrik?

—Sus padres fallecieron y no tiene hermanos —respondió Andrea—. Como asesor informático que era, hacía casi todo el trabajo por su cuenta, pero tiene un buen amigo en Nerja con el que colaboraba

bastante y al que estamos buscando, solo que ahora mismo está de viaje y no es fácil localizarlo. Espero poder hablar con él mañana.

—Ulrik vivía en un piso recién reformado justo en la playa de Calahonda, a un tiro de piedra del Balcón de Europa de Nerja —dijo Daniel—. Tenía varias obras de arte en las paredes y un deportivo en el garaje.

—¿Tanto ganaba como informático?

Daniel se encogió de hombros.

—Pues la verdad es que parece extraño que un honrado trabajo normal y corriente dé tales beneficios. Los bancos no abren hasta mañana, entonces tendremos acceso a todos los datos. La Policía sueca nos ayudará con este asunto.

—¿Cómo te ha ido a ti? —preguntó Andrea.

Héctor les refirió la visita al Anatómico Forense y les contó los planes que tenía para el día siguiente: iría con Vera Krona a interrogar a la exmujer de Ulrik y visitaría el lugar del crimen antes de volver a España.

—Llego mañana por la noche, así que estaré en el trabajo el martes por la mañana. Aquí la investigación va a toda máquina. La primera hipótesis es que el autor de los hechos se encuentra cerca del lugar donde se cometió el crimen, pero no es nada seguro.

—Bien —respondió Andrea—. Pues tenemos mucho que hacer. Y, además, hay que ocuparse de la prensa. Por cierto, estamos comprobando los clubes de tiro con arco que hay en la zona de Málaga. El asesino es un tirador con una habilidad extraordinaria, eso está claro.

—Sí —dijo Héctor—. La Policía sueca ha llegado a la misma conclusión, y están investigándolo por su cuenta.

LISA MIRABA PERPLEJA al joven de vaqueros raídos, camiseta blanca y cazadora de piel que acababa de aparecer en el umbral. The Clash retumbaba tan alto por los altavoces que era imposible mantener una conversación. El hombre al que había conocido en el restaurante Candelaria la noche anterior parecía del todo perplejo, pero de pronto se le dibujó una sonrisa en la cara y se echó a reír. Lisa se miró desconcertada a sí misma y su ropa manchada; luego echó una ojeada a la habitación, cuyas paredes, techo y suelo estaban cubiertos de pegotes de mezcla. Se le pasó el enfado y comprendió que tenía que ser un espectáculo de lo más gracioso.

Javi se acercó al altavoz y apagó la música.

—Siento haberte interrumpido en plena jornada —dijo con una sonrisa irritante—. Estaba por el barrio y he pensado que podía echar un vistazo.

—No pasa nada —replicó Lisa algo estirada, y dejó la paleta en el cubo. Se limpió las manchas más visibles con una servilleta de papel.

Se hizo el silencio unos instantes, mientras Javi paseaba la mirada por la habitación.

—Qué casa más bonita tienes —dijo—. Pero… Hummm… Parece que te iría bien que te echaran una mano, ¿no?

—¿Tú crees? —respondió Lisa mirando sonriente su cara joven y franca.

Los dos estallaron en una carcajada.

—¿Quieres un café? —le preguntó Lisa, como buena sueca—. Espera que me lave.

—Sí, gracias —dijo Javi, y se pasó la mano por el pelo.

Unos instantes después estaban sentados en la terraza. Lisa no tuvo más remedio que darse una ducha, tenía mezcla hasta en las orejas. Le parecía raro y un tanto incómodo verse allí sentada con un joven atractivo, pero ni mucho menos desagradable. Javi parecía amable y relajado, y la miraba con una expresión de vivo entusiasmo.

—¿Cuánto hace que vives aquí? —le preguntó Lisa.

—Toda la vida. Mis padres tienen una casa al otro lado de la iglesia, y yo vivo en un piso independiente, en el mismo edificio.

—Ya. ¿Y eres albañil?

—Sí, en el negocio de mi padre. Tiene una empresa de construcción

en el pueblo, y se dedica sobre todo a reformas y demás. Pero hoy es domingo, así que tengo el día libre y, como te decía, pasaba por aquí.

—La verdad es que esto no se me da muy bien, como habrás notado —dijo Lisa con una mueca—. Aunque lo que ha pasado es que al principio ha ido fenomenal, pero luego todo ha empezado a caerse a plomo y yo me he ido enfadando cada vez más. Y luego…, en fin, ya lo has visto.

Javi la miró afable.

—¿Vives sola?

—Sí, me separé en Suecia hace poco, y después me vine a vivir aquí.

Se hizo el silencio unos instantes. Javi tomó un sorbo de café y contempló el valle, los montes y el mar a lo lejos.

—Qué buenas vistas. Entonces, por eso te has mudado a Benagalbón, porque te has divorciado en Suecia.

—Sí, era un antiguo sueño, vivir en España. Y mis hijos son mayores, así que por ese particular no había problema. Tengo una hija de veintinueve y un hijo de veintiséis. Ya no vivían en casa y llevan su vida a su manera. Además, pueden venir a verme cuando quieran; son apenas cuatro horas de avión de Estocolmo a Málaga. Por ejemplo, ahora han estado aquí por Navidad.

«Uf, qué rollo le estoy contando», pensó nerviosa preguntándose por qué había tenido que decirle qué edad tenían sus hijos. ¿Acaso quería que adivinara su edad? ¿Y que así fuera consciente de lo mayor que era la señora con la que charlaba en aquel momento?

—Hablas muy bien español —dijo Javi.

—Gracias.

Lisa se revolvió incómoda en la silla. El joven la miraba con aprobación, y ella no estaba segura de si solo estaba siendo amable y se alegraba de tener una vecina nueva que procedía de un país interesante o si le gustaba de verdad.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Javi.

—Sí… —respondió ella insegura.

—¿Cuánto mides?

Lisa notó que se ruborizaba.

—Uno ochenta, ¿por?

—Perdona, es que no es muy frecuente ver a una mujer tan alta. O sea, es bonito.

«Qué diferencia comparado con Axel», pensó Lisa. Su exmarido tenía la misma estatura y nunca quería que llevara tacones. Ella siempre tuvo la sensación de que Axel en realidad pensaba que era demasiado alta, y siempre hacía que se sintiera desgarbada. Al parecer, había quienes tenían otra opinión. Se irguió un poco en el asiento y cambió de tema.

—Bueno, dime, ¿qué te parece a ti que debería hacer con las

paredes del salón?

—A lo mejor has utilizado la arena que no sirve para la mezcla. No la habrás traído de la playa, ¿verdad?

—Pues sí. —Lisa estaba sorprendida.

—Pues ahí lo tienes, no es lo bastante gruesa como para usarla en la pared. Pero déjame que le eche un vistazo. —Javi se agachó un poco y se quedó mirándola a los ojos más tiempo de lo normal—. Gracias por el café —dijo, y le puso la mano en la rodilla.

Lisa se puso de pie y se dirigió algo tensa al salón. De pronto tomó conciencia de su postura, de cómo tenía los brazos, de cada movimiento que hacía. El ambiente había cambiado. Sentía que Javi quería flirtear con ella y esperaba que tomara alguna iniciativa, aunque sabía cuál sería su reacción si eso ocurría.

Se paró en medio del salón. Javi estaba justo detrás de ella, podía sentir su aliento en la nuca. Le rozó el brazo y ella sintió un escalofrío.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó Lisa, y advirtió que le temblaba la voz.

—Me parece que eres muy guapa —dijo él, y la giró de modo que quedaron cara a cara. La miró a los ojos al tiempo que se llevaba la mano de Lisa a los labios.

Le besó con suavidad la palma mientras le recorría el rostro con la mirada sin reservas, con una mezcla de curiosidad y fascinación. Ningún hombre la había mirado nunca de ese modo. Javi retuvo su mano. Había luz en la habitación. Él la atrajo despacio y ella sintió que quería cerrar los ojos, olvidar la realidad.

Hallaba cierto consuelo en el hecho de tener a un ser humano tan cerca, sentir el calor de su cuerpo, su aliento. Lisa notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Llevaba demasiado tiempo sintiéndose muy sola. Necesitaba cariño, un abrazo.

Cuando los suaves labios de Javi rozaron los suyos, se quedó inmóvil.

EL GIMNASIO ESTABA alojado en un sótano sin ventanas de un callejón del centro de la ciudad. Me había cambiado antes de llegar; guardé la ropa en una de las taquillas de plástico de la entrada. El interior estaba en penumbra y los grandes ventiladores del techo emitían un leve zumbido. Las paredes estaban cubiertas de espejos. Dejé la toalla en uno de los bancos y empecé a calentar. Entrenar siempre ha sido una parte importante de mi vida, es imprescindible, y, sobre todo, en esos momentos. Necesitaba pensar en otra cosa.

Desde la infancia me han inculcado lo importante que es mantenerse en forma, estar fuerte. Mi padre me entrenaba en musculación, velocidad y distintas artes marciales. Me dejaba ir con él al monte a cazar. Mi padre prefería el arco, es una forma de caza mucho más silenciosa que la escopeta. Con el arco, si disparas y fallas, existe la posibilidad de que el animal no se mueva y tengas otra oportunidad. Además, las flechas son letales, dado que penetran muy hondo en el cuerpo de la presa. Cuando hace buen tiempo, la flecha puede llegar muy lejos, aunque su trayectoria se ve alterada por el menor soplo de aire, con lo que no resulta fácil calibrar el tiro.

El tiro con arco es un arte que se tarda en aprender, pero yo practiqué mucho. Mi padre decía que era bueno para los niños. «Aprenden a tener disciplina y paciencia, y adquieren coordinación entre la mano y el ojo, cualidades importantes para un militar profesional, pero también para las nuevas generaciones», decía siempre. Me pasé la infancia saliendo a cazar o a pescar casi todos los fines de semana. Yo prefería la caza. Recuerdo cuando abatí el primer corzo. Mi padre estaba orgullosísimo e iba alardeando ante todos sus amigos. Yo me alegré de que estuviera satisfecho conmigo; siempre trataba de impresionarlo.

Los días que estuve preparándome en la cabaña pensé mucho en mi padre. En infinidad de ocasiones nos sentábamos juntos en la cabaña de caza a planificar y esperar el momento perfecto.

Lo que más me ha aportado el tiro con arco es la dimensión meditativa. Cuando dejo la cabeza en blanco y me centro en conseguir un tiro perfecto, desaparece todo lo demás. El estrés cotidiano y la angustia se disipan. Siempre ha sido así. El tiro con arco me ayuda a sentirme bien.

Aunque esta vez no se trataba de matar animales salvajes, sino seres humanos. No terminaba de creer que lo hubiera hecho de verdad. Y que

hubiera logrado escapar. Por el momento. Ahora necesitaba una sesión de entrenamiento para mantener a raya el estrés. Tenía que deshacerme de la tensión, del pánico que se me había metido en el cuerpo sin darme cuenta, del miedo y la preocupación de que descubrieran mi paradero. Los mismos pensamientos me venían a la cabeza una y otra vez. «¿Me habrá visto alguien, a pesar de todo?» No podía tener una certeza absoluta y esa incertidumbre me corroía.

En el centro había visto por todas partes las portadas de los periódicos con las fotografías de la zona acordonada de la granja, y los coches de policía con las luces encendidas. Alguien había logrado lanzar un dron que tomó desde arriba unas fotos granuladas, y en ellas se atisbaba la tina donde se encontraban los cadáveres.

Me tumbé en un banco, cerré los ojos y respiré hondo. Luego, agarré la barra y la levanté. Pesaba muchísimo. Quizá la había cargado de más. Solo conseguí levantarla cinco veces, y luego tuve que descansar. La levanté otra vez, y después seguí de un aparato a otro, para que el trabajo del cuerpo se impusiera al del cerebro.

Había iniciado el viaje, estaba en camino. Aún no había terminado. Ni de lejos.

DÍA 4

Lunes, 3 de enero

EL LUNES POR la mañana, Héctor pagó y dejó el hotel justo después del desayuno. Cuando salió por la puerta, Vera tocó el claxon desde la acera de enfrente. Él dejó la maleta en el asiento trasero y se sentó al lado de la agente, en el asiento del copiloto.

—Buenos días. Vamos a empezar con la visita a la exmujer, Sandra Melin —le dijo Vera—. No está en condiciones de venir aquí.

—Por mí, de acuerdo —respondió Héctor, y se puso el cinturón de seguridad.

«En muchas ocasiones es más productivo interrogar a una persona en su hogar», pensó. Era más fácil llegar al fondo de las cosas, casi todo el mundo se sentía más seguro en su casa y, por tanto, tendían a ser más abiertos.

—No vive lejos de aquí. Vamos a la antigua casa de campo de la familia, que se encuentra en Domsjö, cerca del archipiélago lacustre de Bäckfjärden. Nos da tiempo antes de seguir hacia el lugar del crimen. Como tu vuelo no sale hasta las tres…

—Bien —dijo Héctor—. Me alegro de que me dé tiempo de verla.

Continuaron en silencio mientras escuchaban las noticias de la radio, que informaban del asesinato. Vera iba traduciendo.

—Por ahora no han hecho pública la identidad de las víctimas, ni tampoco han dicho nada de cómo los han asesinado. Aunque seguro que es cuestión de tiempo.

Héctor se volvió hacia Vera, que iba concentrada al máximo debido a lo resbaladiza que estaba la calzada.

—¿Tú qué crees? ¿Se trata de un único asesino o pueden ser varios? ¿Y será alguien de aquí?

—Hemos encontrado en la nieve pisadas del número cuarenta y uno, de alguien que fue hasta la tina, luego volvió y después siguió por la parcela en dirección al lindero del bosque, donde desaparecen junto a un árbol. En el lindero hemos hallado huellas de esquís, de modo que suponemos que así fue como se marchó de allí el asesino. A unos kilómetros del lugar hemos descubierto las rodadas de un turismo de gran tamaño, un combi o algo parecido, en un claro del bosque, donde suponemos que el asesino había aparcado, y de donde salió con los esquís.

—Interesante —dijo Héctor—. Todo eso indica que conoce la zona.

¿Qué podéis decir de las huellas de los esquís? ¿Corresponden a una persona o a varias? ¿Cuántos iban en el coche? ¿Sabéis algo más del vehículo?

—Parece que se trata de un solo esquiador, y estamos preguntando puerta por puerta por la zona con la esperanza de que los vecinos nos proporcionen alguna pista o algún detalle. Pero, si todo ocurrió durante la noche, será difícil. Las viviendas están dispersas en esta zona.

—Comprendo —respondió Héctor—. Entiendo que no son muchos los que andan por el bosque en Nochevieja.

—Hay otra cosa —dijo Vera—. También hemos encontrado pisadas al otro lado de la casa. No encajan con las huellas de los esquís, de modo que puede ser que pertenezcan a un cómplice. Se trata de otro tipo de calzado, del treinta y nueve.

—¿No podrían ser de Laura?

—No, son demasiado pequeñas para ser de Ulrik y demasiado grandes para ser de Laura. Y tienen que ser recientes, puesto que cayó una buena nevada la víspera de Nochevieja y el mismo día, hasta la hora del almuerzo más o menos. Después no ha vuelto a nevar por aquí.

—¿Y no puede ser que algunas pertenezcan al amigo que los encontró?

—No, él tiene el pie más grande aún.

—Vale.

Héctor contempló el paisaje invernal que se deslizaba al otro lado de la ventanilla. Era igual que el país de los gnomos del Polo Norte que él se imaginaba de niño. Cabañas rojas con la nieve colgando de los tejados, abetos nevados y niños tirando de trineos con piel de reno. Entre las dunas blancas vio incluso un gran perro con un arnés que tiraba de un carro con troncos de abedul y un niño que iba esquiando a su lado. Era como un paisaje de cuento. En cualquier momento podía ver aparecer a Papá Noel en su trineo tirado por renos.

—¿Por qué utilizar esquís? —preguntó Héctor cuando volvió a la realidad—. ¿Por qué no ir en coche a la granja, pegarle un tiro a cada uno y marcharse de allí a toda prisa?

—Puede que el asesino no quisiera que oyeran el ruido del motor al acercarse. Solo hay una carretera que lleve a la granja, y el riesgo de ser visto u oído es evidente. Para matar a alguien disparando con un arco es preciso que la víctima no sospeche nada, supongo.

—¿Habéis encontrado el arma homicida?

—No, el asesino se la llevó.

—¿Cuánto hacía que las víctimas habían llegado a Suecia?

—Llegaron el mismo día de su muerte, el día de Nochevieja.

—¿Crees que eso podría tener algún significado? Me refiero a que

ocurriera justo ese día.

—Ni idea. —Vera suspiró—. En estos momentos no sé casi nada.

Subió la calefacción, pues aún hacía frío en el coche.

—En cualquier caso, todo indica que el objetivo era el hombre —dijo Héctor—, ya que ocurrió en su granja. Y en Suecia. ¿Por qué iba a molestarse alguien de España en desplazarse hasta aquí para liquidar a las víctimas?

—Sí, claro —respondió Vera—. Pero también podría ser justo al contrario, que el asesino fuera en busca de Laura, pero que eligiera la granja de Ulrik para despistar a la policía y alejarla de su pista. Puede que el asesino se encuentre ya en España.

—Bueno, pero me parece un tanto rebuscado —dijo Héctor, y se pasó la mano por la barba—. De todos modos, es un procedimiento de lo más extraño. Sé de un club de tiro con arco en Benalmádena, a unos kilómetros de Málaga, pero es el único. Aunque mis colegas están comprobando si hay más.

—Vale, nosotros estamos mirando también asociaciones de caza y tiro, pero hay muchísimos cazadores en Suecia, y trescientas mil personas tienen licencia de caza.

—¿Y cuál es la situación con las armas en general?

—Más de medio millón de suecos tienen licencia de armas, y hay cerca de dos millones de armas legales registradas. Además, recuerda que solo somos diez millones de personas en un país tan grande como este. El número de armas ilegales que habrá por ahí es algo que solo podemos suponer.

—Ah, otra cosa —dijo Héctor—. ¿Quiénes sabían que iban a celebrar aquí la Nochevieja?

—Bastante gente, lo más seguro, puesto que Ulrik escribió en Facebook y en Instagram el día de Navidad que tenía planes de celebrar el Fin de Año en Docksta, y animaba a sus amigos de siempre a pasarse por allí para verse. Hemos hablado con los amigos que Ulrik tenía aquí y con su familia. Seguro que en España hay muchos más, no hemos podido verificarlo todavía.

—Habéis ido preguntando puerta por puerta. Y ¿habéis buscado con perros policía?

Vera frunció el ceño.

—Pues claro, eso es trabajo policial básico. En Suecia también sabemos cómo se hacen esas cosas —replicó, y le dirigió una mirada muy dura.

Héctor guardó silencio y miró de reojo a su colega sueca. Vera se echó a reír.

—Relájate, estoy de broma.

Héctor soltó un suspiro de alivio y continuó:

—Debemos averiguar qué estuvieron haciendo últimamente, si

ocurrió algo llamativo.

—Tendremos que colaborar en ese aspecto; vosotros indagáis en España y nosotros, en Suecia. —Vera echó una ojeada al retrovisor y puso el intermitente derecho—. Me alegro de que la Policía de Málaga esté involucrada, porque es preciso que trabajemos en los dos frentes.

Salió de la carretera y tomó un camino estrecho y nevado que no habían cubierto de arena.

—¿Cuál piensas tú que puede ser el móvil? —preguntó Héctor.

—No puedo dejar de pensar que se trata de algo relacionado con el plano emocional. —Vera se puso muy seria—. Alguien quería matar a Ulrik Melin y a Laura Rivera. O más bien: lo que quería era ejecutarlos.

LISA ESTABA EN el dormitorio tumbada en la cama con la vista fija en el techo. Estaba blanco y enlucido, pero la pintura se había desconchado aquí y allá. El techo era altísimo, unos cuatro metros, seguro, y esa era una de las cosas que le habían gustado de la casa. Siguió con la mirada una de las grietas. ¿No estaba un poco más larga? Comprendió que tardaría en tener tiempo, energía y dinero para emprender el arreglo del dormitorio. «En fin —pensó—, cada cosa a su tiempo.»

Javi se había marchado temprano por la mañana. Su calor y su aroma aún seguían allí, a pesar de que ya habían pasado unas horas. Lisa se había vuelto a dormir, acababa de despertarse y empezaba a volver en sí. Poco a poco fueron aclarándose los recuerdos. Javi había despertado algo en ella. Un deseo, una nostalgia de algo. Se acarició el brazo, el pecho, el vientre… Sentía el cuerpo cálido y suave. Llevaba tiempo deseando que la tocaran. Que la tocaran de verdad. Lo necesitaba, no solo físicamente, sino también por la confirmación que suponía. De que era una mujer, de que aún era atractiva, de que podía despertar el deseo de un hombre.

Lisa prestó atención a los ruidos. Unas mujeres pasaron riendo por la calle, los pájaros cantaban, aunque estaban a principios de enero, y el sol se abría paso por entre las cortinas. Lisa quería quedarse allí, en aquella sensación tan placentera de satisfacción física completa.

Poco a poco, empezaron a acudir a su mente otros pensamientos. Se había acostado con un vecino, con un chico del pueblo que vivía a un tiro de piedra de su casa. Era casi veinte años más joven que ella, vivía en un piso en el mismo edificio que sus padres y, por si fuera poco, trabajaba en su misma empresa. En el pueblo. Una empresa de reformas cuyos servicios bien podría llegar a necesitar ella. Aún era una recién llegada en Benagalbón y estaba conociendo gente, no tenían ningún vínculo con ella, no sabían quién era, no llevaba viviendo allí ni un año. ¿Y si Javi se dedicaba a ir por ahí alardeando de haber seducido a la sueca recién llegada? ¿Cómo reaccionarían sus padres? Seguro que tenían la misma edad que ella. Por Dios, ¡si podría ser su madre!

Se le dibujó una mueca de desagrado cuando se imaginó cómo podían verlo en el pueblo: una mujer mayor que había llegado con la intención de seducir a los jóvenes de la zona. Aquello echaría por tierra de un plumazo la reputación que pudiera tener allí.

Lisa se levantó de un salto de la cama y empezó a buscar a tientas las zapatillas.

Se apresuró a ir al baño con un sentimiento de creciente frustración,

abrió el grifo de la ducha, cerró los ojos y dejó que el agua tibia le recorriera todo el cuerpo.

VERA TOMÓ UN estrecho camino que discurría tan solo unos metros desde la playa de la bahía de Bäckfjärden y se detuvo delante de una gran casa de madera roja estilo fin de siglo. Tenía una localización preciosa a la orilla del agua, y la nieve había cubierto la parcela con un manto blanco que relucía al sol. Dos perros grandes de color negro aparecieron a todo correr, arremolinando la nieve y ladrando de tal modo que Héctor apenas se atrevía a salir del coche. Entonces apareció en la puerta una mujer morena, vestida de negro de pies a cabeza. Un agudo silbido cortó el aire gélido. Los perros reaccionaron en el acto, pararon en seco, volvieron con su dueña y se sentaron cada uno a un lado de la mujer.

Vera y Héctor salieron del coche y la saludaron. La mujer, que era Sandra Melin, la exesposa de Ulrik Melin, les dio la mano con un apretón flojo que no encajaba con la determinación y la disciplina militar que parecía aplicar a los perros. Estaba pálida y se notaba que había estado llorando.

—Pasen —dijo sujetando la puerta mientras mandaba dentro a los perros.

Los condujo a un salón amplio con una chimenea en la que ardía el fuego, y Héctor se quedó sin aliento ante las maravillosas vistas a la superficie helada de la bahía. Parecía tan cercana que daba la sensación de que la casa estuviera construida sobre el agua.

—Pónganse cómodos, por favor —dijo Sandra Melin, y señaló el sofá mientras ella se sentaba en un sillón que había al lado. Se alisó la falda. Tenía un pañuelo en las manos y en la mesa, delante de ella, un vaso de agua.

—Ante todo, lamentamos mucho su pérdida —dijo Vera, y lo tradujo al español mirando a Héctor. Ya le había advertido a la exmujer de la víctima que la Policía española participaría en la investigación, y ella había aceptado que Héctor estuviera presente.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Ulrik?

—Pues no sé… A ver… Esta Navidad. Nos vimos al día siguiente en casa de mis padres.

—Entonces, Ulrik y usted estuvieron allí con los niños, ¿no?

—Claro, como siempre. Como hacemos desde hace años.

—Y los niños…, ¿qué edad tienen?

—Patrik tiene diecinueve y Elias, diecisiete. Cumple dieciocho en febrero.

Sandra Melin sollozó bajito.

—Elias cumple dieciocho años y su padre está muerto. ¿Cómo vamos a poder celebrar ahora su cumpleaños?

—Entonces, ¿se veían a menudo?

—Siempre que Ulrik venía. Podíamos pasar juntos fines de semana enteros, toda la familia. Ir a ver un partido de *hockey* y a cenar… Yo creo que él lo necesitaba, necesitaba que estuviéramos todos juntos. Nuestros hijos optaron por vivir conmigo, y yo creo que él se habría sentido solo si no nos hubiéramos juntado cuando venía. Y entre nosotros no había ningún asunto pendiente.

—¿Cuándo se separaron?

—Hace más de un año.

—O sea, no hace tanto, ¿no?

—No.

—¿Quién decidió separarse? ¿Estaban los dos de acuerdo?

A Sandra Melin se le cubrió el cuello de manchas rojas y se le empañaron los ojos.

—No, fue cosa suya. En realidad, no sé por qué. Supongo que entró en la crisis de los cincuenta, que, con toda probabilidad, se le habría pasado si hubiéramos esperado un poco. Yo no quería. Y no deberíamos habernos separado nunca, porque entonces esto no habría ocurrido y Ulrik estaría vivo.

En el piso de arriba se oyó un ruido, y luego pasos en la escalera. Un joven con una gorra en la cabeza y una bolsa de deporte en la mano pasó por delante de la puerta. No se molestó en saludar, sino que siguió hacia la cocina. Oyeron el ruido al abrir y cerrar un mueble, el agua del grifo y la puerta del frigorífico.

—Es Patrik, mi hijo mayor. Les he dicho a los niños que todavía no tienen por qué hablar con la policía.

—Ya, pero, en realidad, necesitamos hablar con sus hijos. Cuanto antes, mejor. Los llamaremos para interrogarlos mañana.

—De acuerdo —dijo Sandra Melin en voz baja—. ¿Podría ser temprano, en el caso de Patrik? Es que mañana se va a Åre con unos amigos. Hace mucho que empezaron a planear el viaje. En realidad, al principio no me parecía buena idea que se marchara, pero me dijo que está desesperado por salir de casa. Puede que le siente bien estar con sus amigos. Era el ojito derecho de su padre, tenían muy buena relación.

—Lo comprendo —dijo Vera—. Seguro que podemos arreglarlo para que sea lo más temprano posible, pero no puedo prometer nada, antes tengo que hablar con mis colegas. Otra pregunta, ¿qué hicieron usted y sus hijos en Fin de Año?

—Ellos fueron cada uno a su fiesta con los amigos. Y yo estuve sola en casa.

—¿Y eso?

—No me he encontrado muy bien últimamente, estaba deprimida, la verdad, y no tenía ganas de ver a nadie.

—¿Ha estado en la granja después de Navidad?

—No.

—¿Seguro? ¿No ha tenido que ir para nada?

—No, ya no tengo ningún motivo para ir allí. Salvo que estuvieran Ulrik o los chicos.

—¿Sabe a qué hora llegaron sus hijos a casa la noche de Fin de Año?

—Ni idea, estaba durmiendo.

—¿Qué número de pie tiene?

A Sandra Melin le cambió la cara. Se miró las zapatillas de piel de oveja.

—¿Por qué lo pregunta?

—Eso no importa, queremos saberlo.

—Un treinta y nueve.

Se hizo el silencio unos instantes. Vera se inclinó un poco hacia delante y se cruzó de piernas mientras observaba a la exmujer de Ulrik Melin.

—Ulrik había conocido a una mujer. ¿A usted eso qué le parecía?

Un aleteo casi imperceptible agitó el párpado de Sandra. La mujer carraspeó un poco y tomó otro trago de agua antes de responder.

—Me daba igual, por mí podía estar con quien quisiera, estábamos separados.

Se irguió un poco, cambió de postura y se puso a mirar por la ventana.

—¿De manera que le dio igual?

—Desde luego —dijo Sandra, pero tanto su tono de voz como su lenguaje corporal indicaban lo contrario—. La otra estaba en España, y a mí no me importaba lo que él hiciera allí.

—Y usted, ¿ha conocido a alguien?

—Pues no diría tanto, la verdad —respondió Sandra Melin, evasiva —. He tenido varias citas, pero ninguna ha salido bien.

—¿Y los chicos? ¿Cómo se tomaron ellos el divorcio?

—Están muy tristes y no entienden nada. No lo han aceptado, yo creo que siempre han pensado que nos estábamos tomando un descanso, que Ulrik y yo terminaríamos por reconciliarnos. Los niños siempre quieren que los padres sigan juntos, claro. Por otro lado, tampoco es que nosotros discutiéramos o que en casa hubiera un ambiente desagradable. Yo diría que les costó comprender por qué nos separamos.

Se le apagó la voz. Sandra Melin se perdió de nuevo mirando por la ventana, contemplando el hielo.

—Y, en realidad, a mí también… Me costó comprender por qué. Nuestra relación no era peor que muchas otras, la vida seguía adelante con normalidad.

La mujer rompió a llorar con la cara entre las manos. Vera aguardó unos instantes hasta que pudo continuar.

—¿Sabe si Ulrik tenía enemigos? ¿Alguien que quisiera hacerle daño?

—No lo sé —sollozó Sandra Melin desde el otro lado de la mesa—. He estado pensando y haciendo memoria por si en algún momento noté alguna amenaza, si lo vi asustado o algo así, pero no, no recuerdo nada parecido. Ulrik era un hombre amable que caía bien a la gente. Todos lo querían.

—¿Suele esquiar?

—Pues claro, como todos los que vivimos aquí. Me he criado subida a unos esquís.

—¿Le interesa la caza?

—No mucho, pero hace tiempo que formo parte de la reserva militar, así que sé manejar un arma. Aunque jamás he tenido un arco en las manos, por si pensaban preguntarme. ¿Qué pretenden? ¿Es que soy sospechosa?

—Son preguntas que tenemos que hacerle a todo el mundo —aclaró Vera—. Entonces, quiere decir que tiene licencia de armas, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Una cosa más —continuó la agente—. Tiene una hermana, ¿verdad?

A Sandra Melin le cambió el color de la cara al oír la pregunta y se removió en la silla. Se la veía muy incómoda.

—¿Qué tiene que ver mi hermana con esto?

—Por lo que hemos podido averiguar, era buena en biatlón. ¿Es un deporte que le interese a usted también?

—Para nada, el deporte no es lo mío.

—¿Ha practicado en serio algún otro deporte? ¿O lo practica ahora?

—Siempre me ha gustado ir al gimnasio, me sienta bien hacer ejercicio. Cuando estábamos casados, Ulrik y yo entrenábamos juntos. De hecho, nos conocimos en un gimnasio, así fue como iniciamos nuestra relación.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Sandra Melin, que empezó a llorar de nuevo, desconsolada.

Vera y Héctor consideraron que ya podían dar la visita por terminada, le dieron las gracias y le dijeron que no hacía falta que los acompañara a la salida.

Camino del coche, Vera miró a Héctor.

—Ha quedado claro que Sandra Melin está triste y conmocionada. Y también me ha dado la impresión de que tenía celos de la novia de su exmarido. Dice que sus hijos no habían aceptado el divorcio, pero tal vez fuera más bien ella quien no lo aceptaba.

—¿Te has fijado en cómo se ha referido a la nueva pareja de su exmarido? —le preguntó Héctor—. ¿En cómo ha dicho «la otra», después de afirmar que no le importaba lo que Ulrik hiciera en España? Pero lo que hacía en Suecia quizá sí le importara…

Vera abrió la puerta del coche y se sentó al volante. Héctor se acomodó en el asiento del copiloto, muerto de frío. El coche se había vuelto a quedar helado.

—Bueno, él solo tenía una mujer, Laura —continuó Vera mientras se ponía el cinturón—. Pero Sandra hablaba como si ella aún fuese la esposa. Y, además, no tiene coartada.

Cinco meses atrás

—¿QUÉ TE PARECE?

Hanna llevaba un vestido rojo entallado sin escote pero con la espalda descubierta, y se giró delante del espejo de la habitación del hotel.

—¡Superchulo! ¿Y qué me pongo yo? —suspiró Elin—. Ya he usado toda la ropa que traía…

—Ponte ese negro tan bonito que llevabas ayer —le sugirió su amiga mientras se miraba en el espejo—. Te quedaba genial.

El vestido rojo le sentaba bien ahora que el color rosáceo de los primeros días de playa se había convertido en un moreno dorado.

El *soul* de Albin Lee Meldau sonaba a través del altavoz portátil, y en la mesa de la habitación, ahora convertida en tocador, tenían dos copas de vino. Habían disfrutado de una semana maravillosa en Málaga, mucho mejor de lo que Hanna habría podido imaginar. Se habían pasado los días enteros en la playa, luego descansaban dormitando un rato en el hotel antes de salir a comer y a alguno de los muchos bares y clubs de la ciudad, donde podría decirse que iban «a por todas». Hanna sonrió al recordar a Elin bailando subida a una silla unas noches atrás; su amiga sabía pasárselo bien, desde luego.

Mientras Elin rebuscaba en el armario, el teléfono, que Hanna había dejado encima de la cama, empezó a sonar. Soltó un suspiro con cara de resignación al ver quién era. Su madre. Otra vez. Desde que se fueron la llamaba varias veces al día. Era la primera vez que Hanna viajaba sola al extranjero, y su madre estaba preocupada por todo lo habido y por haber. «No os emborrachéis, no vayáis a casa de ningún desconocido, no vayáis a salas de fiestas, manteneos a salvo de todos los seductores que tratarán de conquistaros a toda costa. No os subáis al coche de nadie. No vayáis en taxi la una sin la otra…» Así podía seguir hasta la eternidad. Si hubiera sido por ella, Hanna habría tenido que irse a la cama a las once todos los días, y si la llamaba para darle las buenas noches antes de dormirse, mejor.

—Uf, no puedo… —dijo. Puso el móvil en silencio, se sirvió una copa y le dio la suya a Elin—. Salud, esta noche vamos a pasarlo bien.

Su amiga movió las caderas delante del espejo.

—La última noche, ¡a por todas!

SE LLEVARON TODO el equipaje, pagaron y dejaron el hotel, y el recepcionista les ayudó a pedir un taxi. Cuando salieron a la calle sintieron una oleada de aire caliente. Habían estado a más de treinta y cinco grados durante el día, y la temperatura aún rondaba los treinta, a pesar de que ya hacía varias horas que se había puesto el sol.

El coche llegó al cabo de unos minutos y se dirigieron al aeropuerto, donde guardaron el equipaje en una taquilla. El avión a Estocolmo salía a las once del día siguiente, y habían decidido pasar fuera toda la noche y acudir directas al aeropuerto por la mañana. En Málaga las salas de fiestas estaban abiertas hasta las cinco o las seis de la mañana, así que no habría ningún problema.

De vuelta en la ciudad, las amigas se dirigieron del brazo a la zona de bares, algo ebrias y risueñas. Los tacones resonaban contra los adoquines relucientes. Su última noche allí podía empezar.

LA GRANJA DE Ulrik Melin se encontraba en una elevación del terreno, visible desde la carretera, a unos kilómetros a las afueras de Docksta, con el bosque justo detrás. Estaba pintada de rojo con las esquinas blancas, y constaba de la vivienda, un cobertizo antiguo y una cabaña para invitados. La nieve, de un metro de espesor, relucía preciosa bajo el sol. Era un día de invierno de una calma y una claridad espléndidas.

Vera subió y aparcó delante de la vivienda. Al lado de un coche oculto bajo un manto blanco había una motonieve. Alrededor de la parcela aún se veía la cinta policial de color blanco y azul, pero ningún policía. La puerta estaba cerrada con llave, pero Vera tenía una copia. Héctor y ella se pusieron los guantes y los patucos y entraron. Reinaba un silencio compacto. Era como si la muerte impregnara las paredes.

Se notaba que la cocina estaba muy trabajada y parecía algo antigua, aunque era grande, luminosa y acogedora, con paneles en las paredes, suelos de madera de pino cubiertos de jarapas, y puertas de cuarterones y muebles de cocina pintados de verde. En un rincón había una vieja cocina de leña sobre la que colgaban cacerolas de cobre de distintos tamaños. En el frigorífico había notas adhesivas y fotografías de los dos hijos sujetas con imanes de formas más o menos creativas. Héctor sintió un pesar en el pecho: allí hubo un día vida, niños creciendo, la historia de una familia. Tan solo un par de días atrás, habían celebrado la noche de Fin de Año al calor de un nuevo amor, de esperanzas y sueños de futuro. Ahora todo eso había desaparecido. Ya habían terminado el registro domiciliario, los técnicos habían revisado todo lo que necesitaban y se habían llevado lo que había que examinar.

—Cuando Mattias, el amigo de Ulrik, vino aquí la tarde del día de Año Nuevo, había comida en la cocina, las velas estaban a medio quemar en los candelabros, sonaba la música y se veía ropa esparcida por el suelo en forma de reguero hacia la puerta de la terraza —contó Vera—. En principio, parecía que se levantaron de la mesa, se desnudaron y se fueron derechos a la tina.

Héctor recorrió la cocina con la mirada. En torno a la gran mesa de madera de pino había un sofá de cocina rústico y unas sillas con cojines de cuadros verdes sujetos con cintas del mismo color.

Las grandes ventanas de palillería daban al bosque, la suave ladera cubierta de nieve descendía hacia el camino y hacia el monte que se alzaba al fondo. Era un lugar muy acogedor, sin duda, pero ahora resultaba solo tétrico.

—Vamos a mirar fuera —dijo Vera, y abrió la puerta de la terraza.

Los dos policías salieron y miraron hacia la tina. Se encontraba a unos veinte metros más abajo en la parcela, medio sumergida en una terraza de madera que se extendía delante de la cabaña de invitados.

—¿Sabes dónde se encontraba el tirador? —preguntó Héctor.

—Allí —respondió Vera señalando un lugar entre la cabaña y el viejo cobertizo—. A unos cinco metros de donde estaban ellos.

—Qué horror —dijo Héctor con un escalofrío—. Me pregunto si alcanzaron a comprender lo que estaba ocurriendo.

Se acercaron a la tina y se quedaron observándola. Estaba vacía y limpia. Al cabo de unos instantes, Vera dijo:

—Supongo que estarían ahí tan tranquilos brindando por el nuevo año y planeando el futuro —dijo.

—Uf, qué triste —respondió Héctor.

—Ven, vamos a ver el resto de la casa —propuso Vera.

En el piso de arriba había tres dormitorios, un baño y un despacho con estanterías y un escritorio antiguo con vistas al bosque. El suelo de madera crujía bajo sus pies mientras recorrían las habitaciones, descorrían una cortina, examinaban una fotografía colgada en la pared, observaban el contenido de un cajón, abrían la puerta de un armario… Todo para intentar hacerse una idea de cómo era el hombre que había vivido allí. Vera miró por la ventana.

—¿Quién será? —murmuró como para sus adentros.

Al otro lado del cordón policial había un hombre mayor. Parecía que quisiera algo, pero no se atrevía a cruzar la cinta. Seguramente, habría visto el coche de la policía, y ahora estaba esperando a que salieran de la casa. Vera se volvió hacia Héctor.

—Voy a ir a ver qué quiere.

Héctor asintió y salió con ella. Le había entrado la curiosidad.

—Hola —dijo Vera en voz alta mientras se acercaba al hombre—. Somos de la policía, ¿qué está haciendo aquí?

—Hola —los saludó el hombre, y se quitó el gorro de lana—. Me llamo Anders y vivo en la granja vecina, está a un trecho —dijo señalando a su espalda—. Bueno, no se ve desde aquí, está a unos kilómetros.

—Ya veo.

Vera lo miró con curiosidad.

—Sí, solo quería contarles que el día de Fin de Año mi mujer y yo salimos a dar un paseo con el perro por la tarde, antes de la cena, y vimos que el Land Rover de Ulrik estaba en la entrada, así que

dedujimos que estaría en casa, porque es el coche que utiliza siempre que viene a Docksta.

—Ya… —Vera se preguntaba adónde querría ir a parar el vecino.

—Pero luego llegó otro coche y aparcó al lado de la ladera, debajo de la casa, como si no quisiera que lo vieran…

Vera frunció el ceño.

—¿Vieron quién conducía?

—En ese momento no, estábamos demasiado lejos, pero nos llamó la atención, así que nos quedamos mirando un rato. Al cabo de unos quince minutos el conductor volvió, se sentó al volante y se marchó de allí. Nos pareció extraño, porque si hubiera sido algún conocido de Ulrik o alguien que lo estuviera buscando por alguna razón, se habría acercado con el coche hasta la casa, en lugar de quedarse en la ladera. Así que pensamos que solo estaría andando por ahí sin más.

A Vera se le aceleró el corazón y se le quedó la boca seca. Aquel hombre y su mujer bien podrían haber visto al asesino. Se esforzó por parecer serena.

—¿Eso a qué hora fue?

—Sobre las seis de la tarde. Ya había oscurecido.

—¿Y no saben quién conducía?

—Pues sí, porque el coche pasó a nuestro lado, y entonces vimos que era Sandra, la exmujer de Ulrik. Lo primero que pensamos fue que no tenía nada de extraño, por eso le dijimos a la policía que no habíamos visto nada sospechoso. Pero hoy me ha dicho mi mujer que a lo mejor a la policía sí le interesaba saberlo, y que el modo en que Sandra había aparcado el coche era raro, como si no quisiera que la descubrieran.

LISA VIO A Annie en cuanto salió al vestíbulo de llegadas. Su amiga era bajita y menuda, tenía el pelo rubio y liso, y grandes ojos castaños. Llevaba vaqueros, botas y un *top* demasiado veraniego para el tiempo que hacía en Málaga, pero, claro, venía de Gran Canaria.

Se sintió aliviada al verla. Annie era la única amiga de verdad que tenía allí. Gracias a ella se había atrevido a mudarse a España. Se conocían desde la adolescencia y fueron compañeras de clase en el instituto.

Annie estaba bronceada, y tenía un aspecto feliz y saludable. Se dieron un abrazo.

—No te imaginas lo mucho que me alegro de verte —le dijo Lisa al oído—. Necesitaba verte de veras.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo? —le preguntó Annie llena de curiosidad.

—Y que lo digas —respondió Lisa—. Te lo cuento en cuanto salgamos de aquí.

Se sentaron en el coche y pusieron rumbo a Pedregalejo, en la zona este de la ciudad, donde vivía Annie. Su amiga se había mudado a Málaga diez años atrás, y era periodista del *Svenska Magasinet*, la revista que se publicaba para todos los suecos que pasaban temporadas o el año entero en la Costa del Sol.

—Bueno, ¿me lo vas a contar o no?

—¿No podemos esperar hasta que estemos en tu casa? —dijo Lisa.

—Pues claro —respondió su amiga lanzándole una mirada de preocupación—. Podemos cenar y luego te quedas a dormir, ¿no?

—Perfecto. —Lisa suspiró aliviada—. En estos momentos necesito estar apartada de Benagalbón.

—¿Tan grave es? —dijo la amiga.

—Eso parece —aseguró Lisa—. Creo que he metido la pata, y hasta puede que tenga que mudarme.

Annie la miró estupefacta.

—Pero ¿qué dices? No hablarás en serio, ¿verdad? Aunque yo sería la primera en alegrarse si te mudaras más cerca de mí. Mi vecino dice que quiere alquilar su piso mientras esté estudiando en el extranjero. Tú podrías alquilar tu casa hasta que la cosa se calme, sea lo que sea lo que haya ocurrido. ¿Has discutido con algún vecino? ¿Qué es lo que

ha pasado?

—Ojalá fuera eso —dijo Lisa—. Pero, bueno, te lo cuento después con calma, puede que me ponga a llorar y no quiero que me pase mientras voy conduciendo.

—Vale —respondió Annie—. Así está la cosa… —Miró extrañada a su amiga antes de cambiar de tema—. ¿Qué me dices del asesinato de Norrland? ¡Qué cosa tan macabra! La policía ya ha dado a conocer cómo les quitaron la vida. Una locura. ¿A quién se le ocurre matar con un arco de tiro?

—Bueno, lo más lógico es que sea alguien que está chiflado, como el loco de Noruega, ¿te acuerdas? No hace tanto que pasó. O a lo mejor lo del arco tiene algún sentido oculto, algo simbólico, quizá —sugirió Lisa—. Como las flechas de Cupido… ¿Un drama pasional?

—Ni idea, aún no sabemos casi nada. Me pondré a trabajar en ello mañana. La revista impresa ha hecho un alto por vacaciones, pero también tenemos la *web*. El ciudadano sueco vivía en Nerja, así que supongo que iré allí.

—Héctor quiere que haga de intérprete en los interrogatorios con los suecos que estén involucrados y que no hablen español lo suficiente. Ahora mismo está en la Costa Alta, pero creo que llega a Málaga esta noche —dijo Lisa.

—Las dos víctimas vivían aquí, pero las han asesinado en Suecia… —dijo Annie pensativa mirando por la ventanilla—. ¿Por qué será?

Se volvió hacia su amiga.

—Ni idea —dijo Lisa—. ¿Tendrían una cuenta pendiente con alguien en Suecia?

Fueron cruzando la ciudad y continuaron por la costa.

—La verdad es que aquí hace bastante más frío que en Gran Canaria —constató Annie, y miró apenada las tumbonas vacías y los restaurantes cerrados a lo largo del paseo marítimo—. Cuando salí de Arguineguín estábamos a veinticinco grados. Y nada de viento.

—Suena maravilloso —dijo Lisa—. Ya iré contigo alguna vez. —A pesar de lo mucho que le gustaba España, aún no había estado en Gran Canaria.

Por fin llegaron al barrio de Pedregalejo. Se encontraba a un paseo del centro de la ciudad y, aun así, el ambiente era mucho más relajado que en el casco urbano de Málaga. La gente paseaba en chanclas y pantalón corto o charlaba en las esquinas, compraba en la pescadería del barrio, y se tomaba un café y un aguardiente en uno de los bares.

Al otro lado de la carretera se alzaban grandes chalés de frondosos jardines, a tan solo un tiro de piedra de las largas playas de arena que llegaban hasta el centro, bordeadas de restaurantes de ambiente acogedor. La mayoría de ellos tenía mesas en la terraza, donde los clientes podían sentarse a observar el bullicio de la gente por el paseo

y, al mismo tiempo, contemplar el mar. Justo detrás de aquellos restaurantes se escondían las callejas empedradas donde se desarrollaba la vida cotidiana. Los niños jugaban en los callejones, algún que otro perro iba olisqueando por ahí, las mujeres y los hombres se sentaban a charlar a la sombra ante la puerta de sus casas. Varios edificios tenían azoteas que daban al mar y, por lo general, las calles y las plazoletas estaban decoradas con grandes maceteros de flores, fuentes con agua, jaulas con pájaros e imágenes de la Virgen en las fachadas.

Aquella era sin duda la zona más animada de Málaga, en opinión de Lisa, aunque no habría podido permitirse comprar una casa allí. Cerca del mar los precios se duplicaban en comparación con los del pueblecito en el que vivía ella.

MINUTOS DESPUÉS ESTABAN las dos sentadas en el balcón de Annie, con vistas al mar y tomando café. Annie encendió un cigarro. Era una de las pocas personas que Lisa conocía que aún se fumaba alguno de vez en cuando.

—Bueno, cuéntame —dijo su amiga con las piernas dobladas en el sillón de mimbre.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Lisa con un suspiro.

Le habló de su intento de enlucir la pared de su casa el día anterior y del catastrófico resultado. Y luego le describió cómo había aparecido Javier en medio del desastre. Lo vulnerable que se sintió, cómo se rindió a sus señales y cómo acabaron en la cama. Lisa notó que se ruborizaba mientras se lo estaba contando. Annie la escuchaba con creciente fascinación.

—Y ahora no sé qué hacer —concluyó desconsolada—. Es posible que haya arruinado mis posibilidades de vivir a gusto en el pueblo. Imagínate que Javi cuenta por ahí que nos hemos acostado. Ya sabes cómo son las historias en los pueblos, las noticias vuelan, sobre todo los cotilleos.

Guardó silencio y tomó un sorbo de café.

—Madre mía, vaya noticia —dijo Annie al fin con los ojos como platos—. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y siete —respondió Lisa avergonzada—. O sea, dieciocho años más joven que yo. Sus padres deben de tener mi edad, ¿te imaginas? Si se enteraran…

Miró preocupada a Annie, que apagó el cigarro y movió la cabeza quitándole importancia.

—Pero, mujer, venga ya. ¿Pensarías así si fueras un hombre separado en la flor de la vida, y hubieras conocido en tu pueblo a una

chica dieciocho años más joven? Seguro que no. No cabrías en ti de orgullo. Despierta, Lisa, estamos en el siglo XXI. No has hecho nada malo, estás soltera y eres libre, los dos sois adultos. ¿Dónde está el problema? No es que hayas seducido a un quinceañero, ¿no?

—Bueno, pero ya conoces cómo se comentan estos casos en los pueblos, la gente es más conservadora —objetó Lisa.

—Venga ya, no es responsabilidad tuya. Y lo pasaste bien en la cama, ¿no?

—Sí, eso sí… —respondió Lisa, y sintió que se ruborizaba—. Capacidad tiene, por decirlo suavemente…

—Qué envidia —suspiró Annie—. ¿De qué te lamentas? Alégrate, qué demonios. ¿Cuántas mujeres pueden disfrutar así en la cama a nuestra edad? Aprovecha mientras puedas. Por eso te viniste a vivir aquí, ¿no? Para disfrutar de la vida y vivir nuevas experiencias. ¿No fue eso lo que dijiste?

—Sí, sí —murmuró Lisa—. Eso era lo que quería.

—Pues ahí lo tienes. Mañana, cuando llegues a casa, te comportas como si nada y vas por el pueblo saludando a todo el mundo con la cabeza bien alta. ¡No tienes de qué avergonzarte!

Lisa miraba a su amiga con escepticismo. El consejo de Annie sonaba bien y parecía sensato, pero ¿sería capaz de seguirlo?

CUANDO HÉCTOR LLEGÓ a casa después de su fugaz viaje a Suecia ya habían dado las nueve de la noche. Era estupendo estar de vuelta, sin tener que pasar frío. Abrió el frigorífico, sacó un trozo de tortilla olvidado que aún se podía comer y lo calentó en el microondas. Salió al balcón con el plato y una Cruzcampo.

Se llevó un trozo de tortilla de patata a la boca y alzó la mirada. Las vistas a la catedral eran una maravilla. Solo tenía una torre, pero se apreciaba desde casi toda la ciudad. La gente llamaba a la catedral La Manquita, porque la idea inicial era que tuviera dos torres, pero la falta de dinero detuvo la construcción, que había comenzado en el siglo XVI y se prolongó durante tres siglos. En los aledaños, en la popular calle Granada, se encontraba la iglesia donde bautizaron a Picasso, y la casa natal del célebre artista se hallaba a tan solo un tiro de piedra de allí, en una esquina de la plaza de la Merced.

Poco después de la muerte de Carmen, Héctor se planteó irse a vivir a otro lugar para apartarse de su recuerdo, de su presencia, que aún sentía con fuerza. A veces era duro y casi llegaba a enfadarse con ella por seguir estando tan presente todavía, como si le molestara. En cierto modo, la memoria de Carmen le impedía seguir adelante con su vida.

Un grupo de mujeres muy guapas pasó por debajo con vestidos de flores y los hombros cubiertos por una pañoleta. Su animada conversación y sus risas llegaban resonando hasta el balcón. Héctor se las quedó mirando. Sus hijos llevaban tiempo insistiendo en que debería salir y quedar con alguien, incluso se habían ofrecido a ayudarle a abrirse una cuenta en Tinder, pero a él le resultaba rarísimo tratar de promocionarse en una página de citas y luego comunicarse con personas a las que no había visto jamás o a las que no conocía de nada; no era su estilo.

Al ver que se negaba, le pagaron el curso de flamenco, y él se armó de valor para asistir. Allí conoció a Lisa Hagel. Al principio casi se sintió atemorizado. Era alta, imponente y muy guapa, con una ondulante melena rubia y los labios de un rojo encendido. Si el profesor de baile no los hubiera juntado, jamás se habría atrevido a acercarse a ella, pero al final se convirtieron en pareja de baile y lo pasaron muy bien en clase.

Sin duda, se sentía atraído por ella, pero era demasiado torpe. Madre mía, llevaba treinta años sin cortejar a una mujer… Él solo tuvo ojos para Carmen mientras ella vivía.

Tomó un trago de cerveza y contempló la plaza. Dominaba el espacio un obelisco de piedra, monumento erigido en honor al general Torrijos, que en el siglo XIX encabezó un pronunciamiento contra la Corona, pero perdió y fue enterrado en Málaga junto con sus compañeros de armas. Cafés, bares y restaurantes bordeaban la plaza, así como una serie de bellos edificios de fin de siglo de fachadas enlucidas, barandillas de hierro forjado pintadas de negro, grandes ventanales y balcones con marcos de madera. Como el suyo. A Héctor le encantaba aquel lugar, la vida que bullía en él. Observó a las parejas que caminaban del brazo, charlaban sentadas en las terrazas o se besaban en los bancos. Recordó el rostro de Lisa, su piel blanca y sus ojos claros. Lo delicado de sus rasgos. Miró la silla vacía que había al otro lado de la mesita que cabía en el balcón. Si ella estuviera allí en esos momentos… Pero él nunca se atrevería a acercarse a ella así. ¿Por dónde empezar? Además, tenían una relación profesional.

En ese momento se abrió la puerta del balcón de Sam, el vecino, y este salió con una copa en la mano y un cigarro aún sin encender entre los labios.

—Buenas noches —dijo Sam.

—Buenas noches —respondió Héctor.

—¿Has estado de viaje? He visto las luces del piso apagadas.

—Sí, he hecho un viaje de ida y vuelta a Suecia, por trabajo.

Sam enarcó las cejas.

—¿Es por el asesinato del sueco y la española? ¿Los que encontraron en una tina?

—Eso es.

—Dios mío, qué cosas. Una auténtica locura, y en Fin de Año nada menos. Además, vivían aquí. Me pregunto qué habrá pasado.

—Bueno, no puedo contarte nada, como comprenderás —dijo Héctor.

—¿Tiene algo que ver con esos delincuentes de Suecia que arrasan en la Costa del Sol? —continuó Sam impasible—. Algunas zonas parecen Chicago. Y llegan aquí entre millones de turistas porque es fácil camuflarse entre la multitud, ¿verdad? La policía trabaja mucho en eso, ¿no?

—Sí, desde luego que trabajamos mucho, pero por ahora no tenemos nada que apunte a que este caso esté relacionado con el crimen organizado —respondió Héctor—. Además, el asesinato se cometió en Suecia.

Sam asintió, pero se quedó pensativo.

Héctor le dio las buenas noches y entró en casa. Algo de lo que había dicho su vecino le había dado que pensar. Mientras se preparaba para irse a la cama, no paraba de darle vueltas a la cabeza. La Policía Nacional de Málaga llevaba varios años investigando y persiguiendo a miembros de bandas criminales relacionadas con Suecia, unas bandas que estaban equipadas con armas y explosivos, y que, aparte de al tráfico de drogas, se dedicaban a amenazar, atacar y chantajear a la gente. Era un problema que había ido creciendo en los últimos años. España, por su proximidad a Marruecos, gran productor de hachís, y debido a sus similitudes culturales y lingüísticas con Latinoamérica y sus cárteles de la cocaína, era un país importante para el narcotráfico internacional desde el punto de vista estratégico. La Costa del Sol funcionaba como un lugar de tránsito para la droga que mandaban hacia el norte de Europa, y en los últimos años habían llevado a cabo varias operaciones conjuntas entre la Policía sueca y la española. En uno de los casos más importantes, se habían incautado de grandes cantidades de dinero, valiosas obras de arte, relojes Rolex, y joyas y antigüedades en varios chalés de lujo. Todos ellos objetos robados en atracos a viviendas en Estocolmo.

En la región de Málaga se desarrollaban actividades mafiosas de tráfico de armas y narcóticos, asesinos a sueldo y lavado de dinero en el ramo de la construcción. Los ajustes de cuentas, las amenazas, los asaltos con explosivos, los coches incendiados y las ejecuciones a plena luz del día se habían convertido en algo cotidiano. Los criminales implicados eran auténticos salvajes que no rehuían ningún medio.

¿Y si aquel brutal doble asesinato guardaba relación con las bandas criminales? Ulrik Melin tenía dinero. Como habían podido comprobar, poseía grandes cantidades en diversas cuentas bancarias, y además

había invertido en acciones. ¿Se habría metido en algún tipo de actividad delictiva que lo llevó a caer en desgracia? ¿Y si solo se mudó a Nerja por su divorcio? ¿A qué se dedicaba mientras estaba en España? Su piso se encontraba en un elegante edificio del centro de Nerja, muy cerca del Balcón de Europa. El registro domiciliario desveló que Ulrik Melin tenía gustos muy caros, y se había rodeado de obras de arte, materiales de lujo y muebles de diseño. Poseía un coche deportivo y un Land Rover, además de la granja de Docksta. La policía estaba revisando a fondo sus cuentas bancarias y su actividad económica.

Había suecos que se dedicaban a actividades delictivas en la Costa del Sol, eso no era ninguna novedad. Al mismo tiempo, el asesinato de Ulrik y Laura se le antojaba muy lejos de todo eso. Héctor tenía la sensación de que se trataba de algo personal, quizá celos o algún tipo de venganza familiar. Claro que no sería la primera vez que se equivocaba, el crimen bien podría estar relacionado con asuntos muy distintos, que formaran parte de un contexto más amplio. Lo más desconcertante era que el asesinato se hubiera producido en Suecia. ¿Sería una maniobra para despistar a la policía, para que dejaran de centrarse en la región de Málaga? ¿Tal vez porque estuvieran planeando otro golpe allí, algo de más envergadura? Tenía que hablar de ello con Andrea Cuadros, sería lo primero que haría por la mañana.

Cuando se metió en la cama notó el cansancio. Había sido un día muy largo. Aun así, se quedó un buen rato despierto con la mirada perdida en la oscuridad.

HORA TRAS HORA por autopistas en apariencia interminables en medio de una oscuridad infinita. El miedo a que la policía me diera el alto no cedía, a pesar de todos los kilómetros que había dejado atrás. Iba en tensión total, agarrando el volante con todas mis fuerzas durante las cinco horas largas que se tardaba de Estocolmo a Helsingborg. Tenía el estómago revuelto y tuve que parar varias veces a la orilla de la carretera.

Y cuando por fin iba a subir al barco en Helsingborg, ocurrió de pronto. Me pararon. Un agente de aduanas uniformado me hizo una seña para que me acercara, y tuve que salir de la cola que subía al barco. Noté un sudor frío y que me faltaba el aire, ¿era posible tener tan mala suerte? ¿Era a mí a quien buscaban? ¿Encajaríamos el coche o yo con la descripción de algún testigo? El corazón me latía tan fuerte que tenía la convicción de que el agente de aduanas podría oírlo cuando se acercara. Me pidió el pasaporte y se me quedó la boca seca. Me esforcé por aparentar normalidad, pero vi cómo me temblaba la mano cuando se lo di. El agente me examinó y miró al interior del coche antes de, con estudiada morosidad, ponerse a hojear el cuadernillo de color rojo. Sin embargo, no hizo ninguna pregunta. Desapareció cruzando una puerta. ¿Se me notaría la culpa en la cara? ¿Lo llevaría escrito en la frente? Si me pedía que abriera el maletero, sería el fin, pues allí estaban el arco y el carcaj.

Me temblaban tanto las piernas que me costó pisar el acelerador cuando, al cabo de unos minutos insufribles, me dejaron subir a bordo. Era obvio que la policía no iba detrás de mí. Todavía no. Cuando me bajé del ferri en Puttgarden, ya en territorio alemán, una tormenta de aguanieve entorpecía la visibilidad.

Sin embargo, una vez en Alemania, me sentí algo más a salvo, y por la autopista podía conducir tan rápido como quisiera. Pisé a fondo el acelerador y logré cruzar el país sin detenerme. No sé de dónde saqué la fuerza. Tal vez fuera la velocidad, que me hacía sentirme invulnerable. Era libre de hacer lo que se me antojara, lo que había decidido y planeado. Ya nada podía detenerme.

DÍA 5

Martes, 4 de enero

EL SOL AÚN no se había ocultado tras las densas nubes cuando Héctor conducía camino del trabajo. Hacía viento y llovía, y no era un tiempo agradable para ir en Vespa.

Había llamado a Andrea la noche anterior y le había propuesto que desayunaran juntos en el Café Cinema, su cafetería de siempre, a unos metros de la comisaría. Si es que su jefa conseguía madrugar, celebrarían la reunión a las nueve, y él le había propuesto que se vieran una hora antes. Andrea era eficaz y muy experta, pero su debilidad era que se retrasaba bastante y le costaba levantarse por las mañanas. Por lo general, llegaba a las reuniones en el último minuto. Héctor le había dicho que quería contarle con calma los pormenores del viaje a Suecia, y comentar el caso con ella antes de que empezaran la jornada. Andrea le aseguró que sería puntual.

La cafetería era un lugar acogedor con carteles de cine en blanco y negro en las paredes, sobre todo de las décadas de los cincuenta y los sesenta. Ninguno de los legendarios actores que aparecían en ellos seguía con vida, pero todos eran inolvidables.

Héctor saludó a Paco, el propietario del café, que estaba detrás de la barra, y se sentó en su mesa de siempre, en el rincón. Allí podrían hablar sin que los molestaran. Héctor no tenía que decir lo que quería, Paco lo sabía de sobra: una tostada con jamón y queso, y un café con leche.

Andrea no tardó en aparecer. Llevaba la melena oscura recogida a la espalda en una larga trenza. Por lo general, vestía trajes de chaqueta cómodos de pantalones amplios, y hoy dominaba el color verde.

—Buenos días —dijo Andrea antes de sentarse enfrente de Héctor—. Perdona que llegue un poco tarde, pero es que había un tráfico terrible. Qué tiempo más horrible, menos mal que dicen que es algo pasajero.

Andrea y su pareja, Sofía, vivían en Torremolinos, a unos kilómetros de Málaga. Paco se acercó enseguida a tomarle nota.

—Lo mismo para mí —dijo—, y un zumo de naranja natural.

—¿Cómo va todo? —preguntó Héctor—. ¿Cómo está Sofía?

Sabía que las cosas no siempre iban bien con la pareja de Andrea. Tenían una relación que podía calificarse de tormentosa, siendo prudentes, y Héctor se había percatado de ello hacía ya mucho

tiempo, aunque su jefa era bastante discreta con respecto a su vida privada.

—Bien, gracias, ¿y tú? ¿Qué tal Suecia?

—Preciosa, pero fría —dijo Héctor sonriendo—. Veinticinco grados bajo cero, ¿te imaginas?

Andrea lo miró con cara de espanto.

Héctor le contó lo que había dicho el forense y le habló del interrogatorio a Sandra Melin, la exmujer de Ulrik Melin, y de la visita al escenario del crimen.

—Estuvimos hablando con un vecino que había visto un coche en el lugar de los hechos el día de Fin de Año, hacia las seis de la tarde —continuó Héctor—. Se había detenido a cierta distancia del jardín, apartado de la carretera. El vecino y su mujer tuvieron la sensación de que el conductor no quería que nadie lo viera.

—¿Ah, sí? —preguntó Andrea enarcando las cejas—. Eso es muy raro.

—Sí, y el coche no estuvo en el lugar más de un cuarto de hora más o menos. Luego el conductor volvió y se marchó de allí.

—¿Y el vecino conocía el coche y a quien conducía?

—Sí, era Sandra Melin, la exmujer de Ulrik. Aunque cuando la interrogamos unas horas antes ese mismo día nos dijo que no había ido a la granja después de Navidad.

—O sea que mintió.

—Está claro. La policía ha vuelto a citarla para un interrogatorio, y supongo que Vera Krona me dirá lo que han averiguado a lo largo de la mañana.

—Muy interesante. ¿Habrá sido ella?

—¿Quién sabe? Los celos no son un móvil raro para cometer un asesinato. Cuando estuve en Docksta, tuve la sensación de que se trata de un asunto privado, íntimo, de que hay una persona del entorno de las víctimas que alberga un gran odio —dijo Héctor—. Así que claro que puede ser la exmujer, sobre todo si descubrimos que sabe manejar el arco, algo que negó cuando le preguntamos.

—Aunque el móvil también podría ser algo muy distinto —objetó Andrea—. Quizá la exmujer tenía curiosidad por saber cómo era la nueva pareja de Ulrik y le dio vergüenza reconocer que había estado allí curioseando por las ventanas.

—Sí, en eso tienes razón —dijo Héctor—. Puede haber alguna conexión con el crimen organizado de Málaga. Tendremos que investigar si se movían en ese tipo de ambientes.

—Por ahora no hemos encontrado nada que indique que ninguno de los dos tuviera relación con círculos delictivos, pero es posible que descubramos algo más adelante —dijo Andrea—. Por cierto, en casa de Laura han descubierto unas bolsas de cocaína. No mucha, lo más

probable es que fuera para consumo propio, pero el que los asesinaran en Suecia podría indicar que nos enfrentamos a las bandas suecas, es decir, al crimen organizado. Es cierto que Ulrik no tiene antecedentes conocidos, pero eso no tiene por qué significar que no se moviera en esos ambientes y que haya escapado a nuestros controles. Laura tampoco figura en ningún registro delictivo, en cambio su hermano y sus padres sí que aparecen.

—¡No me digas! —exclamó Héctor sorprendido.

—Nada serio, eso sí; pequeños hurtos, delitos menores relacionados con drogas y lesiones, aunque no graves.

—¿Y el hermano? ¿Dónde vive?

—Está censado en el domicilio de los padres, en el barrio del Sacromonte, en la parte alta de Granada, pero al parecer vive aquí y allá. Y, según sus padres, está desaparecido desde Navidad. No consiguen localizarlo.

—Qué raro.

—Tiene pinta de familia disfuncional, la verdad. Los padres no parecen tener mucha idea, y también llevaban bastante tiempo sin tener contacto con su hija.

—¿Ella se crio allí?

—Sí, junto con su hermano mayor y una hermana pequeña, que, por desgracia, falleció.

—Ah, ¿sí? —dijo Héctor extrañado—. ¿Cómo murió?

—De sobredosis. A los veintitrés años. Se llevaba muy poco con Laura, solo un año.

—Qué barbaridad. Vamos a tener que averiguar un poco más acerca de Laura Rivera, pero, de todos modos, qué historia más triste. Las dos hijas muertas, y tan jóvenes. ¿Cómo se llaman los padres?

—Frida y Diego.

—Estás de broma, ¿no? ¿Igual que la artista mexicana Frida Kahlo y su marido Diego Rivera?

—Sí, pero ahí acaban las similitudes —respondió Andrea algo seca.

—Pues voy a ir al Sacromonte —dijo Héctor resuelto—. Lo que te he contado puedes resumirlo tú durante la reunión. Aunque contemos con la colaboración de los colegas de Granada, quiero conocer a la familia. O a lo que queda de ella. Es verdad que el asesinato se produjo en Suecia, pero puede que la respuesta al misterio se encuentre en otro lugar, y sabemos demasiado poco para no estar abiertos a todas las posibilidades.

LISA SE DESPERTÓ con el olor a café recién hecho. Se quedó un rato en la cama del acogedor cuarto de invitados disfrutando de las vistas al mar mientras oía cómo su amiga trajinaba por el piso. Un poco a regañadientes, se levantó por fin.

—Buenos días —dijo al asomarse a la cocina. Allí estaba Annie, ya vestida, cortando rebanadas de un pan recién hecho que olía de maravilla—. ¿Ya has ido a la panadería? —le preguntó Lisa impresionada.

—Buenos días —dijo Annie volviéndose hacia ella—. Pues claro, está justo en la esquina del edificio.

Se sentaron en la terraza, donde Annie había servido el capuchino, zumo de naranja recién hecho y un plato de fruta. Además, puso dos platos con pan, jamón, queso y salsa de tomate.

—Mi jefe acaba de llamar —dijo Annie—. Tengo que irme pronto. Quiere que me ocupe de un asunto más, aunque ya tengo de sobra con el caso de la Costa Alta, sin contar con que mañana por la mañana tengo que entregar un artículo que no puede esperar. Estoy bastante estresada.

Como para subrayar sus palabras, Annie se metió en la boca la mitad de la tostada y apuró el café entero de un solo trago.

—¿De qué trata el artículo? ¿Sobre qué tienes que escribir? —preguntó Lisa.

—Sobre unos okupas en la zona de Nerja. Es una familia que ha ocupado una casa propiedad de una pareja sueca. La tienen como residencia vacacional y solo la habitan unos meses al año, pero en septiembre, mientras estaban en Suecia, un hombre rompió el cristal de una de las ventanas, entró en la casa y se instaló con su mujer y sus hijos. La familia lleva cuatro meses viviendo allí, utilizando los suministros de luz, gas, agua e internet, que los dueños tienen que pagar. A pesar de que han contactado con la policía, aún no se ha solucionado nada.

—¿Y la policía no puede echar a la familia, sin más?

—Ya, parece lo razonable —dijo Annie—. Pero es un problema que hay en la Costa del Sol; hay gente que ocupa las casas y las autoridades no pueden hacer nada.

—Qué extraño —dijo Lisa—. ¿Qué clase de personas son las que

ocupan las casas?

—Pues supongo que son sobre todo personas sin hogar.

Lisa removía pensativa la ensalada de frutas.

—Bueno, pues eso es indicio de un aspecto interesante de la sociedad. Los turistas acomodados son propietarios de residencias vacacionales que están vacías la mayor parte del año, al mismo tiempo que parte de la población vive en la calle. A propósito de diferencias sociales… Supongo que es importante tener en cuenta también la otra perspectiva.

—Es el razonamiento de una periodista de verdad —dijo Annie mirándola con admiración—. Desde luego, tienes olfato para mi trabajo. Aunque ya me he dado cuenta cuando hemos hablado en otras ocasiones.

—¡Oye, igual puedo ayudarte! Hoy no tengo nada que hacer.

—¿Lo dices en serio? —exclamó Annie—. ¿Tú crees que podrás?

—Bueno, puedo intentarlo.

—No sé… —dijo Annie pensativa—. La cuestión es que debería hacerlo yo, claro.

—Anda, deja que pruebe… —le rogó Lisa—. Haré lo que pueda, y si el texto no da la talla, no tienes por qué utilizarlo.

—De acuerdo, qué demonios. En el peor de los casos, siempre puedo retrasar el artículo un par de días. Seguro que lo arreglo.

—¡Ah, gracias! Lo haré lo mejor posible, te lo prometo.

Lisa apuró el café, se levantó y empezó a recoger la mesa.

—Me voy contigo. Estoy casi lista. Así me pondré con ello en cuanto llegue a casa.

—De acuerdo, te enviaré la entrevista y las fotos por correo electrónico antes de salir. Luego te llamaré desde el coche para explicarte cómo quiere el periódico que se entregue el trabajo, así ahorraremos tiempo. Será a doble página, pero con las fotos.

EN CUANTO LLEGÓ a casa, Lisa encendió el ordenador y revisó las instrucciones de su amiga.

Cuanto más leía, más dudas la embargaban. ¿A qué se había comprometido? Ella jamás había escrito un artículo para su publicación. ¿Sería capaz? ¿Cómo se hacía eso, por Dios santo? Al mismo tiempo, le resultaba divertido y emocionante enfrentarse a algo nuevo, porque también le ayudaba a dejar de recordar a Javi y su aventura. Además, pensaba en el futuro. Siempre había soñado con escribir así. ¿Y si se le brindaba la posibilidad de trabajar en un periódico, siempre y cuando lo hiciera bien? Con el tiempo se había dado cuenta de que necesitaba todos los ingresos extra que pudiera

conseguir, y le costaba imaginar un extra más estimulante.

Trató de centrarse en lo que tenía delante y dedicó un rato a leer en la red acerca del fenómeno de los okupas en la Costa del Sol. Y sí, claro que había oído hablar del tema, pero nunca logró entender el alcance del problema. Según un diario español, se producía una media de cuarenta ocupaciones de casas al día en toda España, y solo en Andalucía se contaban en la actualidad casi mil doscientos casos denunciados. A menudo se trataba de personas que decidían ocupar una casa. Una familia que intentó en su día echar a los okupas junto con varios vecinos había sufrido amenazas de muerte. En uno de los casos, el asunto había ido a los tribunales en varias ocasiones, pero seguía sin ocurrir nada. A la pareja propietaria de la vivienda le dijeron que no habían hecho lo suficiente por desalojar la casa y echar a los okupas. Lisa leía enarcando las cejas de asombro. También estaba el caso de una mujer, propietaria de un piso en Fuengirola, que había alquilado por un período de seis meses. Sin embargo, cumplido el plazo, el inquilino se negó a abandonar la vivienda. La propietaria se vio impotente, pues no recibió ayuda de las autoridades.

Lisa comprendió que tendría que hacer varias llamadas telefónicas y dedicar a aquel asunto el día entero. Sentía un cosquilleo por el cuerpo: era una empresa emocionante y entretenida en la que embarcarse.

LAS CUEVAS DEL Sacromonte se encontraban en un barrio de las afueras de la ciudad de Granada, al pie de la imponente cadena montañosa de Sierra Nevada, en un bello emplazamiento. Héctor se dirigió hacia allí en un coche policial después de haber desayunado con Andrea, y le llevó dos horas más o menos. El Sacromonte se encontraba en realidad fuera del distrito policial de Málaga, pero Héctor tenía la sensación de que debía ver en persona a los padres de Laura, y además quería saber más acerca del hermano desaparecido.

Al cruzar la ciudad camino del barrio del Sacromonte vio la Alhambra, el magnífico complejo monumental árabe construido en piedra rojiza que dominaba el paisaje. El palacio, que construyeron los árabes en el siglo XIII, parecía salido de un cuento de hadas, con sus altos muros, sus almenas y sus torres, se dijo Héctor. Casi parecía irreal entre la aglomeración de casas y con las montañas nevadas al fondo.

Necesitaba parar para estirar las piernas, de modo que aparcó a un lado del camino y salió del coche, tomó aire y llenó los pulmones del fresco aire de la sierra. Hacía frío a esas alturas de enero, se abotonó el chaquetón y se subió el cuello. Contempló la Alhambra, con sus míticos palacios y sus hermosos jardines.

Había estado allí con Carmen infinidad de veces, pues a ella le encantaba «la fortaleza roja», que era el significado del nombre en árabe. Lo que más le gustaba era caminar por los amplios paseos de los jardines, bordeados de cipreses y con fuentes y arriates de coloridas flores que surgían por doquier.

Al cabo de un rato continuó conduciendo hacia el lugar del Sacromonte en el que vivían los padres de Laura, a las afueras del barrio, donde se encontraban unas cuantas callejas de grava ribeteadas de viviendas que eran cuevas excavadas en la montaña. Era una zona polvorienta y terrosa, y la única vegetación que había eran cactus y algún que otro limonero. Pero las vistas a Granada, la Alhambra y las montañas circundantes eran sobrecogedoras. Por encima de las viviendas había una ermita rodeada de un muro sobre el que se habían sentado unos turistas que no paraban de hacer fotos. Un perro vagabundo corría por la calle olisqueando el suelo, sin percatarse de su presencia.

Allí no había indicadores con los nombres de las calles, de modo que tuvo que ir orientándose como pudo. La madre de Laura y él habían acordado la hora por teléfono, y la mujer le dio una descripción aproximada del camino. Como quería evitar molestar a los padres de la difunta joven en la medida de lo posible, prefirió buscar por su cuenta y aprovechar para familiarizarse con la zona.

Las entradas a las cuevas que se veían en la pared de la montaña lo llenaban de fascinación. Eran sencillas puertas de madera incrustadas en la roca, que indicaban que allí dentro había viviendas. Aquí y allá se veía algún ventanuco, pero no muchos. Las casas se encontraban a distintos niveles, y a algunas se accedía por unas escaleras sencillas. Unas tenían garaje, otras ocultaban la entrada detrás de un muro o de una valla.

Héctor había oído contar que fueron los árabes quienes descubrieron que aquella piedra era perfecta para construir viviendas subterráneas. Las cuevas estaban excavadas en las laderas, y tenía entendido que eran frescas en verano y bastante cálidas en invierno; mantenían una temperatura constante de unos dieciocho grados.

Más adelante, en la estrecha calleja de grava, se oía música que parecía surgir de algún punto de la ladera que se extendía a sus pies. Miró entre unos arbustos espinosos y vio a un hombre negro con rastas que se estaba enjabonando en una ducha a la intemperie mientras otros, sentados allí mismo junto a una sencilla cabaña fumaban algo que, a juzgar por el olor, debía de ser marihuana. Una mujer con una túnica roja y el pelo largo y negro bailaba apasionada al ritmo de la música de un radiocasete antiguo. «Están de fiesta», pensó Héctor echando una ojeada al reloj. Eran las once menos cinco de la mañana.

Continuó su periplo y enseguida llegó a una cueva que tenía una alta chimenea de color blanco. La casa estaba rodeada de un muro con el enlucido descascarillado. Dos maceteros de arcilla adornaban ambos lados de una antigua verja de madera agrietada.

Héctor retrocedió al ver una máscara de arcilla que había fijada al muro. Los ojos eran dos agujeros enormes, y sacaba la lengua de la boca abierta. Tenía un punto amenazador, como si quisiera mantener a raya a los intrusos.

Se repuso del susto y llamó al timbre debajo del cual, en un letrero de fabricación casera, se leía el nombre «Rivera». No tardó en aparecer y abrir la puerta una mujer con un pañuelo estampado cubriéndole el pelo y una túnica con estampado de batik. Lo miraba extrañada, como si no tuviera ni idea de que estaban esperando visita. Cuando Héctor se presentó, la mujer habló por fin.

—Ah, sí, sí —dijo al tiempo que lo invitaba a pasar.

—¿Es usted Frida, la madre de Laura?

La mujer asintió sin decir nada. Héctor advirtió el parecido con su hija, la misma figura delgada, la piel color aceituna y una expresión algo salvaje y apasionada. Aún era guapa, aunque seguro que tenía más de sesenta años, pero tenía la espalda encorvada y un hondo dolor reflejado en la negrura de sus ojos.

Al otro lado del muro se extendía una terraza empedrada llena de maceteros y de cajas de distinto tamaño con plantas y flores; un farol oxidado colgaba de un gancho en la pared blanca e irregular de la cueva. Junto a la entrada, de color verde, se había sentado un gato que se lavaba las patas. Delante del acceso a la casa, que se perdía en el seno de la montaña, colgaba un trozo de tela de color lila con imágenes de dioses hindúes.

—Mi marido está ahí dentro —dijo Frida Rivera—. Está tan desolado que no quiere salir. No quiere volver a ver el sol, según dice. Para él ya solo hay oscuridad.

Héctor siguió a aquella mujer menuda hasta la puerta que había en la montaña. No pudo evitar sentir cierta expectación, pues era la primera vez que entraba en una de las célebres casas cueva.

Accedieron a una oscura habitación de techo bajo y sin ventanas donde el ambiente era fresco y algo húmedo. A un lado había un sencillo poyo de cocina con el fregadero y una cortinilla que ocultaba lo que había debajo. De unos ganchos en la pared colgaban varios sombreros de diversos estilos, y un cuadro de un bodegón con una jarra de barro, una fuente con frutas y un gran racimo de uvas negras. En un rincón, debajo de una estantería artesanal atestada de trastos de todo tipo, había una lavadora. En otra de las paredes, detrás de una mesa alargada y estrecha, había un sofá desde el que un hombre de unos sesenta años, con bigote y sombrero negro, miraba con desconfianza a Héctor, que tuvo que bajar la cabeza a causa de lo bajo que estaba el techo.

—Siéntese, inspector —dijo Frida señalando el sofá—. Este es Diego, mi marido.

Les dio la espalda y empezó a trajinar con los platos que había en el fregadero, como si pensara que aquella conversación podía zanjarse entre hombres.

—Lamento su pérdida —comenzó Héctor después de haberse sentado en el sofá, al lado del padre de Laura. Era un alivio poder estirar el cuello.

Diego Rivera asintió mudo mientras cerraba los ojos.

—Y lamento tener que molestarlos, pero me gustaría preguntarles si han recordado algo que pudiera ayudarnos a avanzar en la investigación de la muerte de Laura. Necesitamos toda la ayuda posible para atrapar a quien le ha hecho esto a su hija.

—Claro, sí, pero Laura llevaba más de un año sin hablar con

nosotros. Teníamos problemas de comunicación —respondió Diego Rivera en voz baja.

—Ya veo. ¿Puedo preguntar por qué?

—Cuando se mudó a los barrios turísticos cambió bastante. Nunca tenía tiempo de venir, se dedicaba solo a enredos superficiales. Dejó de preocuparse por nosotros, nunca llamaba, dejó de ayudarnos.

—¿Saben a qué se dedicaba o con quién se relacionaba?

—Bueno, estaba con aquel gánster. —Diego se volvió hacia su mujer, que estaba fregando—. ¿Cómo se llamaba?

—Antonio —respondió ella sin volverse.

—¿No saben cuál es su apellido?

—Ni idea, pero creo que se dedicaba a chanchullos de todo tipo. Llevaba un club en Puerto Banús y se rodeaba de delincuentes. Claro que Laura nunca nos contó nada de eso, pero yo me he enterado de todos modos. Un tío que no es de fiar. No me sorprendería que fuera él quien estuviera detrás de todo esto. Ahora, mis dos hijas se han ido, y no hay nada que yo pueda hacer para remediarlo —constató el hombre con amargura.

—Y tampoco sabemos dónde está nuestro Juanito —apuntó Frida volviéndose hacia ellos—. Llevamos una semana sin verlo.

—¿El hermano de Laura? —preguntó Héctor—. ¿Saben dónde se encuentra?

—No, pero estuvo aquí en Nochebuena. Su cuarto está ahí. —El hombre señaló hacia el interior de la estrecha cueva—. Aunque suele hospedarse donde le viene bien, en casa de amigos y de distintas parejas…

—¿Conocen a la gente con la que suele relacionarse? ¿Tiene algún amigo o amigos más íntimos?

—Bueno, él se relaciona con todo tipo de gente, nombres no tengo ninguno. ¿Y tú, Frida? —preguntó el hombre volviéndose de nuevo hacia la espalda de la mujer.

Ella negó con la cabeza sin mirarlos.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco, fue un descuido, es varios años menor que sus hermanas. Y un consentido, claro está. No conseguimos hacer que entre por vereda, lo único que le interesa es cazar.

Héctor frunció el ceño.

—¿Cazar?

—Sí, es miembro de un coto que se dedica a la caza de la cabra montés en Sierra Nevada. Parece que es lo único que le interesa.

—¿Por qué se dedican a la caza de la cabra montés?

—Por los cuernos, supongo. Los machos tienen unos cuernos muy grandes. —Diego extendió los brazos para indicarle el tamaño con las manos—. Pueden alcanzar hasta un metro de longitud.

—¿Qué armas utilizan?

—Sobre todo, escopetas.

—¿Y ahora es temporada de caza? —preguntó Héctor.

—Yo creo que ahora están en celo. En enero. Luego siguen cazando hasta mayo y empiezan de nuevo en octubre. Así que ahora hay una pausa. Pero a lo mejor está cazando en otro sitio.

—¿Dónde cree que se encuentra?

El hombre se encogió de hombros.

—Ni idea. Siempre se trae cosas raras entre manos, este hijo nuestro. Ya no tengo fuerzas para preocuparme por él. Es adulto, que se las arregle solo.

—¿A qué cosas raras se refiere?

—Asuntos de drogas, hurtos, un poco de todo.

Héctor carraspeó y trató de cambiar de postura en el estrecho sofá. La cueva no era lo más adecuado para un hombre de su tamaño.

—Ustedes también tienen condenas por varios delitos, los dos…

Al hombre se le ensombreció la cara.

—Pero ¡por Dios! ¿Eso qué tiene que ver? —vociferó indignado—. Son cosas sin importancia que, además, ocurrieron hace muchísimo tiempo. ¿Va a venir a acusarnos, cuando acaban de asesinar a nuestra hija? ¿Cómo se atreve?

En ese momento, la mujer se volvió también. Se apoyó el puño en la cintura mientras con la otra blandía la bayeta en el aire.

—¿Cómo se atreve a venir a acusar a unos padres que están de duelo porque acaban de perder a su hija? Cuando, además, el asesino aún anda suelto. ¿A eso se dedica la policía, en lugar de localizar al agresor? Procuren hacer su trabajo y atrapar a ese asesino, eso es lo que tienen que hacer.

—¡Fuera! —gritó el hombre desde el sofá con los ojos clavados en Héctor—. ¡Fuera de mi casa!

Héctor se incorporó enseguida y salió como pudo de la angosta vivienda. Cuando cruzó la verja y dejó tras de sí a la furiosa pareja, respiró tranquilo. Menudo giro había dado la cosa…

Al mismo tiempo, se iba de allí con un montón de información nueva a la que dar vueltas. ¿Quién era aquel Antonio, el antiguo novio de Laura? Y ¿dónde se encontraba su hermano? ¿Por qué se habría quitado de en medio?

Cinco meses atrás

LA BODEGA El Pimpi se encontraba en lo alto de la calle peatonal Granada, a un tiro de piedra de la plaza de la Merced. Era un lugar famoso por su excelente cocina y por su decoración, andaluzas las dos hasta el último detalle. En realidad, era un poco cara para Hanna y Elin, pero querían permitirse una cena allí en su última noche.

Una vez dentro, quedaron asombradas: se encontraban en un patio inmenso lleno de flores y con un romántico balcón en una de las paredes encaladas. Debajo del balcón había un cortador con su alto gorro blanco delante de una mesa que no paraba de cortar finas lonchas del típico jamón ibérico. Las paredes del interior estaban cubiertas de coloridos carteles originales de corridas de toros y fiestas flamencas de los siglos XIX y XX, intercalados con fotografías de los famosos que habían pasado por aquel lugar a lo largo de los años. La terraza del restaurante tenía vistas a la imponente fortaleza de la Alcazaba, construida hacia el año mil, cuando los árabes dominaban el país. Se encontraban en el casco antiguo.

En aquellos momentos, la bodega El Pimpi estaba llena de gente que se agolpaba a lo largo de la barra. Hanna y Elin se sentaron a una mesa cercana y pidieron varias tapas: calamares fritos, albóndigas en salsa de almendra, corazones de alcachofa confitados y exquisitos boquerones, anchoas en vinagre con ajo, pimentón, guindilla, perejil y limón. Las dos estaban disfrutando de lo lindo: aquel era un broche digno de la semana que habían vivido.

Después de la comida, el camarero les sirvió sendos sorbetes de naranja con aceite de oliva, sal marina y virutas de almendra.

—Por Dios, y pensar que estamos aquí, en este sitio tan maravilloso —dijo Elin mirando encantada a su alrededor. Cerró los ojos antes de llevarse a la boca la última cucharada de sorbete.

—Además, en la vida había probado una comida tan rica —afirmó Hanna—. Estoy superllena.

—En Suecia también podríamos ir a bares de tapas —dijo Elin—. ¿Qué hora es?

Hanna miró el móvil.

—Solo son las once. Aún tenemos toda la noche por delante.

Una llamada perdida. De su madre, claro. Hanna no hizo caso, no quería que la molestara ahora, ya la llamaría desde el aeropuerto por

la mañana. A su madre le daría algo si se enterara de que iba a pasar toda la noche por ahí. Mientras buscaba a un camarero para pedir más vino, paseó la mirada por el bar y estableció contacto visual con un chico pelirrojo que estaba sentado en la barra con una pandilla de jóvenes más o menos de su edad. El local estaba abarrotado de gente, pero el chico le sonrió y la saludó con la mano, y varios de sus amigos se volvieron y les dirigieron una mirada de aprobación.

—Mira —dijo Hanna zarandeando a Elin—. Tenemos una pandilla de admiradores. Tienen pinta de ingleses.

—Vaya. —Elin se irguió como por instinto y se apartó un poco el pelo—. ¿Hay alguno guapo?

—No lo sé —respondió Hanna—. ¿A ti qué te parece?

—Puede que ese de allí, el segundo contando desde el chico que está ligando contigo. El de la chaqueta azul y pelo rubio.

Cuando el camarero les llenó las copas y se alejó, el pelirrojo y uno de sus amigos se les acercaron y se presentaron. En efecto, eran de Liverpool, y parecían bastante borrachos. Ni Hanna ni Elin tenían ganas de seguir hablando con ellos, así que trataron de mostrarles su falta de interés, pero los chicos no se rendían, al contrario, insistieron en que los acompañaran a un pub inglés con música en vivo que había por allí cerca.

—No —respondió Elin tajante—. No nos apetece nada. Hemos venido a España a conocer España. Si hubiéramos querido ir a pubs ingleses y relacionarnos con británicos, habríamos ido a Inglaterra.

—Vamos, no seas borde —dijo el pelirrojo—. ¿No queréis pasar un buen rato? Venga ya, si os venís con nosotros os invito a una copa.

Los amigos alzaron las copas mientras les hacían señas desde la barra.

En ese momento apareció un hombre mayor con un polo que sostenía la americana en alto.

—Hola, perdonad el retraso —dijo en sueco. Las besó en la mejilla antes de dirigir una mirada inquisitiva al pelirrojo y a su compañero —. Y vosotros, ¿quiénes sois?

—No hablan sueco —aclaró Elin volviéndose hacia los chicos, mirándolos—. Ya podéis iros —les dijo en inglés—. Acaba de llegar nuestro padre.

Espantó a los muchachos, que se alejaron decepcionados.

—Bueno, lo de «padre» es un poco exagerado —dijo el hombre con una sonrisa forzada, al tiempo que se presentaba.

—Perdón, era solo para que se largaran —dijo Elin—. Gracias por salvarnos.

—De nada. Mi amigo y yo nos hemos dado cuenta de que os estaban molestando. Lo he dejado allí, por cierto.

En la otra punta del bar, un hombre las saludó con la mano.

—Os invitamos a una copa de champán, ¿os animáis?

Hanna miró a Elin dudosa. Los dos eran bastante mayores que ellas. Por un lado, parecían buena gente. Y la verdad, las habían salvado de aquellos chicos tan plastas.

Un segundo después, apareció el camarero con una cubitera de hielo con una botella de champán dentro y cuatro copas.

Elin se inclinó y le susurró a Hanna al oído:

—Vamos a dejar que nos inviten a champán, luego les decimos que hemos quedado con unos amigos y nos vamos.

Hanna asintió. Parecía buena idea.

LISA ESTABA SENTADA en la terraza revisando el artículo. Era la primera vez en la vida que escribía un texto periodístico y no sabía cómo se hacía, pero había echado un vistazo a varios números antiguos de *Svenska Magasinet* y trataba de imitar el estilo en la medida de lo posible.

No tardó mucho en darse cuenta de que no podría escribir el artículo basándose solo en el material de Annie, sino que necesitaba ir y ver el chalé ocupado con sus propios ojos. Y valió la pena el viaje a Nerja. Allí conoció tanto a los propietarios como a un grupo de vecinos indignados que trataban de ayudarles a recuperar su casa y a expulsar a los okupas, aunque todos estaban más que de acuerdo en que aquello era tarea de la policía. Sin embargo, los españoles que llevaban tiempo viviendo en la zona decían que si las autoridades se implicaban era como ganar una lotería. Algunas veces sí que iban y les ayudaban; otras, no. «Es el mundo al revés», le dijo a Lisa un hombre que estaba muy alterado. Cuando trató de ayudar a la familia, los okupas lo amenazaron. Uno de ellos le indicó por señas que lo degollaría si se pasaba. El hombre se lamentaba de que los vecinos se vieran tan impotentes, de que no hubiera nada que ellos pudieran hacer para impedir que un extraño invadiera su hogar.

Una vez sola, Lisa se quedó un rato más en el barrio, paseando por entre las casas y haciendo fotografías. De pronto, uno de los okupas salió a la terraza. Lisa le preguntó si podía hacerle una entrevista, y el hombre accedió, aunque tendría que hacerlo desde la calle, mientras él se quedaba en la terraza.

Según él y los demás okupas, toda la culpa era de los propietarios extranjeros. Hacían que los precios de la vivienda subieran tanto que muchas familias no podían permitirse pagar. Además, la mayoría de las casas estaban vacías y deshabitadas la mayor parte del año, mientras había mucha gente sin hogar. «La situación es otra expresión más de problemas sociales como la segregación, el desempleo, la pobreza y la distancia cada vez mayor entre las clases sociales», pensó Lisa sentada en la terraza con el ordenador en el regazo.

El móvil vino a interrumpir sus pensamientos. Era Annie.

—Hola, he estado trabajando en la noticia del asesinato, voy camino de la redacción y quería saber cómo te ha ido.

—Bien, creo. Puedo enviarte el texto por correo electrónico ahora mismo si quieres.

—¿Ya lo tienes? Pues sí que ha ido rápido.

—Ya veremos qué dices cuando lo hayas leído.

—De acuerdo, te llamo cuando lo termine. Acabo de llegar, puedo leerlo en el coche.

Lisa le envió el artículo y esperó nerviosa los comentarios de su amiga, pero Annie no tardó mucho en llamarla de nuevo.

—Es un trabajo estupendo —le dijo entusiasmada—. Es un artículo interesante y, además, está bien escrito.

—¿En serio? —preguntó Lisa, que se había puesto contentísima—. Entonces, ¿te vale?

—¡Que si me vale! —repitió Annie—. Yo no lo habría hecho mejor.

HÉCTOR CRUZÓ LAS puertas de cristal de la gran comisaría provincial de Málaga. Era un edificio claro e imponente de cuatro plantas con hileras de columnas en la fachada principal. Estaba rodeado de césped, árboles decorativos, arbustos y parterres. La bandera española ondeaba de un alto mástil y había bancos aquí y allá, de modo que la gente podía sentarse en ellos a la sombra de los árboles. Héctor saludó e intercambió unas palabras con las recepcionistas que estaban sentadas detrás de los cristales, con un guarda de seguridad al lado, antes de subir la escalera hacia la sección donde se encontraban los investigadores de Homicidios.

Su despacho estaba al fondo del pasillo. Era espacioso, con sitio de sobra para la mesa y un sofá que todos consideraban el más cómodo de toda la comisaría, y que constituía un popular retiro para los colegas que querían tomarse un descanso y charlar, o buscar unos minutos de tranquilidad. Una mañana encontró roncando en el sofá al jefe técnico, Daniel Torres. Se había quedado trabajando toda la noche y se había tomado la libertad de quedarse a dormir en el trabajo. A Héctor no le importó, todos los miembros del equipo sabían que podían ocupar su sofá cuando quisieran.

Al otro lado de la ventana rugía el tráfico en la avenida de Andalucía, que llevaba al centro de Málaga. La comisaría se encontraba justo a las afueras del centro, cerca del hermoso parque Picasso. En la otra dirección tenía vistas al imponente edificio que llamaban Ciudad de la Justicia, y que abarcaba varias manzanas.

El examen forense preliminar de las dos víctimas ya estaba listo, y Vera Krona le había enviado el informe por correo electrónico. Héctor fue al pasillo a comprar un café en la máquina y se sentó delante del ordenador. No había tenido tiempo de leerlo todavía. Aunque había estado en el Anatómico Forense, había visto los cadáveres y mantuvo una conversación con el facultativo que realizó la autopsia, revisar el informe era distinto. En el documento figuraban todos los datos con claridad.

Habían adjuntado las fotografías, tanto del aspecto de los cadáveres en la tina como en la mesa de la autopsia. Héctor examinó con detenimiento los primeros planos de las lesiones.

Una llamada de teléfono vino a interrumpir sus reflexiones. Era

Vera Krona.

—Hola, solo quería decirte que ya tenemos los resultados del análisis de ADN del lugar del crimen —dijo la agente.

—Bien, cuéntame —respondió Héctor expectante. Había mucho en juego. Si el autor de los hechos se encontraba en el registro sueco de antecedentes penales, tendrían una coincidencia y sabrían enseguida quién había sido el asesino. Trató de interpretar el tono de Vera Krona, pero le resultó imposible sacar nada en claro, pues la agente le habló con total naturalidad y sin desvelar nada.

—En el culatín de las flechas no había ni rastro de ADN, por desgracia. El tirador debió de utilizar guantes, o las limpió después. Hasta la tina había una serie de pisadas que no podemos atribuir ni a Ulrik ni a Laura.

—¿Quieres decir que limpió las huellas del culatín cuando la flecha ya estaba clavada en el cuerpo? —preguntó Héctor con una mueca, tanto al imaginarse la escena como por el hecho de que las flechas no hubieran aportado nada.

—Sí —dijo Vera—. Y la sangre del guante que encontró el perro pertenece a Laura. Se ve que el asesino la tocó sin darse cuenta. Pero en los guantes había otros restos de ADN que procedían de diversas personas, ninguna de las cuales figura en el registro de antecedentes penales. Eso es lo que hay, por desgracia. Aunque resulta interesante que las huellas de los esquís que utilizó el agresor son más anchas de lo normal, y nadie que quisiera moverse rápido elegiría ese modelo. Parece que se trata de un par de viejos esquís militares, que resultaban bastante latosos de usar.

—Entonces, ¿por qué los habrá elegido el asesino? ¿No tendremos que buscar a un militar?

—Podría ser —respondió Vera Krona—. Por lo menos, no hemos descartado que el asesino tenga alguna relación con Defensa.

Héctor le habló de la visita a los padres de Laura.

—Parece que su hermano menor se dedica a la caza, con rifle, cierto, pero nunca se sabe, quizá también practique el tiro con arco. No se le conoce domicilio fijo, aunque tiene una habitación en la casa familiar. Pero hace más de una semana que no saben nada de él. Hemos emitido una orden de búsqueda.

—Vaya, qué interesante —dijo Vera—. ¿Lo conocía ya la policía?

—Sí, pesan sobre él varias sentencias. Un delito de lesiones hace unos años, no muy grave. Le dio un cabezazo a alguien en la puerta de un bar —respondió Héctor—. Además de conducir sin carné y un delito menor de tenencia de drogas. Y su hermana murió de sobredosis.

—¿Habéis comprobado los teléfonos y los ordenadores?

—Sí, pero no hemos encontrado nada de interés. Tampoco en los de

Ulrik y Laura, aparte de que Ulrik tenía mucho dinero en el banco, aunque se puede tener dinero sin delinquir.

—Claro —dijo Vera—. Por cierto, hemos vuelto a hablar con Sandra sobre las pisadas alrededor de la finca. Terminó reconociendo que había estado por allí merodeando, que estaba celosa y quería ver «a la otra» con sus propios ojos.

—Bueno, pues ya está. Nosotros vamos a interrogar enseguida a Niklas Bodén, el amigo de Ulrik que vive en Nerja. Al parecer se veían mucho. Ya te contaré qué sacamos.

Héctor concluyó la conversación con la cabeza llena de interrogantes, pero decidió dejar las preguntas a un lado y concentrarse en el interrogatorio con Niklas Bodén. Lisa ya venía de camino para ayudarles con la interpretación.

En medio de aquella situación tan complicada, tenía ganas de volver a verla.

CUANDO LISA ENTRÓ en el vestíbulo de la comisaría, Héctor ya la estaba esperando. Casi se le había olvidado lo guapo que era. Como de costumbre, llevaba vaqueros, una americana de pana con coderas de cuero y un fular. La recibió con una sonrisa.

—Me alegro de verte —dijo Héctor, y se dieron un beso en la mejilla.

Lisa se estremeció y aspiró el aroma de su colonia.

—Gracias, lo mismo digo —respondió.

—¿Lista para interpretarme otra vez? —preguntó Héctor con una sonrisa—. Te agradezco de veras que hayas podido venir con tan poco margen.

—Pues claro. —Lisa le correspondió con otra sonrisa—. Para mí es muy emocionante poder hacerme una idea de tu trabajo. Bueno, del trabajo de la policía. —Notó que se ruborizaba. ¿Qué estaba haciendo? Tenía que centrarse.

Se dirigieron a la sala de interrogatorios mientras charlaban sobre lo que habían hecho las últimas semanas. Lisa pensaba en su encuentro con Javi y estaba más que arrepentida. Solo con ver a Héctor lo tuvo clarísimo: era él quien le interesaba, quería estar con él. Pero ¿cómo lo conseguiría? Seguro que Héctor consideraba su relación como algo meramente profesional.

EL HOMBRE QUE había en la sala de interrogatorios estaba más bronceado de lo que podía considerarse normal para la época del año en la que se encontraban. Sufría algo de sobrepeso, llevaba pantalón blanco y camisa de rayas debajo de una americana azul marino, y deportivas blancas. Tenía una abundante cabellera rubia peinada hacia atrás, y por el bolsillo de la americana asomaba un pañuelo de seda estampado. Niklas Bodén tenía un aspecto elegante, aunque nervioso.

Héctor inició el interrogatorio con las frases de rigor, y Lisa fue traduciendo mientras lo grababan todo con un móvil que el policía había colocado en el centro de la mesa, al lado de una jarra de agua, tres vasos y una caja de servilletas de papel.

—¿Podría contarnos cuál era su relación con Ulrik? —preguntó Héctor en cuanto terminó con las formalidades.

Niklas Bodén se pasó las manos por el pelo antes de responder.

—Éramos buenos amigos desde hace diez años —dijo muy serio, con los ojos empañados—. Éramos colegas, y nos conocimos en una empresa de informática. Ulrik trabajaba de consultor externo y yo era un empleado. Entonces vivíamos en Suecia, yo en Estocolmo y él en Docksta. Luego me mudé aquí, y cuando Ulrik también se vino a vivir a Málaga empezamos a vernos bastante, como es lógico.

—¿Y en qué trabaja ahora?

—Yo también soy consultor.

—¿Qué hacían cuando se veían?

—Salíamos a comer, íbamos de fiesta y nos divertíamos. Somos un grupo de suecos que vivimos aquí y salimos de vez en cuando. Salir de fiesta en Málaga es muy fácil. Y digamos que los chicos suecos estamos muy solicitados.

Niklas Bodén sonrió un poco.

«¿Qué chicos?», pensó Lisa. Niklas tenía pinta de rondar los cincuenta.

—¿No está casado ni tiene hijos?

Niklas negó con la cabeza.

—Todavía no he llegado a ese punto.

Lisa traducía, y Héctor iba asintiendo.

Niklas se enjugó una lágrima con el dorso de la mano. En el dedo anular llevaba un sello con una piedra negra.

—¿Cuánto hace que vive en Nerja?

—Me trasladé aquí hace cinco años. Ulrik me visitaba siempre que podía, y le encantaba. Además, los dos jugamos al golf. Hace unos años, él y su mujer se compraron un piso en Nerja, no muy lejos de donde vivo yo. La familia venía de vacaciones varias veces al año, y en otras ocasiones venía Ulrik solo, para jugar al golf y pasarlo bien con los chicos. Así que cuando se separó, se mudó aquí. A esas alturas ya había puesto en marcha su propia empresa y podía trabajar con comodidad desde casa.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó Héctor.

Niklas se frotó la barbilla y apartó la mirada.

—Hace bastante. Desde que conoció a la española aquella nunca estaba disponible ni tenía tiempo para salir. Supongo que estaba más que ocupado con ella.

Niklas se humedeció los labios.

—Pero, bueno… ¿Cuándo fue la última vez…? Este otoño almorzamos en Casa Lola, en Málaga. Y creo que no he vuelto a verlo desde entonces. O sea, esa fue la última vez.

Niklas se revolvió en la silla. Parecía molesto, como si el recuerdo

de aquel almuerzo lo incomodara. ¿O sería que había tomado conciencia de que ya no habría más almuerzos con Ulrik?

—¿Cuándo exactamente?

—Pues hacia finales de noviembre o primeros de diciembre.

—¿Estaban solos él y usted?

—Sí.

—¿Dijo algo en particular o hubo algo que le llamara la atención?

—Pues no.

Un tic en el ojo izquierdo desveló que sí.

—¿Recuerda algo de la conversación?

—Se quejó de su ex, de que era una lata. Sobre todo, cuando le contó que había conocido a otra mujer. Siente unos celos enfermizos, siempre ha sido así.

Héctor enarcó las cejas.

—Vaya. ¿Y eso? ¿De qué modo manifestaba esos celos?

—Cuando estaban casados siempre andaba controlándolo, pero siguió igual después del divorcio. Casi como si estuviera en su derecho. Como si él aún fuera su marido.

—¿Sabe cuánto tiempo llevaban juntos Laura y él?

—Pues se conocieron hace unos meses, creo. En septiembre más o menos.

—¿Tiene alguna idea de cómo era su relación?

—Buena, creo. Él no hablaba de otra cosa, estaba loco por ella. Supongo que por eso no quería quedar nunca.

Niklas no consiguió disimular un punto ofendido en el tono de voz.

—Bueno, parece que ya no se veían mucho, pero ¿sabe si le ocurrió algo en particular estos meses atrás? ¿Algo que pudiera ofender a alguien o que pudiera darle motivos para guardarle rencor? —continuó Héctor.

Niklas lo miró a los ojos.

—La que más furiosa estaba con él era su ex, como ya he dicho. Se negaba a aceptar el divorcio. Trató de retener a Ulrik de todas las formas posibles. Y sé que el verano pasado quiso venir a estar aquí con él, a pesar de que ya se habían divorciado, y se puso fuera de sí cuando Ulrik le dijo que no.

—¿Cómo que fuera de sí?

—Sí, lo llamaba y le insistía sin parar, le mandaba mensajes furibundos. Creo que no soportaba que él estuviera en España, fuera de su control.

—¿Cómo lo sobrellevaba Ulrik?

—Supongo que intentaba pasar del tema.

Héctor carraspeó e hizo una breve pausa antes de continuar.

—¿Sabe de alguien que amenazara a Ulrik o que se mostrara agresivo con él?

Niklas negó con la cabeza.
—¿Dónde celebró el Fin de Año?
—Estuve en Suecia en Navidad y Fin de Año, siempre celebro las fiestas con mi familia en Estocolmo. La Nochevieja la pasé en casa con mi madre.
—¿Dónde se alojó?
—Siempre me quedo en casa de mi madre, en la plaza de Vanadisplan.
—¿Qué sabe de Laura, la última pareja de Ulrik? —continuó Héctor.
—Pues casi nada. Vivía en Fuengirola y trabajaba en un salón de belleza, creo. No tenía hijos, que yo sepa. Pero no era tan mayor, alrededor de los treinta o por ahí. Pensé que estaría bien un tiempo, pero que tal vez no fuera muy en serio. Pero recuerdo que Ulrik me dijo que era bastante misteriosa, introvertida. No le gustaba mucho hablar de sí misma.
—Muy bien —dijo Héctor—. ¿Sabe si estaba casada? ¿O si tenía algún exnovio con el que aún tuviera contacto?
Niklas se encogió de hombros.
—Yo de eso no sé nada. No sé nada más de ella.
—¿Llegó a verla alguna vez?
—No.
—Y ¿cómo es posible?
—Pues porque no tuvimos la ocasión.
—O sea que nunca hablaron ni tuvieron contacto, ¿cierto?
—Pues no, ¿por qué?
—¿No es extraño que no llegara a conocer a la novia de Ulrik, a pesar de que llevaban saliendo varios meses?
—Sí, quizá. Aunque vivían algo lejos el uno del otro, Ulrik en Nerja y ella casi igual de lejos del centro, solo que en la dirección contraria. Y Ulrik me dijo que solía estar muy ocupada, sobre todo por las noches. Salía mucho de fiesta con sus amigas. Y trabajaba mucho y hasta muy tarde.
—¿Quiere decir que le arreglaba las uñas a la gente por las noches?
—Pues… sí, eso…
Niklas se apartó el flequillo con una mano, que le había caído sobre la frente. Héctor se dio cuenta de que tenía la cara llena de gotas de sudor, a pesar de que hacía fresco en la sala. Además, percibió cierto olorcillo a alcohol, que no parecía proceder del aliento, sino más bien de la piel, como si llevara bebiendo varios días. Ahora estaba sobrio, pero el alcohol seguía en las células.
—¿Sabe si Ulrik tenía contactos en círculos criminales, en los bajos fondos?
—No, no, nosotros no teníamos nada que ver con tipos así.
—¿Cómo que nosotros? —preguntó Héctor, curioso—. No

preguntaba por usted, sino por Ulrik.

—Ya, sí —respondió Niklas nervioso, y se le puso la cara toda roja —. Bueno, creía que se refería a los dos, puesto que salíamos mucho de juerga por Marbella y tal, y por allí uno ve a veces a esos tipos que van por ahí en coches deportivos con chicas guapas y beben champán en las salas vip.

«Esto suena demasiado forzado», pensó Héctor.

—¿No hubo ninguna disputa entre ustedes? ¿O tuvo Ulrik algún desencuentro con alguien?

—Lo único que se me ocurre es que entrara en contacto con esa clase de personas a través de la española. Ulrik no se movía en círculos de delincuentes, pero no me sorprendería que ella sí lo hiciera.

—¿En qué se basa para decir algo así?

—No sé, parecía andar siempre por ahí. Iba a los bares de Puerto Banús. Ulrik afirmaba que salía mucho de fiesta, y hasta muy tarde. Cuando no se veían, ella siempre pasaba la noche fuera. A saber por qué.

Héctor sacó de una funda de plástico uno de los billetes de fabricación casera que encontraron en casa de Ulrik y de Laura.

—¿Los había visto antes?

Se advirtió un leve cambio en la cara de Niklas. Observó el billete por ambos lados.

—¿Qué clase de dinero de mentira es este? Es la primera vez que lo veo.

Movió la cabeza y lo dejó de nuevo en su sitio.

—¿Está seguro? —preguntó Héctor observándolo con atención.

—Por supuesto. ¿De dónde ha salido? Y ¿por qué debería saber qué es?

—No importa —dijo Héctor, y guardó de nuevo el billete en la funda. Solo estaba probando, eso era todo.

Intercambió una mirada con Lisa antes de concluir el interrogatorio y detener la grabación.

Cuando entré en Málaga a las ocho de la mañana, después de cerca de veinte horas sin dormir, casi se me cerraban los ojos. Había ido conduciendo desde París vía Burdeos hasta la frontera española, donde mis nervios volvieron a verse bajo presión cuando unos agentes comprobaron mi pasaporte en un control aleatorio. Paré a cenar temprano en San Sebastián antes de continuar el largo trayecto hacia el sur de España. Incluso pude hacer un alto en Madrid, donde cené tarde y dormí dos horas en un aparcamiento.

Cuando por fin llegué a Málaga, el cielo estaba clareando, aunque el sol aún no había salido del todo. El sencillo hotel donde me alojaba estaba situado en un callejón del centro y no tenía recepción. Encontré aparcamiento no muy lejos de allí. No había más que marcar un código que me habían enviado al hacer la reserva por internet y utilizar otro código para el armarito metálico donde se encontraba la llave. Me crucé con una mujer alta con pantalón corto de cuero y tacones que salió al pasillo. Parecía una prostituta, y me lanzó una mirada fría al pasar.

La habitación era oscura, con una ventana que daba al hueco de la escalera del hotel, pero a mí me daba igual, me desplomé en la cama sin más. Me desperté doce horas después, me duché y salí. Qué diferencia en comparación con Suecia. Las calles y las plazas estaban llenas de gente sentada en las terrazas cenando o tomando una copa. Por primera vez en mucho tiempo me permití relajarme un poco. Me senté en un pub y pedí una cerveza y una hamburguesa doble con patatas fritas. Me rugía el estómago de hambre y tenía la glucosa por los suelos. Me puse a observar a la gente que había a mi alrededor: mujeres con una sonrisa alegre y los labios pintados, hombres con camisetas ajustadas y el pelo peinado hacia atrás. Málaga era una ciudad joven, la edad media de quienes había a mi alrededor rondaba la treintena. Todos parecían despreocupados y como si tuvieran mucho de qué hablar, inmersos por completo en sus conversaciones y diálogos: nadie reparaba en mí. Pedí otra cerveza y pude incluso disfrutar de quedarme allí un rato sin pensar en la realidad, fingiendo que todo estaba en orden. Que todo estaba como siempre y que no había ocurrido nada.

Y, sobre todo…, que ya no pasaría nada más.

UNA VEZ CONCLUIDO el interrogatorio con Niklas Bodén, Héctor le preguntó a Lisa si quería acompañarlo a comer algo. No había tenido tiempo de cenar, y pensaba parar por el camino en algún sitio. Se alegró mucho cuando ella aceptó. Irían en el coche de Lisa, así que él dejó la Vespa aparcada en el garaje de la policía. Dejaron atrás el puerto y el centro de Málaga, se dirigieron al este y aparcaron en el barrio de El Palo, que tenía una hilera de restaurantes junto al mar.

—¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí? —le preguntó Héctor mientras recorrían el paseo marítimo, bordeado de chiringuitos.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —dijo Lisa—. Fuimos a Canta el Gallo, el restaurante de Rafaela. Nos tomamos una copa de vino antes de ir a clase de flamenco. Fue después del caso del fiscal que apareció muerto en Ronda. El que estaba casado con aquella sueca… ¿Cómo se llamaba? ¿Florián Vega?

—Sí —respondió Héctor con una sonrisa—. Pobre desgraciado. Qué historia tan trágica.

—Y ahora volvemos a trabajar juntos —dijo Lisa.

—Sí, ¿quién lo iba a decir? No porque no hicieras un buen trabajo, estuviste fenomenal —se apresuró a añadir—. Pero en la policía tenemos unos intérpretes fijos a los que siempre recurrimos. Es solo que entonces nos vimos apurados, porque había un congreso de Medicina, si no recuerdo mal. Todos los intérpretes estaban ocupados aquellos días.

—Pues mejor para mí. Y esta vez, ¿cuál es la excusa?

Héctor se echó a reír.

—Puro egoísmo. Quería verte. Y me parecía la única forma, ahora que tenemos vacaciones de Navidad en el curso de flamenco.

—Ya, pero hay otras alternativas —dijo Lisa con un guiño—. Podrías haberme llamado. Yo también quería verte.

Sintió que se le encendían las mejillas por lo que acababa de decir.

Se pararon delante del restaurante, uno de los más grandes de la playa, que tenía mesas fuera y dentro del local. Hacía sol, de modo que decidieron sentarse en la terraza, con vistas al mar reluciente, y a la playa salpicada de pequeñas embarcaciones de pesca pintadas de azul, en las que habían montado parrillas de carbón. En ellas asaban a

la brasa el pescado que se servía en los restaurantes de por allí.

Justo aquel en el que se encontraban era famoso por su sabrosa paella con azafrán, romero, ajo y limón. Además, cosa rara, también la servían para cenar, pues por lo general la paella era un plato típico español para la hora del almuerzo.

Al final eligieron una paella de marisco, con cigalas, gambas y mejillones. Para acompañarla, Héctor pidió dos vasos de sangría de la casa hecha con tempranillo y coñac, naranja, limón, canela, manzana, melocotón y mucho hielo.

—Un vaso puedes tomarte, si nos quedamos aquí un buen rato —dijo bromeando al tiempo que brindaba con ella—. Pero luego, solo agua.

Los dos recordaban muy bien la primera vez que se vieron en el curso de flamenco, cuando todos los compañeros se fueron a tomarse algo juntos después de clase, con lo que Lisa no pudo irse a casa y tuvo que quedarse a dormir en casa de Héctor, en el cuarto de invitados. Al principio todo fue un poco rápido; luego, muy lento. El curso al que asistían era los domingos a las siete, y para él constituía uno de los mejores momentos de la semana, pensó Héctor. Por lo general, terminaban la tarde yendo a tomarse unas tapas al bar de enfrente, pero hasta ahora no se había atrevido a invitar a Lisa a solas, como en una verdadera cita. Lo de ir a cenar como dos compañeros de trabajo era distinto. Ahora estaban trabajando juntos en un complejo caso de asesinato.

En otras palabras, no era el momento de dar ese paso, no le quedaba más opción que descartar sus locuras románticas. Al menos, hasta después de concluida la investigación. Para que pudiera haber algo entre Lisa y él, debería dejar de recurrir a ella como intérprete, eso estaba claro.

Empezaron a hablar del interrogatorio a Niklas Bodén.

—Un tipo de lo más desagradable —dijo Lisa—. ¿Te has dado cuenta de cómo hablaba de las mujeres?

—Desde luego —respondió Héctor—. Hemos hablado bastante de Sandra, la exmujer de Ulrik, y de Laura, y ni una sola vez ha aludido a ellas por su nombre.

—Exacto. Eso sí que es menospreciar a alguien.

—¿Alguna otra cosa que te haya llamado la atención? —le preguntó Héctor.

Lisa levantó la vista del plato.

—Pues sí. A pesar del aspecto tan pulcro que tenía, olía a vino rancio. Pero ¿qué opinas tú de la posible relación de Ulrik y de Niklas con bandas criminales? Me ha parecido algo incómodo cuando le has preguntado al respecto.

—Sí. —dijo Héctor—. Es una línea de investigación que debemos

seguir explorando, desde luego. El antiguo novio de Laura es propietario de un club en Puerto Banús, y se trata de uno de los lugares en los que se mueven las bandas suecas.

—¿Por qué vendrán aquí los suecos a delinquir? Y no me refiero a evasión de impuestos o a fraudes con el IVA —aclaró Lisa.

—Sobre todo, por blanqueo de dinero y tráfico de drogas —dijo Héctor—. Aquí llegan grandes cantidades de narcóticos por barco desde Marruecos, y la gente encuentra todo tipo de vías para introducir la droga: por ejemplo, han llegado a esconderla en tablas de surf. La actividad es más difícil de controlar en el mar que en tierra. En un caso reciente, el enlace entre España y Suecia era una empresa de mudanzas de Marbella y Alicante. Se supone que la red ha introducido en Suecia varias toneladas de droga.

—Madre mía —dijo Lisa con los ojos como platos—. Pero ¿de qué drogas se trata?

—Sobre todo hachís, cannabis, cocaína y anfetaminas.

—Y el blanqueo de capitales, ¿cómo funciona?

—Principalmente, por la adquisición de inmuebles. Sabemos que dos inmobiliarias de Marbella actúan bajo la dirección de una red criminal.

—Vaya, parece un asunto de envergadura. ¿Y creéis que hay muchos suecos implicados?

—Es difícil de decir, pero hasta ahora hemos relacionado unos cincuenta casos de asesinato con esas bandas, solo en la Costa del Sol.

—Es horrible. Aunque el hecho de que la expareja de Laura se dedicara a algún negocio sucio no significa que ella tuviera nada que ver con ese mundo. Además, cuando la mataron ya no estaban juntos.

—No, pero el tipo está condenado por varios delitos menores y, desde luego, vale la pena investigar el asunto —aseguró Héctor—. Lo hemos citado mañana para interrogarlo, ya veremos si sacamos algo en limpio.

Lisa tomó un sorbito de sangría, estaba un poco ácida y muy rica.

—Pero hay otra cosa a propósito del tal Niklas —continuó—. Me ha dado la sensación de que ocultaba algo, de que no ha sido del todo sincero, ¿no?

—Sí, a mí me ha parecido lo mismo.

—¿Y qué billete es ese que le has enseñado?

—Sintiéndolo mucho, no puedo contarte nada al respecto —dijo Héctor.

—En fin, pero en Nochevieja estaba con su madre, ¿no? —continuó Lisa.

—Sí, bueno, por lo menos, eso es lo que dice él, todavía no hemos comprobado su coartada. Y ya va siendo hora.

DÍA 6

Miércoles, 5 de enero

LA MAÑANA DEL miércoles, un ruido de la calle despertó a Héctor. Se levantó adormilado y se puso la bata mientras salía raudo al salón, donde la puerta del balcón estaba entreabierta. El barullo parecía proceder del balcón del vecino.

Cuando salió vio que Sam estaba pintando con espray un plátano pelado que sobresalía de una caja de latón.

—Buenos días —dijo Héctor—. ¿Qué estás haciendo?

—Perdona, ¿te he despertado? —se disculpó Sam. Dejó de disparar pintura y se irguió—. Lo siento, no era mi intención. Ya… Es un poco raro, ¿no? Estoy comprobando una cosa que vamos a llevar en la exposición.

—Pero, por Dios santo, ¿qué es eso?

Héctor miraba atónito el chisme que estaba colocado en la mesa. Una gruesa capa de algo que parecía látex se había extendido alrededor del plátano.

—Nuestra última aportación, ¡espray de condón! —dijo Sam con un punto de orgullo en la voz, e hizo un gesto señalando el extraño objeto.

—¿Cómo funciona? —preguntó Héctor sonriendo.

—Pues no muy bien, como comprenderás. Es lo que en inglés llamamos *spray-on condom*. Este incluso tiene sabor a menta. —Sam alzó el bote en el aire—. Mira, cuando vas a… y ya estás… digamos que listo, te rocías el pene con esto, lo dejas secar tres minutos y luego ya es todo carretera y manta.

—Madre mía. —Héctor no podía contener la risa—. ¿Y cuál se supone que es su utilidad?

—Pues la empresa alemana que trató de lanzar la idea pensó que todo el mundo no es igual. Algunos preservativos son demasiado grandes, otros son demasiado pequeños, pero este le va bien a todo el mundo. En lo que no pensaron fue que cuando estás ahí, que ya no puedes más, quizá no resulte demasiado excitante, en el ardor del momento, primero rociarse el aparato con látex y luego meterlo en una caja durante tres minutos hasta que se seque. No sé de qué pasta hay que estar hecho para seguir empalmado durante semejante tratamiento. Así que, como era de esperar, el negocio tuvo como resultado un estrepitoso fracaso.

—Ya —dijo Héctor—. Y esas son las cosas que exponéis en el Museum of Failure, ¿no?

—Exacto. Los fracasos, aquellas empresas que se han ido al garete. Cualquier cosa, desde el buque real Vasa hasta la burbuja puntocom.

—Qué gracia —dijo Héctor—. ¿Tienes algo más?

—Un momento.

Sam entró y volvió con una caja de cartón bien grande. Sacó una botella pequeña clásica de Coca-Cola, aunque con la etiqueta oscura y donde se leía «BlāK».

—Hace quince años, Coca-Cola trató de lanzar una bebida más para adultos, más sofisticada, con sabor a café. También fue un desastre. Pero ¡mira esto!

El vecino de Héctor se inclinó sobre el cajón y sacó una máscara blanca de plástico duro. Tenía conectados unos cables y una caja que recordaba a un mando a distancia.

—Aquí tienes una máscara eléctrica que te pondrá la piel como la de Linda Evans. ¿Recuerdas a aquella actriz tan guapa de la serie *Dinastía*?

—Pues claro, quién no se acuerda de ella —dijo Héctor con una sonrisa.

Sam sostuvo la máscara delante de la cara.

—El problema es que te da la sensación de tener mil hormigas en la cara cuando la enciendes, como en una película de terror, y el único efecto del tratamiento es que se te queda la piel enrojecida —dijo con voz sorda desde detrás de la máscara.

Héctor soltó una carcajada.

—Qué rato más entretenido he pasado gracias a ti, y a esta hora de la mañana. Gracias, Sam.

—De nada. Anímate y ven a ver el museo. Es una exposición itinerante, pero esta vez se quedará en Málaga unas semanas, antes de que salgamos de gira.

—Desde luego, no me lo perdería por nada.

Héctor entró de nuevo, se tomó un café y se vistió para salir a correr. No tenía ningún sentido volver a la cama. Se había despabilado por completo. Decidió empezar el día con un paseo matutino.

Cruzó la plaza, aún adormecida, y tomó el camino que conducía al monte donde solía acudir para pensar en Carmen o incluso ponerse a hablar con ella sentado en un banco. En cierto modo, aún era su monte, pues antes siempre iban allí juntos.

El sol estaba saliendo y se oía el trino de los pájaros. Cuando llevaba ya un rato subiendo lo impactó el contraste con el bullicio y el tráfico de la ciudad. A lo largo del estrecho camino crecía el bosque, y reinaba un extraño silencio y una gran calma, teniendo en cuenta lo cerca que se encontraba del centro de la ciudad.

No tuvo que caminar durante muchos minutos para sentir cómo se le relajaban los hombros y respiraba mejor. También resultaba extraño comprobar que, a medida que se alejaba de la ciudad, la presencia de Carmen le iba resultando cada vez más viva, en su fuero interno, a su alrededor, en su corazón. Era capaz de notar su presencia, de sentir su aroma, la suavidad de sus manos y la calidez de sus ojos. Cuanto más se alejaba de los problemas más acuciantes, del trabajo, de lo cotidiano, con mayor fuerza se manifestaba ella. Era como si viviera en dos dimensiones, una real y más cruel, y otra más liviana, en la que no tenía que funcionar tan bien ni que ser alto y fuerte, tranquilo y seguro. Podía fallar, había espacio para el fracaso, solo tenía que apoyarse en Carmen y así todo saldría bien. Después, sin embargo, cuando tomaba conciencia de que ella ya no estaba, de que se había visto privado de su apoyo, a veces sentía deseos de echarse a llorar como un niño abandonado.

Se detuvo a contemplar la ciudad. Desde allí podía ver un parque allá abajo, e incluso oír los gritos alegres de unos niños que ya habían salido a jugar. El tañido de la campana de una iglesia o el sonido de las sirenas de alguna ambulancia también se intuían a lo lejos. La vida seguía.

Pensó en el caso que tenían entre manos y en el interrogatorio a Niklas, el amigo de Ulrik Melin. Había algo en él que le resultaba inquietante. Estaba claro, tenían que investigar más a fondo la vida de aquel hombre. Niklas también había estado en Suecia en Navidad y en Nochevieja, y lo más probable era que hubiera tenido tiempo y oportunidad de viajar a la Costa Alta y cometer los asesinatos. «Tenemos que comprobar su coartada y analizar su ADN», pensó Héctor.

Había llegado al banco donde solía pararse a charlar con Carmen. Se sentó mientras pensaba sin cesar en los asesinatos. Solo que ahora veía la cara de Lisa. Habían realizado otro interrogatorio juntos el día anterior. La vio tranquila, segura, clara, y traducía en intervalos perfectos para que la cosa funcionara. Él podía centrarse en el contexto sin distraerse con parrafadas ni vacilaciones. La verdad es que era muy buena.

Pensó en la cena después del interrogatorio. Supuso una interrupción de lo más grata, hablaron del caso, pero estuvieron bromeando y pasándolo bien. Héctor ni se acordaba de cuándo fue la última vez que se rio con una mujer. Se encontraba a gusto teniendo a Lisa enfrente, sentada a la misma mesa, y le gustaba ver sus ojos azules, que se convertían en finas ranuras cuando reía. Se preguntaba qué sentiría ella. ¿Tendría algún interés? Esperaba que sí. Le habría gustado despedirse con un abrazo, pero no se atrevió. Se limitaron a los dos besos de siempre, antes de que ella se fuera en su coche a

Benagalbón.

Al cabo de un rato, cuando Héctor se levantó y empezó a pasear camino a casa, cayó en la cuenta de que era la primera vez que había estado sentado en aquel banco sin conversar y sin pensar siquiera en Carmen. ¿Debería tener cargo de conciencia? ¿Qué habría pensado su mujer? ¿Qué habría pensado de Lisa?

Recordó lo que Carmen le dijo en su lecho de muerte. Quería que siguiera adelante, que viviera la vida, que tuviera otro amor y que fuera feliz. Le dijo aquellas palabras con la mano de Héctor entre las suyas y con los ojos llenos de lágrimas. Pero ¿lo decía de verdad?

LA MAÑANA SIGUIENTE, Lisa se levantó temprano y fue a casa de Annie para ir con ella a Fuengirola, a la sede de la revista *Svenska Magasinet*. Estaba deseando visitar la redacción y conocer a los compañeros de trabajo de su amiga. Annie había enviado el artículo sobre la ocupación de viviendas con su firma, pero le había prometido a Lisa que le avisaría si surgía algún trabajo extra que ella pudiera hacer para la revista. Solo por meter un pie, ahora que había demostrado que era capaz.

Recogió a Annie delante de su apartamento y cruzaron Málaga por el oeste en dirección a Fuengirola.

—El salón de belleza donde trabajaba la novia de Ulrik Melin no está muy lejos, pero ahora no tenemos tiempo de pasarnos —dijo Annie—. Tenemos la reunión matinal a las diez y no podemos llegar tarde, que se enfada el jefe. Lleva veinte años viviendo en España, pero no ha adoptado esa forma más distendida que tienen los españoles de relacionarse con el tiempo. Les he avisado de tu visita y no han puesto ninguna pega. Hay un ambiente muy agradable en la redacción.

—¿Cuántos sois?

—Otro periodista que se llama Petter y yo, y luego Lasse, el director, y Mia, que se ocupa de los anuncios, la distribución y el *marketing*. Lasse también ejerce de diseñador y se ocupa de algunos reportajes. En fin, puede decirse que trabaja como reportero a media jornada.

—¿Quiénes son los lectores de la revista?

—Los suecos que viven aquí, la tirada es de unos diez mil ejemplares. Se distribuye de forma gratuita en pequeños supermercados, la iglesia sueca, el colegio sueco, algunas consultas médicas, agencias de viajes y centros comerciales. En general, allí donde hay suecos.

—¿Y cómo organizáis el trabajo en sí?

—Pues una vez por semana celebramos una reunión matinal en la que revisamos la planificación. Luego estamos en contacto continuo, claro, y nos vemos en la redacción casi a diario. Aquí pasan cosas todo el tiempo, y las colgamos en la *web* de inmediato. En la edición impresa no cabe toda la actualidad, puesto que solo salimos una vez al

mes. Pero, como sabes, recibo encargos de otras publicaciones suecas, de modo que cuando se produce una gran noticia como la de los recientes asesinatos, por ejemplo, tengo muchísimo trabajo. De hecho, creo que necesitaríamos a otra persona en la redacción. Lasse no puede seguir trabajando como hasta ahora, es demasiado.

LA REDACCIÓN DE *Svenska Magasinet* se encontraba en una apacible callejuela bordeada de naranjos en medio de un barrio típico en el centro de Fuengirola, no muy lejos de la playa. Annie se adelantó, cruzó un arco, abrió una puerta y las dos entraron en una sala que parecía una galería de arte con el suelo de terrazo y grandes y coloridos cuadros en las paredes. Al fondo se encontraba la redacción, donde tenían sus despachos los colaboradores y, además, había una cocina y una sala más amplia con sofás donde dos personas ya tomaban café sentadas a una mesa.

Annie los presentó como Petter y Mia. Lisa se sentó con ellos, y le ofrecieron un café y unas galletas de almendra. Enseguida llegó el jefe, Lasse, un hombre alto con la barba canosa y una mirada alegre de ojos azules vestido con una camisa de cuadros suelta, que los saludó animoso. Se colocó delante de una pizarra blanca que se encontraba en el centro de la sala.

—Muy bien, ante todo, veamos cómo se presenta el día —comenzó —. En primer lugar, tenemos controlado el tema del doble asesinato de la Costa Alta, en el que están trabajando Annie y Petter. ¿Cómo lo lleváis?

—Yo he ido al salón de belleza donde trabajaba la víctima española, Laura Rivera, y he estado hablando con sus compañeras y con algunas clientas —dijo Annie—. Todas están conmocionadas, como es lógico. Laura era muy apreciada, aunque solo llevaba unos meses trabajando allí. Pero me hablaron de un novio del que se había separado no hace mucho. Se llama Antonio Díaz y es gerente de un club de Puerto Banús, El Marinero. Estoy intentando localizarlo.

—Bien —dijo el redactor jefe—. ¿Y cómo llevamos el tema de Ulrik Melin, el ciudadano sueco?

Se dirigió a Petter, el otro periodista.

—Pues he estado en el club de golf donde solía jugar y también he tenido una videoconferencia con Mattias Blomberg, su mejor amigo en Docksta. Fue él quien descubrió los cadáveres y avisó a la policía. Lo he entrevistado y, la verdad, ha contado la historia muy bien y me ha prometido enviarme fotografías de sí mismo y de Ulrik, y también de la finca y sus alrededores. En cambio, ningún familiar se ha prestado a una entrevista, por desgracia. Supongo que están demasiado afectados.

—Es comprensible —respondió Lasse—. Pero qué bien que hayas conseguido hablar con el amigo. Y la policía, ¿qué dice?

—Son muy reservados, no dicen nada —aseguró Annie—. Pero hoy voy a ver a una de mis fuentes, espero sacar algo en claro.

—Estupendo. ¿Algo más relacionado con el doble asesinato?

Tanto Annie como Petter respondieron con una negativa. Lasse revisó algunos temas más, antes de dar por finalizada la reunión. Se volvió a Annie.

—¿Puedes venir un momento? Y tú también, claro —le dijo a Lisa.

Las dos amigas se levantaron y se encaminaron al despacho del jefe de redacción. En él había una pared donde exponían los textos que se incluirían en el siguiente número, página a página. Lisa vio enseguida su foto de la parrilla de los okupas en la terraza y de los pobres propietarios, que los miraban desde la calle. Un gran titular encabezaba la página: *El mundo al revés.*

Lisa reconoció las palabras de uno de los vecinos a los que había entrevistado. Lasse miró a Annie encantado.

—Excelente trabajo. De verdad que has hecho un reportaje extraordinario. Un trabajo estupendo que ha dado mucho más de lo que esperaba, la verdad. El artículo irá a doble página, y ya lo hemos vendido a varios diarios vespertinos y revistas de Suecia. Un reportaje muy bueno. Impresionante.

Annie se había puesto colorada como un tomate y parecía incómoda. Intercambió una larga mirada con Lisa, que estaba encantada con tanta alabanza y que apenas daba crédito a lo que oía. ¿De verdad hablaba Lasse en serio? Con lo nerviosa que estaba pensando que no daría la talla… Le daba igual que Annie se llevara el mérito, lo importante era que había conseguido hacerlo, y que lo había hecho bien. No pudo evitar una sonrisa.

Al final, Annie tomó la palabra.

—Me alegro de que te haya gustado tanto, Lasse, de verdad —dijo con un hilo de voz. Luego se volvió hacia su amiga—. Solo que no he sido yo quien ha hecho el trabajo y ha escrito el artículo. Ha sido Lisa.

EL EXNOVIO DE Laura, Antonio Díaz, era musculoso y de brazos cortos, llevaba una camiseta con pronunciado escote de pico que desvelaba no solo un pecho velloso con una gruesa cadena de oro alrededor del cuello, sino también unos tatuajes que se extendían ensortijándose por los brazos, el pecho y el cuello. Tenía un *piercing* en la oreja, los dedos llenos de anillos con calaveras y la cabeza, rapada. Miró a Héctor con suspicacia cuando abrió la puerta y entró en la sala de interrogatorios. Héctor comenzó con las frases de siempre y le dio el pésame.

—Según he sabido, Laura y usted tuvieron una relación amorosa. ¿Cuánto tiempo duró y cuándo terminó?

—No había terminado —lo corrigió Antonio—. Laura y yo seguíamos siendo muy buenos amigos. Estuvimos juntos tres años enteros. Y lo dejamos hará un año.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Unos días antes de que se fuera a Suecia, no recuerdo cuándo con exactitud, pero a principios de la semana pasada, el lunes o el martes.

—¿Qué hicieron?

—Desayunamos en un restaurante de Puerto Banús.

—¿Cómo se llama?

—La Pappardella, un italiano que hay en el puerto.

Héctor anotó el nombre.

—¿Y cómo es que quedaron para desayunar?

—Nada, teníamos esa costumbre.

—Pero usted vive en Marbella y ella en Fuengirola, ¿no queda un poco lejos para desayunar? ¿O es que se quedó a dormir en su casa?

Antonio miró a Héctor con superioridad.

—Eso no es cosa suya. Es solo asunto nuestro.

—No cuando estamos en plena investigación de asesinato. Responda a la pregunta.

—Sí, se había quedado a dormir en mi casa.

—O sea que su relación no había terminado del todo aún, ¿no?

—Sí, claro que sí, solo éramos amigos. Laura se quedaba a dormir en mi casa a veces, cuando se le hacía tarde. Tengo varios cuartos de invitados.

—¿Dónde estuvo esa noche?

Antonio parecía incómodo.

—No lo sé, solo sé que había salido. En Puerto Banús hay muchos bares.

—Entonces, ¿no estuvieron juntos?

—No, yo estuve en mi bar.

—¿Cómo entró? ¿Tenía llave?

—Me llamó por teléfono y quedamos en la puerta.

Héctor examinó con atención al hombre que tenía delante, pero Antonio Díaz no lo miraba a los ojos, y el sexto sentido del agente le decía que le estaba mintiendo. Sin embargo, decidió callar por el momento.

—¿Qué puede decirme del hecho de que Laura haya aparecido muerta en Suecia?

—Es una mierda, si encuentro al que lo hizo…

A Antonio se le oscureció la mirada y los bíceps se le tensaron bajo la camiseta.

Héctor frunció el ceño.

—Si lo encuentra, ¿qué?

—Pues… Nada —respondió desde el otro lado de la mesa aquella montaña de músculos.

—¿Sabe si alguien había amenazado a Laura, si tenía enemigos?

—No que yo sepa, pero yo ya no tenía mucho control de lo que hacía. Y no sé nada del sueco con el que había empezado a salir.

—¿No le comentó nada de Ulrik Melin?

Antonio Díaz se encogió de hombros.

—No.

—¿Y cómo es posible, si aún seguían siendo tan buenos amigos?

—¿Qué tiene eso de raro? Joder, que estuvimos juntos y hasta compartimos casa.

—¿Por qué lo dejaron?

—Bueno, así es la vida. El enamoramiento se acaba, te cansas del otro…

—¿Y empiezas a interesarte por otra persona, quizá?

—Yo qué sé.

Antonio clavó la mirada en Héctor, que comprendió que no sacaría mucho más en claro y optó por cambiar de tema.

—Usted es gerente de un club de Puerto Banús, El Marinero. ¿Iba Laura mucho por allí?

—A veces.

—¿Cuál es el tipo de clientela?

—Variado.

—¿Hay delincuentes entre ellos?

—Yo no me meto en lo que hacen los clientes cuando no están en mi bar. Siempre que se comporten mientras estén allí. Vamos, que no tengo ni idea.

—¿Tiene relación con personas vinculadas a actividades delictivas?

Antonio se puso rojo de ira.

—¿Pretende que parezca que es culpa mía que hayan asesinado a Laura, y que hay de por medio gente con la que yo me relaciono? Le aseguro que el que la ha liado ha sido el imbécil del sueco ese. Desde que empezó a verlo la vi más reservada, parecía otra. Ese cerdo le hizo algo. Y luego va y se la lleva a Suecia, y allí la matan. Es allí donde tienen que buscar, no aquí. Laura tuvo la mala suerte de estar donde no debía cuando no debía.

—¿Usted ha estado en Suecia?

—Viví allí cinco años.

Héctor enarcó las cejas de asombro.

—Vaya, ¿no me diga? ¿Cuándo fue eso?

—De 2005 a 2010, si no recuerdo mal.

—¿Cómo es que se fue a vivir allí?

—La historia de siempre. Conocí a una sueca y me fui con ella a Estocolmo. Pero la cosa no funcionó, resultó que estaba loca.

—¿Cómo que estaba loca?

—Me denunció por maltrato y violación solo porque se le fue la pinza cuando corté con ella. Por suerte, no consiguió nada.

—Y entonces volvió a España, ¿no?

—Pero no enseguida. Había conocido a bastante gente, así que me quedé casi un año más. Al final no podía soportar aquel clima, así que me volví a España.

—¿Ha estado en Suecia desde entonces?

—Muchas veces. Como le decía, tuve tiempo de conocer gente allí, y algunos vienen por aquí, así que a veces soy yo quien va a verlos.

—Pero a Ulrik Melin no lo conocía, ¿no es eso? A pesar de que llevaba varios meses con Laura.

Antonio respondió con una expresión impenetrable y con voz monótona: —No. No lo vi ni una sola vez.

Cinco meses atrás

HANNA Y ELIN lo estaban pasando muy bien con aquellos suecos tan agradables y se dejaron convencer para acompañarlos a otro conocido y exclusivo bar de Marbella. Se encontraba a unos kilómetros de Málaga, pero ¿qué más daba? De todos modos, iban a pasarse toda la noche por ahí.

Era un bar muy chulo con un toque industrial que se encontraba en Puerto Banús, con vistas al mar. Se sentaron a una mesa y enseguida apareció otra cubitera de hielo con champán. En los altavoces resonaban acordes de pop español, y el bar estaba a rebosar de gente que hablaba a gritos, reía y se divertía. Había un ambientazo increíble. A las chicas les parecía de lujo y superdivertido, y se lanzaron un guiño mientras alzaban las copas para brindar. Era una maravilla sentirse mimadas de esa manera, no habrían podido celebrar mejor su última noche.

Mientras hacía fotos del grupo, Hanna vio que su madre la había llamado ya cinco veces. Iba a recogerlas en el aeropuerto al día siguiente, y Hanna sintió un pellizco en el estómago: debería devolverle la llamada.

Se excusó y salió al paseo marítimo para poder hablar con tranquilidad. Mientras marcaba el número de su madre, notó en el pecho el peso de siempre, el que siempre sentía cuando hablaba con ella. Tenían una relación como mínimo complicada. Hanna no había conocido a su padre ni sabía quién era. Su madre nunca quiso hablar de él. Hanna se imaginaba que debió de hacerle mucho daño, quizá la abandonó al enterarse de que estaba embarazada. En todo caso, nunca se tomó la molestia de ponerse en contacto con ella. Durante un tiempo, en sus años de adolescente, Hanna sintió la necesidad imperiosa de saber quién era, pero abandonó todo intento al ver cómo se enfadaba su madre. Era inútil, tendría que aprender a vivir con la duda.

Su madre respondió a la llamada de inmediato.

—¡Hola! ¿Dónde estás? ¿Qué hacéis? ¿Por qué no respondes cuando te llamo?

Tenía la habilidad de hacer siempre varias preguntas al mismo tiempo.

—Estoy en la calle con Elin, en un bar. Como es la última noche…

—Pero si son más de las once, ¿no es hora de que os vayáis a dormir? El avión sale mañana temprano.

—Ya lo sé, mamá, pero no pasa nada, nos iremos a dormir dentro de un rato.

—¿Cómo se llama el bar?

—Por favor, no tengo ni idea…

—¿Has bebido?

Hanna oyó la preocupación en su tono de voz.

—He tomado un poco de vino, es normal, ¿no? No te preocupes, mañana nos vemos.

—¿Estáis Elin y tú solas, o hay alguien más?

—No, las dos solas.

—¿Dónde estáis? ¿Qué clase de sitio es? ¿Dónde se encuentra?

—Por Dios, mamá, ¿qué más da? Estamos cerca del hotel, volveremos dentro de un rato.

—De eso nada, ni siquiera estáis en Málaga. Veo que estáis en Marbella.

Hanna notó cómo se indignaba por dentro y se puso roja de rabia.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás vigilándome como si fuera una niña? Tengo diecinueve años, mamá, soy adulta.

—Cariño, es solo porque estoy muy preocupada por ti —respondió su madre en tono suplicante y al borde del llanto—. Tú eres todo lo que tengo, lo sabes, ¿verdad? Te he echado mucho de menos estos días, tengo tantas ganas de verte que no sé si voy a aguantar. Es que no quiero que te pase nada ahora que estás a punto de volver…

—Sí, sí, lo entiendo —dijo Hanna con un suspiro de resignación.

Su madre era muy sobreprotectora y siempre temía que le ocurriera algo malo. Era una auténtica madraza, pero solo quería su bien. Hanna trataba de ser comprensiva, pero a veces le costaba mucho. Sacó un cigarro y lo encendió. Como una forma de protesta. Era una satisfacción estar allí fumando mientras hablaba con la cansina y la exigente de su madre. Dio una calada con cuidado, para que no la oyera. Pero fue casi como si la mujer hubiera podido oler el tabaco desde Suecia.

—¿Estás fumando? —preguntó alarmada.

—Qué va —aseguró Hanna—. ¿Por qué lo preguntas? Ya sabes que no fumo. Que voy a ser médico, mamá…

—Bueno, anda, volved ya al hotel. Id en taxi. Y llámame cuando estéis en la habitación. No pienso acostarme hasta que no me hayas llamado. Te quiero de aquí a la luna ida y vuelta, no lo olvides.

—Ya lo sé —dijo Hanna, y miró la luna, que en esos momentos brillaba sobre las aguas del puerto en el que se alineaban los yates de lujo—. Yo también te quiero.

Su madre siempre hablaba de la luna. Decía que tenía una cara

buena y otra maligna. Había que tener cuidado con el mal, con lo que estaba en la otra cara. «Siempre nos muestra la misma cara en su órbita alrededor de la Tierra, para protegernos de lo que hay detrás», decía.

Pero Hanna siempre quiso saber qué era lo que había allí, en el lado oscuro de la luna.

HACÍA MUCHO QUE Lisa no se sentía de tan buen humor como después de volver de la visita a la revista. Le resultó de lo más inspirador ir allí, y se sintió muy halagada y contenta con los elogios que recibió por su artículo sobre los okupas. ¿Y si le daban más encargos de la revista? Le vendría de maravilla, también desde el punto de vista económico. En Navidad paraban las clases de español que impartía por internet, y la policía no parecía necesitar sus servicios de interpretación por el momento. Mientras llegaban nuevos encargos, tendría que dedicarse a seguir con las reformas.

Abrió la puerta y entró en casa. Una de las primeras empresas que abordó fue la de derribar la pared que había entre la cocina y el salón. Quería despejar el espacio para que entrara más luz, y estaba orgullosa de haberlo hecho ella sola. El resultado fue mejor de lo que esperaba, era como si la casa entera hubiera quedado más espaciosa.

No le fue tan bien a la hora de enlucir la pared, cosa que intentó hacer días atrás. Aún no lo había solucionado. Se quedó un rato observando el caos con preocupación. Los pocos muebles que quedaban allí estaban envueltos en plástico, y las paredes estaban desnudas. La mezcla que había arrojado aquí y allá se había secado, y se había quedado adherida al suelo y a las paredes. Tendría que ponerse a rasparla un día de estos y, en realidad, debería pedirle ayuda a Javi, pero no se atrevía del todo. ¿Y si se lo tomaba como una invitación? Sintió cómo se acaloraba al pensar en él. Por ahora no había vuelto a saber nada de él, y tampoco se había cruzado con ningún vecino. Había estado tan ocupada con el artículo para *Svenska Magasinet* que no había tenido tiempo de pensar en Javi ni de preocuparse por las posibles consecuencias. Como quiera que fuese, entre ellos no podía volver a pasar nada, eso estaba claro.

Se quitó el abrigo, se dirigió a la cocina y puso café. Pensaba sentarse al ordenador y planificar las clases de español de la primavera. Los cursos *online* constituían casi su única fuente de ingresos, aparte de algún que otro encargo de interpretación.

Esperaba que Héctor volviera a necesitar su ayuda pronto, por el dinero, sí, pero también porque quería pasar más tiempo con él. Pronto se reanudarían las clases de flamenco, y estaba deseando volver. Entonces al menos se verían todos los domingos para bailar

juntos. Se preguntaba si no debería ingeniar algún plan, proponerle una cena o algo así, sin parecer descarada. Quizá podría invitarlo con el pretexto de que necesitaba que le ayudara en algún asunto de tipo práctico.

La idea le resultó atractiva, y enseguida empezó a ingeniar un plan. A Héctor parecía interesarle la cocina. Al mismo tiempo, Lisa dudaba de que fuera receptivo a sus galanteos. Daba igual cuál fuera su tema de conversación, él siempre hablaba en primera persona del plural: «Allí estuvimos los dos, una vez hicimos esto o aquello, fuimos allí…». Como si todas las experiencias las hubiera vivido con Carmen, y estaba claro que no tenía una sola opinión o vivencia que le perteneciera solo a él. Como si fuera inseparable de su difunta esposa.

Lisa trató de reflexionar sobre cómo se expresaba ella misma. También ella había vivido con Axel durante treinta años, prácticamente toda su vida adulta. Y solo hacía poco más de un año que lo habían dejado. ¿Pensaba ella como Héctor? ¿Tenía la sensación de que todo lo que había hecho, todas las experiencias de las que hablaba estaban relacionadas con él? Esperaba que no.

Se puso un café y se sentó al ordenador. Era profesora, sí, y estaba acostumbrada a enseñar, pero hacerlo por internet era distinto. Había que planificar las cosas de otro modo. También resultaba más solitario trabajar allí sentada en las montañas con el ordenador por toda compañía. Echaba de menos el contacto con sus colegas y con los alumnos, hablar con ellos por los pasillos o a la hora del café.

LISA LLEVABA VARIAS horas trabajando cuando llamaron a la puerta. Se levantó con el corazón en un puño, ¿sería algún vecino, o los padres de Javi, que querrían decirle cuatro verdades? Agarró con fuerza el picaporte, se armó de valor antes de abrir y se preparó para lo peor. Pero en lugar de una lluvia de críticas se encontró con un ramo de flores tan grande que apenas podía ver a quien lo sostenía. Hasta que una cara asomó desde detrás de los pétalos y vio los ojos chispeantes de Javi.

—Hola, son para ti. No interrumpo, ¿verdad?

—Qué va —murmuró Lisa desconcertada, con el ramo de flores en la mano—. Gracias, pasa.

Antes de que acertara a reaccionar, Javi la abrazó y la besó en la boca. Lisa se quedó perpleja. Se adelantó hacia la cocina con las manos temblándole mientras retiraba el papel del ramo y abría el grifo. Sacó un jarrón de uno de los muebles atestados de cacharros y metió en él a presión las rosas, que apenas cabían. Por Dios santo. Rosas rojas. ¿Qué pretendía? ¿De qué iban a hablar ella y Javi? No

sabía cómo comportarse. La última vez que se vieron, estaban los dos desnudos en su cama.

—¿Cómo estás, mi amor? —le preguntó Javi risueño, y se dejó caer en el sofá como si fuera lo más natural del mundo—. ¿Quieres venir a comer conmigo? Conozco un sitio ideal que hay en lo alto del monte y que no conocen los turistas. Luego podemos ir a la playa si quieres, tengo la tarde libre. Y un buen amigo mío celebra su cumpleaños esta noche, me encantaría que vinieras conmigo. Dime que puedes, cariño, dime que sí.

Lisa estaba de espaldas al joven, con un nudo en la garganta. Pero, madre mía, se estaba comportando como si fueran pareja… ¿Ir a la playa y exhibir en bikini sus defectos, sus arrugas y sus mollas? ¿Ir de fiesta con un treintañero y sus amigos? La verían como a una señora mayor. Se le puso la carne de gallina de espanto ante la sola idea. Tenía que poner fin a aquello de inmediato. Aún no sabía si Javi le habría contado a alguien lo que había ocurrido entre los dos. ¿Y si ya se había difundido el rumor? Si pudiera viajar atrás en el tiempo y borrar aquella aventura… La cara de Héctor se le pasó por la cabeza un instante.

Lisa llenó de agua el jarrón, tragó saliva y se volvió despacio hacia él. Puso las flores en la mesa que había delante del sofá y se sentó al lado de Javi. Él la miró amoroso apretándole la mano.

—No puede ser —dijo Lisa—. Tenemos que olvidar lo del otro día, soy mucho mayor que tú y no estoy preparada para… tener una relación así.

—Pero estuvimos muy a gusto el otro día, ¿no crees? —preguntó Javi, preocupado.

—Sí, claro, pero no podemos seguir. No es que no lo disfrutara, pero tenemos que verlo como un suceso aislado, no hay más que hablar.

—¿Es que hay otro?

—No, no es eso. Es solo que eres demasiado joven para mí.

Javi bajó la vista. Se hizo el silencio unos instantes, antes de que Lisa volviera a tomar la palabra.

—¿Le has contado a alguien lo que pasó entre nosotros?

Se armó de valor mientras aguardaba la respuesta.

—No —dijo Javi—. No se lo he contado a nadie. Quería que lo hiciéramos juntos. Te respeto, y jamás haría algo así sin hablar contigo antes.

Fue tal el alivio que Lisa casi sintió vértigo.

—¿Seguro?

—Te lo juro.

—Ay, qué bien. Gracias, gracias por mantenerlo en secreto. Soy nueva en el pueblo, ya sabes, y quiero ser prudente. No quiero que la gente empiece a chismorrear.

A Javi se le iluminó la cara. Soltó una risa.

—¿Cómo que chismorrear? Todo el mundo está chismorreando ya, como comprenderás.

—¿De verdad? —preguntó Lisa horrorizada.

—Pues claro. Una sueca alta y guapa que se compra una casa y se muda sola a un pueblo, que habla español como una nativa, se pasea por ahí con un mono de trabajo y se pone a reformar la casa como un albañil cualquiera. Que viene de la fría Suecia y, para colmo, tiene un apellido que significa «granizo». ¿No sabías que ya te han puesto un apodo?

—¿Cómo? —preguntó Lisa sonrojándose—. Pues no, no tenía ni idea. ¿Y cuál es?

—Todos te llaman La Graniza.

Lisa no pudo evitar una sonrisa.

—Y lo dicen con cariño —continuó Javi—. Has caído en gracia en el pueblo, todos piensan que eres guay, que lo sepas. No tienes de qué preocuparte.

Lisa respiró aliviada y lo miró con gratitud. No se había equivocado con él: era un buen chico. Y la gente del pueblo era de verdad buena gente. Tal vez tuviera la suerte de no tener que sufrir consecuencias vergonzosas de aquella aventura. Eso sí, tenía que impedir que volviera a suceder.

LA CASA SE encontraba en la cima del monte, sobre la playa. Seguí el Porsche que subía por la estrecha carretera que conducía a la urbanización, seguramente más poblada de turistas de otros países que de españoles. El coche hizo un giro brusco al llegar al barrio de casas de una sola planta con rejas en las ventanas. Detrás de las verjas cerradas se atisbaban frondosos jardines; la mayoría tendrían también piscina y vistas al mar.

El hombre se acercó al bordillo de la acera, aparcó, salió del coche y lo cerró con el control remoto. Bajó la calle en dirección al chalé, con el ancho mar como un fondo azul. Caminaba con paso flexible, movimientos rápidos, seguros, se notaba que era un hombre con confianza en sí mismo y con energía, acostumbrado a salirse con la suya, sin duda. Se lo veía un poco hinchado, vestido con camisa blanca y chinos azul marino. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, unas gafas de sol modernas y un maletín negro en la mano.

Yo había ido siguiéndolo desde Málaga, y ahora aparqué a bastante distancia sin perderlo de vista.

Desapareció bajando por una escalera que conducía hasta la casa entre dos muros pintados de blanco. Se encontraba muy cerca de otras dos casas, pero tenía su propia entrada. Lo seguí y alcancé a ver cómo abría con llave una verja y entraba por un arco.

Al mismo tiempo, una mujer salió a la calle desde una de las casas vecinas. Vestía una falda corta de tenis, una camiseta y unas deportivas. Llevaba el pelo recogido en una coleta y dos chihuahuas que sujetaba con una correa de color rosa. Yo llevaba una sudadera negra y la capucha puesta, pantalón oscuro y grandes gafas de sol negras, y la mujer me lanzó una mirada suspicaz antes de sentarse en un jeep *verde con los dos perros falderos en el asiento del copiloto, y se alejó zumbando de la urbanización.*

Examiné las casas circundantes. La mayoría parecían cerradas a cal y canto, no era temporada alta, aunque seguro que habría turistas en la zona de Nerja. A mí me venía de perlas. Cuando la mujer del jeep *desapareció de mi vista y la calle estuvo desierta, me atreví a bajar la escalera. Me coloqué junto al arco enrejado y miré al interior. Un paseo empedrado, un camino de césped y un alto muro de piedra que separaba la parcela del vecino de al lado. Atisbé parte de una piscina.*

El sol estaba alto en el cielo, reinaban la paz y el silencio. Las casas

estaban muy cerca unas de otras; aun así, daba la sensación de que hubiera una gran distancia entre ellas. Nada de charlas con el seto de por medio ni mucho menos, las viviendas recordaban más bien a búnkeres aislados que hacían lo posible por apartarse del entorno. Deslicé la mirada por el rojo de los tejados. Los chalés eran todos de una planta, además, había muros y salientes aquí y allá por los que ir trepando y apoyándose. Constaté con satisfacción que aquello sería pan comido. No importaba cuántas verjas cerradas con llave me encontrara.

Me abriría paso por los tejados.

El salón de belleza en el que trabajaba Laura Rivera se encontraba en el centro de Fuengirola, a un tiro de piedra de la playa. Cuando Héctor entró en el local lo recibieron los tonos suaves de una música oriental, y reinaba una actividad discreta, como si hubieran reducido el acelerado ritmo diario y todo se hubiera vuelto reposado y reflexivo. Era un establecimiento de techos altos, con columnas de bronce aquí y allá, el suelo negro y las paredes revestidas de mosaico dorado. Una gran estatua de Buda en un material que parecía cobre se alzaba en la entrada, junto con algo semejante a un altar con flores, velas encendidas y una taza de té con frutas exóticas en una bandeja.

Había varias mujeres sentadas a unas mesas pequeñitas mientras les limaban o les pintaban las uñas. Una señora de edad avanzada, con un pañuelo color lila en la cabeza, se encontraba en un rincón con los pies en un recipiente de agua, y al otro lado de la sala le hacían una limpieza de cutis a una mujer tendida en una camilla. Se percibía un leve aroma a algo que recordaba a las velas aromáticas que su hija Marisol se empeñó en tener en su dormitorio un tiempo durante la adolescencia. Héctor posó la mirada en una pared con un gran retrato de una Laura que sonreía, y sintió una punzada en el corazón al recordar las últimas fotos que habían tomado de ella, muerta y ensangrentada en una tina de agua. Delante del retrato había velas encendidas, flores y lo que supuso que sería un libro de condolencias en el que la gente podía escribir una despedida.

Su llegada llamó un poco la atención, puesto que era el único hombre que había allí dentro. Enseguida apareció una mujer corpulenta con una camiseta rosa y un moño en lo alto de la cabeza, que se acercó a saludarlo. Héctor se presentó y le explicó a qué había ido, y a la mujer se le empañaron los ojos enseguida.

—Soy Maria dos Santos, la propietaria del salón. Acompáñame, por favor.

Se adelantó por el pasillo, recubierto por completo de bambú, y continuó hacia lo que Héctor supuso que sería la sala de descanso del personal, solo que no había ninguna silla. La mujer señaló un gran cojín redondo que había en el suelo.

—¿Quiere té o alguna otra bebida?

—No, gracias —dijo Héctor—. No nos llevará mucho tiempo, solo

quiero hacerle unas preguntas.

La mujer asintió y se sentó en el cojín enfrente de Héctor, con las piernas cruzadas y la espalda recta, como una instructora de yoga.

—Cuando quiera —dijo, y lo invitó a hablar extendiendo una fina mano muy blanca.

—¿Podría hablarme de Laura, qué clase de persona era?

—Bueno, no llevaba mucho tiempo trabajando aquí, empezó en septiembre, si no recuerdo mal, así que no tuve tiempo de llegar a conocerla a fondo, pero enseguida cayó bien, tanto a las compañeras como a las clientas. Laura era una persona agradable, simpática y muy buena en su trabajo. Al mismo tiempo, resultaba difícil saber de ella.

—¿Y eso?

—No creo que hablara con nadie de su vida privada. En cuanto le preguntabas por su familia o por su pareja, cambiaba de tema. Quedaba muy claro que evitaba hablar de sí misma.

—¿Sabe a qué podía deberse?

—Ni idea, pero lo cierto es que nunca supe muy bien a qué atenerme con ella. Era simpática, de verdad que lo era. Al mismo tiempo, no consigo librarme de la sensación de que ocultaba algo. Escondía algún secreto, estoy convencida.

—¿Recuerda si recibió alguna visita privada en el salón? ¿O si tenía una relación distinta con alguna clienta?

—No lo creo.

—¿No ha oído nada más? ¿Si sufría alguna amenaza o algo así?

—No, pero ya le digo, no hablaba mucho de sí misma. En cambio, creo que, al margen de su trabajo aquí, se dedicaba a otra cosa.

Héctor enarcó las cejas.

—¿Y se le ocurre qué podía ser?

—Era buena en su trabajo y era amable, ya digo, pero casi siempre parecía cansada. Tenía la sensación de que no dormía lo suficiente. Y varios de los colaboradores me dijeron que la habían visto hasta tarde en Puerto Banús. No he querido decirle nada a la policía hasta ahora, no es la primera vez que vienen. Pero en el trabajo hemos hablado bastante del tema después de lo que le ocurrió a Laura. Ya digo, en realidad no querría hablar de más, porque no estoy segura, pueden ser especulaciones…

Héctor clavó en ella la mirada.

—Esto es una investigación de asesinato, es un asunto muy serio. El asesino está libre y existe el riesgo de que vuelva a actuar, así que hable.

—Ya, sí, lo entiendo, es solo que no quiero contar rumores sin tener pruebas concretas. Pero nos preguntamos si no estaría trabajando extra… como acompañante o…

—¿Quiere decir que Laura era prostituta?

—Pues sí, la verdad es que empezamos a sospechar que podría tratarse de algo así.

LA LUNA BRILLABA clara y pálida sobre el oscuro mar que se extendía ante él. Salió a la terraza, respiró hondo y tomó un trago de whisky. Sintió cómo la embriaguez le sobrecargaba el cuerpo y la cabeza; llevaba bebiendo desde la hora del almuerzo en el campo de golf, de eso hacía unas doce horas.

No era de extrañar que se sintiera un poco flojo. Después de comer, él y los amigos hicieron su ronda. Luego volvieron a Nerja a cenar en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Los demás querían seguir de fiesta después, pero él se fue a casa en un taxi. No podía más. No quería. Estaba cansado, agotado después de la muerte de Ulrik. Abatido.

Ahí arriba, en la montaña, reinaba la calma, todo lo que oía era el canto de las cigarras. En esta época del año no había muchos vecinos, en la mayoría de las casas reinaban el silencio y la oscuridad. Se sentó en una de las tumbonas, eructó un par de veces y suspiró. Desde la muerte de Ulrik no había vuelto a ser él mismo. El que a uno de sus mejores amigos lo hubieran asesinado de una manera tan brutal le había afectado muchísimo. Se preguntaba qué habría detrás. ¿Sería la neurótica de la exmujer de Ulrik? Sandra era un poco histérica, a él siempre le había costado tratar con ella. Eso era lo más verosímil, seguro, que no soportara que Ulrik hubiera conocido a otra, mucho más joven y atractiva, y por eso le quitó la vida. Habría contratado a algún chiflado en Norrland, allí seguro que estaban habituados a la caza furtiva con arco. Además, ¿no había competido su hermana en biatlón? Seguro que en su casa había algún arco a mano.

Niklas tomó otro trago de whisky, el hielo tintineó un poco cuando alzó el vaso. Había empezado con la costumbre de tomarse uno o dos antes de irse a dormir, al menos, cuando estaba solo, sin compañía femenina, con la que, en realidad, contaba bastante a menudo, ya fuera un ligue pasajero o alguien del servicio de acompañantes, cosa que también ocurría de vez en cuando. No le interesaban lazos más sólidos, que siempre resultaban complicados. Había tenido una relación prolongada que por poco acabó con él. Por nada del mundo quería pasar otra vez el mismo calvario. Al final las mujeres siempre acababan siendo unas exigentes y unas quejicas, nunca estaban satisfechas. Hiciera lo que hiciera, por mucho que se esforzara,

siempre había algo. No, gracias. Era mucho mejor arreglárselas solo, no quería que nadie se inmiscuyera en sus asuntos u opinara sobre cómo debía vivir. Le gustaba la vida que se había organizado allí.

Pero el asesinato lo tenía abatido, no podía dejar de pensar en ello, seguramente, porque aún estaba conmocionado por la noticia. Se imaginaba la cara de Ulrik. ¿Qué demonios habría ocurrido? Apuró el último trago y se levantó para ponerse un poco más. El agua de la piscina se le antojaba tentadora. ¿Y si se daba un chapuzón? Se sentía pegajoso y sucio. Se dirigió a la cocina-comedor y se llenó de nuevo el vaso. Continuó hasta el dormitorio, se puso el bañador y se envolvió en un albornoz. Puso *Every Breath You Take* de Sting, una de sus favoritas. La letra era un recordatorio de por qué no quería tener una relación, con todo lo que implicaba de ejercicio de poder y de control. La música salía de los altavoces y llegaba hasta la terraza.

Se inclinó y echó mano del flamenco rosa hinchable que siempre había en la piscina. Lo acercó y se sentó en él con esfuerzo, aún con el vaso de whisky en la mano. Se dio cuenta de que estaba bastante borracho. El agua estaba caliente y resultaba agradable. Era una piscina climatizada, claro. Cerró los ojos y se relajó. Aquella era una de las cosas que apreciaba de su soltería, hacía lo que le daba la gana cuando le daba la gana.

Cuando la canción ya se terminaba levantó la vista. Le pareció haber oído un ruido de algo arrastrándose por el tejado. Alargó el cuello, buscó con la mirada por las tejas. Una vez más, volvió a oírse un crujido. Allí arriba había algo, pero ¿qué? Un pájaro no podía armar tanto alboroto.

A la pálida luz de la luna, Niklas pudo distinguir a alguien que se movía en lo alto. Se quedó de piedra. Era una silueta, una persona. Cuando descubrió lo que aquella figura extraña llevaba en la mano, contuvo la respiración. Oyó el silbido a través del aire. Luego, el dolor. Antes de perder la conciencia, vio cómo se teñía de rojo el agua de la piscina.

Cinco meses atrás

EL CLUB AL que se dirigían se encontraba entre las callejuelas de Puerto Banús. A aquellas alturas, Hanna estaba muy borracha, pero se les había ocurrido pasar la noche sin dormir e irse directas al aeropuerto, en cuyas taquillas habían dejado el equipaje. Al mismo tiempo, era emocionante ver lo que iba a pasar, y llevaba encima demasiadas copas como para preocuparse.

—Podemos ir con vosotros un rato —dijo Elin—. Siempre que nos ayudéis a encontrar un taxi a las ocho, como muy tarde. A esa hora tenemos que salir directas al aeropuerto.

—Pues claro, eso lo arreglamos nosotros —dijo uno de los hombres con los que se habían ido. Aquellos dos suecos eran graciosos, pero el estilo educado y cortés que habían mostrado al principio de la tarde había dado paso poco a poco a un trato algo más brusco.

Continuaron por las callejuelas. Al llegar a una puerta negra, se detuvieron. No había ningún cartel ni nada que indicara que allí hubiera un bar.

—¿Aquí es adonde venimos? —preguntó Hanna—. ¿Qué es, un bar o algo?

—No exactamente —dijo uno de los hombres, y le lanzó un guiño travieso.

Luego llamó al timbre y los dejó pasar un vigilante gigantón que, después de haberlos examinado de arriba abajo, de comprobar que figuraban en la lista y de recibir en mano un billete, les indicó que entraran con un gesto hospitalario. Una escalera larga y empinada conducía a un local subterráneo, ante el que las chicas contuvieron la respiración. Habían desembocado en una sala gigantesca de techo altísimo. La música tecno retumbaba en la pista, que estaba atestada de gente. Uno de los hombres se dirigió a una de las barras para pedir las bebidas, y el otro se detuvo delante de lo que parecía la caja. Las chicas se imaginaron que estaba pagando la entrada.

Hanna y Elin se habían quedado sin habla, y contemplaban la masa de gente que daba saltos salvajes al ritmo de la música. Había personas de todas las edades, aunque la mayoría andaba por los treinta o los cuarenta. Muchos iban vestidos con ropa de cuero negro o con encajes que mostraban más que ocultaban, cadenas, perlas y lentejuelas. Una chica bailaba por allí en *topless*, un par de chicos solo

en calzoncillos. Varios se magreaban de lo lindo en medio de la pista de baile hundiendo la lengua unos en la boca de los otros y recorriéndose el cuerpo entero con las manos, como si no les importara nada el entorno. Un travesti de dos metros de estatura con un vestido de lentejuelas y el pelo rojo y rizado se enroscaba alrededor de un hombre bajito y rechoncho de mediana edad. En medio de todo aquello, una pareja de unos setenta años bailaba agarrada.

Sobre las altas columnas que había aquí y allá en el local, se retorcían provocadores alrededor de una barra metálica bailarines de ambos sexos ligeros de ropa. Las chicas vieron atónitas cómo, entre los gritos de júbilo de la gente, una de las bailarinas empezaba a quitarse una prenda tras otra mientras otro bailarín la rociaba con champán. En torno a una de las barras se agolpaba la gente que aspiraba gas de la risa de unos globos negros que, al parecer, repartían allí. Hanna se percató de que un chico le daba a una chica una bolsita de polvo blanco.

—Madre mía, vaya sitio —le susurró a Elin.

La música estaba tan alta que les vibraba en todo el cuerpo. Antes de que pudiera reaccionar, le habían puesto una copa en la mano.

—Venid, os vamos a enseñar esto —dijo uno de los hombres.

Lo siguieron fascinadas, jamás habían estado en un lugar como aquel. Resultó que había varios locales y pequeños cuartos y rincones por todas partes, y la gente no paraba de entrar y salir.

—Allí se encuentra el cuarto oscuro, donde puede pasar cualquier cosa —dijo el hombre con una sonrisita.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elin con curiosidad.

—Entras y no ves nada de nada, tienes que ir tanteando —respondió —. Y todo está permitido, a menos que indiques que no con la mano.

Un momento después entraron en lo que parecía un gimnasio con bancos y plintos, pero con poca iluminación. En el suelo había colchonetas con fundas de goma, y una joven parecía dormir en una de ellas, mientras que una pareja semidesnuda se enrollaba en la colchoneta de al lado.

—¡Madre mía! —exclamó Elin—. ¿Hemos venido a parar a un club de intercambio de parejas?

Un chico alto que solo llevaba un par de pantalones de cuero, con los ojos pintados de negro, la agarró y se la llevó a la pista.

—Ven, baila conmigo —dijo con una amplia sonrisa.

—Venga, venid vosotros también, vamos a bailar —les dijo Elin a los demás, haciéndoles señas para que la siguieran, antes de desaparecer de la sala.

Hanna apuró la copa y la siguió escaleras arriba, aunque enseguida perdió de vista a Elin entre el barullo de gente que había en la pista de baile. Pero no le importó, se entregó al baile y a la música, se sentía

liviana y alegre y libre. Sin duda, aquel era el colofón perfecto para unas vacaciones perfectas.

DÍA 7

Jueves, 6 de enero

PAULINA POBLETE APARCÓ delante del chalé, salió del coche con la mochila en la que llevaba la botella de agua, un paquete de tabaco, los auriculares y el móvil. Luego bajó rauda las escaleras y abrió la primera cancela. Eran las nueve de la mañana, y estaba a punto de empezar a limpiar la primera casa del día. Llevaba una camiseta amplia, *leggins* negros y zapatillas, para poder moverse con libertad. Aquella casa no era muy grande, pero tenía una ubicación preciosa en una elevación con vistas al mar, y una piscina estupenda.

En ella solo vivía un hombre, así que nunca estaba demasiado sucia ni desordenada. Parecía una persona bastante normal, aunque, las veces que estaba en casa cuando le tocaba limpiar, siempre coqueteaba con ella. Hombres, pensaba ella entonces, todos eran iguales, daba igual el país de origen.

Paulina acababa de cumplir veintidós, pero eso no les impedía a los cincuentones de pelo cano y con barriga ponerse a coquetear con ella y dejarle caer comentarios sobre su físico. Como si tuvieran derecho. No tenían la menor conciencia de sí mismos. ¿Es que no se miraban al espejo? ¿Por qué iba a estar ella interesada por hombres así, cuando podía elegir a un chico de su edad? A veces se preguntaba si los hombres mayores eran tontos de remate.

Se percató de que el flamante deportivo del dueño de la casa estaba en la entrada, así que dedujo que se encontraría en casa. Se tiró un poco de la camiseta para taparse más el trasero, porque se había dado cuenta de que se lo miraba con particular insistencia, y quería evitarlo. Marcó el código y entró en la casa.

Dijo «hola», como de costumbre, pero no se molestó en entrar a buscar al dueño para saludarlo, bastaba con haber anunciado su llegada. A lo mejor se encontraba en la ducha o trabajando, o a lo mejor estaba en la cama en compañía de alguna mujer, lo que ocurría bastante a menudo, y entonces solía tardar en aparecer. Lo curioso era que las mujeres solían ser muy distintas. Algunas eran tímidas, y Paulina solo las atisbaba en bata camino del baño. Otras se sentaban a desayunar en la cocina o a ver la tele en el sofá, o se bañaban en la piscina sin preocuparse en absoluto por su presencia. Ni siquiera la veían, como si no existiera.

Paulina dejó sus cosas en el mueble del recibidor y colgó la mochila

de una percha antes de dirigirse al armario de la limpieza, que se encontraba en el lavadero, donde también había una puerta de servicio. Sacó la aspiradora y todo lo que necesitaba.

La casa solo tenía una planta, de modo que resultaba más fácil de limpiar. Siempre empezaba por la cocina, era lo que llevaba más tiempo. Puso su *podcast* favorito en los auriculares. Trataba de casos de asesinato que se habían producido en España y que habían quedado sin resolver, los llamados *cold cases*. Podías seguir la investigación, escuchar los interrogatorios, y saber qué pruebas y qué pistas había, escuchar cómo razonaba la policía… Era de lo más interesante. Paulina soñaba con estudiar Criminología en la Universidad de Málaga, era su objetivo, y estaba resuelta a conseguirlo. De hecho, ya estaba haciendo un curso preparatorio a distancia.

Cuando entró en la cocina vio una botella de whisky en la isla central, pero no había rastro de que hubieran desayunado. Supuso que el dueño de la casa aún dormía, pero no había reparado en que hubiera rastro de compañía femenina, ni zapatos en la entrada, un bolso ni nada parecido, así que a lo mejor estaba solo en casa a pesar de todo. Miró al pasillo, al fondo del cual se encontraba el baño principal. La puerta estaba abierta de par en par. Paulina frunció el ceño. Él siempre tenía la puerta cerrada cuando estaba dentro. Se asomó y comprobó que el baño común y el baño de invitados estaban vacíos. Se acercó despacio al dormitorio principal y miró dentro. La cama estaba hecha, y no parecía haber nadie. No, allí tampoco se encontraba. Después de recorrer toda la casa, no pudo más que constatar que su propietario no estaba. Respiró aliviada, pues no se sentía del todo cómoda teniéndolo cerca con sus miradas y sus comentarios.

Puso el cubo de la fregona en la cocina y abrió las puertas de la terraza que daban al jardín, para que entrara el aire. Miró hacia la piscina y retrocedió un paso. El agua estaba roja. Muy despacio, salió al empedrado de la terraza para ver mejor. En la piscina cabeceaba el gran flamenco rosa, salpicado de sangre. Y allí estaba el propietario, con una flecha clavada en el vientre y los brazos flotando en el agua. Parecían rígidos. La cabeza se le había ladeado un poco y tenía los ojos medio abiertos.

Paulina se quedó mirando al dueño. De modo que sí estaba en casa.

OÍA LAS SIRENAS. Sentí una punzada en el estómago. Las esperaba. Los coches iban a toda velocidad, subiendo por la pendiente que desembocaba en la casa. Miré el reloj. Las diez y cuarto. Habían transcurrido casi diez horas desde que abandoné la casa. Ahora me encontraba en la playa cercana, y veía la ambulancia y los coches de policía camino del lugar del crimen. Era horrible y emocionante al mismo tiempo encontrarse tan cerca, al alcance de su vista, de hecho, sin que tuvieran ni idea.

Tras haber estado allí la mañana de ayer inspeccionando el terreno, volví después de que oscureciera. Dejé el coche aparcado cerca de la playa y subí a pie la pendiente hasta la urbanización. Llevaba el arco y el carcaj con las flechas, que había intentado ocultar cubriéndolo con un paño, pero no pasó ningún coche ni me encontré con ningún viandante. Estaba oscuro, pero la luz de la luna iluminaba el asfalto de la carretera. A la orilla del monte, al lado de la carretera, el terreno constaba solo de cactus, arbustos y zonas rocosas. Por allí trepé para seguir luego por los tejados. No había luz en ninguna ventana cuando llegué, el coche estaba aparcado en la entrada, pero no parecía que hubiera nadie en casa cuando me aposté en el tejado a esperar. Contaba con que él aparecería tarde o temprano. En realidad, no tenía ninguna prisa. Ya me parecía estupendo el hecho de haber dado con él, de saber quién era. Eso era lo único importante.

Justo después de la medianoche salió de un taxi delante de su casa. Iba solo, lo que me facilitó las cosas.

Me agazapé detrás de la chimenea para que no me viera si miraba hacia donde me encontraba. Las grandes cristaleras me permitían ver el interior de la casa. Lo estuve observando mientras deambulaba por allí e iba encendiendo luces. Sacó un vaso, lo llenó de hielo de la máquina y se sirvió un buen whisky. Tomó un trago y puso música antes de desaparecer un rato, para volver en bañador. Se me aceleró el pulso. Me coloqué en la posición adecuada. Me temblaban las manos mientras sacaba un par de flechas del carcaj, ajusté una y me preparé para tensar el arco.

Al cabo de unos minutos, apareció en la terraza y, con el vaso en la mano, se metió en un enorme flamenco hinchable. Oí cómo ronroneaba de gusto al sumergirse un poco en el agua. Iba flotando con los ojos cerrados en aquel muñeco de baño grotesco. Un blanco perfecto.

No pude por menos de sonreír cuando oí a Sting cantando Every Breath You Take. *Niklas Bodén no tenía ni idea de que no volvería a salir de la*

piscina climatizada. De que se había tomado su último whisky. Ya se había terminado todo para aquel cerdo. Este era el fin.

Tensé el arco y me concentré a fondo. Foco total. No le daría tiempo de notar nada.

La flecha se le clavó en la barriga, justo debajo del ombligo. Ni siquiera gritó, solo se oyó un leve borboteo, se le escapó el vaso, que cayó al agua, se llevó los brazos a la flecha, como en un intento de sacarla. Luego cayó de lado y se quedó así.

Bajé del tejado, me acerqué y vi cómo se le escapaba la última gota de vida. Me hervían las entrañas de odio al observar a tan patética figura. Cuando me aseguré de que estaba muerto, volví a trepar al tejado y me fui por donde había llegado. Esta vez no me turbó en absoluto el hecho de haber matado a una persona. Era un miserable que no merecía estar vivo.

Me dirigí al coche, que había aparcado en la playa. Ahora tampoco me crucé con nadie. Enero era temporada baja, y los restaurantes de la playa estaban cerrados. Un viento frío soplaba del mar. Alivio y liberación era lo único que yo sentía.

HÉCTOR LEVANTÓ LA cinta policial y entró en la parcela junto con la forense. Solo había visto a Elena Muñoz unas pocas veces, pero era muy competente y resultaba fácil colaborar con ella.

Los dos se sobresaltaron al ver al muerto. En aquella piscina tan bonita con el Mediterráneo de fondo flotaba un enorme flamenco hinchable. Y en él se veía tendido a un hombre en bañador y con cierto sobrepeso, todo cubierto de sangre y con una flecha en la barriga. Tenía los ojos a medio cerrar, estaba muy pálido y los brazos le colgaban en el agua de un modo antinatural. Héctor reconoció enseguida a Niklas Bodén del interrogatorio de hacía un par de días. La flecha también le resultó familiar. Era idéntica a la utilizada en el crimen de Suecia.

—Madre mía —resopló Elena.

Se acercó al borde de la piscina y se ajustó bien las gafas en la nariz.

—Vaya una forma de morir —dijo Héctor mirando el cadáver en el agua.

—¿Podrías llamar a los técnicos? —le rogó Elena—. Tenemos que sacarlo de ahí.

Al cabo de un rato, el cadáver estaba tendido sobre un saco de plástico dispuesto en el suelo de baldosas de la terraza, al lado de la piscina.

Elena se puso una mascarilla y unos guantes, y se sentó en cuclillas.

—Parece que solo le han disparado una flecha. Le entró desde arriba, justo debajo de donde termina la caja torácica, un poco a la izquierda del ombligo.

Examinó el cadáver, le observó las manos. Le agarró un antebrazo con firmeza y le crujió la articulación del codo. Miró a Héctor.

—Solo para que sepas lo que estoy haciendo: al doblar una articulación, puedo saber el alcance del *rigor mortis*. Si la rigidez se repite unas horas después de haberlo roto de ese modo, sabré que la persona en cuestión murió hace muy poco. En este caso, el *rigor mortis* es total, y a juzgar por las petequias, diría que lleva muerto entre diez y catorce horas.

Héctor miró el reloj.

—Es decir, lo mataron entre la una y las cinco de la madrugada —dijo—. Empezaremos a hablar con los vecinos enseguida, a ver si han

visto o han oído algo.

—Espera, ¿qué es eso? —dijo Elena.

Una marca de color morado se apreciaba en la mejilla, que también estaba inflamada.

—Parece que le hubieran dado un puñetazo.

—¿Signo de lucha? —preguntó Héctor.

—Sí, pero no hay heridas defensivas que pueda detectar a simple vista.

—¿No está demasiado pálido? —preguntó Héctor.

—Sí, pero es porque la herida le ha causado una hemorragia interna masiva.

Elena examinó la flecha.

—Parece el mismo tipo de flecha que las que utilizaron con las víctimas de Suecia —dijo—. Una especie de flecha de caza. La cuestión es cómo ha entrado el asesino. —Miró hacia el tejado de la casa—. Aquí parece que hay varias verjas de hierro difíciles de forzar, y todas las ventanas tienen rejas.

—Puede que el agresor tuviera llave, o que le hayan abierto la puerta. A lo mejor se conocían.

—Claro, no es imposible —murmuró Elena mientras le daba la vuelta al cuerpo muy despacio. Ni agujeros de bala ni heridas de arma blanca—. A juzgar por el ángulo de la flecha, diría que el tirador estaba en el tejado.

La forense se puso de pie, se volvió y señaló el tejado de la casa. Era bajo, y no debía de resultar muy difícil subirse.

—Sí —respondió Héctor—. El tirador bien pudo subir al muro que rodea la montaña por ese lado, luego trepó al tejado del vecino y continuó hasta aquí. Tiene que ser la forma más sencilla de entrar en esta parcela. A menos que le abrieran la puerta, claro. No parece que se trate de un robo.

La forense volvió a acuclillarse, levantó los párpados de Niklas Bodén, le separó los labios con delicadeza y le iluminó la garganta. De pronto, soltó un grito.

—¿Qué es esto?

—¿El qué? —preguntó Héctor.

—Ven y verás.

Héctor se acercó enseguida.

—Ahí, mira —dijo Elena nerviosa señalando la frente de Bodén.

—Pero, qué demonios… —dijo Héctor con asombro—. ¿Qué es?

—¿No lo ves? —dijo Elena.

Se volvió y abrió el maletín. Sacó un bastoncillo y una bolsa de papel blanca. Con mucho cuidado, pasó el bastoncillo por la frente. Cuando Héctor se inclinó, vio a qué se refería. Era saliva.

Un escupitajo reseco en la frente de Niklas Bodén.

AQUELLA MAÑANA PER Keisu se despidió de Anita, su mujer, y se fue por el bosque con los esquís. Le encantaba aquella sensación de libertad y de silencio absoluto. Solo estaban él, los abetos cargados de nieve y el silencio. Mientras se abría paso por el carril de esquí bosque a través, a veces fantaseaba con la idea de que un lobo aparecía delante de él por el sendero, y se imaginaba cómo reaccionaría. A pesar de que en la zona apenas había lobos. Los osos estaban hibernando es esa época del año, así que el riesgo de encontrarse con alguno era inexistente. A pesar de que ahora era cuando las hembras tenían a sus crías, lo hacían en estado de hibernación, y los oseznos mamaban y se quedaban con la madre hasta la primavera.

En una única ocasión se había topado con un oso, un día que Anita y él habían salido a recoger bayas. Se ve que se había acercado de más a una hembra y a su cría, y el animal salió corriendo hacia él al principio. Pero Per supo controlarse, retrocedió despacio mientras hablaba tranquilizando a la osa que, en el último segundo, se apartó y se marchó. Así eran los osos, aunque pudieran parecer agresivos y hacer amago de abalanzarse, rara vez atacaban a seres humanos. Pero había que andarse con cuidado cuando tenían crías, porque las hembras las defendían con su vida.

Desde que se jubiló, los ratos que pasaba en el bosque habían cobrado un nuevo sentido. En parte, por el ejercicio, pues se trataba de mantener a raya la vejez y la muerte en la medida de lo posible. Pero también le parecía cada vez más valiosa la soledad. Después de una larga carrera ejerciendo de profesor de instituto, siempre rodeado de alumnos y de colegas, y con cuatro hijos en casa, se había pasado toda la vida adulta rodeado de personas. Y era como si tuviera necesidad del silencio que tanto tiempo llevaba añorando.

Como ahora, que iba esquiando solo por el bosque para echarle un vistazo a la cabaña de caza. Era una cabaña de madera que se encontraba aislada por completo en una colina con vistas al bosque de abetos y a las montañas que se alzaban algo más lejos. En ella solía pasar la noche el equipo de caza en la temporada del alce. La cabaña era sencilla, no había ni agua caliente ni electricidad, sino un fogón de leña en la cocina, un retrete seco, una chimenea y sitio para que durmieran ocho personas. A veces iba allí para pasar unos días en

soledad, pasear o esquiar por el bosque de día y sentarse al resplandor de las lámparas de queroseno a contemplar las llamas por las noches. O como ahora, solo para echarle un vistazo a la cabaña.

Se quitó los esquís y recorrió a pie el último tramo hasta la puerta. Mientras se acercaba, frunció la frente extrañado. Se apreciaban pisadas en la nieve y la puerta estaba entreabierta. Per subió al rellano y empujó despacio la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Nada. ¿Quién habría dejado la cabaña así? Claro que podría haber sido alguien de los otros equipos de caza; la llave estaba colgada de un gancho debajo de uno de los maderos del tejado, en la parte de atrás, así que no era difícil encontrarla. Pero no le habían dicho nada, y los compañeros solían preguntarle antes de ir, puesto que el propietario de la cabaña era él. Además, no había ninguna razón para ir allí ahora. La caza del alce duraba cinco meses, hasta final de enero, a excepción de unas semanas de septiembre y primeros de octubre, que era el período de apareamiento de los alces. El equipo de caza al que pertenecía solía estar más activo los primeros meses de otoño, luego la mayoría de los integrantes pensaba que hacía demasiado frío y que resultaba demasiado duro salir a cazar. Pero ahora parecía que alguien había estado en la cabaña no hacía mucho.

Se sacudió la nieve de las botas como pudo antes de entrar. Colgó el chaquetón en uno de los ganchos de la espaciosa entrada de suelo de piedra con bancos a lo largo de las paredes, y se desató las botas.

Hacía fresco allí dentro, pero no tanto como debería. Entró en la amplia sala de estar de techo bien alto y grandes ventanas que daban a las montañas. En la chimenea había cenizas, y ellos siempre las limpiaban antes de cerrar. Per entró en la cocina contigua y miró en los armarios: siempre dejaban algunas conservas, café y especias.

En la tabla de cortar que había en la encimera se veían unas migas de pan recientes.

Frunció el ceño y continuó hasta el aseo, donde vio bolas de papel en la papelera y el envoltorio de una tirita. Notó que empezaba a ponerse nervioso.

Se sentó a la gran mesa de comedor, situada en el centro de la sala de estar, se rascó la barbilla y sacó la pipa. Tenía que fumar un poco. ¿Quién demonios habría estado allí? Cada vez tenía más claro que no había sido nadie del equipo de caza.

Paseó la mirada por la habitación. ¿Y si aquel huésped al que nadie había invitado había salido unos minutos y estuviera a punto de volver en cualquier momento?

Se le vino a la cabeza el doble asesinato de Fin de Año. La granja de Ulrik Melin se encontraba a tan solo unos kilómetros de allí. ¿Sería el asesino quien se había escondido en la cabaña?

Miró preocupado por la ventana, con el corazón aporreándole en el pecho. Si era el asesino, ¿qué haría cuando se diera cuenta de que habían descubierto su escondite? ¿Qué haría con Per?

Tuvo que dar una honda calada a la pipa antes de rebuscar en los bolsillos del chaquetón para encontrar su móvil.

ANNIE LA LLAMÓ en cuanto se enteró del asesinato. Fue Lasse quien le pidió que fuera con Lisa, si es que ella podía y estaba dispuesta a ir. Lisa se puso la mar de contenta, lo tomó como una buena señal, como un indicio de que tal vez le hicieran más encargos del periódico en el futuro. El redactor jefe insistió incluso en pagarle el artículo que había escrito para Annie, y le pidió que hiciera un seguimiento del juicio que se celebraría la semana siguiente, en el que juzgarían a uno de los okupas.

En todo caso, ahora se trataba del asesinato de un ciudadano sueco. Lo único que sabían por el momento era que lo habían encontrado muerto en su casa de Nerja, y que la policía sospechaba que se trataba de un asesinato.

Tomaron la carretera hacia la playa más célebre de Nerja, la de Burriana, que apenas tenía un kilómetro de longitud, y con una arena bastante gruesa. Al fresco ambiente de enero, la playa se hallaba desierta, pues soplaba un frío viento del norte. Para evitar los cordones policiales que rodeaban la casa, aparcaron cerca de la playa y se dirigieron a pie hasta la urbanización.

La zona estaba llena de coches policiales, tanto de la Policía Local como de la Nacional, así como de la Guardia Civil. Había además una ambulancia e incluso un coche de bomberos. Junto al chalé, en la cima de la colina, se veían las cintas en color azul y blanco de la policía aleteando al viento, y los agentes uniformados, que se movían de un lado a otro.

—Tengo curiosidad por saber qué habrá pasado —dijo Annie sin resuello, después de haber subido la ladera—. ¿No podrías preguntarle a Héctor?

—Ya he intentado localizarlo por teléfono, pero nada. Si está trabajando con este caso, estará a tope, y si lo molesto se irritará. Ya me ha pasado antes —dijo Lisa con una mueca.

La urbanización no era muy grande, las casas estaban muy cerca unas de otras y todas protegidas con verjas metálicas. Muchos curiosos habían acudido al lugar y se habían agolpado delante del cordón policial. Algo más allá había varios coches de policía aparcados, junto con un vehículo de la funeraria. Era imposible no darse cuenta de que había ocurrido algo grave. Annie trató de preguntarle a un policía qué

era lo que había sucedido, pero el agente se limitó a negar con un gesto.

—Seguro que la policía no nos dice nada —le comentó a Lisa—. Es demasiado pronto. Tendremos que hablar con la gente. Podemos hacerlo juntas, ¿no? Has demostrado que esto se te da bien. Solo tienes que acordarte de anotar bien el nombre completo de la persona con la que hables.

Le dio a su amiga un cuaderno y un bolígrafo.

—Vale —dijo Lisa—. Por intentarlo no perdemos nada.

Sintió en el aire la tensión. Aunque aquello resultaba horrible, también era emocionante, era de verdad. Una idea le surcó la mente: ¿sería buena idea hacer de periodista, cuando también trabajaba de vez en cuando como intérprete para la policía? Pero la olvidó enseguida. Sentía la adrenalina corriéndole por todo el cuerpo. Deseaba con todas sus fuerzas hacer aquello, y lo único que le pedían era que reuniera los comentarios de la gente para que Annie los incluyera en su artículo. Su colaboración ni siquiera se notaría.

Annie se alejó para empezar el trabajo y Lisa miró a su alrededor. Delante del cordón policial se habían reunido curiosos españoles y extranjeros, jóvenes y viejos, para hacerse una idea de qué era lo que estaba pasando. En el aire se oía el zumbido de una hélice, el helicóptero de la policía sobrevolaba el mar, quizá en busca de algún sospechoso que pudiera tener relación con el asesinato.

Lisa empezó preguntando a las personas que tenía más cerca, pero no sabían nada, solo pasaban por allí y se detuvieron al ver el despliegue policial. Entonces probó con un hombre mayor con su terrier que observaba preocupado a los policías que había al otro lado del cordón policial. Parecía escandinavo.

—¿Habla sueco? —le preguntó Lisa, y el hombre asintió.

Ella se presentó y quiso saber si vivía en la zona.

—Sí —respondió él—. Mi mujer y yo somos vecinos, vivimos en el número siete, justo al lado.

—O sea que conoce al hombre que vive ahí, ¿no?

—Claro, Niklas también es sueco, y es muy agradable, la verdad.

—¿Sabe si es él el que…?

—Pues no estoy seguro, pero me temo que sí. Vive solo, y lo oímos llegar a casa anoche. Pero luego nos dormimos y no hemos notado nada raro durante la noche. Nuestro dormitorio da al otro lado.

—¿Conoce su nombre completo, y la edad que tiene?

—Se llama Niklas Bodén, y tendrá unos cincuenta años.

Lisa se quedó atónita por un instante. ¡Era el amigo del asesinado Ulrik Melin, al que había conocido unos días atrás con Héctor! Y ahora también él estaba muerto, al parecer. Sin saber qué decir, se quedó mirando al hombre.

—¿Niklas Bodén, dice? ¿Está seguro?

—Por supuesto, nos conocemos.

—¿Cuánto hace que tiene la casa?

—Cinco años como mínimo, diría yo.

—¿Sabe algo de su familia o de sus amigos?

—Sus padres no están aquí y, que yo sepa, no tiene hermanos.

—¿Y vive aquí solo, sin pareja?

—Sí, Niklas es el típico soltero. Siempre anda celebrando fiestas y recibe la visita de distintas mujeres. No paran de verse caras nuevas.

—¿Trabaja desde casa?

—Sí, tiene una empresa, algo de informática, no estoy muy seguro.

—¿Han notado algo raro últimamente? ¿Alguien que haya estado por aquí, que se haya comportado de un modo llamativo?

—No, algunos de sus amigos son bastante ruidosos y alguna vez me he dicho que hay que ver con quién se relaciona, pero…

—Ah, ¿sí? ¿A qué se refiere? —preguntó Lisa con interés.

—Bueno, algunas tienen una pinta un tanto… provocativa… Hasta el punto de que uno se pregunta si no serán de alguna agencia de chicas de compañía o como se llame.

—Ya veo, o sea que usted cree que contrata a prostitutas, ¿no?

—Sí, eso puede parecer a veces. Pero no quiero hablar de más, porque no lo sé con certeza. Y, además, tengo que irme.

El hombre parecía haberse arrepentido y se fue a toda prisa. Lisa se dio cuenta demasiado tarde de que había olvidado preguntarle el nombre. Mierda. Continuó tratando de localizar a otra persona a la que hacer preguntas entre todos los curiosos que se habían reunido alrededor. Todo indicaba que habían encontrado muerto al hombre que vivía en la casa. Lisa intentó ordenar sus pensamientos mientras se abría paso entre la gente. Primero Ulrik y ahora su amigo Niklas.

Tal como le habían encomendado, preguntó a algunas de las personas que había por allí si sabían algo, pero lo único que le dijeron fue que estaban conmocionados. Un poco apartada del grupo vio a una joven española que encendía un cigarro mientras observaba a los policías que se movían alrededor del chalé. Lisa se presentó y le preguntó si podían hablar un momento. La joven le dijo que sí. Esta vez se aseguró de anotar el nombre de la mujer y comprobó que lo había escrito bien, según las instrucciones de Annie.

—¿Sabes lo que ha ocurrido? —comenzó.

—Sí, han matado al propietario de la casa —respondió la mujer sin vacilar.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Lisa sorprendida.

—Porque soy su limpiadora. Yo encontré el cadáver esta mañana.

Lisa dio un respingo. ¿Cómo era posible que tuviera tanta suerte?

—Ya veo —dijo—. ¿Cómo se llama el hombre al que han asesinado?

—Niklas Bodén —dijo la mujer sin pestañear—. Es sueco, como tú, ¿no?

A Lisa le costaba ocultar la excitación. Acababa de obtener la confirmación a sus especulaciones. El mejor amigo del difunto Ulrik Melin había muerto asesinado tan solo unos días después.

—Pues sí… —dijo vacilante—. Soy sueca. ¿Sabes cómo murió?

La mujer, que dijo llamarse Paulina Poblete, lanzó una mirada rápida a su alrededor, antes de acercarse un poco a Lisa.

—En realidad, no puedo decir nada, según la policía, pero… lo han matado con una flecha.

Lisa sintió que un escalofrío helado le recorría la espalda.

—¿Estás segura?

—Sí, lo he visto con mis propios ojos. Estaba en la piscina flotando en un flamenco hinchable, y tenía una flecha en la barriga. —A Paulina se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ha sido horrible.

—Pero ¡por Dios! —exclamó Lisa—. ¿Cuándo lo has encontrado?

—Esta mañana, poco después de las nueve.

—Pero ¿no te ha interrogado la policía? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Bueno, me llamaron para interrogarme de inmediato en la comisaría, sí, pero he vuelto en cuanto han terminado. Quiero ver qué pasa.

—Comprendo —dijo Lisa observando bien a la testigo. Parecía tener ganas de hablar, así que más le valía aprovechar la oportunidad—. ¿Viste algo más? ¿Algún signo de que forzaran la puerta o de que hubieran roto o robado algo?

—No, nada. No había indicios de robo ni nada desordenado. Han debido sorprenderlo.

—¿Cuánto llevabas trabajando para Niklas Bodén?

—Un año. Es un trabajo provisional, estoy estudiando.

—¿Puedes contarme algo de él? ¿Cómo era? ¿Conociste a alguien de su entorno algún día mientras trabajabas?

—Pues era el típico soltero, supongo. Aquí venían distintas parejas y mujeres de todo tipo, en cierto modo era un ligón y un engreído. Como si estuviera por encima de todo el mundo. Yo suelo limpiar por la mañana, así que las únicas personas a las que he visto en su casa son las distintas mujeres que dormían aquí. En alguna ocasión había también algún hombre, amigos suyos, y siempre eran un tanto autosuficientes y sexistas, como suelen ser los tíos, al menos, con las jóvenes como yo. —Hizo un gesto de desaprobación antes de continuar—: Cuando venía por las mañanas veía con frecuencia que había tenido gente en casa, había montones de botellas vacías y restos de comida en la cocina, y reinaba el desorden en general.

—¿Te percataste de algo raro, algo amenazador? Como que hubiera habido alguna pelea o algo similar. O quizá alguna otra cosa extraña

que puedas recordar.

—Pues sí, recuerdo una mañana en que llegué y estaba un amigo suyo, también sueco. Estaban bebiendo whisky a las nueve de la mañana y, por una vez, Niklas estaba callado y fue discreto, y no me soltó ni una sola de sus bromitas desagradables. Estaban los dos sentados hablando de algo muy serio, o eso parecía. Recuerdo que pensé que se los veía impresionados y alterados. Creo que se habían pasado allí toda la noche, porque las camas estaban hechas. Era evidente que nadie había dormido en ellas. Al menos, habría sido la primera vez que Niklas hacía la cama el día que yo iba a limpiar. Siempre cambio las sábanas y hago la cama.

—¿Y te pareció que hubiera ocurrido algo ese día? ¿Esa noche?

—Sí, estoy segura. Algo pasó. No se movieron del sitio en todo el tiempo, estuve limpiando tres horas y cuando me fui estaban como cuando llegué, y no me dejó limpiar esa parte de la casa. Niklas me dijo que no querían que los molestara.

—¿Quién era el amigo?

—Pues me quedé impresionada cuando vi la foto en el periódico el otro día. Era el hombre al que mataron en Suecia junto con la mujer española.

Lisa parpadeó asombrada.

—¿Te refieres a Ulrik Melin?

—Exacto, ese era el nombre. Un nombre muy raro.

—¿Cuándo lo conociste? ¿Qué noche fue esa, cuando los viste tan alterados?

Paulina parecía hacer memoria.

—Creo que fue en agosto, porque hacía mucho calor. Sí, a mediados de agosto, si no recuerdo mal. Es horrible, la verdad. Y ahora también han matado a Niklas de la misma forma. Por eso no puedo irme de aquí, quiero ver lo que hace la policía. Los dos asesinatos tienen que estar relacionados.

Lisa anotaba sin cesar lo que iba diciendo la joven. Le costaba asimilarlo todo. Y pensar que había tenido la inmensa suerte de conocer a la persona que había encontrado el cadáver… Y que, además, conocía a la víctima. Que a su vez conocía a Ulrik Melin. Y que también en esta ocasión habían utilizado un arco. Lo que tenía un significado inequívoco: el asesino de la Costa Alta se había trasladado a Málaga.

CUANDO VOLVIÓ A la comisaría, Héctor se puso en contacto con Vera Krona en Suecia y organizó enseguida una reunión telemática. Era curioso ver a su colega sueca allí, sentada en el despacho, con unos altísimos montículos de nieve detrás, al otro lado de la ventana. Como si se encontrara en otro mundo.

—Madre mía, acabo de enterarme de lo ocurrido —comenzó ella antes de que él hubiera tenido tiempo de decir nada.

Se apartó un mechón pelirrojo de la cara.

—Acabo de llegar del lugar del crimen —dijo Héctor—. Menudo espectáculo.

Le contó lo que había averiguado hasta el momento, y que la forense había descubierto que la víctima tenía un escupitajo en la cara.

—Bueno, eso es un indicio claro de odio —dijo Vera Krona—. Los asesinatos tienen que estar relacionados con un sentimiento de odio y de venganza, todo indica que es así, tal como tú suponías. Escupir a la víctima es lo que suele hacer ese tipo de asesinos después de ejecutada su tarea, para exponerla a una última humillación.

—Puesto que el asesino parece haber escupido sobre la víctima, es posible que hiciera lo mismo en Docksta, pero ese rastro se diluyó en el agua o quizá no se apreciaba. Claro que eso podría explicar la presencia de la sangre de Laura en el guante. El asesino se acercó a las víctimas después del crimen, quizá las tocó, quizá les escupió…

—Exacto —dijo Vera—. Y además eso significa que podemos obtener el ADN del asesino. Otra cosa, por cierto, hemos encontrado una cabaña de caza que ha estado utilizando un extraño. Pudo ser el asesino, que se refugió en ella antes del crimen. Alguien ha dormido en una de las camas y ha comido en esa cabaña, y no es ningún miembro del equipo de caza. También allí hemos recogido muestras de ADN.

—Muy interesante —dijo Héctor—. Eso significa que el asesino no es de esa región, ¿no?

—Bueno, quizá sea solo que no vive aquí —convino Vera—. Sin embargo, también indica que conoce la zona. La cabaña está situada en un lugar bastante aislado, lo que indica que el asesino tiene algún tipo de conexión con la comarca, quizá porque haya vivido aquí antes.

—Dentro de un par de días tendremos los resultados de los análisis de ADN, tanto de la saliva como de los restos encontrados en la cabaña. ¿Te imaginas que coincidieran?

—Ya se verá —respondió la agente—. ¿Qué tal van los intentos de localizar al hermano de Laura, por cierto? ¿Han dado algún resultado?

—Aún no. Y tiene el móvil apagado. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Qué raro —dijo Vera—. Esperemos que no lo hayan matado a él también.

—A menos que él sea el asesino —dijo Héctor—. Otra cosa en la que he estado pensando es por qué las tres víctimas han aparecido muertas en el agua. ¿Tendrá eso algún significado?

—Ni idea. Puede que sea algo simbólico, sí.

—En fin, como quiera que sea, algo hay entre Ulrik, Laura y Niklas. Cuando sepamos el qué, habremos resuelto el caso. El exnovio de Laura, Antonio Díaz, también es un personaje interesante, tenemos que investigarlo más a fondo.

—¿Qué sabemos de él?

—Pues, aparte de que regenta un club nocturno en Puerto Banús, resulta que vivió en Suecia varios años.

—¿No me digas? —exclamó Vera sorprendida—. ¿Cuándo?

—Hará unos diez años, estaba con una chica sueca, vivía en Estocolmo. Al parecer, ella lo acusó de violación, pero, según él, el caso se sobreseyó.

—De acuerdo, comprobaré si fue sospechoso de algún delito en Suecia —dijo Vera.

—Muy bien —respondió Héctor—. La cuestión es si el asesino ha terminado o si habrá más víctimas —dijo al cabo de unos instantes de silencio.

Un segundo después los interrumpió Daniel Torres, que entró agitando algo que llevaba en una bolsa de plástico.

—Acabo de llegar de la escena del crimen. ¡Mira lo que hemos encontrado! —exclamó.

Héctor reconoció enseguida el billete de fabricación casera de la bolsa que le entregaba el técnico y le dio la vuelta. La pareja desnuda, con la serpiente que se enroscaba a su alrededor y una guirnalda de flores. Lo sostuvo delante de la pantalla para que Vera Krona pudiera verlo. La agente reaccionó con sorpresa.

—Es idéntico al que encontramos en casa de Ulrik y Laura —dijo Héctor.

—Sí, ya lo veo. Y tiene que significar algo —aseguró Vera, entusiasta—. Es tan evidente que no puede tratarse de un delito de falsificación de moneda. ¿Será el medio de pago en algún club o alguna secta…?

—Sí, claro, podría ser. Hace unos días se lo mostramos a Niklas durante el interrogatorio, pero él aseguró tajante que no los había visto nunca —dijo Héctor.

—¿No deberíais mostrarlos en público para ver si os llega algún soplo? —sugirió Vera.

—Pues sí, tienes razón. Creo que ya es hora.

POCO ANTES DE que se publicara el comunicado de prensa con los misteriosos billetes, llamaron a la puerta de Héctor. Era Daniel Torres, que se desplomó en el sofá con una expresión tan ansiosa como avergonzada.

—Tengo que confesarte una cosa. Le acabo de contar a mi novia lo de los billetes que hemos encontrado, puesto que el comunicado de prensa saldrá ahora de todos modos.

—Sí, así es. —Héctor miró el reloj—. Dentro de quince minutos, para ser exactos. Pero espero que no tengas por costumbre difundir detalles de las investigaciones…

—Nunca, por supuesto que no. —Daniel movió la cabeza en un gesto de negación, agitando la rizada melena—. Pero la información iba a hacerse pública de todos modos.

—Bueno, al límite, pero, en fin —dijo Héctor, y miró con reprobación a su colega.

Hasta ahora su confianza en Daniel Torres había sido inquebrantable.

—Mi novia sabe de dónde han salido esos billetes.

Héctor se inclinó y lo miró con suma atención. Aquello sí que era interesante.

—Cuéntame.

—Se utilizan como método de pago en un club clandestino de Puerto Banús. Se llama El Paraíso, y en la entrada hay que cambiar dinero por esos billetes que llaman dólares Paraíso, para poder pagar con ellos en el local.

—Ajá… —dijo Héctor enarcando las cejas—. ¿Sabes algo más de ese club?

—Pues es… sospechoso, si no me equivoco. Solo unos pocos saben de su existencia. Hay que ser socio o tener la invitación de un socio para que te dejen entrar. No hay ningún letrero visible en la calle, no hacen publicidad, sino que se da a conocer por el boca a boca, por decirlo así.

—¿Y en qué sentido es sospechoso?

—Mi novia me ha contado que estuvo una vez con un compañero de trabajo que es miembro. A primera vista parecía un bar tecno normal y corriente, pero luego resultó que allí dentro los límites se

ensanchaban bastante. Todo el mundo consumía drogas más o menos a las claras, había varias barras donde vendían estupefacientes y globos de gas de la risa en lugar de bebidas, y un cuarto oscuro donde la gente podía entrar y mantener relaciones o tocar a cualquiera. Mi novia no se atrevió a entrar, pero sí que pasó por delante de otros cuartos del sótano en los que la gente hacía de todo sin esconderse.

—¿Es un club de intercambio de parejas?

—No, no creo. Esos establecimientos sí hacen publicidad y anuncian su actividad sin tapujos. Este otro parece más bien secreto.

—Interesante —dijo Héctor—. ¿Cómo has dicho que se llamaba? ¿El Paraíso? —Sacó una carpeta de la que extrajo la funda de plástico con el billete falso. Se quedó observando a la pareja desnuda con la serpiente enroscada y las flores.

—¿Sabes quién lleva el club?

—Pues sí, acabo de comprobarlo hace un momento.

—¿Y quién es?

—El exnovio de Laura, Antonio Díaz.

Héctor contuvo la respiración.

—Otra vez él… Tenemos que traerlo aquí para interrogarlo de nuevo ahora mismo.

Cinco meses atrás

ESTABA ATURDIDA. SENTÍA el cuerpo pesado, inmóvil, como si estuviera pegada a algún material de plástico pegajoso. Cada vez que se movía, crujía. El dolor la atravesó entera cuando trató de volverse. ¿Estaba desnuda? Intentó mover las manos, tenía las uñas punzantes y rotas, tanteó con las yemas de los dedos.

Muy despacio, Hanna fue recobrando la conciencia, tenía los ojos pegados y le dolía la cabeza. Le dolía la boca, apenas podía separar los labios. Estaba mareada. Al final, logró entornar los ojos lo suficiente como para darse cuenta de que estaba rodeada de una oscuridad compacta. No tenía ni idea de dónde se encontraba. Tanteó con una mano y se dio cuenta de que estaba tendida en una especie de colchoneta de goma. Hacía fresco en la habitación, sintió frío. Un dolor en el bajo vientre, le escocía el ano y sentía una tirantez en las mejillas. Tenía el pelo pegado a la cara, se sentía pegajosa entre las piernas y notó un olor ferroso a sangre mezclada con algo ácido. ¿Esperma?

Con mucho cuidado, se tocó el pelo. Tenía sangre seca en la nariz y la mejilla hinchada. Soltó un sollozo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba allí? Trató de recordar, pero los pensamientos se deslizaban por su cabeza con lentitud. ¿La habían drogado? Todo estaba como envuelto en una espesa bruma. Apenas podía moverse, tenía el cuerpo dormido y las piernas, pesadas como el plomo.

Se encogió en posición fetal. En la habitación reinaba un silencio absoluto. ¿Y su ropa?

Alguien bajó un picaporte, una puerta se abrió y un destello de luz alcanzó el interior. La voz de una mujer resonó en español, encendieron un interruptor y, un segundo después, todo se inundó de luz. La mujer se le acercó enseguida. Empezó hablando en español, pero enseguida pasó al inglés.

—¿Cómo estás? ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí?

La mujer le ayudó a sentarse. Hanna soltó un sollozo, le dolía todo el cuerpo. Cerró los ojos a la luz.

—Un momento —dijo la mujer, que se marchó, pero volvió enseguida y envolvió a Hanna con una manta—. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé —se lamentó Hanna.

Le dolía muchísimo la cabeza y apenas podía abrir los ojos. Se sentía húmeda bajo el trasero y comprendió que era sangre tibia que le salía de los genitales. Oyó que la mujer se lamentaba y murmuraba en español algo incomprensible para ella.

—Pero, por Dios santo, ¿qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Muy despacio, empezaron a aclarársele las ideas.

Elin y ella fueron a aquel club. Se perdieron de vista la una a la otra. Ella estaba con los suecos. La llevaron a una sala, la desnudaron. Estaba tan borracha, quizá también drogada… Pero ¿cómo? Si ella no había tomado nada… Solo recordaba fragmentos. Vio que, de pronto, los dos hombres estaban desnudos, la tocaban, le daban la vuelta por delante y por detrás, ella iba diciendo «no, no, no», pero no era capaz de oponer resistencia. La penetraron los dos a la vez. Le azotaban el trasero, le tiraban del pelo, le daban bofetadas. Empezó a llorar en cuanto los recuerdos acudieron a su memoria, quería defenderse, ahuyentarlos, pero no era capaz.

—Pero ¿qué tienes? ¿Cómo estás? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Hanna. Soy sueca —logró decir—. Se acurrucó bajo la manta, incapaz de resistir aquella luz tan implacable—. ¿Dónde está mi ropa? ¿Mi bolso, el teléfono? Se supone que hoy vuelo a Suecia. ¿Dónde está mi amiga? ¿Qué hora es?

—Espera un momento —dijo la mujer—. Voy a buscar tus cosas. Son las seis y media de la mañana.

Hanna trató de ordenar sus pensamientos mientras oía cómo la mujer rebuscaba por la habitación, para luego desaparecer de nuevo. Tenía la boca seca, la lengua se le pegaba al paladar. Necesitaba beber agua. Analgésicos. Le retumbaba la cabeza. ¿Cómo iba a salir de allí? ¿Se habría ido Elin al aeropuerto sin ella? Quería irse a casa. Con su madre.

Al cabo de unos minutos volvió la mujer. Hanna la miró con los ojos entornados por encima de la manta, que se había subido hasta la nariz. Sintió un alivio enorme cuando reconoció el bolso y la ropa.

—Ya te ayudo —dijo la mujer, y apartó la manta. Contuvo la respiración al ver el cuerpo de Hanna—. ¡¿Se puede saber qué es lo que te han hecho?! —exclamó—. Tienes que ir al hospital.

Hanna se miró el cuerpo desnudo. Lo tenía lleno de moretones, marcas rojas, manchas de sangre y arañazos. Empezó a llorar de nuevo.

—Quiero irme a casa. El vuelo a Suecia es a las once. Me da tiempo.

—Te han agredido y seguro que también te han violado. Tienes que poner una denuncia en la policía —dijo la mujer con tono firme—. Espera, enseguida vuelvo.

—¿Me puedes traer agua? ¿Y algún analgésico?

—Por supuesto que sí, cariño.

Volvió a irse, y Hanna empezó a vestirse con mucho esfuerzo. La mujer volvió en compañía de un hombre corpulento con la cabeza rapada y lleno de tatuajes. Al principio, Hanna se asustó, pero la mujer la tranquilizó.

—Es buena gente, nos ayudará.

Le dio una botella de agua y dos analgésicos, que consiguió tragarse con esfuerzo. El resto del agua de la botella lo apuró sin respirar. Oyó que hablaban mientras ella iba recogiendo y poniéndose la ropa. Debía de tener un aspecto horrible. ¿Acaso estaba en condiciones de que la vieran por ahí? Miró en el bolso, lo tenía todo: el monedero, el pasaporte, el billete. No faltaba nada.

—¿Puedo ir al baño? —le preguntó a la pareja, que parecía estar inmersa en una discusión. Hablaban español, y Hanna no comprendía qué estaban diciendo, pero parecían no estar de acuerdo.

La mujer le indicó dónde estaba.

—¿Puedes ir sola?

—Sí, gracias —respondió Hanna, que se alejó con paso vacilante y se encerró en el baño.

Cuando se vio en el espejo se quedó conmocionada. No se reconocía. Tenía la mirada vacía y los ojos inyectados en sangre, una mejilla hinchada y cortes en toda la cara. En el cuello se apreciaban grandes cardenales, y le dolía debajo de la oreja. Cuando quiso orinar, notó que le escocía y le dolía, le sangraba el ano y tenía esperma reseco entre las piernas. Empezó a llorar de nuevo. ¿Qué le habían hecho? La habrían drogado, apenas recordaba nada.

Se lavó como pudo, se enjuagó la cara con agua fría y se secó con pañuelos de papel. Intentó maquillarse los arañazos y los cardenales que se veían. Cuando salió, el hombre de la cabeza rapada la estaba esperando.

—Te llevaré al aeropuerto. Salimos ahora mismo, así no perderás el vuelo.

A la mujer no se la veía por allí.

—Gracias —dijo Hanna aliviada.

Llegaría a tiempo de tomar el avión. Quería volver a casa, eso era lo único en lo que pensaba.

EN EL COCHE, camino del aeropuerto, se puso a mirar el móvil. Tanto Elin como su madre la habían llamado montones de veces, y le habían enviado varios mensajes. Elin parecía cada vez más preocupada en sus mensajes, y le decía que no era propio de ella desaparecer sin más. Le preguntaba si le había ocurrido algo. Le decía que iba a llamar a la policía. Ella se había ido con un chico a un bar de al lado, pero luego

volvió y, al no encontrar a Hanna por ninguna parte y ver que no respondía al móvil, se fue al aeropuerto. En el último mensaje, su amiga le dijo que la esperaba en la terminal.

Antes de poder llamar a Elin, el hombre que conducía empezó a hablar. Le hablaba tranquilo, despacio, como si fuera importante que Hanna comprendiera cada palabra.

—No sé quién eres ni cómo entraste en el club, pero debes saber que tenemos cámaras que filman todo lo que sucede. Si le cuentas a alguien lo que ocurrió allí dentro, lo sabremos, y entonces publicaremos los vídeos sexuales que haya sobre ti. Para que lo sepas. Ni una palabra, porque, si no, lo pasarás mal.

Hanna sintió un nudo en la garganta. No daba crédito a lo que acababa de oír. El hombre que le había ayudado y que, según la mujer, era tan buena gente, acababa de amenazarla. Se quedó helada, pero no se atrevió a replicar. Sus ojos la miraban con animadversión por el retrovisor, no cabía duda de que hablaba en serio.

—Entiendo —dijo con un hilo de voz—. No diré nada.

—Es lo mejor que puedes hacer. Tenemos tu nombre, tu número de teléfono y de pasaporte, tu dirección… así que te tenemos controlada. Tú procura olvidarlo todo. ¿Cómo se llama la amiga que iba contigo?

—Elin. Elin Jansson.

—Pues dame su dirección y su teléfono.

Hanna sentía la boca seca. Rebuscó en los bolsillos un bolígrafo con los dedos temblorosos. ¿Tenía donde escribir? Ni el menor trozo de papel. El corazón le latía con fuerza, lo único que quería era salir del coche lo más pronto posible, antes de que a aquel tipo tan espantoso se le ocurriera cualquier cosa. Ahogó un sollozo. Tenía que llegar a casa ya, no podía más. Se fijó en las uñas rotas y destrozadas, y las manos llenas de moretones mientras rebuscaba en el bolso. Por fin encontró un bolígrafo y un billete de cinco euros, y en él garabateó el nombre y el teléfono de Elin. No se atrevió a negarse, el hombre que iba al volante parecía muy peligroso.

Cuando se detuvieron en la terminal, Hanna salió de golpe del coche. Lo único que quería era alejarse de allí cuanto antes. Aquel tipo no tenía que pedírselo, pues ella misma no deseaba otra cosa que olvidarlo todo.

Cuando vio salir a Elin por las puertas giratorias de la terminal, se echó a llorar.

YA EN EL coche, de regreso a la redacción de *Svenska Magasinet*, Lisa le habló a Annie de las entrevistas que había hecho en el lugar del crimen. Al oír lo de la limpiadora, la periodista estuvo a punto de salirse de la carretera.

—No me estarás diciendo en serio que has conseguido hablar con la persona que encontró el cadáver, ¿verdad? —exclamó lanzándole una mirada a Lisa—. ¿Estás segura de que era ella, y de que lo que te contó es verdad?

—Sí, creo que sí. Parecía muy verosímil, vamos.

—¿Has anotado su nombre?

—Sí, Paulina Poblete —dijo Lisa mirando sus notas—. También tengo su número de teléfono.

—Qué bien, entonces podremos ver quién es cuando lleguemos a la redacción. No puedes conformarte con la información de una sola fuente, ¿sabes? No es suficiente para publicar nada. Hay una regla periodística según la cual para poder publicar una noticia hay que contar con la confirmación de dos fuentes independientes. Pero voy a echar un vistazo al diario SUR, a ver qué han escrito en su *web* sobre el asesinato. Son serios y dignos de crédito. Vi a su mejor reportero de sucesos en Nerja, y es un tipo increíble a la hora de conseguir información de la policía y de ser el primero en sacar lo último. Si SUR escribe que la víctima es un ciudadano sueco y que el arma era una flecha, podemos atrevernos a dar esos datos nosotros también en cuanto tengamos la aprobación de Lasse. Además, tengo que llamar al Ministerio de Exteriores de Suecia, necesitamos que nos confirmen que la víctima es un ciudadano sueco. Aunque tardarán en facilitarnos la identidad, hasta que todos los familiares estén al corriente.

—Según el vecino, los padres de Niklas fallecieron hace tiempo, y no está casado ni tiene hijos —aseguró Lisa.

Annie observó a su amiga con admiración.

—Pero, mujer… ¿cómo te las has arreglado? Se suele decir que todo buen periodista tiene suerte, y parece que en tu caso es verdad, ¡has nacido para ser periodista!

—Venga ya, no exageres —dijo Lisa algo avergonzada.

Le encantaban los elogios, al tiempo que tenía sentimientos encontrados. Claro que estaba contenta de haber tenido la suerte de

dar con la limpiadora, pero se preguntaba cómo reaccionaría Héctor cuando supiera que estaba ayudando a una revista a informar sobre el asesinato. Aunque no escribiera el artículo, estaba contribuyendo. Había estado en el lugar del crimen en calidad de periodista.

Esperaba que ni Héctor ni ninguno de sus colegas la hubieran visto por allí. Quizá esta vez pudiera librarse, pero tenía la sensación de estar entrando en la tarea periodística, y eso suponía un choque frontal con los encargos de interpretación para la policía, aunque solo fueran esporádicos. Su instinto le decía alto y claro que a Héctor no le haría ninguna gracia si se enteraba.

EN LA REDACCIÓN había una actividad febril. El redactor jefe, Lasse, Mia y Petter, el otro reportero, estaban ocupadísimos al teléfono y con los ordenadores, tratando de averiguar cuanto antes tanta información como fuera posible. Cuando Annie y Lisa entraron por la puerta, Lasse apartó la vista de la pantalla y se levantó de la silla.

—Hola, ¿qué tal os ha ido?

—Más vale que todo el mundo oiga esto al mismo tiempo —dijo Annie, y lanzó una mirada rápida a Lisa.

Lasse dio una palmada y dijo en voz alta:

—Reunión en el sofá ahora mismo, ¡nos tomamos cinco minutos de descanso! ¡Vamos!

Todos se levantaron y se dirigieron a los sofás donde solían celebrar la reunión matinal. Annie tomó la palabra.

—Bueno, como sabéis, he estado en Nerja, donde esta mañana encontraron muerto a un ciudadano sueco llamado Niklas Bodén, nacido en 1972. Lisa, a la que ya conocéis, vino conmigo para ayudarme a conseguir declaraciones de los ciudadanos, o sea, de los vecinos y curiosos que suelen acercarse al cordón policial.

El redactor jefe enarcó las cejas. Ningún medio había confirmado aún la identidad de la víctima. Annie continuó:

—La casa se encuentra en el monte, por encima de la playa de Burriana, en Nerja. La zona se llama Pueblo Chimenea. La policía no dice nada, pero hemos averiguado bastante información importante gracias a Lisa.

Se volvió hacia ella, que se ruborizó, pues se sintió incómoda ante los demás. Ellos eran periodistas de verdad, y no se esperaba aquello. Al contrario, había dado por hecho que Annie utilizaría para su artículo lo que ella averiguase.

—Cuéntalo tú misma —le pidió Annie al tiempo que le lanzaba una mirada alentadora.

—De acuerdo —dijo Lisa, y respiró hondo antes de ponerse de pie.

Les contó cómo había conocido a la joven española Paulina Poblete, que resultó ser la limpiadora de Niklas. Cuando dijo que fue Paulina quien encontró el cadáver al llegar a la casa para limpiar, un rumor de asombro recorrió la redacción.

—Increíble —aseguró Petter—. ¿Y cómo es que seguía allí?

—Pues la policía la había interrogado aquella mañana. Además, fue ella quien dio la voz de alarma. Luego volvió al lugar del crimen para ver qué ocurría. Me pareció sorprendente lo tranquila que estaba, y me contó lo ocurrido con calma y rigor —dijo Lisa.

—Dinos —le rogó ansioso el redactor jefe.

—El muerto yacía sobre un flamenco rosa hinchable, en medio de la piscina, con una flecha clavada en el vientre. Es decir, lo han asesinado del mismo modo que a su buen amigo Ulrik y a Laura, la novia de este.

Por unos instantes reinó un silencio absoluto en la redacción. Los presentes se miraban mientras tomaban conciencia de que aquel caso no se asemejaba en nada a ninguno que hubieran conocido hasta el momento.

—¿Su amigo? —preguntó Lasse sin resuello—. ¿Quieres decir que las víctimas se conocían?

—Sí, yo hice de intérprete para la policía en el interrogatorio a Niklas Bodén hace tan solo un par de días —dijo Lisa—. Ulrik y él eran buenos amigos desde hacía años.

Un segundo después de haber pronunciado aquellas palabras, ya se había arrepentido. No debería haber utilizado esa información, ¡mierda! No podía trabajar para la policía y para una revista al mismo tiempo. ¿Qué diría Héctor si se enteraba?

—Esa sí que es buena —dijo Petter—. En ese caso, estamos ante un asesino en serie. Si lo que te ha contado la limpiadora es cierto, no hay duda de que el autor es el mismo que el de Docksta.

—La cuestión es cómo vamos a tratar esa información —apuntó Annie—. Podemos estar bastante seguros de que tenemos la identidad de la víctima, porque Niklas Bodén está registrado en la dirección donde se cometió el asesinato.

—Además, un vecino me ha confirmado que oyó llegar a Niklas hacia la medianoche, miró por la ventana y lo vio salir de un taxi, y llegó sin compañía —dijo Lisa.

—Es decir, que estaba solo —dijo el redactor jefe mirando a Lisa con aprobación—. Lo más probable es que lo mataran la noche del martes o por la mañana temprano. El hecho de que Niklas Bodén y Ulrik Melin fueran buenos amigos es de lo más interesante, claro —continuó Lasse—. La cuestión es cómo encaja Laura Rivera en el rompecabezas. ¿Tiene algo que ver con todo el asunto o se encontraba allí por casualidad? Tendremos que dividir las tareas para continuar el

trabajo, pero ante todo está la cuestión de qué podemos publicar ahora. ¿Alguien se ha puesto en contacto con el Ministerio de Exteriores para confirmar la identidad de Niklas Bodén?

—Sí —dijo Annie—. Estoy esperando respuesta.

—En cuanto al procedimiento, deberíamos conseguir que otra fuente independiente nos confirmara la información antes de publicarla. Y lo mismo puede decirse de la identidad de Bodén, aunque Exteriores la confirme: para hacerla pública debemos esperar a que los familiares estén informados, y eso puede tardar.

—Entonces, ¿qué podemos contar? —preguntó Annie.

—Podemos decir que un ciudadano sueco de mediana edad ha aparecido muerto en su casa de Nerja, y que la policía sospecha que se trata de un asesinato. Con eso debemos contentarnos hasta nueva orden, pero seguiremos trabajando para que la policía nos confirme la información cuanto antes. ¿Qué me dices, Lisa? Tú tienes contactos en la policía, ¿podrías quedarte un rato e intentarlo?

—Bueno, intentarlo sí que puedo —accedió Lisa angustiada.

—Genial. Todo el mundo en marcha.

ANDREA CUADROS QUERÍA ver en persona la escena del crimen, a pesar de que ya habían retirado el cadáver. Héctor decidió acompañarla, no estaría de más ver de nuevo el hogar de Niklas Bodén en un contexto de cierta calma.

Salieron de la ciudad y continuaron hacia el este, rumbo a Nerja, a poco más de cincuenta kilómetros. Cuando pasaron la salida de Benagalbón, recordó la imagen de Lisa. Allí vivía ella. Aún no había visto su casa, quizá debería invitarlo a cenar una noche. ¿Sería capaz? Tenía el presentimiento de que pronto debería tomar alguna iniciativa; de lo contrario, corría el riesgo de perder la oportunidad. ¿Y si se ofrecía a echarle una mano con la reforma en la que siempre parecía inmersa?

Cuando tomaron la salida a Nerja, el sol ya se estaba poniendo en el horizonte. En esa época del año, la cosa estaba más o menos tranquila en el tradicional destino turístico. Nerja era uno de los pueblos más bonitos de la Costa del Sol, con sus casas bajas y sus callejuelas empedradas llenas de comercios, restaurantes y cafés.

Ahora, en pleno mes de enero, el pueblo parecía distinto a como se veía en temporada alta. A tan solo un tiro de piedra de la zona comercial, los ancianos del lugar se sentaban a charlar delante de las casas sentados en sillas de plástico, los niños jugaban en las calles y al pasar se oía algún televisor encendido. Aquello se encontraba lejos de los altos edificios, los grandes complejos hoteleros y el turismo de hormigón de Marbella y Torremolinos. Esa era sin duda la razón por la que Nerja tenía tanta aceptación entre los suecos y otros turistas, y también entre los españoles.

Andrea se dirigió a la playa de Burriana, que estaba casi desierta, solo se veía a una pareja joven que corría por la orilla con el perro. Tomó la pendiente que conducía hasta la urbanización de Pueblo Chimenea y se detuvo en el aparcamiento, al pie de la casa de Niklas Bodén.

El cordón policial aún seguía allí. Delante de la casa había un agente uniformado que vigilaba que no entrara ninguna persona ajena a la investigación. Los técnicos ya habían terminado su trabajo, que se había desarrollado con relativa rapidez, puesto que nada indicaba que dentro se hubiera cometido ningún delito: no había indicios de lucha,

de robo ni de nada que indicara que el asesino se hubiera encontrado en el interior de la casa. Los forenses informáticos también habían estado allí y se habían llevado ordenadores, iPads y teléfonos para examinarlos. Héctor abrió las rejas y salieron al jardín.

—¿Quieres ver la piscina primero? —le preguntó a Andrea.

—Sí, desde luego —respondió ella.

Rodearon la casa hasta la parte trasera, que daba al mar. La parcela era bastante pequeña y la cercaba un alto seto que la protegía de los curiosos y del inaccesible terreno exterior. Andrea se quedó un rato observando la piscina en forma de riñón sobre una base de madera.

—La han vaciado —constató—. ¿Han encontrado algo?

—Un vaso de whisky, nada más —dijo Héctor—. ¿Entramos?

Accedieron a un salón con cocina. Una isla alargada funcionaba también como barra, donde uno podía sentarse a contemplar las vistas al mar. Las puertas de los muebles y las sillas eran de color negro. La cafetera, la cubitera y la batidora estaban a la vista. Sobre la encimera había unos vasos, una botella de whisky y otra de agua, una taza de café y un plato de porcelana blanca, todo ello cubierto de un polvo blancuzco, al igual que la encimera.

—Está claro que los técnicos han estado aquí buscando huellas dactilares —dijo Andrea.

—Sí, ya veremos los resultados.

Héctor contempló el salón. Un sofá rinconera junto a la chimenea, un gran televisor anclado a la pared y librerías de obra. Una imagen gigante de la cara de Marilyn Monroe en distintos colores. La firma de Andy Warhol se veía en una esquina.

Continuaron hacia un dormitorio amplio con una cama continental, un balcón que daba a la piscina y un baño. Seguían dos cuartos de invitados con un baño entre los dos. Todo estaba diseñado con elegancia, en estilo sobrio y con materiales exclusivos. Se respiraba el ambiente lujoso de la casa de un soltero.

—La decoración indica que debía de gozar de una buena situación económica —constató Andrea—. O ganaba mucho dinero o estaba implicado en algún asunto ilegal. ¿Y si los asesinatos tuvieran relación con el crimen organizado a pesar de todo?

—Sí, yo también lo estaba pensando, pero de momento nada indica que sea así —respondió Héctor—. Claro que ahora que el asesino ha vuelto a atacar, cabe la posibilidad de que encontremos nuevas pistas que nos aclaren un poco el panorama.

Se detuvieron en el salón y Héctor paseó la mirada por los lomos de los libros de la estantería. La mayoría eran títulos en sueco, que no le decían gran cosa.

Andrea se acercó a dos ejemplares que trataban de Málaga. Sacó uno al azar y algo cayó al suelo. Héctor lo recogió. Era un sobre

abierto, dirigido a Niklas Bodén. En su interior no había ninguna carta, tan solo un trozo de papel, el recorte de un diario sueco, según parecía.

—¿Qué será esto? —preguntó extrañado.

Andrea se inclinó con interés y observó lo que su compañero tenía en la mano.

—Parece una necrológica.

—Está en sueco —dijo Héctor—. Le haré una foto y se lo mandaré a Vera Krona.

Marcó el número de Vera. Mientras tanto, Andrea leyó en voz alta.

—Aquí hay un nombre de mujer, Hanna Ekman, y lo que parece su fecha de nacimiento, el 26 de septiembre de 2002, fallecida el 10 de noviembre de 2021.

—O sea, muy joven, pero ¿por qué guardó Bodén esa necrológica? —preguntó Héctor al tiempo que se llevaba el móvil a la oreja y esperaba a que Vera Krona respondiese.

—¿Diga? —oyó que decía al otro lado con su voz oscura.

—Hola, soy Héctor. Oye, mi jefa, Andrea, y yo estamos en la casa de Niklas Bodén. Hemos encontrado una necrológica que se ha caído de un libro. ¿Has visto la foto que te he enviado?

—Sí, la he visto —dijo Vera, que parecía alterada.

—¿Qué pone?

—Pues, en efecto, es el recorte de una necrológica de uno de nuestros principales diarios. Hanna Ekman, ahí tenéis las fechas.

—Una chica de diecinueve años, en otras palabras —dijo Héctor.

—Sí, horrible, y debajo del nombre y de las fechas dice: «Nos dejó de repente. Muy llorada y añorada por su madre Yvonne y el resto de sus familiares y amigos. Apoyad a la asociación Tilia». Y luego hay un número de cuenta.

—¿Qué es la asociación Tilia? —preguntó Andrea.

—Pues no lo sé, espera que lo miro enseguida —respondió Vera.

Héctor oyó cómo tecleaba en el ordenador.

—Trabaja en temas de salud mental en jóvenes —dijo.

—Pero ¿qué es esto? —estalló Héctor.

—Una joven que ha fallecido —dijo Andrea despacio—. ¿Se quitó la vida? El único nombre que figura es el de su madre, Yvonne Ekman.

—No hay padre —dijo Héctor—. Y le han enviado el anuncio a Niklas. ¿Sería él…?

—Su padre —Vera remató la pregunta.

A LISA LE asignaron un lugar de la redacción donde podía estar tranquila. Temía llamar a Héctor. ¿Qué iba a decirle, que se

encontraba en la redacción de la revista *Svenska Magasinet* y que había visitado el lugar del crimen en calidad de periodista? Pero no le quedaba otro remedio que afrontar la situación, así que marcó su número. Sonó bastantes veces, hasta que por fin respondió.

—Hola —le dijo Lisa un tanto insegura—. ¿Te pillo mal? Me imagino que estás ocupado. Me he enterado de lo que ha ocurrido en Nerja.

Sintió un pellizco en el estómago al decirle aquella mentira a medias, pero ¿qué podía hacer?

—Acabo de volver de allí, necesitamos tu ayuda una vez más —dijo Héctor. Parecía estresado—. Resulta que la víctima es Niklas Bodén, lo han asesinado en la piscina de su casa, del mismo modo que a Ulrik y a Laura, con una flecha.

Lisa respiró hondo. Aquella era ni más ni menos la confirmación que necesitaba la revista. La cuestión era si podía utilizarla. Se la habían revelado por su condición de intérprete, no de periodista. Comprendió que estaba a punto de meterse en un lío con su doble rol. Aquella situación era insostenible. Para colmo de males, se veían cumplidos sus temores de que la policía volviera a necesitar sus servicios.

—Madre mía —dijo sin poder contenerse.

Aún no había decidido si contarle lo que había estado haciendo las últimas horas. Se avergonzaba de haber ido por ahí jugando a ser periodista en un caso de asesinato. Para colmo de males, sin decirle una palabra de ello a Héctor. ¿Recurriría a ella si supiera que ese mismo día había estado en el lugar del crimen en calidad de representante de *Svenska Magasinet*? ¿Sería tan abierto con ella si lo supiera? Seguro que no.

—Ya, es una barbaridad. Lo mataron anoche, mientras se daba un baño en la piscina después de haber estado jugando al golf y cenando con unos amigos —continuó Héctor—. Según parece, estaba solo. La forense ha examinado el cadáver en el escenario. Parece tratarse del mismo tipo de flecha que utilizaron en Docksta.

—Ulrik y Niklas —dijo Lisa—. Puede que Laura no tuviera nada que ver, ¿no?

—Es demasiado pronto para asegurarlo —respondió Héctor—. Los últimos que vieron a Niklas con vida fueron sus compañeros de golf, todos ellos suecos que no hablan español. Los vamos a interrogar esta tarde, por eso necesitamos tu ayuda. ¿Podrías venir cuanto antes?

Lisa se debatió consigo misma durante unos segundos. ¿Debía hacer como si nada, ir y ejercer de intérprete para así conseguir un montón de información que la revista pudiera utilizar? Si fueran los primeros, los grandes diarios de Suecia querrían comprar artículos de *Svenska Magasinet*, y la humilde revista aparecería citada en todas partes, lo

que incrementaría su estatus, contribuiría a más ingresos por publicidad y mejores condiciones para que pudieran permitirse contratarla en el futuro. Después de un año con trabajos eventuales y una reforma bastante cara, era justo lo que su economía necesitaba.

¿Tan grave era lo que había hecho para el periódico? Había ayudado a su amiga cuando esta se vio en un apuro con un artículo sobre los okupas. Eso no tenía nada que ver con el trabajo policial. Y ahora había vuelto a ayudar a Annie a recabar testimonios de los vecinos y curiosos que había delante del cordón policial, eso tampoco se vería. Se decidió enseguida. Por el momento, no le diría nada a Héctor sobre su trabajo en el periódico, pero tampoco usaría la información que él acababa de proporcionarle. Era un trato que su conciencia podía aceptar.

—Voy para allá —le dijo.

ERA LA PRIMERA vez que Lisa accedía a la sección de la Policía Judicial, donde Héctor trabajaba con sus colegas. Lo vio acercarse por un largo pasillo de suelo brillante y reluciente con puertas marrones que daban paso a los distintos despachos.

Al verlo, Lisa tuvo la misma sensación de siempre. Le ardía el pecho. Héctor le sonrió con calidez.

—Gracias por acudir tan rápido, hoy ha sido difícil conseguir intérpretes.

Eso no era del todo cierto. Él quería que fuera Lisa y solo ella. Quería verla. Últimamente había tenido la sensación de que se estuviera alejando de él, al mismo tiempo que se había dado cuenta de que cada vez pensaba más en ella. Lo cierto era que había abordado el tema con Sam, su vecino, que le aconsejó que la invitara a cenar antes de que otro se le adelantara. Sam había visto a Lisa en una ocasión en el rellano de la escalera, y aseguraba sin vacilar que no estaría sola mucho tiempo. A menos que ella misma así lo quisiera, claro.

En todo caso, ahora lo importante era el interrogatorio con el compañero de golf de Niklas. El tipo se llamaba Magnus Stolpe y fue el primero de la pandilla de golfistas al que localizaron. Acababa de llegar a la comisaría procedente de su pueblo, Almuñécar, que se encontraba al este de Nerja.

Héctor le indicó a Lisa el camino hasta la sala de interrogatorios, donde esperaba un hombre en buena forma con el pelo gris peinado hacia atrás, vaqueros y una camisa de rayas.

Lisa se percató enseguida de las grandes manchas de sudor que se veían bajo las axilas, a pesar de que hacía bastante fresco en la sala. Tenía la cara roja y unas gotitas de sudor le cubrían el grueso labio

superior. Llevaba los zapatos relucientes y una pierna le temblaba un poco debajo de la mesa. Cuando entraron en la habitación, estaba metiéndose una bolsita de *snus* debajo del labio. Héctor los presentó, puso en marcha la grabadora y se sentó enfrente de Magnus Stolpe.

—Vayan por delante mis condolencias. Tengo entendido que Niklas y usted eran buenos amigos desde hace muchos años. ¿Cuándo lo vio con vida por última vez?

—Pues ayer noche, cuando nos despedimos delante del restaurante —dijo Magnus.

—¿Qué hora era?

—Las doce o la una.

—¿Dónde comieron?

—En el centro de Nerja, en el Fusión de la plaza de España.

—Eran cinco amigos, tengo entendido, a los demás también los vamos a interrogar, y habían estado jugando al golf esa tarde, ¿no es cierto?

—Sí, en el club de golf Santa Clara, al pie de Sierra Nevada.

—Eso es casi en Granada, ¿verdad? —preguntó Héctor.

—Sí, era el campo favorito de Niklas, se encuentra en un lugar precioso. Y, además, le gustaba una chica que trabaja en el restaurante.

Héctor enarcó las cejas.

—Ajá, ¿cómo se llama?

—Klara, como el campo de golf —dijo Magnus con una sonrisa.

—¿Se encontraba allí ayer?

—Sí, empezamos con unas cervezas y picando algo en el restaurante, antes de la ronda.

—¿Ocurrió algo en particular?

—Pues la verdad es que sí. Niklas se tomó muchas cervezas en muy poco tiempo y estuvo coqueteando con más garra de la cuenta con la camarera, daba la impresión de que ella lo estaba pasando bien. Pero luego llegó su chico, un tipo muy huraño, con la cabeza afeitada y un montón de tatuajes, en compañía de unos tipos que tampoco venían con cara de muy buenos amigos. Se sentaron en la mesa de al lado y el novio se dio cuenta de lo que hacía Niklas, que estaba bastante borracho, así que no se percató de las señales que le enviaban de la mesa contigua, por decirlo de alguna manera. Al final el otro tío se puso furioso de verdad y empezó una discusión, y Niklas terminó llevándose un puñetazo. Los echaron del restaurante a los dos, y los amigos de aquel tipo, que parecían todos delincuentes, siguieron a Niklas, y él nos contó después que lo amenazaron con matarlo si no dejaba en paz a la chica.

Héctor y Lisa intercambiaron una mirada. El que a Niklas Bodén lo hubieran amenazado de muerte el mismo día que lo asesinaron era

muy interesante, desde luego. Y explicaba el moretón que tenía en la cara, pensó Héctor.

—¿Sabe cómo se llama ese hombre, el novio de Klara, la camarera?

—Pues claro, es propietario de un conocido club nocturno de Puerto Banús. Es el dueño de El Marinero, y de otro local, algo más turbio, cuyo nombre no recuerdo. Pero el tipo se llama Antonio Díaz.

CUANDO TERMINARON CON el interrogatorio al compañero de golf de Niklas Bodén ya era medianoche, aunque entre los policías no se apreciaba ningún cansancio. Al contrario. Ahora tenían una nueva pista que seguir. ¿Estaría el exnovio de Laura implicado en el asesinato? Además, cuando Antonio Díaz vivía en Suecia, su novia lo demandó por maltrato y violación, como él mismo les había contado en interrogatorios anteriores. Varios empleados del club El Marinero le habían dicho a la policía que Antonio era famoso por sus celos irracionales y que, cuando Laura puso fin a la relación, se quedó destrozado. Además, había vivido varios años en Suecia, aunque de eso hiciera ya mucho tiempo, pero no cabía duda de que tenía conexión con ese país.

La policía intentó localizar a Antonio y a su nueva pareja en el club de golf. Puesto que Antonio no respondía al teléfono, mandaron una patrulla a su club, El Marinero, y otra a su domicilio en el centro de Marbella.

Tenían autorización para efectuar un registro domiciliario y rebuscaron por todo el apartamento. En una caja fuerte encontraron fajos de dólares Paraíso, una gran cantidad de bolsitas que contenían un polvo blanco, cocaína, con toda probabilidad, y distintos tipos de armas. Antonio no se encontraba en el domicilio y no vieron su coche en el garaje.

De los documentos que encontraron en el escritorio se desprendía que también regentaba un club nocturno llamado El Paraíso. No figuraba en ningún registro oficial, sino que parecía funcionar de forma clandestina. Se encontraba pared con pared con el otro club, El Marinero de Puerto Banús.

Asimismo, hallaron pruebas de que Laura había dirigido en secreto El Paraíso junto con su exnovio. Y esa era la explicación de que trabajara hasta tan tarde por las noches, no tenía nada que ver con la prostitución. Lo más interesante, sin embargo, era que los dólares Paraíso que encontraron en poder de todas las víctimas eran el método de pago en el club secreto de Antonio.

Además, la policía tenía interés en localizar a Yvonne Ekman, la madre de Hanna Ekman. ¿Cuál era la conexión entre su hija y Niklas Bodén? ¿Por qué recortó y conservó entre las páginas de un libro la esquela de su muerte?

Todo giraba en torno a las tres víctimas y la relación que los vinculaba. ¿Qué pudo ocurrir entre Ulrik, Laura y Niklas? Ahí se hallaba sin duda la solución al misterio.

Cuatro meses atrás

ENTORNÓ LOS OJOS frente a la luz. Una mosca subía despacio por el fino tejido de la cortina. La había despertado una estridente voz femenina procedente del televisor, donde ponían aquella serie americana que tanto le gustaba antes. Ahora, en cambio, era incapaz de interesarse por ella en absoluto. ¿Qué hora era? Hanna miró el móvil. Las cinco y cuarto de la tarde. Su madre solía volver del hospital a esa hora. Miró por la ventana. Había dejado de llover.

Notaba el cuerpo pesado, se había quedado dormida en el sofá del salón. No tenía ninguna gana de despertarse. No tenía ninguna gana de nada.

Hoy era el registro y la aceptación de plaza en Medicina. Pero ya le daba igual. Le faltaban la voluntad y la energía necesarias para presentarse allí. Ya no tenía capacidad para rendir nada, no quería que la viera nadie. Solo quería esconderse debajo de una manta y no tener que ver al resto del mundo.

Vio que la había llamado Elin, pero tampoco tenía fuerzas para hablar con ella.

Habían transcurrido dos semanas desde que volvió de Málaga. Rememoraba aquellos sucesos una y otra vez. Cómo se despertó en el club, la pareja que se ocupó de ella, el hombre que la llevó al aeropuerto y que amenazó con publicar vídeos sexuales de ella si contaba lo ocurrido.

Elin se le acercó al verla llegar y Hanna supo por la expresión de su cara que se imaginaba lo que había ocurrido. Estaba llena de moretones por todas partes, y tenía arañazos y más cardenales en la cara. Cuando se vieron aún faltaba una hora para ir a la puerta de embarque. Elin estaba alteradísima y pensaba que deberían quedarse y acudir a la policía, pero lo único que quería Hanna era volver a casa, de ninguna manera quería perder el vuelo. Solo de pensar en las amenazas del hombre que la llevó al aeropuerto le daban escalofríos, no quería permanecer en España ni un minuto más de lo necesario.

Se pasó el viaje de vuelta durmiendo como un tronco.

Cuando llegaron a Arlanda, el aeropuerto de Estocolmo, su madre comprendió enseguida que algo había ocurrido, y no tardó mucho en conseguir que Hanna se lo contara.

Para su sorpresa, a pesar de lo sobreprotectora que era su madre, no

reaccionó como ella esperaba. Hanna estaba convencida de que querría contactar con la policía de inmediato, denunciar la violación en grupo cometida contra ella y exigir una investigación. Pero hizo todo lo contrario. Quiso guardar silencio en torno a lo ocurrido aduciendo que denunciar no serviría de nada. Y cuando Hanna le preguntó por qué, le dijo que, como la violación había tenido lugar en el extranjero y, además, no había testigos, no sería posible demostrar que hubiera tenido lugar siquiera. Además, Hanna se había lavado y había eliminado las pruebas antes de volver a Suecia. Y no conocía el apellido de aquellos hombres. La policía no tendría nada que investigar, aseguraba su madre.

También le dijo que nunca podría ser médico si las imágenes sobre ella se publicaban y se difundían en la red.

El ruido de la puerta al abrirse la sacó de sus cavilaciones.

—Hola —oyó que decía la voz de su madre en el vestíbulo.

Hanna no tenía fuerzas para responder. Su madre asomó la cabeza por la puerta del salón, cargada con las bolsas de la compra.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras? ¿Estás viendo la tele? ¿Has estado en la facultad? ¿Qué tal ha ido?

Dejó las bolsas en el suelo, entró y se sentó en el borde del sofá. Miró inquieta a Hanna y le acarició despacio la mejilla. Hanna miró a su madre e hizo un movimiento de negación con la cabeza sin decir nada.

—¿No has ido?

Hanna vio que se le llenaban los ojos de lágrimas y sintió un profundo cargo de conciencia. Su madre siempre había soñado con ser médico, pero tuvo que dejar los estudios cuando se quedó embarazada. Para ella habría sido un desagravio el que su hija sí hubiera podido tomar ese camino. Ahora, en cambio, el sueño estaba roto.

DÍA 8

Viernes, 7 de enero

AL IGUAL QUE sus colegas, Héctor se había pasado casi toda la noche trabajando. Ni siquiera había ido a casa, sino que se había quedado dormido en el sofá de la oficina. Al despertar tardó unos instantes en caer en la cuenta de dónde se encontraba. Bajó al gimnasio de la comisaría y se dio una ducha para espabilarse. Luego pasó por la cafetería, y pidió un café y una tostada antes de sentarse a llamar a su colega en Suecia.

—Buenos días —oyó que le decía Vera Krona—. ¿Cómo va todo?

—Estamos haciendo lo posible por localizar a Antonio Díaz. Y también queremos hablar con Yvonne Ekman, la madre de Hanna Ekman.

—Sí, nosotros también estamos intentando localizarla —dijo Vera—. Ahora ya sé un poco más acerca de ella. Vive en Vällingby, a las afueras de Estocolmo, y es enfermera en el Hospital Universitario Karolinska. En la misma dirección hay registrada una hija, Hanna Ekman, diecinueve años, pero lo cierto es que la joven se quitó la vida en noviembre saltando de un puente en el centro de Estocolmo. Yvonne Ekman lleva de baja por enfermedad desde entonces. Nadie sabe dónde se encuentra.

PASARON TODO EL día inmersos en la localización de las personas de interés para la policía. Héctor no paraba de pensar en el papel que Yvonne Ekman tendría en todo aquello. Había visto fotos suyas, era una mujer muy atractiva. ¿Habría mantenido ella también una relación con Antonio Díaz? Después de todo, él había vivido unos años en Estocolmo. ¿Y si se conocieron entonces? ¿Sería Antonio el padre de su hija? Pero, de ser así, ¿por qué apareció la necrológica en casa de Niklas Bodén? ¿Se conocerían entre sí todos los de ese grupo?

En todo caso, a Juan, el hermano desaparecido de Laura, habían podido eliminarlo de la investigación. La noche de Fin de Año se había ido de fiesta a Granada, lo que pudieron corroborar otros asistentes a la celebración, además de que tenían pruebas fotográficas. Tras saber que habían asesinado a su hermana, se fue a Barcelona a buscar consuelo en la bebida. Y allí se encontraba ahora a buen recaudo en

un calabozo policial.

La policía también había intentado dar con Elin, la amiga que fue con Hanna a Málaga en agosto, pero, por el momento, no habían podido localizarla por teléfono. Según sus padres, estaba de viaje en Nepal con su novio y no tenía muy buena cobertura.

Ningún otro de los familiares o amigos de Hanna supo explicar su depresión ni qué fue lo que la abocó al suicidio. Sin embargo, todos estaban de acuerdo en que el abatimiento apareció de forma súbita, y que se presentó después del viaje a Málaga. Hanna era una joven alegre, sana y resuelta, excelente estudiante y muy ambiciosa, y acababa de ser admitida en la carrera de sus sueños. Resultaba del todo inexplicable el modo en el que se fue hundiendo durante el otoño. Muchos se preguntaban qué le habría ocurrido, pero su madre decía que se trataría de algo momentáneo, que se le pasaría, que Hanna estaba mejorando. A pesar de que cuantos la rodeaban veían que no era así.

Héctor se retrepó en la silla, se quitó las gafas y se frotó los ojos. El timbre del teléfono vino a interrumpir sus pensamientos. Era la forense, Elena Muñoz.

—Ya he terminado la autopsia de Niklas Bodén. Le he dado prioridad, puesto que sé lo urgente que es este caso —dijo—. ¿Quieres que te dé un informe preliminar?

—Claro, adelante —respondió Héctor.

—No hay duda de que la causa de la muerte de Niklas Bodén son las lesiones provocadas por la flecha —comenzó Elena Muñoz—. La herida describe un canal que discurre desde la parte anterior izquierda de la pared abdominal hacia atrás, un poco hacia arriba y a la derecha. Ahí está insertada la flecha con la punta a la izquierda de la columna vertebral. En ese canal se aprecian lesiones en la grasa abdominal, los músculos y el intestino delgado. Y la aorta está atravesada por un objeto en forma de estrella tanto en la parte anterior como en la posterior.

Elena hizo una pausa, sonó como si estuviera bebiendo agua. Héctor esperó hasta que la forense retomó la palabra.

—La muerte se produjo casi en el acto. El abdomen estaba lleno de sangre y de cierta filtración del turbio contenido del intestino delgado. También se aprecian cambios en la piel, lo que llamamos piel de lavandera, es decir, las alteraciones cutáneas en manos y pies causadas por la permanencia de las extremidades en el agua. O sea, que tiene la piel arrugada. Y las petequias están pálidas. Todo lo cual indica que murió a causa de la herida causada por la flecha.

—¿Y el escupitajo?

—Lo hemos mandado analizar y tardaremos un par de días en recibir la respuesta. Yo creo que podemos suponer que es del asesino,

pero, claro, lo de escupirle a la cara a tu propia víctima moribunda… ¿quién hace algo así? Y ¿por qué? ¿No tiene un punto casi infantil ese tipo de humillación?

Héctor asintió. Solo podía estar de acuerdo con ella. ¿Quién haría algo así?

HÉCTOR HABÍA CONSEGUIDO por fin contactar con Yvonne Ekman, la madre de Hanna. Al parecer, había ido a Abisko, en el extremo norte de Suecia, a hacer un viaje en escúter, y estaba sin cobertura. Hablaba en voz baja, pero parecía agradable al teléfono, y se disculpó por no haber estado disponible. En su deficiente inglés, Héctor le propuso una reunión *online* con intérprete en cuanto fuera posible, cosa que Yvonne Ekman aceptó.

Héctor llamó a Lisa, que le prometió acudir cuanto tantes. Una hora después, anunció su llegada en la recepción.

—Qué bien que hayas podido venir tan rápido —dijo cuando se vieron en el pasillo por segunda vez en muy poco tiempo—. Hablaremos en mi despacho. ¿Quieres café o alguna otra cosa?

—Un expreso, si puede ser, gracias —dijo Lisa.

Se sentó en el cómodo sofá de Héctor, donde él había colocado el ordenador de modo que los dos pudieran ver la pantalla, y cuando llegó con el café, se conectó con Yvonne Ekman, que estaba en la habitación del albergue en el que se encontraba alojada.

Yvonne Ekman tenía el pelo corto de color castaño claro, los ojos azules y una piel sana y reluciente. Se notaba que pasaba mucho tiempo al aire libre, era alta y fuerte, y bajo la camiseta se intuían los bíceps. Sin embargo, tenía la expresión grave. Héctor se presentó, y Lisa introdujo el interrogatorio después de haber encendido la grabadora y de haber pronunciado las frases de rigor.

—Lamentamos tener que molestarla, sabemos que está de baja por enfermedad, y también lo que le ocurrió a su hija. Sentimos mucho su pérdida.

—Gracias —dijo Yvonne Ekman aclarándose la garganta.

Se retorcía las manos, pero ni el menor gesto desvelaba lo que sentía.

—Necesitamos hablar con usted en relación con un asesinato que se ha cometido aquí, en España, y lo primero que quería preguntarle es si usted o su hija conocían a alguna de estas personas. Tómese el tiempo necesario y mire bien las fotografías que le voy a poner delante de la pantalla antes de responder.

Héctor le mostró una tras otra las fotos de Ulrik, Laura y Niklas. Los rostros aparecían muy de cerca.

Yvonne Ekman tosió un poco.
—Pero, pero… si son las personas a las que han hallado muertas, lo he visto en las noticias —dijo balbuciendo.
—Exacto —le confirmó Héctor—. Nos preguntamos si Hanna o usted conocían a alguna de estas personas, o quizá a las tres.
Yvonne Ekman negó con la cabeza.
—No, desde luego que no. ¿Por qué piensan que sí?
—Una de las razones es el hecho de que la necrológica de Hanna apareció en casa de la última víctima, Niklas Bodén —dijo Héctor—. ¿A qué cree que podría deberse?
—Ni idea. ¿Qué tenía que ver él con Hanna?
—Eso es justo lo que queremos averiguar. ¿Está segura de que ni usted ni Hanna conocían a estas personas?
—Yo, al menos, no. En cuanto a mi hija, no tengo ni idea.
—¿Podría decirnos quién es el padre de Hanna?
La mujer de la pantalla se estremeció de pronto.
—¿Qué tiene que ver él con el asunto?
—Eso no debe importarle.
—No sé a qué se refiere. No he tenido contacto con el padre de Hanna desde que ella nació. Fue una relación fugaz. Ni siquiera sé cómo se llama.
—Comprendo —dijo Héctor, y pareció conformarse con aquella respuesta por el momento. Acto seguido, cambió de tema—. Su hija Hanna estuvo de viaje en Málaga en agosto. ¿Pudo conocer a alguien allí?
—Es posible.
—¿Sabe si le ocurrió algo en particular durante su estancia?
—Pues lo cierto es que tuve mis sospechas —dijo Yvonne Ekman dudosa—. Es decir, tenía la sensación de que había ocurrido alguna cosa. Cuando llegó a casa, me di cuenta de que había algo raro. Después de ese viaje nunca volvió a ser la de siempre. Me pasé la vida tratando de protegerla, pero fracasé…
Llegados a ese punto, Yvonne Ekman rompió a llorar desesperada. Se cubrió el rostro con las manos y empezó a temblar de pies a cabeza, como presa de fuertes convulsiones. Héctor decidió abandonar el interrogatorio y retomarlo más adelante. Le dio las gracias y le dijo que volverían a contactar con ella.
Terminada la sesión y después de que Yvonne Ekman hubiera apagado el ordenador y hubiera desaparecido de la pantalla, Héctor y Lisa se miraron un instante.
—Ahí tenemos la solución, no sé dónde —dijo Héctor—. Tenemos que localizar a la amiga con la que viajó a Málaga.
Con una mirada insondable, Lisa le preguntó:
—¿Te has fijado en la mesita que había donde estaba sentada? —le

preguntó.

—¿Yvonne Ekman? Quieres decir, ¿en el albergue?

—Sí.

—Pues no, no me he fijado.

—Justo antes de que apagara el ordenador, me he dado cuenta de un detalle —dijo Lisa—. Pero no me ha dado tiempo a decir nada.

—Ya, ¿y qué era?

—Había una taza de café con un sobrecito de azúcar al lado. Y en el sobrecito ponía «azúcar». ¿No te parece raro, estando en Abisko?

AQUELLA MISMA TARDE trataron de localizar a Yvonne Ekman varias veces, pero la mujer no contestaba al teléfono. Aunque era viernes y ya a última hora, Héctor llamó a Vera Krona y le pidió que comprobara si los albergues y los hoteles de Abisko y alrededores tenían alguna relación con España, y si entre sus huéspedes se encontraba una mujer llamada Yvonne Ekman. Vera le prometió que se pondría con ello enseguida, aunque podía resultar difícil localizar a la gente a esas horas. Entre tanto, proseguía la búsqueda de Elin Jansson.

Las horas transcurrían y ya era más de medianoche cuando por fin localizaron a la amiga de Hanna. Se encontraba en un hotel de Katmandú. Cuando Lisa se presentó, le explicó quién era Héctor y por qué querían hablar con ella, le preguntaron si no podrían hacer una videollamada. Elin accedió, aunque parecía muy angustiada. Una vez que se conectaron, apareció en la pantalla una joven con la mirada llena de preocupación.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Héctor una vez hubieron terminado con las formalidades.

—Pues me temo que no muy bien.

—¿Y eso por qué?

—Estaba esperando la llamada, la verdad, sabía que era solo cuestión de tiempo. Es una historia horrible, lo de Hanna y todo lo demás. Horrible. Lo siento mucho… Lo peor es que es culpa mía…

A Elin empezó a temblarle el labio, se notaba que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Héctor—. ¿Por qué dice que es culpa suya?

—Si yo no hubiera propuesto el viaje a Málaga, nada de esto habría ocurrido…

—¿Qué viaje a Málaga? —preguntó Héctor haciéndose de nuevas.

—El viaje que Hanna y yo hicimos en agosto. Para celebrar que habíamos terminado el instituto y que habíamos entrado cada una en la carrera que quería. Hanna iba a empezar Medicina.

—¿Qué fue lo que pasó en Málaga?

—La última noche, en un club de Puerto Banús, conocimos a unos suecos algo mayores y estuvimos bebiendo un montón. Yo creo que,

además, nos drogaron. Yo me fui a bailar con un chico español y me aparté del grupo. Luego, a la hora de irnos, no conseguí encontrar a Hanna, y creí que se habría ido del club. Tampoco respondía al móvil, así que me fui directa al aeropuerto en un taxi. Nuestro vuelo salía la mañana siguiente, y habíamos apostado por una noche en blanco, o sea, no dormir nada e irnos directas del bar al aeropuerto. Una vez allí, la estuve esperando en la terminal, traté de localizarla por teléfono un montón de veces, pero nada. Al final apareció, alguien la había llevado en coche. Tenía la cara hinchada, llena de sangre, de arañazos y cardenales. La habían maltratado y la habían violado. Tenía un aspecto horrible. Yo quería ir a la policía a poner una denuncia y traté de convencerla, pero ella se negó, lo único que quería era volver a casa.

—¿Por qué no fue a contar todo esto mucho antes? Podrían haber puesto la denuncia en Suecia y haber pedido ayuda a la policía allí.

—Hanna se negaba, decía que la habían amenazado, que podía ser peligroso. Pero cuando vi cómo se hundía y se deprimía cada vez más, se lo conté todo a su madre. Solo que Yvonne ya estaba al corriente.

—¿El qué? —dijo Lisa. Se lo tradujo todo a Héctor, que se mostró preocupado.

—¿Y qué dijo Yvonne? —preguntó Héctor.

—Ella también opinaba que era mejor no denunciar. Según ella, no valía la pena, puesto que había ocurrido en España y ya había pasado demasiado tiempo. Además, solo sabíamos el nombre de pila de los dos suecos y ni siquiera era seguro que hubieran sido ellos quienes violaron a Hanna. Habría podido ser cualquiera del club, Hanna apenas recordaba ningún detalle, estaba fuera de combate.

—¿Cómo se llamaban los suecos?

—Ulrik y Niklas.

—¿Quiere decir que los dos hombres que violaron a Hanna en el club son los dos que han sido asesinados, Ulrik Melin y Niklas Bodén?

Elin asintió, mientras las lágrimas empezaban a rodarle por las mejillas.

—¿Y cómo es que no ha dicho nada antes, si puede saberse? ¿Cómo es que no ha acudido a la policía?

—Porque tenía miedo. Hanna dijo que no podíamos decir una palabra de la violación, que no sabíamos en qué podían estar involucrados los dos hombres del club. Que igual nos mataban… El caso es que no me atrevía a hablar.

—¿Y Hanna no recordaba que eran ellos?

—Pues sí…, pero Yvonne decía que podía estar equivocada, puesto que seguramente la habrían drogado. Yo creo que nos pusieron algo en la bebida, porque ni Hanna ni yo consumimos drogas. Pero luego, cuando yo insistí en denunciar, Yvonne me contó una cosa…

—Ajá… ¿Qué le contó? —preguntó Héctor intrigado.

Lisa y él se acercaron a la pantalla para escuchar con atención.

—Yvonne dijo que tenía que prometerle que no se lo contaría a nadie… Me dijo que Hanna no debía saberlo nunca. En eso insistió mucho, pero ahora que Hanna ha muerto, ya no importa…

Elin guardó silencio, luchando por contener el llanto.

—¿Qué le contó? —insistió Héctor.

—Yvonne me dijo que a ella le había ocurrido lo mismo cuando tenía nuestra edad. La violaron brutalmente. Lo denunció y se inició una investigación policial con un montón de interrogatorios. El acusado lo negó todo, y él y sus amigos la amenazaron de muerte por haber puesto la denuncia. Al parecer, fue una experiencia de lo más traumática, y no quería que Hanna tuviera que pasar por lo mismo.

Elin sacó un pañuelo de papel y se sonó. Pareció que tomaba impulso antes de continuar:

—Y no fue solo eso, que la violaran.

—¿Ah, no?

—No, se quedó embarazada. Hanna fue el resultado de aquella violación, pero su hija no debía saberlo nunca, fue muy clara al respecto. Era una carga que quería llevar en solitario.

Héctor se retrepó y se pasó las manos por el pelo.

—¿Vio a la persona que llevó a Hanna al aeropuerto después de la violación en el club? —preguntó Héctor furioso.

—Sí, era un hombre con una pinta horrible. Tenía la cabeza rapada y un montón de tatuajes.

Lisa y Héctor intercambiaron una mirada.

—¿Qué coche tenía? No se fijaría en la matrícula, ¿verdad?

Elin hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No, no pensé en mirar… Y lo de las marcas de los coches se me da fatal. Creo que era más largo y más ancho de lo normal. Y negro.

—Espera un momento —dijo Héctor, y empezó a hojear sus documentos. Sacó una fotografía y la sostuvo delante de la pantalla—. ¿Era este el hombre que conducía?

Elin se quedó de piedra. Luego asintió.

—Sí, ese era.

Héctor contuvo la respiración. El hombre de la foto era Antonio Díaz.

CUANDO LLEGUÉ, LA calle estaba desierta. La mayoría de la gente se encontraba en los clubes a aquella hora y, puesto que era invierno y por la noche hacía fresco, solo estaban fuera los fumadores. Eran cerca de las dos y media de la madrugada, y yo había optado por esperar hasta que el local estuviera lleno de gente para reducir al mínimo el riesgo de que alguien se fijara en mí. Me había dado cuenta de que los españoles no solo cenaban tarde, sino que también salían tarde, y los clubes no solían llenarse hasta la una o las dos de la mañana. Justo aquel se encontraba algo apartado, no tenía ni letrero de neón con el nombre del establecimiento ni vigilantes en la entrada. Solo una puerta negra, un timbre y un ventanuco en la fachada de cemento gris. Respiré hondo y llamé al timbre, oí un leve zumbido en el interior y la puerta se desplazó a un lado. Un par de ojos castaños me miraban suspicaces.

—Buenas noches —dijo el vigilante, y me preguntó algo en español, si yo era socia o algo así, supuse.

—No, pero conocía a Laura —respondí en inglés—. Éramos amigas, siempre iba a que me hiciera las uñas. Venir aquí es como hacerle un homenaje.

Al mismo tiempo, saqué un fajo de billetes. Me había pasado con la cantidad, pero valía la pena, tenía que entrar como fuera.

Vi un asomo de duda en la mirada del vigilante, que me examinó de arriba abajo. El abultado fajo de billetes atrajo su mirada, y parecía que estuviera deliberando para sus adentros. Al fin la puerta se abrió y apareció un hombre alto y corpulento con cara muy seria. Echó un vistazo rápido a su alrededor antes de guardarse el dinero. Pasó a hablar en inglés.

—De acuerdo, haré una excepción contigo, siempre que no se lo cuentes a nadie. Si alguien te pregunta por qué estás aquí, di que te ha invitado Víctor.

Se oía el retumbar de la música tecno, y bajé una empinada escalera con el corazón latiéndome fuerte en el pecho. Llevaba una cazadora negra con un chaleco debajo. Y doce cartuchos de dinamita sujetos con cinta adhesiva unidos por unos cables amarillos que sobresalían de los detonadores. Eran casi tan grandes como velas, y no pesaban más de ciento cincuenta gramos cada uno, así que no se veían debajo de la cazadora. Los cables estaban conectados a un temporizador que funcionaba a pilas. Pensaba conectarlo después, cuando hubiera

encontrado el sitio donde colocar la carga explosiva. Había buscado a conciencia en internet y había aprendido bien cómo hacerlo. El modelo que había construido no era muy avanzado, pero sí potente, y haría bien su trabajo, lo sabía.

La escalera desembocaba en una gran sala de techo alto llena de gente. La música sonaba a un volumen ensordecedor, y era como si tuviera una cortina de humo delante de los ojos, no veía con claridad. Distinguía el contorno de gente joven y gente mayor bailando, tomando copas, aspirando gas de la risa, abrazándose, besándose, riendo. Deslicé la mirada por las mesas que había en los laterales, donde se veía gente bebiendo y alternando, una mujer en body *y tacones, un hombre en calzoncillos y botas plateadas con* piercings *en los pezones, chicas jóvenes con el pelo largo en finas camisas de tirantes, un hombre mayor con la barba cana, pantalones de cuero y una cota de malla… Me sobresalté al notar que alguien me agarraba, quería arrastrarme a la pista de baile. Me solté enseguida, no quería que nadie me tocara. Avancé con paso mecánico por el local, dejé atrás las barras de bar, bajé otra escalera. Hacía calor, la música retumbaba y tuve que abrirme paso entre todas aquellas personas, algunas vestidas, otras semidesnudas, alguna que otra sin ropa alguna.*

En el sótano vi un cubo de fregar y seis botellas de butano de acero gris que estaban alineadas en el suelo junto con unas estufas. No podía creerme la suerte que había tenido. Junto con la carga explosiva, bastarían para hacer saltar aquel sitio por los aires.

Entré con sigilo en el cuarto de la limpieza y cerré la puerta. Me quité la cazadora y colgué el chaleco. Quité el seguro, que había estado activado mientras llevaba puesto el chaleco para que la carga no estallara por error. Luego programé el temporizador para que saltara al cabo de una hora. Eso me daría el tiempo suficiente para salir y, al mismo tiempo, el club se habría llenado al máximo. Lo último que hice fue encajar bien el chaleco en la pared que había detrás de las botellas de butano para lograr el máximo efecto explosivo y para que no se viera si alguien entraba.

En el momento mismo en el que terminé, y cuando ya me disponía a salir con todo el sigilo del mundo, vi que alguien bajaba despacio el picaporte.

HÉCTOR CORREA IBA camino de Puerto Banús, en Marbella, con un cortejo de coches policiales. El nombre de Antonio Díaz había aparecido en tantos contextos a lo largo de la investigación que urgía localizarlo.

Solo que no lo encontraban por ninguna parte. Según un soplo que les habían dado, tenía un apartamento en la última planta del club El Paraíso, y a veces dormía allí. Alguien lo había visto en las proximidades del club aquella misma tarde, de modo que la policía sospechaba que era donde estaba escondido. Y de los lugares en los que sabían que podía ocultarse, ese era el único en el que no lo habían buscado.

Cuando llegaron a Puerto Banús, los policías se dispersaron enseguida por las callejas donde se concentraban los bares y los clubes nocturnos.

Lisa había insistido tanto en que le permitieran acompañarlos que al final Héctor terminó cediendo, aunque a su pesar, a condición de que no interfiriera en la misión policial, sino que se mantuviera en el interior del club, con el resto de los clientes.

El plan era que un grupo de policías vestidos de civiles se presentara en el club sin llamar la atención entre la gente. Otra patrulla forzaría la puerta del apartamento en el que creían que se ocultaba Antonio Díaz. Al lado de la entrada había una escalera exterior que conducía al tejado. Los policías que accedieron al club mostraron sus credenciales al portero, que los dejó entrar. Acto seguido, se ocuparon de que no pudiera dar la voz de alarma. Una patrulla armada y uniformada vigilaba el acceso para impedir que nadie entrara o saliera del local.

Lisa miró fascinada a su alrededor cuando entró en el club. Nunca había estado en un lugar parecido. En las barras se agolpaba la gente, en algunas servían bebidas, en otras, globos de gas de la risa. «Vaya ocurrencia», pensó. ¿A eso se dedicaban hoy en día? Cuando ella era joven lo habitual era una cerveza o el combinado del día, vino blanco con soda y hielo. Y si viajabas al extranjero, quizá un Honda de Singapur o un ron cola. Le vino a la memoria la cara de sus hijos. Esperaba que Olivia y Victor no se metieran en esas cosas cuando salían de fiesta. En honor a la verdad, no tenía ni idea de qué hacían. La música tecno era ensordecedora. Dejó atrás la pista de baile llena

de gente, miró con los ojos como platos a los bailarines de las barras de *striptease* y tomó la escalera que conducía a otra zona.

Allí el techo era mucho más bajo y había un ambiente más íntimo, con una barra donde había varias personas medio desnudas con una copa en la mano. Dejó atrás varias dependencias de puertas cerradas por las que entraba y salía gente sin cesar. Lisa ya no veía a los policías de paisano, parecía que se habían quedado arriba. ¿Habrían detenido ya al tal Antonio? Ya estaba a punto de volver a la planta superior cuando descubrió una puerta estrecha detrás de un cuarto. Se encontraba oculta detrás de la escalera y apenas se veía.

Lisa se acercó y bajó despacio el picaporte. Apenas había entreabierto la puerta cuando sintió un brazo alrededor del cuello y se vio arrastrada a una habitación a oscuras. De un empujón rápido y brutal la arrojaron al suelo y, antes de que alcanzara a comprender lo que había ocurrido, acabó tendida con la cara contra el duro cemento y con una rodilla presionándole la espalda.

EL APARTAMENTO SITUADO en la última planta del edificio ocupaba toda la superficie del tejado y tenía ventanas al mar y al exclusivo Puerto Banús. Había cámaras en el vestíbulo y la puerta de entrada era robusta y tenía una cerradura con un código. Había luces en todas las ventanas, pero, por lo demás, el interior estaba a oscuras.

La policía rodeó el apartamento con las armas en ristre y Héctor Correa llamó al timbre rodeado de cuatro agentes armados. Nadie respondió. Al cabo de varios intentos, comprendieron que Antonio Díaz o no estaba en casa o no pensaba abrir.

Forzaron la puerta. Héctor miró con sorpresa a su alrededor cuando entró en el apartamento. No se trataba de un mero cuchitril para pasar la noche, sino de un lujoso ático con varios baños y dormitorios, y una gran terraza con piscina y cocina con una parrilla.

—Madre mía, vaya piso —suspiró Daniel Torres, que los había acompañado junto con un grupo de técnicos de Criminalística.

—Y que lo digas —respondió Héctor—. Pero es obvio que Antonio Díaz no está aquí, quizá se encuentre en el club. Comoquiera que sea, podéis inspeccionar la vivienda, ¿no? El fiscal nos ha facilitado la orden de registro, así que más vale que lo aprovechemos.

Hizo una seña a sus colegas para que lo siguieran escaleras abajo, y él y los compañeros de paisano continuarían buscando al sospechoso de ser un asesino en serie por el local.

Bajaron al sótano y buscaron con la mirada entre el gentío que había en la pista de baile. Antonio Díaz tenía un físico y una estatura que destacaban, de modo que debería ser bastante fácil descubrirlo, a pesar de que entre los clientes había un montón de personas pintorescas y llamativas. Buscaron por el local con toda la discreción posible y preguntaron al personal dónde se encontraba el dueño, pero nadie lo había visto en toda la noche y no sabían dónde se encontraba.

Héctor suspiró. ¿Qué iban a hacer ahora? Y ¿dónde se habría metido Lisa?

ESTABA TENDIDA BOCA abajo, con la cara aplastada contra el suelo. El cuarto de la limpieza en el que se encontraba estaba casi a oscuras, la única fuente de luz procedía de un teléfono móvil que había apoyado contra la pared. Al otro lado se oía el monótono retumbar de la música. Tenía las manos y los pies atados a la espalda, y le habían metido un pañuelo en la boca. Le costaba respirar. Trató de girar la cabeza, pero enseguida recibió un golpe en la nuca.

—No te muevas —le susurró alguien en sueco. Una voz de mujer que reconocía, pero que no lograba identificar—. Ni se te ocurra moverte.

Lisa se quedó inmóvil mirando el sucio suelo de cemento. La mujer estaba haciendo algo, pero era imposible verlo. Lisa trató de mirar a un lado y descubrió una luz roja que parpadeaba. A pesar del dolor que tenía en el cuello, logró girar la cabeza lo suficiente como para ver la cifra: 29 minutos, 37 segundos. Como hipnotizada, empezó a seguir la cuenta atrás hasta que el cronómetro marcó 28 minutos y 59 segundos.

El pánico se apoderó de ella. El temporizador parecía estar fijado a un paquete. Una vez más, Lisa vio ante sí la cara de sus hijos. Olivia y Victor. ¿En qué lío se había metido? ¿Volvería a verlos algún día?

La mujer parecía ocupada con algo que Lisa no podía distinguir en la posición en la que se encontraba, pero sintió el móvil que le presionaba el pecho, pues lo tenía en el bolsillo interior de la fina chaqueta que llevaba. Tenía que hacer algo. ¿Quién sería aquella loca?

Empezó a sudar un montón, hacía un calor horrible en aquel cuartucho, daba la sensación de que se estuviera acabando el aire. El paño que tenía en la boca olía mal y le hacía daño. Tenía las manos atadas a la espalda, así que no podía usarlas, pero si lograba girarse de modo que el móvil se le deslizara del bolsillo, tal vez pudiera escribirle a Héctor un mensaje con la punta de la nariz. Con mucho cuidado, se giró un poco y tosió al mismo tiempo, para que no se notara qué era lo que pretendía.

Después de intentarlo varias veces, el móvil se deslizó por fin sobre el suelo de cemento. Y eso fue todo lo que pudo hacer antes de que su carcelera se levantara. Al parecer, ya había terminado con lo que estaba haciendo. Lisa solo le veía las piernas hasta las rodillas. Llevaba

pantalón verde militar y unas botas gruesas.

—Bueno, pues tengo que despedirme —dijo la mujer—. Aquí te quedas, mucha suerte. Tienes veinticuatro minutos, luego este lugar estallará por los aires. Lo siento, pero no queda otra opción.

Lisa se quedó helada. Acababa de reconocer la voz.

Era la voz de una mujer que, según ella misma les había contado, se encontraba en Abisko.

JUSTO CUANDO IBA a subir la empinada escalera para salir del club descubrí que había dos policías en la entrada bloqueando el camino. La puerta que daba a la calle estaba abierta.

Mierda. Estaban sobre mi pista. Seguro que habría agentes vestidos de civil buscándome en el interior. Tenía que despistarlos de alguna manera. Por suerte, llevaba unos cuantos petardos de los potentes, los que llamaban bangers, marca Dumbum, por si necesitaba desviar la atención durante mi huida. No eran más grandes que una pila y cabían sin problema en el bolsillo trasero del pantalón.

Me volví para comprobar que nadie me seguía, luego eché a correr escaleras arriba. Antes de que me vieran los policías, lancé un petardo a la calle tan lejos como pude. Explotó en el acto con un estallido ensordecedor. Oí que los policías se llamaban a gritos y corrían hacia el lugar de la detonación, lo que me proporcionó el tiempo suficiente para escabullirme sin que me vieran.

Con paso rápido, eché a andar en la dirección contraria, doblé la esquina hasta la siguiente calle y continué alejándome de la zona de ambiente de Puerto Banús. Había dejado el coche aparcado al otro lado de la playa, a un buen trecho de allí, para no verme atrapada en el interior de la zona. Iba evitando el contacto visual con la gente con la que me cruzaba, personas que se movían entre los bares y que, por fortuna para ellas, no sabían lo que estaba ocurriendo. Miré el reloj. Quedaban quince minutos. Ojalá no encontraran la carga explosiva antes de que estallara. Con un poco de suerte, mi maniobra disuasoria funcionaría y la policía dejaría el club y empezaría a buscarme por las calles. En realidad, no tenía la menor importancia que me atraparan, siempre y cuando consiguiera lo que me había propuesto.

Ya en la playa, aminoré el paso. Aspiré la brisa marina, contemplé la oscura línea del mar, la luz de la luna rielaba en la superficie.

Ahí estábamos otra vez, me dije, en el lado oscuro de la luna. Donde, contra todo pronóstico, suceden cosas que no deberían suceder.

Pensé en Hanna y en lo que había sufrido en aquel club.

Al principio no quiso contarlo, pero pronto logré sonsacarle la verdad de lo ocurrido. Sabía el nombre de pila de los dos hombres y aproximadamente dónde vivían, pero poco más.

Al principio no pensé en hacer nada. Esperaba que pudiera olvidarlo

todo y seguir adelante. Igual que hice yo. Pero Hanna no lo consiguió. Decidió acabar con su vida. De modo que yo no pude quedarme de brazos cruzados. Ya no tenía nada por lo que vivir, ahora que mi hija había desaparecido. Pero por ella, precisamente, debía vengarme.

Encontrar a un sueco llamado Ulrik en Nerja no fue difícil, y a partir de él fue un juego de niños localizar a Niklas. Cuando hablé con Elin, me dijo que recordaba que el club en el que estuvieron se encontraba en Puerto Banús y se llamaba El Paraíso.

Localicé la dirección de los violadores y les envié la necrológica de Hanna. Como una advertencia. Luego viajé a Málaga para examinar el terreno. Encontré a Antonio Díaz, el propietario del club, en Marbella, y comprendí que fue Laura Rivera quien ayudó a Hanna después de la violación. Aunque lo hizo a escondidas, las autoridades no estaban al tanto de lo ocurrido, ni tampoco sus amigos ni su familia, de modo que no era inocente.

Fue Antonio quien llevó a Hanna en coche hasta el aeropuerto y quien la amenazó para que callara. Si se conocía lo ocurrido, perjudicaría la reputación del club y el negocio. Cuando lo supe decidí que pondría fin a todo volando el lugar por los aires. El Paraíso se iría a la mierda, el lugar donde habían violado a mi hija quedaría destruido.

El que Laura hubiera empezado a salir con Ulrik fue un regalo. Así pude matar dos pájaros de un tiro. Puesto que él se dedicó a anunciar sin más tanto en Facebook como en Instagram que iba a pasar el Fin de Año con ella en Docksta, decidí atacar allí.

A pesar de haber recibido la necrológica que le envié, no parecía sospechar el peligro. Se comportaba como la mayoría de los hombres, que consideraban que podían atacar a las mujeres sin pagar las consecuencias. Creían que podían seguir así, a pesar de tener hijas, madres, mujeres, hermanas y novias a las que sí protegían. No eran conscientes de que los abusos sexuales que sufrían a diario las mujeres guardaban relación con la visión que ellos mismos tenían de nosotras, con la visión que tenía la sociedad. Menudos gilipollas. Mientras fuera posible comprar a las mujeres, seguiría habiendo abusos sexuales.

Me acerqué al aparcamiento del otro lado de la playa. Me volví hacia el puerto y la zona de ambiente. Solo faltaban cinco minutos, pero ya me encontraba a una distancia suficiente, así que aminoré la marcha, pues ya no había prisa. Iba a contemplar el espectáculo a distancia, así sabría que había cumplido mi misión.

Pensaba disfrutar cada segundo.

LA POLICÍA HABÍA registrado el piso de Antonio Díaz sin resultado. ¿Estaría escondido en el club? Héctor y unos cuantos policías vestidos de civiles bajaron a mirar.

Al mismo tiempo, notó que el teléfono le vibraba en el bolsillo. Un mensaje de Lisa.

«A uda bonmmba.»

Se quedó helado. ¿La habrían tomado como rehén en el club? ¿Acaso habían puesto una bomba allí dentro?

Héctor pidió refuerzos y una patrulla canina especialista en explosivos, y ordenó a sus colegas que se posicionaran fuera del local. Era imposible saber dónde estaría instalada la carga explosiva ni de cuánto tiempo disponían para desactivarla. Se trataba de vaciar el establecimiento y de localizar a Lisa Hagel lo antes posible.

De pronto cesó la música y se encendieron las luces. En tan solo unos segundos se interrumpió toda actividad y cientos de clientes se detuvieron y se volvieron horrorizados hacia Héctor, que se había encaramado a una de las plataformas donde, hacía tan solo unos minutos, estaban subidas las bailarinas.

—¡Policía! —exclamó con autoridad—. Vamos a desalojar el establecimiento. Rogamos que vayan moviéndose y subiendo las escaleras con calma y tranquilidad, hasta la puerta de entrada. Y quiero decir justo eso, con calma y tranquilidad, nada de carreras, porque entonces estallará el caos y nadie podrá salir de aquí. Así que uno a uno, mis colegas les ayudarán.

Enseguida se oyeron gritos aquí y allá, y un montón de preguntas surcaron el aire.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Es un incendio?

—¡Daos prisa! —gritó alguien—. ¡Puede ser una bomba!

Aquella palabra desató el pánico entre todo el mundo. Una mujer empezó a gritar, alguien se desmayó y todos empezaron a intentar adelantarse unos a otros y a agolparse en la empinada escalera que conducía a la entrada. Héctor no daba crédito.

Los policías trataban de controlar en la medida de lo posible a la masa de gente, pero no era tarea fácil cuando todos se precipitaban hacia la escalera. Se empujaban, varios cayeron y fueron pisoteados,

en su ansia de llegar arriba cuanto antes.

Mientras cundía el pánico, Héctor avanzó a toda prisa hacia el interior del local: tenía que encontrar a Lisa. Se iba cruzando con clientes medio vestidos, interrumpidos casi seguro en alguna actividad sexual, o eso se imaginó. Iba mirando en las distintas habitaciones cuya única decoración eran colchones en el suelo y espejos en las paredes. ¿Dónde demonios se habría metido?

Al final descubrió una puerta algo escondida bajo una estrecha escalera. Bajó el picaporte, la puerta se abrió y Héctor soltó un grito al ver a Lisa tendida en el suelo. Tenía las manos y los pies atados con bridas y no se movía en absoluto. Al principio se asustó. ¿Habría llegado demasiado tarde? ¿Estaría muerta? Entonces oyó un leve gemido.

Se acercó corriendo, le quitó el paño que tenía en la boca y empezó a tirar de las bridas. Buscó algún objeto cortante, pero lo único que halló en el cuarto de la limpieza fue una serie de botellas de butano y una gran estufa. Por fin encontró el cortaúñas, la liberó de las bridas y le ayudó a sentarse.

—Ahí, detrás de las bombonas de butano. Ahí están los explosivos y el temporizador. No creo que quede mucho tiempo —dijo sin aliento.

Héctor se acercó a toda prisa a las bombonas. Enseguida encontró la dinamita. «9.28, 9.27, 9.26…» Las cifras rojas iban bajando implacables.

Sacó el teléfono para averiguar por dónde iban los técnicos de explosivos, y le dijeron que estaban entrando en Puerto Banús en ese momento. Además, recibió órdenes estrictas de no tratar de trasladar el chaleco bomba, ni de tocarlo siquiera.

—Daos prisa —gritó—. Solo tenéis nueve minutos, luego estallará todo. Os espero en la entrada.

Le dio la mano a Lisa y los dos subieron corriendo las escaleras, cruzaron el local, ya desierto, y salieron a la calle. Allí reinaba el caos más absoluto. Varios agentes trataban de poner cintas policiales mientras otros hacían lo posible por apartar a la gente y dejar la vía libre para los técnicos y las patrullas caninas. Un policía gritaba por megafonía que todos los ciudadanos debían alejarse lo máximo posible de la zona. Sin que fuera necesario decirlo con claridad, la mayoría pareció comprender que se trataba de una bomba, de modo que obedecieron a toda prisa. Cuando también los clientes de los bares y restaurantes aledaños empezaron a comprender lo que estaba ocurriendo, se desató el pánico. En las callejas de alrededor había muchísima gente que trataba de salir de allí cuanto antes. Más coches policiales, bomberos y ambulancias entraron en Puerto Banús, seguidos de coches de cadenas de televisión y de diversos medios de comunicación.

De pronto, el puerto, lleno de lujosos barcos y restaurantes, y de modernas *boutiques,* se transformó en un escenario que parecía una zona catastrófica, una zona de guerra donde la gente huía para salvarse al tiempo que los periodistas informaban en directo sobre lo que sucedía.

A una distancia prudencial del tumulto estaba Lisa, en un banco y envuelta en una manta, después de que Héctor le hubiera ayudado a salir a la calle y la hubiera dejado con un colega. Acto seguido, volvió corriendo a cruzar el gentío y desapareció de su vista. Poco después, Lisa vio que los técnicos de explosivos entraban a toda prisa en el local con el equipo completo.

Volvieron al cabo de un rato y, gracias a uno de los policías que se había quedado con ella, Lisa supo que la carga explosiva era de un modelo casero sencillo y bastante fácil de desactivar. Lo habían conseguido tres minutos antes de que terminara la cuenta atrás. Ahora bien, la potencia explosiva era enorme, y la gran cantidad de dinamita, junto con las bombonas de butano, habría provocado una devastación brutal si no hubieran llegado a tiempo.

ABAJO, EN LA playa, encontraron a una mujer que contemplaba el mar sin inmutarse.

Cuando la policía detuvo a Yvonne Ekman, una capa de nubes se deslizó sobre la luna, que había estado brillando con fuerza durante la noche, y todo se oscureció enseguida.

CUANDO HÉCTOR LA llamó el domingo para preguntarle si quería ir al centro a comer con él antes del curso de flamenco, Lisa se puso contenta y nerviosa a partes iguales.

Estaba deseando retomar el curso de baile después de las vacaciones de Navidad, moverse al ritmo de la música, disfrutar de la grata compañía y la oportunidad de ver más a menudo a Héctor. Y ahora él la invitaba a comer… Aquello era buena señal, sin duda.

Cuando la sacó del cuarto de la limpieza, Lisa estaba conmocionada y muy afectada. La llevaron al hospital para examinarla y para que hablara con un psicólogo, pero después se sintió lo bastante bien como para volver a casa. Y sí, había sido horrible verse allí tendida sin saber qué iba a ocurrir mientras pasaban los segundos, pero Héctor no había tardado mucho en dar con ella. Antes de que él llegara estaba tan concentrada en tratar de enviarle el mensaje que no había tenido tiempo de caer presa del pánico.

La policía había detenido a Yvonne Ekman en la playa, y enseguida conocieron una historia muy triste. Lisa fue pensando en ella camino de Málaga. En cómo la madre de Hanna Ekman había intentado protegerla de todo mientras crecía, para que su hija no sufriera lo mismo que ella. Y, aun así, ocurrió: a Hanna la violaron de la manera más sucia y brutal dos hombres que le doblaban la edad. Después, la joven cayó en una depresión tan profunda que terminó quitándose la vida. Y su madre solo tenía un objetivo por el que vivir: vengarse de quienes eran culpables de la muerte de su hija. En cierto modo, Lisa la comprendía.

Llegó al centro y bajó al aparcamiento de la plaza de la Merced. Héctor le había dicho que la esperaría fuera.

—Podemos empezar por dar un paseo —le dijo.

Cuando se vieron, él le dio un abrazo que se prolongó algo más de lo habitual. Luego le pasó la mano por el brazo y la llevó hacia el paseo que conducía a la cima de la montaña.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Lisa sorprendida.

—Voy a enseñarte un lugar muy bonito, vamos.

La fue guiando hacia arriba, acababan de dejar atrás el bullicio de la plaza y continuaron subiendo la montaña.

—Todos los domingos por la mañana vengo a dar un paseo por aquí

—dijo Héctor—. Antes de comer con mis hijos. Suelen venir a mi casa los domingos, y siempre soy yo quien cocina, con éxito irregular…

Soltó una risa moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Y qué les parece que hoy no haya almuerzo?

—Pues les he contado que hoy te invitaba a ti, y se han puesto muy contentos. —Le hizo un guiño y le sonrió—. Solo que hoy no voy a cocinar nada, vamos a comer en un sitio estupendo.

Lisa observó a Héctor con cierto asombro. Parecía más animado que de costumbre, casi alegre.

—¿Ha pasado algo en particular? —preguntó Lisa—. Se te ve muy contento.

—Estoy contento de que estés aquí. De que tú y yo estemos aquí.

Lisa se sintió conmovida.

Héctor volvió a pasarle la mano por el brazo y los dos siguieron el camino que subía serpenteando, flanqueado de sendas hileras de árboles. La ciudad se extendía a sus pies, con la catedral y las colinas verdeantes al fondo, el entramado de casas y la franja del mar que se adivinaba a lo lejos. El débil rumor de los cipreses y el ladrido aislado de un perro era cuanto se oía. Se cruzaron con algún que otro paseante; por lo demás, estaban solos.

Estuvieron hablando de todo lo ocurrido. Yvonne Ekman estaba detenida en Málaga, a la espera de juicio. El hecho de que hubiera cometido los asesinatos en dos países, Suecia y España, complicaba el caso. Antonio Díaz, el propietario del club, también estaba detenido como sospechoso de una serie de delitos: irregularidades económicas, delitos fiscales, encubrimiento de criminales, amenazas, tráfico de drogas y proxenetismo. Le habían cerrado el negocio y lo había perdido todo.

—Pocas veces he tenido que enfrentarme a un caso tan difícil de juzgar, tan raro —dijo Héctor.

—¿Cómo sabía Yvonne quiénes eran los hombres que habían violado a su hija? —le preguntó Lisa.

—Hanna le contó a su madre lo de la violación, y conocía los nombres de pila. Se ve que con eso tuvo de sobra. Además, Hanna tenía en el teléfono fotos de aquella noche. En ellas aparecían los dos.

Lisa no daba crédito.

—Qué historia más horrible. De principio a fin. Es una locura. Dos hombres utilizan y violan a una muchacha, y le arruinan la vida.

—A ella y a sí mismos —dijo Héctor—. Y la de Laura. Por no hablar de todos los familiares.

—Lo peor es que es algo que ocurre todo el tiempo —observó Lisa—. En el mundo entero.

—Es horrible —aseguró Héctor—. No encaja en un mundo civilizado.

Continuaron caminando. A la orilla del camino crecía la maleza. Aquí y allá habían puesto peldaños de piedra para que la tierra no cayera al valle cuando llovía.

—¿Vamos a comer en la cima? —preguntó Lisa.

—Sí, arriba hay un parador con buena comida y excelentes vistas de toda la ciudad.

—Qué bien —dijo Lisa sonriendo.

—Sí, es un restaurante muy bueno, en mi opinión.

Lo miró de reojo. Si no estaba equivocada, era la primera vez que expresaba su opinión. Hasta ahora siempre había hablado en primera persona del plural, como dando por hecho que Carmen estaba incluida.

Disfrutaba caminando con Héctor a su lado, pero tenía remordimientos. Aún no le había contado lo de su trabajo extra para *Svenska Magasinet*, y el redactor jefe la había llamado para preguntarle cómo se encontraba. Quería saber si pensaba seguir trabajando para la revista y concertar con ella una cita. Lisa estuvo a punto de contárselo a Héctor, pero los interrumpieron, y ahora sentía que no tenía más remedio, así que tomó aire antes de comenzar:

—Verás, hay una cosa que no te he contado —dijo vacilante.

—¿Ah, sí? —respondió Héctor.

—Sí, tú conoces esa revista que publican para los suecos que viven en la costa, ¿verdad?

—Sí, ¿qué ha pasado? —preguntó Héctor.

—Se llama *Svenska Magasinet*, y resulta que he estado escribiendo para ellos.

—Ah, vaya, ¿sobre la reforma de tu casa? —le dijo en broma.

—No… La cosa empezó porque mi amiga Annie quería que le ayudara con un reportaje sobre los okupas. Me gustó mucho, y al parecer no lo hice mal del todo. Pero… Luego acudí al lugar del crimen en Nerja y estuve hablando con los curiosos que había por allí, delante del cordón policial…

Héctor se volvió hacia Lisa y se la quedó mirando enojado.

—¿Que has hecho qué? —le preguntó atónito.

—Solo estuve haciendo unas preguntas por ahí —respondió Lisa dudosa—. La idea era estar allí con Annie y servirle de apoyo si me necesitaba. Era para que yo aprendiera, ya sabes, puede ser un buen trabajo extra en el futuro…

Héctor se paró en seco y le soltó el brazo.

—¡¿Cómo?! —vociferó—. Comprenderás que no puedes hacer de intérprete en los interrogatorios policiales de una investigación en curso y, al mismo tiempo, ir por ahí jugando a ser periodista en el mismo caso. Seguro que lo entiendes, ¿no?

—Ya, sí, me di cuenta de que no era apropiado… —balbució Lisa—.

Por eso te lo estoy contando. Allí conocí a la limpiadora de Niklas Bodén, la mujer que lo encontró muerto…

—¿Qué? ¿Y hablaste con ella? ¿No te das cuenta de lo que has hecho? Una investigación de asesinato es algo muy serio. No le habrás contado a la revista nada de lo que has sabido gracias al trabajo que has hecho para la policía, ¿verdad?

Héctor la miraba furioso.

—No, por supuesto que no —dijo Lisa al tiempo que vacilaba insegura con la mirada. No estaba al cien por cien segura de haber dicho algo inapropiado, desde luego.

—Esto no puede ser —aseguró Héctor—. No puedes mantener la lealtad a dos bandas. Es insostenible.

—Lo siento muchísimo —confesó Lisa—. No era mi intención enredarlo todo…

—¿Enredar? He confiado en ti, y tú has traicionado esa confianza. No puede ser, Lisa.

La miró furioso antes de dar media vuelta y alejarse colina abajo dando grandes zancadas.

Dos meses atrás

HABÍA ESCRITO LA carta hacía unos días. Llevaba tiempo pensando en cómo expresarse. Era complicado.

Al mismo tiempo que la violación era lo que la había arrojado al precipicio, quería que su madre supiera lo mucho que le había influido ella con su constante preocupación y su comportamiento sobreprotector. Ese miedo exacerbado por todo y por todos la convirtió en una persona siempre angustiada, y alteró su capacidad de sentir confianza. Había vivido siempre muy unida a su madre, se había visto obligada a responsabilizarse de cómo afectaba a Yvonne todo aquello que ella hacía.

Hasta que decidió emprender aquel viaje a Málaga sin consultárselo siquiera. Lo vivió como una liberación. Por primera vez en la vida, Hanna sintió que tenía aire bajo las alas, que era libre. Hasta que pasó lo que pasó, y todo se volvió puro caos.

¿Cómo podría explicarlo? ¿Cómo podría expresar lo mal que se sentía, la angustia permanente en la que vivía desde que volvió a casa, una angustia que podía estallar en cualquier momento?

Después de la violación, se hundió en una depresión profunda, se sentía sucia e inútil. A su memoria acudían sin cesar imágenes fragmentarias de recuerdos, unas imágenes de las que trataba de protegerse. No quería verlas, no quería recordarlas. Pero era imposible evitarlo. Formaban parte de su persona, y nunca podría deshacerse de ellas. No se sentía capaz de seguir viviendo así.

El día anterior estuvo hablando por teléfono con su mejor amiga, y la conversación acentuó más aún su autodesprecio. Elin le contó el secreto que Yvonne le había confiado, que Hanna era fruto de una violación. Su madre se lo había dicho a Elin, pero no a ella, a pesar de que se había pasado la adolescencia preguntándole por su padre y por su origen.

Y ahora ya no podía más. Se había pasado semanas debajo de una manta, incapaz de hacer nada. El mero hecho de vestirse implicaba un esfuerzo casi sobrehumano. No podía. Los recuerdos de la violación. La culpa y la vergüenza. La traición de su madre. Odiaba su propio cuerpo. Se odiaba a sí misma.

Le llevó tiempo armarse de valor. No era capaz de pensar en el futuro, de pensar en las consecuencias. Lo único que quería era

olvidarse de todo, hundirse en una oscuridad liberadora. Ella ya no era nada. Si desaparecía, nada ocurriría.

Hanna fue caminando por el aguanieve en medio de la penumbra gris, hasta que el puente apareció ante ella.

LISA CONTEMPLABA SU obra apoyada en el marco de la puerta.

Acababa de lijar la pared del salón y había conseguido eliminar todo el cemento reseco. Le había costado lo suyo, estaba llena de polvo de pies a cabeza y tenía los brazos doloridos, pero se sentía bastante satisfecha con el resultado. Se había pasado el día entero lijando. Se quitó el mono de trabajo, se dio una buena ducha y se puso la bata. No le apetecía nada vestirse, no tenía planes de salir y pensaba pasarse en casa el resto del día.

No acababa de sentarse con la taza de té en la mano cuando llamaron a la puerta. Miró el reloj. ¿Quién sería? Eran las siete de la tarde, y no esperaba visita. Se preguntó si sería apropiado abrir así, en bata, pero pensó que sería un vecino.

Abrió la puerta y allí estaba Javi, de nuevo con un ramo de flores en la mano. Estaba recién duchado y parecía contento.

—Hola. Nada, solo quería acercarme a ver cómo estabas. —Echó un vistazo rápido a la bata y puso cara de preocupación—. ¿Estás enferma?

—No, qué va —dijo Lisa—. Es que acabo de ducharme, porque me he pasado el día lijando la pared. Mira.

Señaló al interior de la casa y se dirigió a la cocina a poner en agua el ramo de flores. Llevaba más de una semana sin ver a Javi, aunque él la había llamado varias veces para preguntarle cómo estaba y si podía pasar a verla. Ella le había dicho que no y trató de que comprendiera que no le interesaba. En las noticias hablaban de una mujer a la que habían tomado como rehén en el club de Puerto Banús, aunque no mencionaron su nombre. Sin embargo, en el pueblo cundió como la pólvora el rumor de que se trataba de ella, claro. Los vecinos se pasaron toda la semana mandándole flores, pan casero, comida y regalos, para mostrarle su apoyo.

—Vaya, buen trabajo —dijo Javi—. Ya solo hay que enlucir. Si quieres, lo hago yo.

—Te lo agradecería —dijo Lisa, y le sonrió mientras ponía el jarrón en la mesa—. Tengo que reconocer que no voy a poder hacerlo todo yo. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias. —Javi estaba radiante de felicidad.

A Lisa le parecía enternecedor su interés, y debía reconocer que en

cierto modo se alegraba de que hubiera ido a verla. Incluso se permitió reconocer que sentía cierta atracción. De todos modos, lo de Héctor se había terminado para siempre. Había perdido toda oportunidad. Cuántas veces no había lamentado aquella semana el haber sido tan tonta como para creer que sería posible trabajar de periodista en el mismo caso en el que hacía de intérprete para la policía. Héctor no había dado señales de vida desde que, en un arrebato de rabia, la dejó en la montaña en lugar de invitarla a comer. Y tampoco había ido al curso de flamenco.

Lisa sacó las tazas y se sentó en el sofá a una distancia prudencial de Javi. Le dio la sensación de que el joven aún tenía esperanza, de que confiaba en que pasara algo. Más valía dejar las cosas claras cuanto antes.

—Javi, tienes que comprender que tú y yo solo podemos ser amigos. De verdad que aprecio tu amistad, pero no puede convertirse en nada más, tienes que ser consciente.

—Ya lo sé —dijo él con un suspiro—. Lo comprendo, no te preocupes.

—Qué bien —respondió ella sonriendo.

Llamaron a la puerta. Lisa miró sorprendida. ¿Quién podía ser? ¿Otra visita inesperada? ¿Sería Annie, que venía a verla?

Se levantó y fue a abrir. Casi se le para el corazón al encontrarse frente a frente con Héctor. Ahí estaba, vestido con camisa y americana. Llevaba una botella de vino en la mano y la miraba con una expresión que era una mezcla de disculpa y esperanza. Tenía el pelo limpio y olía a loción para después del afeitado.

—¿Me perdonas por haberme enfadado de ese modo? —se atrevió a decir—. Me he pasado toda la semana pensándolo y me he dado cuenta de que me gustas. Me gustas mucho.

En ese instante se oyó un crujido procedente del salón. Héctor miró por encima del hombro de Lisa y se encontró con la mirada de Javi, que estaba allí sentado, con una taza de café en la mano. Un segundo después se fijó en la bata de Lisa. Y entonces se esfumó la calidez de sus ojos.

Sin decir una palabra, dejó la botella de vino en el suelo, se dio media vuelta y se marchó calle abajo.

Epílogo

LOS COPOS DE nieve caían despacio sobre las suaves colinas del cementerio de Skogskyrkogården. El gran camposanto, tan célebre por su belleza y su arquitectura que figuraba en la lista de monumentos Patrimonio de la Humanidad de la Unesco, se encontraba justo a las afueras del centro de Estocolmo, pero respiraba calma a pesar de todo.

Miré hacia la capilla de la Santa Cruz, que se encontraba en una colina, con su tejado plano y su bella columnata. Allí dentro se había celebrado el entierro. Ahogué un sollozo, no quería que los dos esbirros que me flanqueaban me vieran llorar. Me habían dado permiso en la prisión y llevaba puestas las esposas. Permiso para visitar la tumba de mi hija.

La vida de Hanna halló su fin en aquel cuarto oscuro de Puerto Banús. Para esos hombres, la vida siguió como siempre, con las amistades, el trabajo, el golf y las fiestas navideñas con la familia. Nada cambió para ellos. Nada.

Dos hombres echaron un polvo. La vida de Hanna se arruinó.

Pronto estaríamos delante de la tumba, los dos guardias uniformados y yo. Veía a Hanna ante mí, su larga melena y su dulce rostro, y hasta podía oír su risa.

Si hubiera hecho lo que le dije, si hubiera vuelto al hotel a dormir la última noche…

Me acerqué a la tumba. Me arrodillé en la nieve. Volví la cara al cielo, cerré los ojos y dejé que los copos se posaran sobre mis mejillas. En todo caso, hice lo que estaba en mi mano.

Si no logré salvar a mi hija, al menos sí conseguí vengarla.

Agradecimientos

MUCHÍSIMAS GRACIAS A mi supereditora, Helene Atterling, y a mis redactoras, Sara Arvidsson y Katarina Ehnmark Lundquist, por su creatividad y su paciencia.

Gracias a mis hijos, Rebecka y Sebastian Jungstedt, porque siempre me animan, me inspiran con nuevas ideas y leen las pruebas.

Gracias a mi prometido, Thomas Fiskáare, por ayudarme en el proceso de documentación, de lectura y de intercambio de ideas y sugerencias.

Gracias a Sofia Scheutz, espléndida diseñadora de mis libros, y a la actriz Katarina Ewerlöf por la brillante lectura que ha hecho de la novela.

Y también quiero expresar aquí mi agradecimiento a:

Lena Allerstam, periodista.

Jerónimo Flores, investigador criminal de la Comisaría Provincial de Málaga.

Johan Gardelius, técnico criminalista de la Policía de Visby.

Magnus Frank, excomisario criminalista de la Policía de Visby.

Martin Csatlos, médico jefe de la Dirección General de Medicina Forense de Suecia.

Anders Rietz, especialista en Medicina Forense de la Dirección General de Medicina Forense de Suecia.

Ola Josefsson, reportero de la revista *Svenska Magasinet* de Fuengirola.

Samuel West, del Museum of Failure.

Lisa Sandström.

Alexandra Zazzi.

Gracias a todos los colaboradores de la editorial Albert Bonniers Förlag por su profesionalidad, por su apoyo y su implicación en mi escritura y, en particular, a Jesper Monthán, a Martin Ahlström y a Isa Widerståhl. También quiero dar las gracias a Sissel Hedqvist, mi responsable de promoción, a Anna-Lena Ahlström, mi fotógrafa, y a Anna-Karin Eldensjö, de ATN, por su inestimable ayuda.

Isla de Skarpö, abril de 2022



Título original: *Andra sidan månen* © Mari Jungstedt, 2022
Publicado por acuerdo con Albatros Agency, Suecia © de la traducción: Carmen Montes Cano, 2024

© MAEVA EDICIONES, 2024
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

Diseño e ilustración de cubierta: © Sofia Scheutz Adaptación de cubierta: Sylvia Sans Bassat

ISBN ebook: 9788419638670

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital